



LA CASA DE LA  
**NOCHE**

# PREDESTINADA

P. C. CAST Y KRISTIN CAST

SERIE NÚMERO 1 EN VENTAS EN MÁS DE D

Lectulandia

En la Casa de la Noche empiezan a moverse nuevas fuerzas.

Un grupo de humanos, entre los que se encuentra el atractivo domador de caballos de Lenobia, está poniendo en peligro su precaria estabilidad. Y después está el misterioso Aurox, un adolescente asombrosamente guapo que en realidad es más o probablemente menos, que humano. La única que sabe que fue creado para convertirse en la más peligrosa de las armas es Neferet. No obstante, Zoey es capaz de percibir la parte de su alman que sigue siendo humana y la compasión que lucha en su interior contra la llamada de la Oscuridad. Además, hay algo en él que le resulta extrañamente familiar...

**Lectulandia**

P. C. Cast & Kristin Cast

# **Predestinada**

**La Casa de la Noche - 9**

ePub r1.1

nalass 09.12.14

Título original: *Destined*

P. C. Cast & Kristin Cast, 2011

Traducción: Ana María Andreu Baquero

Diseño de cubierta: Hernán Estevez & Alonso Esteban & Dinamic Duo

Editor digital: nalasss

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Allie Jensen, con amor y gratitud,  
¡Nuestra magia funciona porque tú eres mágica!

# Agradecimientos

Gracias a nuestra fabulosa familia de St. Martin's Press. ¡Adoramos a nuestra editorial!

Como siempre, queremos dar las gracias a nuestra agente y amiga, Meredith Bernstein, sin la cual La Casa de la Noche no existiría.

Asimismo queremos agradecer a los miembros del Will Rogers High School lo geniales que han sido al permitir que nos introdujéramos a rastrear en su alucinante edificio y lo transformáramos en ficción. (No. Nada del fantástico edificio art decó resultó realmente dañado durante la redacción de este libro).

A propósito de cosas fabulosas y alucinantes, un gigantesco GRACIAS a nuestra ciudad natal. Estamos encantadas de lo mucho que T apoya La Casa de la Noche. En especial a los siguientes locales e instituciones, todos ellos superguays: el hotel Ambassador y el restaurante Chalkboard, la joyería Moody's, el Starbucks de Utica Square, Miss Jackson's, The Dolphin, el restaurante Wild Fork, Little Black Dress, los museos Gilcrease y Philbrook y Street Cats. Y gracias también a nuestros maravillosos y entregados fans, que llevan años visitando Tulsa en viajes organizados para ver los lugares más emblemáticos que aparecen en La Casa de la Noche. ¡Sois los mejores!

Y por último, pero no por ello menos importante: ¡Gracias Josh! por los Okiesims, pero sobre todo por «tomar las riendas».

# Prólogo



## Zoey

*Creo que mi madre está muerta.*

Analicé las palabras mentalmente. Carecieran completamente de sentido. No podía ser cierto. Era como si intentara convencerme a mí misma de que el mundo se había vuelto del revés o de que el sol salía por el oeste.

Inspiré profundamente emitiendo un hipido, y me puse de lado mientras estiraba el brazo para coger otro pañuelo de papel de la caja que estaba en el suelo, junto a la cama.

Stark farfulló algo, frunció el ceño y se removió inquieto.

Lenta y cuidadosamente, me levanté, recogí su sudadera gigante de donde la había dejado tirada, me la puse y me acurruqué en el puf situado en el rincón de nuestra pequeña habitación de los túneles.

El puf hizo ese inconfundible ruido que siempre me hacía sentir como si hubiera pegado un salto en uno de esos castillos inflables para niños, y Stark volvió a fruncir el ceño y a mascullar algo. Entonces me soné la nariz. Sin hacer ruido. *Deja de llorar. Deja de llorar. Deja de llorar. No servirá de nada. No hará que mamá vuelva.* Parpadeé unas cuantas veces y me soné de nuevo la nariz. *Quizás ha sido solo un sueño.* Aun así, mientras pronunciaba estas palabras en mi mente, mi corazón sabía que era la verdad. Nyx me había sacado de mis sueños para mostrarme una visión de mamá entrando en el Otro Mundo. Aquello significaba que había muerto. *Mamá le ha dicho a Nyx que sentía defraudarme,* me recordé a mí misma mientras las lágrimas volvían a surcar mis mejillas.

—Ha dicho que me quería —dije con un hilo de voz.

Apenas se me oyó, pero Stark dio una sacudida, se giró inquieto y masculló «¡Basta!».

Yo apreté los labios con fuerza, a pesar de que sabía que no eran mis palabras lo que turbaba sus sueños. Stark era mi guerrero, mi guardián y mi novio. No. Novio era una palabra demasiado simple. Entre Stark y yo existía un vínculo que iba mucho más allá de salir juntos, mantener relaciones sexuales y todo lo que conlleva un noviazgo normal. Era por eso por lo que estaba tan inquieto. Percibía mi tristeza. Incluso en sueños sabía que estaba llorando y que me sentía dolida, asustada y...

Stark retiró la sábana de su pecho y vi que tenía el puño cerrado. Entonces le miré la cara. Seguía dormido, pero tenía la frente arrugada y el ceño fruncido.

Cerré los ojos y respiré hondo, intentando serenarme.

—Espíritu —susurré—. Por favor, ven a mí. —De inmediato sentí el elemento

deslizarse por mi piel—. Ayúdame. No, mejor ayuda a Stark a protegerse de mi tristeza. *Y tal vez, añadí mentalmente, podrías protegerme también a mí de mi propia tristeza. Aunque solo sea por un ratito.*

Una vez más, inspiré profundamente mientras el espíritu se movía en mi interior y a mi alrededor, y se desplazaba en forma de remolino hasta la cama. Entonces abrí los ojos y pude ver flotar una bruma que envolvía a Stark. Su piel parecía brillar con luz propia mientras el elemento se posaba sobre él como una sábana diáfana. Percibí una sensación cálida y, bajando la mirada, observé mis brazos y vi el mismo resplandor tenue sobre mi piel. Stark exhaló un largo suspiro al mismo tiempo que yo mientras el espíritu infundía en nosotros un poco de magia tranquilizadora y, por primera vez desde hacía varias horas, sentí que una pequeñísima parte de mi tristeza se elevaba, abandonándome.

—Gracias, espíritu —susurré, cruzando los brazos y abrazándome con fuerza. Envuelta en el reconfortante elemento, me sentí más cercana a él. De hecho, empezaba a tener algo de sueño. Fue entonces cuando una especie de calidez diferente penetró en mi conciencia. Lentamente, sin querer alterar el hechizo vivificante que el espíritu estaba llevando a cabo, descrucé los brazos y me toqué el pecho.

¿Por qué está caliente mi piedra vidente? La pequeña piedra redonda estaba colgada de su cadena de plata, reposando entre mis pechos. No me la había quitado desde que Sgiach me la había regalado antes de abandonar la hermosa y mágica isla de Skye.

Sorprendida, la saqué de debajo de la sudadera y deslicé los dedos por su suave y marmórea superficie. Seguía recordándome a un caramelo de sabor a coco, pero el mármol de Skye brillaba con una luz sobrenatural, como si el elemento que había invocado le hubiera hecho cobrar vida, como si la calidez que sentía obedeciera a un palpito vital.

La voz de la reina Sgiach resonó en mi memoria: «Las piedras videntes están en sintonía con la más antigua de las magias: el tipo de magia que yo preservo en mi isla. Te obsequio con ella para que te permita reconocer a los antiguos, si es que todavía existe alguno en el mundo exterior...».

Mientras sus palabras volvían a resonar en mi mente, las imágenes del interior de la piedra empezaron a girar lentamente, casi con pereza. El agujero del centro era como un mini telescopio. Conforme daban vueltas sobre sí mismas, vi a Stark iluminado por ellas, y todo lo que alcanzaba mi vista también se alteró, estrechándose.

Tal vez era porque el espíritu se encontraba muy cerca de mí en ese momento, pero lo que vi no me resultó tan alucinante como la primera vez que miré a través de la piedra en Skye, cuando acabé perdiendo el conocimiento.

Pero eso no significa que fuera menos inquietante.

Stark estaba allí, tumbado de espaldas, con la mayor parte del pecho desnudo. El



resplandor del espíritu se había desvanecido. En su lugar vi otra imagen, pero estaba borrosa y no pude percibir sus rasgos. Era como la sombra de alguien. El brazo de Stark dio una sacudida y la mano de la sombra se abrió. Mientras observaba, la Espada del Guardián, la enorme hoja que Stark había recibido en el Otro Mundo, tomó forma en su puño. Sorprendida, dejé escapar un grito ahogado, y el guerrero fantasmagórico giró la cabeza en dirección a mí y aferró la espada.

En un abrir y cerrar de ojos, la Espada del Guardián se transformó, cambió, y se convirtió en una larga lanza negra, peligrosa, letal y manchada de sangre, que me resultaba demasiado familiar. El miedo se apoderó de mí.

—¡No! —grité—. ¡Espíritu, da fuerzas a Stark! ¡Haz que esa cosa desaparezca!

Con un sonido similar al de un gigantesco pájaro batiendo las alas, la visión se esfumó, la temperatura de la piedra vidente descendió y Stark se incorporó y se quedó sentado en la cama, mirándome.

—¿Qué haces ahí? —preguntó, frotándose los ojos—. ¿Por qué estás haciendo tanto ruido?

Abrí la boca para tratar de explicarle la extraña escena que acababa de presenciar cuando suspiró profundamente, se tumbó de nuevo y, levantando las sábanas, me hizo un gesto con la mano con expresión somnolienta.

—Ven aquí. No consigo dormir si no te acurrucas junto a mí. Y te aseguro que necesito dormir un poco.

—De acuerdo. Sí. Yo también —respondí y, con las piernas temblorosas, me dirigí rápidamente hacia él y me acurrugué a su lado con la cabeza apoyada en su hombro—. Ummm, esto... Acaba de pasar algo muy extraño —empecé a decir, pero cuando giré la cabeza para poder mirarlo a los ojos, los labios de Stark se fundieron con los míos. La sorpresa no duró demasiado, y me dejé llevar por el beso. Me hacía sentir bien, muy bien, estar cerca de él. Entonces me rodeó con sus brazos y yo apreté mi cuerpo contra el suyo mientras sus labios recorrían la curva de mi cuello.

—Me ha parecido oírte decir que necesitabas dormir un poco. —Mi voz sonaba entrecortada.

—Pero te necesito más a ti —respondió.

—Sí —dije—. Yo también.

A continuación nos fundimos el uno en el otro. El contacto con la piel de Stark ahuyentó la muerte, la desesperación y el miedo. Juntos nos recordábamos mutuamente la vida, el amor y la felicidad. Después, por fin, nos quedamos dormidos y la piedra vidente permaneció fría y olvidada en mi pecho, entre nosotros.



## Aurox

La carne de macho humano era blanda, pulposa.

*Ha sido una sorpresa lo fácil que me ha resultado destruirlo, detener el latido de su débil corazón.*

—Llévame al norte de Tulsa. Quiero salir a dar un paseo —dijo ella. Con aquella orden, ambos daban comienzo a su noche.

—Sí, Diosa —respondió él de inmediato, surgiendo de la esquina de la terraza superior que había hecho suya.

—No me llames Diosa. Llámame... —dijo adoptando una expresión pensativa— sacerdotisa. —Sus carnosos labios, lisos y rojos, esbozaron una sonrisa—. Creo que sería mejor que todo el mundo me llamara simplemente sacerdotisa. Al menos durante un tiempo.

Aurox se había puesto el puño cerrado sobre el pecho en un gesto que supo instintivamente que era antiguo, aunque de en cierto modo resultaba torpe y forzado.

—Sí, sacerdotisa.

La sacerdotisa pasó junto a él dándole un ligero empujón e indicándole con un gesto apremiante que la siguiera.

Y él la siguió.

Había sido creado para seguir. Para acatar sus órdenes. Para obedecer sus mandatos.

Habían entrado en algo que la sacerdotisa había llamado «coche» y todo lo que los rodeaba había empezado a moverse a una velocidad vertiginosa. Entonces la sacerdotisa le había ordenado que aprendiera su funcionamiento.

Él la había observado y había aprendido, tal y como ella le había mandado.

Entonces se detuvieron y abandonaron el coche.

La calle olía a muerte y a descomposición, a podredumbre y a suciedad.

—Sacerdotisa, este lugar no es...

—¡Tu deber es protegerme! —le espetó—. Pero no de mí misma. Iré siempre a donde quiera cuando yo quiera, y haré exactamente lo que me plazca. Tu trabajo, mejor dicho, tu propósito, es derrotar a mis enemigos. Y mi destino es granjeármelos. Observa. Reacciona cuando te ordene que me protejas. Eso es todo lo que se espera de ti.

—Sí, sacerdotisa —dijo él.

El mundo moderno era un lugar confuso. Demasiados sonidos alternándose. Demasiadas cosas que no sabía. Haría lo que la sacerdotisa le ordenaba. Cumpliría

con la razón de su existencia y...

De repente había aparecido un macho, cortándole el paso a la sacerdotisa.

—Eres demasiado guapa para estar en este callejón a estas horas de la noche con un chaval como única compañía. —Acto seguido abrió mucho los ojos al ver los tatuajes de la sacerdotisa—. ¡Vaya! ¡Con que una vampira! ¿Qué? ¿Te habías parado un ratito para darle uno mordisquito al chaval? ¿Qué te parece si me das el bolso y después tú y yo tenemos una charla sobre cómo es estar con un hombre de verdad?

La sacerdotisa suspiró y respondió con tono aburrido:

—Te equivocas en dos cosas: no soy una simple vampira y este no es un chaval.

—¡Eh! ¿Qué quieres decir con eso?

La sacerdotisa ignoró al hombre y miró por encima de su hombro hacia Aurox.

—Ahora deberías protegerme. Muéstrame qué tipo de arma tengo a mi merced.

Aurox obedeció de inmediato, de forma inconsciente. Se aproximó al individuo sin dudar y, con un movimiento raudo, introdujo los pulgares en sus ojos desorbitados, provocando una cascada de gritos.

El terror del hombre lo recorrió de arriba abajo, alimentándolo. Con la misma facilidad que inspiraba una bocanada de aire, Aurox inhaló el dolor que estaba causando. La energía del terror de aquel hombre se infló en su interior, bombeando frío y calor. Aurox sintió que las manos se le endurecían, cambiaban, aumentaban. Lo que habían sido unos dedos normales se transformaron en garras. Luego, cuando la sangre le empezó a brotar de los oídos, le sacó sus nuevos apéndices de los ojos. Con el poder que le proporcionaban el dolor y el miedo, Aurox levantó por los aires a aquel tipo y lo estampó contra la pared del edificio más cercano.

El hombre gritó de nuevo.

¡Qué sensación tan terriblemente maravillosa! Aurox sintió que la transformación seguía apoderándose de su cuerpo. Sus simples pies humanos se volvieron pezuñas hendidas. Los músculos de las piernas se fortalecieron. El pecho se le hinchó haciendo estallar la camisa que llevaba puesta y, lo más maravilloso de todo fue que Aurox sintió como unos espesos cuernos mortíferos le brotaban de la cabeza.

Para cuando los tres amigos del hombre entraron corriendo en el callejón para ayudarlo, este había dejado de gritar.

Aurox lo dejó caer el suelo y se dio la vuelta para situarse entre la sacerdotisa y aquellos que creían que podían hacerle algún daño.

—¿Pero qué coño...? —exclamó el primero de ellos deteniéndose de golpe.

—Jamás había visto nada igual —dijo el segundo.

Aurox estaba ya absorbiendo el miedo que empezaba a emanar de ellos. Su piel palpitaba con su frío fuego.

—¿Eso son cuernos? ¡Mierda! ¡Yo me largo de aquí! —El tercer hombre se dio media vuelta y desapareció corriendo por donde había venido mientras los otros dos empezaban a retroceder lentamente, observándolo todo con ojos desorbitados.

Aurox miró a la sacerdotisa.

—¿Cuáles son tus órdenes? —En algún recóndito lugar de su mente se maravilló del sonido de su propia voz, de lo gutural y bestial que se había vuelto.

—Su dolor te hace más fuerte. —La sacerdotisa parecía complacida—. Y diferente. Más fiero. —En ese momento miró a los dos hombres que retrocedían y su carnoso labio superior se alzó con una mueca de desprecio—. Qué interesante, ¿no? ¡Mátalos!

Aurox se movió con tal velocidad que el que se encontraba más cerca no tuvo oportunidad de escapar. Le asestó una cornada en el pecho y lo levantó de tal manera que este se retorció con un grito de dolor mientras se hacía sus necesidades encima.

Aquello aumentó aún más las fuerzas de Aurox.

Con una poderosa sacudida de su cabeza, lo lanzó contra el edificio haciendo que cayera desplomado junto al primero de ellos sin emitir ningún sonido.

El otro hombre no salió corriendo. En vez de eso, sacó un largo y letal cuchillo y arremetió contra Aurox.

Este lo esquivó y, cuando el hombre intentó recuperar la posición, le asentó una coz con una de sus pezuñas y le arrancó la cara mientras caía hacia atrás.

Respirando con dificultad, Aurox se colocó frente a los cadáveres de sus enemigos derrotados y se giró hacia la sacerdotisa.

—Muy bien —dijo ella con su imperturbable tono de voz—. Y ahora, marchémonos de aquí antes de que se presente la policía.

Aurox la siguió, caminando pesadamente y haciendo surcos con sus pezuñas en el sucio callejón. Mientras se alejaban se golpeó con las garras en el costado intentando encontrar un sentido a la tormenta emocional que fluía por su cuerpo, llevándose consigo la fuerza que le había servido como combustible en el fragor de la batalla.

Débil. Se sentía débil. Pero había algo más.

—¿Qué pasa? —le espetó ella cuando vaciló antes de entrar de nuevo en el coche. Este sacudió la cabeza.

—No lo sé. Me siento...

Ella soltó una carcajada.

—Tú no sientes absolutamente nada. Es evidente que le estás dando demasiadas vueltas a esto. Mi cuchillo no siente. Mi pistola no siente. Tú eres mi arma. Matas. Ya va siendo hora de que te hagas a la idea.

—Sí, sacerdotisa. —Aurox se subió al coche y dejó que todo lo que lo rodeaba volviera a pasar a toda velocidad ante sus ojos. *Yo no pienso. No siento. Soy un arma.*

## Aurox

—¿Qué haces ahí, mirándome? —le preguntó la sacerdotisa, observándolo fijamente con su ojos de hielo verde.

—Esperando tus órdenes, sacerdotisa —dijo de forma automática, preguntándose

qué había hecho para disgustarla de ese modo. Acababan de regresar a su guarida en lo alto del imponente edificio Mayo de Tulsa. Aurox se había dirigido a la terraza y se había quedado allí quieto, en silencio, mirando a la sacerdotisa.

Ella exhaló un largo suspiro.

—En este momento no tengo órdenes para ti. ¿Y por qué tienes que quedarte siempre mirándome de ese modo?

Aurox desvió la mirada y se concentró en las luces de la ciudad y en cómo brillaban atrayentemente en comparación con el cielo nocturno.

—Espero órdenes tuyas, sacerdotisa —repitió.

—¡Por todos los dioses! ¿Quién me iba a decir que el recipiente que yo misma he creado fuera a resultar tan estúpido como hermoso?

Aurox percibió el cambio en el aire antes de que la Oscuridad se materializara a partir del humo, las sombras y la noche.

*Estúpido, hermoso y mortal...*

La voz resonó en su cabeza. El enorme toro blanco tomó forma delante de él. Su aliento era fétido, y sin embargo dulce. Tenía una mirada espantosa y maravillosa al mismo tiempo. Era a la vez misterio, magia y mutilación.

Aurox se dejó caer de rodillas frente a la criatura.

—Levántate y vuelve donde estabas... —dijo ella con un ademán de desprecio en dirección a las sombras que rodeaban las zonas más recónditas de la terraza.

*No. Prefiero que se quede. Disfruto observando mis creaciones.*

Aurox no supo qué decir. Aquella criatura controlaba su atención, pero la sacerdotisa gobernaba su cuerpo.

—¿Creaciones? —La sacerdotisa puso un énfasis especial en la última parte de la palabra mientras se movía lánguidamente hacia el enorme toro—. ¿Haces muchos regalos de estos a tus seguidores?

La risa del toro era aterradora, pero Aurox se dio cuenta de que la sacerdotisa ni se inmutaba, más bien al contrario, conforme hablaba parecía acercarse cada vez más a la criatura.

*¡Qué interesante! ¡Me estás cuestionando! ¿Estás celosa, desalmada mía?*

La sacerdotisa acarició el cuerno del toro.

—¿Tengo motivos para estarlo?

El toro la acarició con el hocico. En el momento en que su morro entró en contacto con la sacerdotisa, la seda de su túnica se marchitó, poniendo de manifiesto la suave y desnuda carne que se ocultaba debajo.

*Dime, ¿cuál crees que es la finalidad del regalo que te he hecho?* —dijo el toro, respondiendo a la pregunta de la sacerdotisa con una nueva pregunta.

La sacerdotisa parpadeó y sacudió la cabeza, como si estuviera confundida. Entonces su mirada se topó con Aurox, que seguía de rodillas.

—Su finalidad es protegerme, mi señor, y estoy dispuesta a hacer lo que me pidáis para mostraros mi gratitud.

*Aceptaré con gusto tu generosa oferta, pero he de decirte que Aurox no es simplemente un arma de protección. Aurox tiene un objetivo, y es el de sembrar el caos.*

La sacerdotisa inspiró profundamente, estupefacta. Parpadeó con rapidez, y luego desvió la mirada hacia él para, finalmente, volverla de nuevo hacia el toro.

—¿De veras? —preguntó con voz queda, reverencial—. ¿Puedo sembrar el caos a través de esta criatura?

Los blancos ojos del toro se asemejaban a una debilitada y tenue luna cuando está punto de salir el sol.

*De veras. Es cierto que es una única criatura, pero posee un enorme poder. Posee la habilidad de dejar una estela de destrucción a su paso. Es el Recipiente, la manifestación de tus deseos más profundos y, ¿acaso no sueñas con el caos más absoluto?*

—¡Oh, sí! —respondió la sacerdotisa en un tono de voz casi inaudible. A continuación recostó la cabeza sobre el cuello del toro y comenzó a acariciarle el lomo.

*¿Y qué piensas hacer con el caos ahora que lo tienes a tu merced? ¿Destruirás las ciudades de los humanos y gobernarás como reina de los vampiros?*

La vampira esbozó una hermosa y terrorífica sonrisa.

—Reina no, Diosa.

*¿Diosa? Pero ya hay una Diosa de los Vampiros. Lo sabes de sobra. Solías estar a su servicio.*

—¿Te refieres a Nyx? ¿La Diosa que permite que sus secuaces elijan libremente y actúen según su voluntad? ¿La Diosa que nunca intercede porque cree firmemente en el mito del libre albedrío?

A Aurox le pareció percibir una sonrisa en la voz de la bestia y se preguntó cómo era posible.

*Así es, me refiero a Nyx, Diosa de los Vampiros y de la Noche. ¿Utilizarás el caos para desafiarla?*

—No, lo utilizaré para derrotarla. ¿Qué pasaría si el caos pusiera en peligro el tejido fundamental del mundo? ¿Acaso no intervendría Nyx y se saltaría sus propias normas para salvar a sus hijos? Y, al hacerlo, ¿no rescindiría el edicto que garantiza a los humanos el libre albedrío, traicionándose a sí misma? ¿Qué sucedería a su divino reino si Nyx altera lo que el destino ha dictado?

*No sabría decirte. No ha sucedido jamás. El toro bufó como si aquello lo divirtiera. Pero es una pregunta sorprendentemente interesante, y ya sabes lo mucho que me agradan las sorpresas.*

—Solo espero poder seguir sorprendiéndooos una y otra vez, mi señor.

*Realmente, el mundo es tan pequeño...*, dijo el toro.

Aurox permaneció de rodillas en la azotea durante un buen rato después de que la sacerdotisa y el toro se hubieran marchado, dejándolo allí, abandonado y olvidado. Se

quedó donde lo habían dejado, con la mirada puesta en el cielo.



## Zoey

—¿Un minibús? ¿Cómo es posible? —Lo único que fui capaz de hacer fue sacudir la cabeza y quedarme mirando fijamente aquella cosa amarilla y achaparrada en cuyo lateral se leía «La Casa de la Noche» en letras negras recién pintadas—. Quiero decir, me alegro de que mi llamada a Tánatos haya surtido efecto tan rápidamente y que se nos permita volver al colegio pero ¿un minibús?

—¡Gemela! ¡Nos han mandado el autobús de los retrasados! —exclamó Erin, con una risa tonta.

—¡Oh, gemela! ¡Eso es una maldad! —dijo Shaunee.

—Lo sé, gemela. No me puedo creer que Neferet sea tan jodidamente mala como para enviarnos el autobús de los retrasados —continuó Erin.

—No. No me refería a que Neferet fuera mala. Me refería a que es una maldad decir «retrasados» —explicó Shaunee, poniendo los ojos en blanco a su gemela.

—En mi opinión, Shaunee tiene toda la razón, pero deberías considerar la posibilidad de ampliar tu vocabulario. No haces más que repetir «me refería». Resulta redundante —intervino Damien.

Shaunee, Erin, Steve Rae, Rephaim y yo nos quedamos mirando a Damien con la boca abierta. Sabía que a todos nos parecía genial escucharlo obsesionarse de nuevo con el vocabulario, pero no nos atrevíamos a decir nada porque teníamos miedo de que rompiera a llorar y volviera a caer en la terrible depresión en la que había estado sumido desde la muerte de Jack.

Aphrodite y Darius eligieron aquel preciso momento para surgir del sótano de la estación y, como era su costumbre, Aphrodite traspasó la frontera entre el decoro y el desastre recurriendo al principio fundamental que regía su vida: lo único que importa son las apariencias.

—¡Oh, mierda! No pienso subirme a eso. De ninguna manera. El minibús es para los retrasados —dijo con un resoplido, sacudiendo la melena.

—¡Hey, chicos! ¡Tampoco está tan mal! Me refiero a que es evidente que se trata de un autobús nuevo. Si no, mirad las letras donde pone «La Casa de la Noche». Están recién pintadas —dijo Steve Rae.

—Para mí, es como si pusiera «Suicidio Social» —respondió Aphrodite mirando a Steve Rae con el ceño fruncido.

—No voy a permitir que me agüéis la fiesta. A mí me gusta el colegio —dijo Stevie Rae. Seguidamente, se subió al autobús sonriendo abiertamente al guerrero Hijo de Érebo que le había abierto la puerta con expresión impasible.



—Sacerdotisa —dijo saludándola con una leve inclinación de cabeza y gesto sombrío. A continuación, ignorando por completo a nuestro propio guerrero Hijo de Érebo, me miró y, con una reverencia aún más sucinta, dijo—: Zoey, tengo que notificaros a ti y a Steve Rae que está prevista una reunión del Consejo de la escuela y que tendrá lugar dentro de treinta minutos. Ambas debéis asistir.

—De acuerdo. Stark se está ocupando de informar a todos de tu llegada, así que podremos marcharnos en apenas unos segundos —dije sonriéndole como si no tuviera cara de pocos amigos.

—¡Eh, chicos! ¡Todavía huele a nuevo! —gritó Stevie Rae. Desde fuera se podían ver sus cortos rizos rubios agitándose mientras se paseaba alucinada por el interior. Segundos después apareció de nuevo en la puerta y bajó las escaleras de un salto para coger la mano de Rephaim, sonriéndole de oreja a oreja.

—¿Te apetece sentarte en los asientos traseros conmigo? Están muy mullidos y se puede dar botes.

—En serio —dijo Aphrodite—, este autobús es perfecto para vosotros. Sois unos retrasados. Aun así, detesto tener que ser yo la que os de la mala noticia... ¡Oh, espera! Eso no es cierto. No lo detesto. Pero aunque resulte evidente que el Alto Consejo Vampírico ha presionado a Neferet, obligándola a mandarnos un autobús que nos lleve de vuelta a la Casa de la Noche, el chico pájaro sigue sin ser bienvenido. ¿Acaso los efectos de lo que quiera que hayas estado haciendo en el segundo y medio entre la puesta de sol hasta ahora te han hecho olvidar que él era un pájaro?

En ese momento me di cuenta de que Stevie Rae apretaba con fuerza la mano de Rephaim.

—Para tu información, ha pasado más de un segundo y medio desde la puesta de sol, no es asunto tuyo lo que hayamos estado haciendo y Rephaim va a venir al colegio. Exactamente igual que el resto de nosotros.

Aphrodite levantó las cejas hasta casi la línea del pelo.

—No estás bromeando, ¿verdad?

—No —respondió Stevie Rae con rotundidad—. Y tú deberías entenderlo mejor que nadie.

—¿Yo? ¿Entenderlo? ¿De qué demonios estás hablando?

—No eres una iniciada, ni roja ni normal. Tampoco eres una vampira. Y probablemente ni siquiera seas humana.

—Porque es una zorra —escuché susurrar a Shaunee.

—Del Infierno —le respondió Erin en el mismo tono de voz.

Aphrodite miró a las gemelas con el ceño fruncido, pero Stevie Rae todavía no había terminado.

—Al igual que Rephaim, eres algo que no entra dentro de la normalidad, pero Nyx te ha dado su bendición, a pesar de que a los demás no nos entre en la cabeza por qué diantres ha hecho algo así. El caso es que tú vas a ir al colegio, yo voy a ir al colegio y Rephaim también. Punto.

—Lo que dice Stevie Rae tiene sentido —señaló Stark uniéndose a nosotros en el aparcamiento de la estación, seguido muy de cerca por el resto de iniciados rojos—. A Neferet no va a gustarle un pelo, pero Nyx perdonó y bendijo a Rephaim.

—Delante de todo el colegio —añadió, rauda, Stevie Rae.

—Lo saben —le dijo Rephaim en voz baja. Luego paseó la mirada sobre el resto de nosotros para acabar posándola sobre mí—. ¿Tú qué piensas? —me preguntó pillándome totalmente desprevenida—. ¿Debería intentar ir a la Casa de la Noche o eso causaría una serie de problemas innecesarios?

En ese momento todos se quedaron mirándome boquiabiertos. Yo, tras echarle un rápido vistazo al guerrero Hijo de Érebo de expresión pétrea, dije:

—Ummm... Chicos, ¿os importaría ir subiendo al autobús? Necesito hablar con mi... esto... —añadí arrastrando las palabras con un gesto que incluyó a Aphrodite, Stevie Rae y al resto de mis amigos más cercanos.

—Tu círculo —apuntó Stevie Rae mirándome con una sonrisa—. Vas a hablar con tu círculo.

—Y sus camarillas —añadió Damien indicando con la cabeza a Aphrodite, Darius y Kramisha.

Yo sonreí abiertamente.

—¡Me gusta! De acuerdo, chicos ¿os importaría ir subiendo al autobús mientras hablo un momento con mi círculo y sus camarillas, por favor?

—No estoy segura de que me guste que me llamen «camarilla» —dijo Kramisha mirándome con el ceño fruncido.

—Quiere decir... —empezó a decir Stevie Rae, pero Kramisha la interrumpió sacudiendo la cabeza.

—Sé perfectamente lo que quiere decir. Estoy diciendo que no estoy segura de que me guste.

—¿Podrías dejar la discusión para otro momento, cerrar la boca y seguir a Zoey para que resolvamos esto de una vez por todas? —dijo Aphrodite mientras Kramisha tomaba aire y la miraba con cara de asesina—. Y para que conste en acta —añadió señalándonos a todos excepto a Darius—. Vosotros no sois más que un puñado de empollones pringados. Yo soy la que aporta la popularidad y la perfección.

Las gemelas la miraron como si fueran a contestarle de mala manera, así que dije:

—Chicos, centraos. La cuestión de Rephaim es importante.

Por suerte, aquello consiguió que todos cerraran la boca e hice un gesto a mi círculo, a mis camarillas y a Aphrodite para que me siguieran por la acera y hasta un lugar donde nadie nos oyera mientras los iniciados rojos subían al autobús y yo intentaba desesperadamente encontrar una solución a la cuestión de Rephaim.

Tenía el cerebro abotargado. Había pasado una noche horrible. Entonces miré a Stark y sentí cómo se me enrojecían las mejillas. Vale, no todo había sido horrible, pero aun así tenía la cabeza llena de asuntos importantes. Intenté despejar mi mente. Ya no era ninguna niña. Era la primera iniciada a la que se le había nombrado alta

sacerdotisa, y todos aquellos chicos me miraban con admiración y esperaban que conociera todas las respuestas (bueno, todas menos las que tuvieran que ver con geometría, idiomas y cómo aparcar en línea).

*Por favor, Nyx, haz que diga lo más adecuado*, dije para mis adentros rezando una breve oración. Entonces me topé con la mirada de Rephaim y de pronto me di cuenta que no era mi respuesta lo que necesitábamos.

—¿Qué es lo que quieres tú? —le pregunté.

—Lo que él quiere es... —empezó a decir Stevie Rae. Yo levanté la mano y hice callar a mi mejor amiga.

—No —dije—. No podemos basarnos en lo que tú dices que Rephaim quiere, ni siquiera en lo que tú quieres para él. Necesito que sea Rephaim quien conteste. Así que, ¿cuál es tu respuesta? ¿Qué es lo que quieres? —repetí.

Rephaim me miró fijamente a los ojos.

—Quiero ser normal —dijo.

Aphrodite soltó un bufido.

—¡Qué lástima! Ser normal más ser adolescente da como resultado ir a una estúpida escuela.

—¡La escuela no es estúpida! —dijo Damien. A continuación, girándose hacia Rephaim, añadió—: Pero he de admitir que tiene razón en lo de ser normal. Ir al colegio es lo que hacen los chicos normales.

—Pues sí —convino Shaunee.

—Es un asco, pero sí —dijo Erin—. Aunque he de reconocer que como desfile de moda está genial.

—En eso tengo que darte la razón, gemela —dijo Shaunee.

—¿Qué significa eso? —preguntó Rephaim a Stevie Rae.

Ella le sonrió.

—Básicamente que deberías venir al colegio con nosotros.

Él le devolvió la sonrisa con una expresión llena de amor y de afecto. Cuando apartó la vista de Stevie Rae y la dirigió hacia mí, la maravillosa expresión de su cara seguía ahí y no pude evitar devolverle la sonrisa.

—Si ser normal significa ir al colegio, entonces es eso lo que realmente quiero hacer. Siempre que no os cause problemas.

—Nos causará problemas. Eso tenlo por seguro —dijo Darius.

—¿No crees que debería venir? —pregunté.

—No he dicho eso. Estoy de acuerdo contigo en que debe ser elección suya, pero Rephaim, tienes que entender que sería todo más sencillo si decidieras quedarte aquí, lejos de todo, al menos hasta que veamos cómo se comportan Neferet y Kalona a partir de ahora.

Me dio la sensación de que Rephaim se estremecía al oír que mencionaban a su padre, pero se limitó a asentir con la cabeza y decir:

—Lo entiendo, pero estoy cansado de pasar el tiempo solo, escondido en la

oscuridad. —Entonces, tras bajar la vista durante un instante para mirar a Stevie Rae, se dirigió de nuevo a nosotros diciendo—: Y Stevie Rae podría necesitarme.

—Sí, sí. En la teoría todo esto de «dejemos que el chico pájaro decida» y «Stevie Rae podría necesitarme» suena superchupiguay, pero en la práctica vamos a tener que entrar en un campus en el que la tarada mierda de murciélago de la alta sacerdotisa nos odia y utilizará cualquier cosa para acabar con nosotros y, más en concreto, contigo, Z. Por no hablar de Dragon, el «líder» de los guerreros Hijos de Érebo, que no se comporta como debería desde que el tipo que vamos a llevar con nosotros al campus se cargó a su compañera. Neferet utilizará a Rephaim en nuestra contra, Dragon la apoyará y nosotros acabaremos de mierda hasta arriba.

—Bueno —dije yo—. Al menos no será la primera vez.

—Ummm, ¿puedo decir algo?

Damien tenía la mano levantada como si estuviera en clase y quisiera que le sacaran a la pizarra.

—Por supuesto, cariño, pero no hace falta que levantes la mano —respondí.

—¡Ah! Vale. Gracias. Lo que quiero decir es que no debemos olvidarnos de que cuando Nyx se apareció en la Casa de la Noche y perdonó y bendijo a Rephaim, básicamente nos dio permiso para incluirlo en nuestro mundo. Neferet no puede oponerse a que lo hagamos. Al menos no abiertamente. Ni tampoco Dragon.

—Pero lo hicieron —intervino Stark—. Neferet le preguntó a Dragon si estaba de acuerdo con que aceptaran a Rephaim y, como dijo que no, lo expulsaron del campus de una patada. Stevie Rae dijo que era una gilipollez y al final acabamos largándonos todos.

—Sí, y solo porque el Alto Consejo haya presionado a Neferet para que nos deje volver a clase, no quiere decir que de verdad nos vayan a aceptar. Me juego lo que queráis a que ni ella, ni Dragon, y probablemente tampoco otra mucha gente, estarán dispuestos a tragar con ello —dijo Aphrodite agitando los dedos delante de Rephaim como si pretendiera asustarlo.

Damien intervino antes de que me diera tiempo a decir nada.

—Bueno, lo cierto es que ni Neferet ni Dragon pueden contravenir los deseos de la Diosa.

—¿Contra qué? —preguntó Shaunee.

—¿Venir a dónde? —añadió Erin.

—Significa desobedecer —explicó Stevie Rae en lugar de Damien—. Y lo que dices tiene mucho sentido, Damien. Nadie puede contradecir a la Diosa. Ni siquiera una alta sacerdotisa.

—¿Os imagináis lo que dirían los culos prietos del Alto Consejo si se enteraran? —Aphrodite puso los ojos en blanco—. Neferet y Dragon se cubrirían de mierda de gato. De varias toneladas de mierda de gato. Cada uno.

En ese momento parpadeé y sentí un irrefrenable impulso de abrazar a Aphrodite. He de reconocer que se me pasó enseguida, pero aun así lo sentí.

—Aphrodite —dije—, ¡eres un genio! Y Damien también.

—Por supuesto que lo soy —dijo ella con aire de suficiencia.

—Vas a denunciar a Neferet y a Dragon ante el Alto Consejo, ¿verdad? —preguntó Damien.

—Creo que «denunciar» no es la palabra más adecuada para expresarlo. Ummm, llevas encima tu portátil, ¿no? —quise saber.

Damien dio unos golpecitos al bolso que colgaba de su hombro.

—Por supuesto. Está en mi cartera.

—Querrás decir «bolso» —dijo Shaunee.

—Bien dicho. Habla con propiedad —añadió Erin.

—Es una cartera portadocumentos —replicó Damien con rotundidad.

—Si camina como un pato... —dijo Erin.

—Nada como un pato y grazna como un pato... —continuó Shaunee.

—Me da igual lo que sea, el caso es que me alegro de que tengas el portátil a mano —intervine antes de que Damien empezara a soltarles una retahíla de palabras incomprensibles para todos nosotros—. Y tienes instalado el Skype, ¿verdad?

—Sí —respondió.

—Bien. ¿Podrías prestármelo para el Alto Consejo? Si no es mucho pedir.

—Por supuesto —dijo Damien alzando las cejas con expresión interrogante.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Stevie Rae en su lugar.

—Pues, en que cuando hablé con Tánatos para que nos ayudara a volver al colegio, no mencioné que, en realidad, estábamos creando aquí una nueva sucursal de la Casa de la Noche, aunque que seguiríamos yendo a clase y demás en la original.

—Tendremos que pensar en un nombre especial para nuestra sede —dijo Shaunee.

—¡Oh, sí! ¡Qué razón tienes, gemela! —dijo Erin.

—¡Ya lo sé! Puesto que se trata de un almacén, ¿qué os parece el Alma de la Casa de la Noche?

Yo me quedé mirándolas y, sacudiendo la cabeza, dije con firmeza:

—No. Nada de Almas. —Seguidamente retomé la cuestión que realmente nos ocupaba—. El caso es que necesito tener una videoconferencia por Skype con el Alto Consejo Vampírico para que nos den su permiso para llevarlo a cabo. En mi opinión una reunión del Consejo del Colegio es una buena oportunidad para hacerlo, sobre todo porque estoy segura de que a Neferet le encantará que solicite que ella sea testigo de mi llamada.

—Sinceramente Z, tu plan me parece bastante penoso. Lo que le va a encantar a Neferet va a ser hablar delante del Alto Consejo, ingeniárselas para darle la vuelta a todo lo que digas y hacerte quedar como una adolescente chalada —dijo Aphrodite.

—Esa es la cuestión —dije—. No actuaré como una adolescente chalada, sino como la alta sacerdotisa iniciada que proporciona al Alto Consejo todos los detalles sobre el sorprendente y milagroso regalo que Nyx ha otorgado a Rephaim, el consorte

de nuestra alta sacerdotisa roja, que está superilusionado con la idea de empezar el colegio en la Casa de la Noche de Tulsa. Estoy segura de que querrán felicitar a Neferet por ser una alta sacerdotisa tan genial que acepta todos los cambios que se están produciendo.

—Me gusta. Suena de lo más perverso —convino Aphrodite—. De ese modo si a Neferet, o incluso a Dragon, se les ocurriera decir «ni hablar, no estamos dispuestos a aceptar al chico pájaro», o quejarse lo más mínimo, quedarían como unos despiadados, pues estarían oponiéndose a la aparición y al milagro de Nyx.

—Aun así, no será un camino fácil —dijo Stark.

Rephaim lo miró fijamente a los ojos.

—No mi importa lo duro que resulte, siempre será mejor camino que el que conduce a la oscuridad, al odio y a la muerte. Y creo que tú sabes exactamente a lo que me refiero.

—Sí, lo sé —dijo Stark devolviéndole una mirada impávida.

—Y yo —intervino Stevie Rae.

—Y yo también —añadí yo.

—Entonces, ¿estamos todos de acuerdo con que Rephaim vuelva con nosotros a la Casa de la Noche? —dijo Darius.

—Espera un momento. ¿Significa eso que tenemos que subirnos al maldito minibús? —preguntó Aphrodite.

—¡Sí! —respondimos todos al unísono.

Entre risas y sintiéndome más despreocupada de lo que había estado en días, me subí al autobús con mis amigos y choqué mi hombro intencionadamente contra el de Stark mientras nos sentábamos. Este apenas se dignó a mirarme. Fue entonces cuando me di cuenta de que apenas había hablado conmigo (ni con nadie) desde que nos habíamos despertado. Al recordar lo cerca que habíamos estado el uno del otro, el modo en que me había tocado haciendo que el mundo volviera a parecerme un lugar apacible, me di cuenta de que me estaba mordiendo el labio y de que me sentía superconfundida. Entonces lo volví a observar de reojo. Estaba mirando por la ventana. Parecía cansado. Muy cansado.

—¡Eh! ¿Qué pasa contigo? —le pregunté mientras el autobús avanzaba a trompicones por la calle Cincinnati en dirección al centro de la ciudad.

—¿Conmigo? Nada.

—¿Estás seguro? Pareces agotado. ¿Te encuentras bien?

—Mira Zoey, ayer me despertaste y me tuviste sin dormir la mayor parte del día. Luego hiciste esa llamada a Tánatos para poner en marcha toda la historia de la «vuelta al cole», que no resultó lo que se dice una tranquila y reposada conversación. Luego, cuando por fin acababa de quedarme dormido, te pusiste a gritar no sé qué y me volviste a despertar. Eso sí, lo de hacer el amor fue genial. —En ese momento hizo una pausa y, por un segundo, esbozó una sonrisa que le hizo parecer casi normal. Entonces abrió la boca y lo echó todo a perder diciendo—: Después estuviste

moviéndote y dando vueltas hasta que por fin te quedaste frita. Yo, en cambio, no conseguí volver a dormirme. Así que estoy cansado. Eso es todo.

Yo parpadeé atónita. Dos veces. E intenté no sentirme como si acabara de pegarme un guantazo. Sin alzar la voz para evitar que todos mis amigos se enteraran de lo que iba a decir, le solté:

—De acuerdo. Dejando a un lado la historia de que tuve que llamar a Tánatos para que pudiéramos volver al colegio, que es lo que tenía que hacer porque, como alta sacerdotisa, estoy al mando, y el hecho de que te abalanzaste sobre mí cuando lo único que necesita eran unos cuantos mimos y dormir un poco, te recuerdo que mi madre ha muerto, Stark. Nyx me permitió ver cómo entraba en el Otro Mundo. No sé cómo ni por qué sucedió. Ahora mismo estoy concentrándome en actuar con cierta normalidad. Ni siquiera he hablado todavía con mi abuela.

—Tienes razón, no lo has hecho. Te dije que deberías haberla llamado apenas sucedió, o al menos a tu madre. ¿Y si ha sido un simple sueño?

Miré a Stark con absoluta incredulidad, esforzándome por mantener mi voz y mis emociones bajo control.

—Eres la única persona en este mundo que debería entender mejor que nadie que sé distinguir perfectamente entre ver algo de verdad en el Otro Mundo y soñarlo.

—Sí, lo sé. Pero...

—Pero estás diciendo que debería haberlo soportado yo solita y no molestar tu plácido descanso. ¡Bueno! ¡Excepto por lo de hacer el amor contigo!

Cerré la boca de golpe en intento fingir que no pasaba nada cuando vi que Aphrodite se giraba y se me quedaba mirando con cara de póquer.

Stark exhaló un largo suspiro.

—No. No quería decir eso. Lo siento Z. —Entonces me cogió de la mano—. En serio. Estoy hablando como un capullo.

—Y que lo digas.

—Lo siento. De verdad —dijo. A continuación me dio un golpecito con el hombro y añadió—: ¿Podemos rebobinar y empezar de nuevo la conversación?

—Vale —respondí.

—Pues ahí va: estoy cansado y eso me hace comportarme como un estúpido. Y en lo que respecta a tu madre, no sabemos lo que ha sucedido exactamente y creo que eso está haciendo que los dos nos rallemos. No obstante, aunque te quiero con locura, sigo siendo un capullo. ¿Mejor?

—Sí. Mejor —respondí.

Sin soltarme de su mano, me quedé mirando por la ventana mientras torcíamos a la derecha en la calle Quince, pasábamos por delante de los jardines de Grumpy, donde el aire siempre tenía un penetrante olor a pino, y bajamos por la calle Cherry. Para cuando llegamos a Utica y cruzamos la Veintiuno, estaba completamente absorta con las preocupaciones sobre mi madre y mi abuela y, sobre todo, con la idea de que Stark pudiera tener razón al cuestionar lo que yo creía haber visto. Al fin y al cabo,

no había tenido noticias de mi abuela. ¿Y si todo había sido una pesadilla...?

—Sigue siendo precioso. —La voz de Damien llegaba desde el asiento delantero, que había decidido automáticamente que sería el suyo—. Viéndolo desde aquí, cuesta creer que en este lugar hayan podido pasar cosas tan horribles y desgarradoras.

Percibí un sollozo en su voz y, tras apretar con fuerza la mano de Stark antes de soltársela, recorrí el pasillo dando bandazos y me senté junto a Damien.

—¡Hey! —dije entrelazando mi brazo con el suyo—. Acuérdate de aquí también sucedieron cosas maravillosas y placenteras. No te olvides nunca de que fue en este sitio donde conociste a Jack y te enamoraste de él.

Damien se me quedó mirando y me pareció que tenía una expresión triste, pero también muy pero que muy sabia.

—¿Cómo llevas el hecho de que Heath ya no esté?

—Lo echo de menos —dije con toda sinceridad. Entonces algo me hizo añadir—: Pero no quiero ser como Dragon, una persona consumida por la tristeza.

—Yo tampoco —respondió Damien con voz queda—. Aunque a veces no resulta fácil.

—Aún es muy reciente.

Apretando los labios con fuerza, como si intentara no romper a llorar, asintió con la cabeza.

—Lo superarás —dije—. Y yo también. Lo conseguiremos. Juntos —concluí con decisión.

En ese momento atravesamos la puerta de hierro que tenía la luna creciente completa justo en medio y nos dirigimos hacia la entrada lateral del colegio.

—La reunión del Consejo Escolar empieza a las siete treinta —dijo el guerrero Hijo de Érebo apenas se detuvo el autobús—. Las clases empiezan a las ocho en punto, tal y como debería ser.

—Gracias —le dije, ya que se había mostrado amable, o al menos respetuoso. Luego miré el reloj de mi móvil: las siete y veinte. Faltaban diez minutos para la reunión y cuarenta para que empezaran las clases. Me levanté y miré hacia atrás al grupo de chicos, evidentemente nerviosos.

—De acuerdo —dije—. Dirigíos a vuestras antiguas habitaciones y esperad allí a que os indiquemos lo que tenéis que hacer. Stevie Rae, Stark y yo iremos a la reunión del Consejo y, como dicen en la isla de Skye, nos ocuparemos de que se nos informare tanto del horario definitivo de Rephaim como de los vuestros.

—¿Y yo qué? ¿Yo no voy a la reunión? —preguntó Kramisha—. Normalmente son un rollazo, pero apuesto a que la de hoy va a ser de lo más entretenida.

—Tienes razón —dije—. Ya va siendo hora de que empiecen a incluirte automáticamente, junto con Stevie Rae y conmigo.

—¿Y yo a dónde voy? —preguntó Rephaim desde la parte trasera del autobús.

Estaba pensando, intentando decidir a dónde demonios podía ir, cuando Damien se colocó a mi lado.



—Tú vienes conmigo. Al menos hoy. Siempre que Zoey y Stevie Rae estén de acuerdo.

No pude evitar sonreírle. Creo que nunca había estado tan orgullosa de mi amigo. Todo el mundo estaba preocupado por él, tratándolo como si fuera a tener un ataque de histeria en cualquier momento, de manera que, si se pegaba como una lapa a Rephaim, nadie lo cuestionaría. Tendrían miedo de disgustar a Damien.

—Gracias —le dije.

—Es una idea genial, Damien —dijo Stevie Rae.

—De acuerdo. Intenta actuar con normalidad —dije—. Nos vemos aquí cuando acaben las clases, chicos.

—Yo tenía Hechizos y Rituales a primera hora —escuché que Aphrodite le decía a Darius—. La da la nueva vampi, la que parece que tiene doce años. Creo que será divertido.

—Recuerda —dijo Stevie Rae lanzándole una mirada severa a Aphrodite, que esta ignoró por completo—. Sé amable.

Mientras descendíamos del autobús en fila india me di cuenta de lo difícil que le resultaba a Stevie Rae dejar que Rephaim se fuera con Damien. No teníamos ni idea de a qué tendría que enfrentarse, pero éramos conscientes de que las posibilidades de que lo trataran como el chico normal que ansiaba ser eran prácticamente nulas.

Una vez Stevie Rae, Kramisha y yo nos quedamos solas, pregunté:

—¿Preparadas para adentraros en la guarida del lobo?

—Creo que se parece más a entrar en un nido de avispas —dijo Kramisha—, pero estoy preparada.

—Yo también. Apretémonos los machos y resolvamos esto de una vez por todas.

—¿Trato hecho?

—Trato hecho —repitieron ellas.

Una vez dicho esto, nos pusimos en marcha hacia un futuro que ya estaba haciendo que se me encogiera el estómago mientras me sentía como si fuera a tener un ataque de colon irritable de un momento a otro.

¡Mierda!



## Kalona

No tuvo que volar durante mucho tiempo para encontrar a sus hijos. Le bastó seguir el hilo que lo mantenía en permanente conexión con sus vástagos. *Mis leales hijos*, pensó mientras sobrevolaba en círculo las redondeadas colinas cubiertas de árboles de la zona boscosa y menos poblada que se extendía a poca distancia de Tulsa, en dirección sudoeste. Al aproximarse a la cima de la colina más elevada, Kalona descendió del cielo y empezó a planear por entre las espesas y desnudas ramas invernales hasta detenerse en mitad de un pequeño claro. A su alrededor, encastradas dentro de los mismos árboles, había tres estructuras de madera algo rudimentarias, pero construidas con solidez. La aguda mirada de Kalona escrutó por la ventana de las estructuras y vio un montón de brillantes órbitas de color escarlata que apuntaban hacia él.

En ese momento abrió los brazos de par en par.

—¡Sí, hijos míos! ¡He vuelto!

El batir de alas fue como un bálsamo para su alma. Salieron en tropel de las chozas y se posaron a su alrededor, con las cabezas inclinadas en señal de respeto. Kalona los contó: siete.

—¿Dónde están los demás?

Todos y cada uno de los cuervos del escarnio se agitaron inquietos, pero solo una de sus cabezas se alzó para mirarlo a los ojos, y solo una voz sibilante respondió.

—Escondidosss en el oessste. Perdidoss en la región.

Kalona examinó a su hijo, Nisroc, estudiando las diferencias entre aquel cuervo del escarnio y el que solía ser su vástago favorito. Nisroc estaba casi tan evolucionado como Rephaim. Se expresaba casi como un humano. Y su mente era casi tan lúcida como la del otro. Pero era ese «casi», esa pequeña línea que se interponía entre los dos, lo que había hecho que Kalona se hubiera decantado por Rephaim y no por Nisroc.

Kalona cerró la mandíbula con fuerza y la volvió a abrir. Había sido una estupidez prodigar todas sus atenciones exclusivamente a Rephaim. Tenía muchos hijos donde elegir y a lo que mostrarles su amor. El que había salido perdiendo al marcharse había sido él. Rephaim solo tenía un padre, y una diosa ausente y una vampira que jamás podría amarlo de verdad nunca podrían sustituirlo.

—Me alegro de que estéis aquí —dijo Kalona, apartando de su mente al hijo ausente—, pero hubiera preferido que permanecierais todos juntos esperando mi regreso.

—Retenerlos no pude —dijo Nisroc—. La muerte de Rephaim...

—¡Rephaim no está muerto! —le espetó Kalona, provocando que Nisroc se estremeciera y bajara la cabeza. El alado inmortal hizo una pausa, recuperó el control sobre su estado de ánimo y continuó—: Aunque hubiera sido mejor para él estarlo.

—¿Padre?

—Ha elegido ponerse al servicio de esa vampiresa, la sacerdotisa roja, y de su Diosa.

El grupo de cuervos del escarnio siseó y se encogió de miedo como si los hubiera golpeado.

—¿Es posible? ¿Cómo? —preguntó Nisroc.

—Ha sido posible gracias a las hembras y a sus manipulaciones —respondió Kalona en tono sombrío. Sabía de sobra cómo podía uno convertirse en su presa. Él mismo había sido humillado por...

De pronto, cayendo en la cuenta, el inmortal parpadeó y habló, más para sí mismo que para sus hijos.

—¡Pero sus manipulaciones no duran por siempre! —Seguidamente sacudió la cabeza con un amago de sonrisa en su rostro—. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Rephaim se cansará de ser el perrito faldero de la Roja y, cuando lo haga, se dará cuenta del error que ha cometido, un error del que no es completamente responsable, al menos, no solo él. La Roja lo manipuló, lo envenenó y lo volvió en mi contra. ¡Pero es solo temporal! Cuando ella lo rechace, porque la final lo hará, dejará la Casa de la Noche para volver a mí...

Kalona interrumpió su discurso y empezó a tomar decisiones a toda velocidad.

—Nisroc, coge a dos de tus hermanos y regresa a la Casa de la Noche. Vigílad. Estad al acecho. Observad a Rephaim y a la Roja. Y cuando se presente la oportunidad, habla con él. Dile que a pesar de que ha cometido un terrible error y se ha alejado de mí... —Kalona hizo una pausa y abrió y cerró la mandíbula, terriblemente incómodo con la tristeza y la soledad que le invadía cada vez que pensaba demasiado en la elección de Rephaim. El alado inmortal puso orden en sus pensamientos, sometió sus sentimientos y continuó dándole indicaciones a Nisroc—: Dile a Rephaim que a pesar de que su elección, fruto del hecho de estar mal aconsejado, fuera abandonarme, todavía hay sitio para él a mi lado, pero que la mejor manera de conservarlo es quedarse en la Casa de la noche, incluso después de que decida marcharse.

—Essspía —dijo Nisroc y los demás cuervos del escarnio se hicieron eco del entusiasmo de su hermano con sus característicos graznidos.

—Así es, pero es posible que en este momento no sepa que está espionando —dijo Kalona. Seguidamente, añadió—: ¿Has entendido, Nisroc? Tienes que observarlo. Permanecer oculto a todos menos a Rephaim.

—¿No matar vampiros?

—No, a menos que te sientas amenazado. En ese caso, haz lo que te parezca. Eso

sí, sin que te capturen y sin matar a ninguna alta sacerdotisa —añadió Kalona hablando lentamente para remarcar sus palabras—. Nunca es una buena idea provocar sin motivo a una diosa, así que las altas sacerdotisas de Nyx no deben morir. —En ese momento miró a su hijo con el ceño fruncido, recordando a su otro vástago, el que había estado a punto de matar a Zoey Redbird no hacía mucho y que había perdido la vida por ello—. ¿Has entendido mis órdenes, Nisroc?

—Sssí. Yo hacer lo que dicesss. Observar Rephaim. Espiar Rephaim.

Kalona miró a su alrededor, asintiendo con la cabeza al contemplar los bosques que lo rodeaban, valorando positivamente el hecho de que sus hijos hubieran encontrado un lugar en las alturas, aislado, en el que anidar.

—Y los humanos, ¿no vienen por aquí? —preguntó.

—Sssolo cazadoresss. Y ya no másss.

Kalona elevó las cejas.

—¿Habéis matado humanos?

—Sssí. Doss. —Nisroc se agitó entusiasmado—. Lanzamos contra rocas —añadió apuntando hacia un lugar situado algo más abajo de donde se encontraban.

Kalona se adelantó para mirar, intrigado, la empinada ladera de la cordillera donde las poderosas líneas de energía que transportaban magia eléctrica al mundo moderno se extendían ante sus ojos. Los humanos habían despejado la zona que rodeaba las enormes torres de manera que la tierra descendía desde donde estaban formando una amplia franja que se alargaba hasta el horizonte. La tala de árboles había dejado al descubierto los bordes afilados de enormes bloques de granito de Oklahoma que se alzaban hacia el cielo.

—¡Excelente! —exclamó Kalona, asintiendo con satisfacción—. Hicisteis que pareciera un accidente. Buen trabajo. —A continuación se giró de nuevo hacia el claro y hacia los cuervos del escarnio allí congregados, que tenían toda su atención puesta en él—. Este lugar está muy bien elegido. Quiero tener a todos mis hijos aquí, a mi alrededor. Nisroc, ve a la Casa de la Noche de Tulsa. Haz lo que te pido. El resto de vosotros, volad al oeste. Llamad a vuestros hermanos. Decidles que vengan a mí. Les esperaremos aquí y desde aquí observaremos. En este lugar nos prepararemos.

—¿Prepararnosss? ¿Para qué, padre? —inquirió Nisroc, ladeando la cabeza.

Kalona se quedó pensando en cómo su cuerpo se había visto atrapado y cómo le habían arrebatado el alma para enviarla al Otro Mundo. Se quedó pensando en cómo, después, a su regreso, ella lo había sometido, esclavizado y tratado como hubiera sido propiedad suya.

—Nos prepararemos para la destrucción de Neferet —respondió.

## Rephaim

Todo el mundo lo miraba con desconfianza. Rephaim lo detestaba, pero también lo

entendía. Había sido su enemigo. Había matado a uno de ellos. Había sido un monstruo.

Lo cierto es que todavía podía ser un monstruo.

Cuando al empezar la tercera hora una profesora que se hacía llamar a sí misma Penthasilea les había leído unos fragmentos de un libro escrito por un antiguo vampiro llamado Ray Bradbury que se titulaba *Fahrenheit 451* y les había hablado sobre él y sobre la importancia de la libertad de expresión y de pensamiento, Rephaim había intentado controlar sus nuevos rasgos humanos para parecer interesado y atento, pero su mente se perdía. Le hubiera gustado escuchar a la profesora y no tener nada más de lo que preocuparse excepto de lo que ella llamaba «descifrar el simbolismo», pero el cambio de chico a cuervo lo tenía obsesionado.

Había sido tan doloroso y aterrador como apasionante.

Y no recordaba prácticamente nada de lo que había sucedido después.

Lo único que conservaba de aquel día y de su transformación en cuervo eran algunas imágenes y sensaciones.

Stevie Rae lo había acompañado hasta el exterior, fuera de los profundos túneles de tierra y lo había llevado hasta el árbol más cercano al sótano, el que, no mucho tiempo atrás, les había servido para resguardarse del sol abrasador.

—Ahora tienes que volver dentro. Está amaneciendo —le había dicho él, tocándole suavemente la mejilla.

—No quiero dejarte —había dicho ella rodeándolo con sus brazos y estrechándose contra él.

Él respondió a su abrazo solo durante un instante, después la apartó delicadamente y la condujo con decisión hasta las sombrías rejas que tapaban la entrada de acceso a los túneles.

—Baja. Estás agotada. Necesitas dormir.

—Me quedaré mirando hasta que te conviertas en... Ya sabes, en pájaro.

Había dicho las últimas palabras en un susurro, como si el hecho de no decirlas en voz alta fuera a cambiar algo. Probablemente era una estupidez, pero le hizo sonreír.

—No importa si lo dices o no. Va a suceder.

Ella suspiró.

—Lo sé. Pero sigo sin querer dejarte solo. —Stevie Rae había alargado el brazo, exponiéndolo a la claridad de la mañana, y le había cogido la mano—. Quiero que sepas que estoy aquí contigo.

—No creo que un pájaro sepa gran cosa del mundo de los humanos —había respondido, no sabiendo que otra cosa podía decir.

—No vas a ser un simple pájaro. Te vas a convertir en un cuervo. Y yo no soy humana. Soy una vampira. Roja. Además, si no me quedo aquí, ¿cómo vas a saber adónde volver?

Percibió un sollozo en su voz que le partió el corazón. Entonces le besó la mano.

—Lo sabré. Te doy mi palabra. Siempre encontraré el camino de vuelta a ti.

Justo en el momento en que estaba a punto de darle un ligero empujoncito para que entrara en el sótano, había sentido un dolor lacerante que se había apoderado de todo su cuerpo.

Al volver la vista atrás se dio cuenta de que debía habérselo esperado. ¿Cómo no iba a ser doloroso pasar de ser un chico joven a un cuervo? Pero su mundo había estado girando alrededor de Stevie Rae y de la sencilla pero desbordante felicidad que le producía estrecharla entre sus brazos, besarla, sentir su cuerpo contra el suyo...

No se había parado a pensar en la bestia.

Al menos la próxima vez estaría preparado.

El dolor lo había desgarrado. Había escuchado el alarido de Stevie Rae, que sirvió como eco al suyo propio. Su último pensamiento humano había sido la preocupación por ella. Su última visión humana había sido la de ella gritando y sacudiendo la cabeza hacia delante y hacia atrás. Estiraba los brazos hacia él mientras el animal reemplazaba por completo al ser humano. Recordaba haber extendido las alas como si se despezara después de haber estado encerrado en una diminuta celda. O mejor dicho, una jaula. Y haber volado.

Recordaba haber volado.

Al llegar el ocaso se había encontrado a sí mismo desnudo y muerto de frío junto al mismo árbol al lado del sótano. Se acababa de poner la ropa que le habían dejado cuidadosamente doblada sobre un pequeño taburete cuando Stevie Rae había salido precipitadamente del sótano.

Sin dudarle ni un instante se había abrazado a él.

—¿Estás bien? ¿De verdad? ¿Estás bien? —le había repetido una y otra vez mientras lo examinaba y palpaba sus brazos en busca de huesos rotos.

—Estoy bien —la había tranquilizado. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba llorando. Le cogió la cara entre las manos y dijo:

—¿Qué pasa? ¿Por qué lloras?

—Debió de dolerte mucho. Gritabas como si te estuvieran matando.

—No —mintió—. No fue tan malo. Es solo que me pilló desprevenido.

—¿En serio?

Él le sonrió, ¡cuánto le gustaba sonreír!, la rodeó con sus brazos y le besó sus rubios rizos, tranquilizándola.

—En serio.

—¿Rephaim?

Rephaim regresó de golpe al presente al oír su nombre de la boca de la profesora.

—¿Sí? —respondió con el mismo tono inquisitivo.

Ella no le sonrió, pero tampoco se burló de él ni le reprendió. Simplemente se limitó a decir:

—Te he preguntado qué crees que significa el fragmento de la página siete. Ese en el que Montag dice que el rostro de Clarisse era como «un frágil cristal de leche» y «la extrañamente agradable y parpadeante luz de una vela». ¿Qué crees que intenta

decir Bradbury sobre Clarisse con estas descripciones?

Rephaim no daba crédito. Una profesora le estaba haciendo una pregunta. *Como si fuera un simple iniciado perdido en sus ensoñaciones, normal, aceptado.* Hecho un manojo de nervios y sintiéndose completamente expuesto, abrió la boca y soltó lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Creo que intenta decir que es una mujer única. Reconoce lo especial que es y lo aprecia.

La profesora Penthasilea levantó las cejas y durante unos terribles segundos Rephaim pensó que estaba a punto de ridiculizarlo.

—Interesante respuesta, Rephaim. Quizás si te concentraras más en el libro y menos en otras cosas, tus respuestas podrían pasar de ser interesantes a increíbles — puntualizó con un tono seco e imperturbable.

—G-gracias —acertó a decir Rephaim, sintiendo que las mejillas se le encendían.

Penthasilea asintió con una leve inclinación de la cabeza en señal de reconocimiento antes de girarse hacia un estudiante sentado unas filas más adelante y preguntarle:

—¿Y qué opinas tú de la última pregunta que le hace ella en esta escena: «¿Eres feliz?»? ¿Qué significado crees que tiene?

—Buen trabajo —le susurró Damien desde su pupitre, situado junto al de Rephaim.

Este fue incapaz de responder. Se limitó a asentir y a intentar entender la repentina sensación de felicidad que lo invadía.

—¿Sabes lo que le pasa? ¿A esa chica especial? —El susurro provenía del iniciado sentado justo delante de Rephaim. Era un chico bajo, musculoso y de rasgos marcados. A Rephaim no le costó nada percibir el desprecio en la expresión de su cara cuando lo miró por encima del hombro.

Rephaim negó con la cabeza. No, no lo sabía.

—La matan por culpa de él.

Rephaim sintió como si le hubieran dado una patada en la garganta.

—Drew, ¿tienes algo que comentar sobre Clarisse? —le preguntó la profesora alzando de nuevo las cejas.

Drew se dejó caer de golpe hacia delante con despreocupación y levantó un hombro.

—No, señora. Solo estaba ilustrando al chico pájaro sobre lo que pasará en el futuro. —Seguidamente hizo una pausa y lo miró por encima del hombro antes de decir—: El futuro del libro, claro está.

—Rephaim. —La profesora pronunció su nombre en un tono que de pronto se había vuelto mucho más severo. A él le sorprendió sentir el poder de esta sobre su piel—. En mi clase todos los iniciados son iguales. Y nos referimos a todos por su nombre. El suyo es Rephaim.

—Pero profesora P, él no es un iniciado —protestó Drew.

La profesora se había bajado de la tarima y la clase vibró con el ruido y la energía.

—Está aquí. Y mientras esté aquí, en mi clase, se le tratará como a cualquier otro iniciado.

—Sí, señora —respondió Drew agachando la cabeza respetuosamente.

—Bien. Una vez resuelta la cuestión, ha llegado el momento de hablar sobre los proyectos creativos que tendréis que hacer para mí. Quiero que elijáis uno de los numerosos elementos simbólicos que utiliza Bradbury en este maravilloso libro y que lo representéis...

Rephaim permaneció inmóvil mientras la clase dejaba de interesarse por él y por Drew y volvía a concentrarse en el libro. La frase «la matan por culpa de él» se repetía una y otra vez en su cabeza. Estaba claro lo que Drew había querido decir. No estaba hablando del personaje de una novela. Se refería a Stevie Rae y daba a entender que la matarían por culpa suya.

Jamás. Mientras él estuviera vivo no permitiría que nada ni nadie le hiciera daño a su amada.

Cuando sonó la campana que indicaba el final de la clase, Drew le lanzó una mirada asesina cargada de intención.

Rephaim tuvo que contenerse para no abalanzarse sobre él. ¡Enemigo!, le gritaba su viejo yo. ¡Destruyelo! No obstante, Rephaim se limitó a hacer rechinar la mandíbula y devolverle la mirada sin parpadear cuando el iniciado le dio un empujón al pasar.

Sin embargo, Drew no fue el único que le miró con odio. Todos ellos le lanzaron miradas que iban desde la hostilidad hasta el pánico, pasando por el miedo.

—¡Hey! —lo animó Damien mientras salían juntos de la clase—. No le hagas caso a Drew. Estuvo colado por Stevie Rae. Son solo celos.

Rephaim asintió con la cabeza y esperó a estar fuera, lejos de los oídos indiscretos del resto de alumnos. Entonces, en voz baja, dijo:

—No se trata solo de Drew. Son todos. Me odian.

Damien le hizo un gesto para que lo siguiera y, una vez se hubieron alejado un poco del sendero, se detuvo y le dijo:

—Sabías que no iba a ser fácil.

—Es cierto. Solo que... —Rephaim hizo una pausa y sacudió la cabeza—. No. Es cierto y punto. Sabía que les costaría aceptarme. —Seguidamente se quedó mirando a Damien. El iniciado tenía el rostro demacrado. El dolor lo había envejecido. Tenía los ojos rojos e hinchados. Había perdido al amor de su vida, y sin embargo estaba mostrando amabilidad por Rephaim—. Gracias, Damien —dijo.

Damien esbozó un amago de sonrisa.

—¿Por decirte que no iba a ser fácil?

—No. Por ser amable conmigo.

—Stevie Rae es amiga mía. La amabilidad que te muestro es por ella.



—Entonces eres un amigo excepcional —respondió Rephaim.

—Si realmente eres el chico que Stevie Rae piensa que eres, cuando estés del lado de la Diosa encontrarás a un montón de amigos excepcionales.

—Ya estoy del lado de la Diosa —replicó Rephaim.

—Mira, Rephaim, si no lo creyera, no te ayudaría, independientemente del cariño que le tengo a Stevie Rae —dijo Damien.

Rephaim asintió con la cabeza.

—Me parece justo.

—¡Hey, Damien! —Uno de los iniciados, un chico excepcionalmente pequeño, corrió hasta donde se encontraban. Entonces miró a Rephaim y añadió un rápido—: ¡Hey, Rephaim!

—Hola, Hormiga —dijo Damien.

Rephaim inclinó la cabeza a modo de saludo, incómodo con todo el proceso de socializar con los demás.

—He oído que tienes esgrima a esta hora. ¡Yo también!

—Así es —respondió Damien—. Rephaim y yo estábamos a punto de... —En ese momento hizo una pausa y Rephaim vio cómo se sucedían diferentes emociones por su rostro, acabando con azoramiento. Luego exhaló un largo suspiro antes de añadir—: Esto... Rephaim, el profesor de esgrima es Dragon Lankford.

En ese momento, Rephaim lo entendió todo.

—¡Oh! ¡Vaya! Eso no pinta muy bien —opinó Hormiga.

—Puede que todavía esté en la reunión del Consejo de la escuela —dijo Damien esperanzado.

—Creo que será mejor que me quede aquí, independientemente de si Dragon acude a clase o no. Si viniera con vosotros solo provocaría... —La voz de Rephaim se apagó lentamente porque las únicas palabras que le venían a la mente eran caos, problemas y desastre.

—Incomodidad —lo ayudó Damien—. Probablemente provocaría incomodidad. Tal vez deberías saltarte la clase de esgrima. Al menos, hoy.

—Me parece lo más sensato —dijo Hormiga.

—Te esperaré por aquí —dijo Rephaim señalando vagamente la zona arbolada que los rodeaba. No estaban lejos de los muros de la escuela donde, encastrado en la fachada de piedra, se alzaba un roble particularmente grueso debajo del cual había un banco de hierro forjado—. Estaré allí sentado.

—De acuerdo. Me pasaré a recogerte cuando acabe la clase. La siguiente hora es de español. La profesora Garmy es muy maja. Te gustará —dijo Damien mientras Hormiga y él se encaminaban hacia la casa de campo.

Rephaim asintió y los saludó con la mano, esforzándose por sonreír al ver que Damien seguía con la cabeza girada mirándolo con expresión preocupada. Cuando por fin los dos iniciados estuvieron fuera de su vista, Rephaim caminó hasta el banco y se dejó caer sobre él.

Se alegraba de pasar un poco de tiempo solo, sin nadie que lo protegiera, para poder relajar los hombros y dejar de preocuparse por el hecho de que los demás no le quitaran el ojo de encima. ¡Se sentía tan fuera de lugar! ¿En qué estaría pensando cuando había dicho que quería ser normal e ir al colegio como cualquier otro? Él no era cualquier otro.

*Pero ella me ama. A mí. Tal y como soy,* se recordó a sí mismo. Aquella idea lo hizo sentirse un poco mejor, algo más despreocupado.

Y entonces, aprovechando que estaba solo, lo expresó en voz alta.

—Yo soy Rephaim y Stevie Rae me quiere tal y como soy.

—¡Rephaim! ¡No!

La susurrante voz semihumana provenía de las ramas del roble. Con una terrible sensación de pánico Rephaim alzó la vista y vio tres cuervos del escarnio, tres de sus hermanos, allí encaramados, mirándolo con expresión de sorpresa e incredulidad.



## Zoey

De acuerdo. Ya se sé que soy una adolescente y todo ese rollo, pero en lo que respecta al uso de Skype, doy pena. En general soy bastante negada con todo lo que tiene que ver con las nuevas tecnologías. Si se trata de invocar un círculo, vale; llamar a alguno de los cinco elementos, soy la mejor; pero si tengo que sincronizar mi iPhone con un ordenador nuevo, ya te digo que no. Solo pensar en tener que tuitear algo, me entra dolor de cabeza y empiezo a echar de menos a Jack.

—Mira, tampoco es tan difícil. Solo tienes que pinchar aquí. —Kramisha estiró el brazo por encima de mi hombro y agarró el ratón—. Luego le das aquí, ¡y ya está! Ya estamos conectados a Skype y la cámara está funcionando.

Entonces alcé la vista y descubrí a Stevie Rae y a todos los demás, incluidos Dragon, Lenobia y Erik, mirándome como pasmarotes.

Al menos Stevie Rae tenía una sonrisa de oreja a oreja y movía los labios rápidamente sin emitir ningún sonido para decirme: *Tranquila*.

—¿A qué se debe exactamente...? —empezó a decir Dragon. Sin embargo, la entrada de Neferet en la sala del Consejo hizo que se quedara callado. Y, por suerte, en ese preciso momento la autoritaria voz de la líder le llegó alta y clara a través del ordenador de Damien.

—Feliz encuentro, Zoey Redbird —le saludó Duantia—. Me complace hablar de nuevo contigo.

Yo me llevé el puño al pecho e incliné la cabeza en señal de respeto.

—Feliz encuentro, Duantia. Gracias por reservar un poco de tu tiempo para esta llamada.

—Feliz encuentro, Duantia —dijo Neferet situándose junto a mí y haciendo una reverencia. Vi que le lanzaba una breve mirada inquisitiva a Dragon antes de sonreír con dulzura para continuar diciendo—: Debo pedir disculpas. No sabía nada de esta llamada. Esperaba celebrar una simple reunión del Consejo Escolar. —A continuación me atravesó con sus ojos de color esmeralda—. ¿Eres tú la responsable de esto, Zoey?

—Sí, lo soy. Te lo hubiera dicho antes, pero acabas de llegar —dije sonriendo en un tono de lo más jovial. Antes de que Neferet tuviera tiempo de responder, desvié mi atención hacia Duantia—. Quería asegurarme de que el Alto Consejo escuchara todos los detalles sobre la asombrosa aparición de Nyx en la escuela ayer y... —En ese momento me detuve e hice un gesto con la barbilla a Neferet como si la estuviera incluyendo—. Sabía que Neferet también estaría deseosa de compartirlo con

vosotros.

—De hecho, sabemos muy poco al respecto. Es una de las razones por las que esperaba con ansia esta llamada. —Duantia desvió la mirada hacia Neferet—. He intentado contactarte durante el día y después he dado instrucciones a Dragon para que permitiera a los iniciados rojos y al grupo de Zoey que empezaran a asistir a las clases a partir de hoy, pero no he conseguido dar contigo, alta sacerdotisa.

Me di cuenta de que Neferet se ponía tensa, pero lo único que dijo fue:

—He estado reclusa para rezar en la más absoluta intimidad.

—Más razón todavía para realizar esta llamada —dijo Duantia.

—Lo que hizo Nyx fue un milagro —dije haciéndole gestos a Stevie Rae para que se acercara a la pantalla—. Esta es Stevie Rae, la primera alta sacerdotisa roja.

Stevie Rae se colocó el puño a la altura del pecho e hizo una profunda reverencia.

—Es un honor conoceros, señora.

—Feliz encuentro, Stevie Rae. He oído hablar mucho de ti y de los iniciados rojos. Y, por supuesto, ya he tenido ocasión de conocer al guerrero rojo, Stark. Hay que reconocer que Nyx es muy generosa con los milagros.

—Ummm, gracias, pero... la verdad es que el hecho de que seamos rojos y todo lo demás no es el milagro. —Stevie Rae me miró y añadió—: Bueno, al menos no es el milagro al que se refiere Zoey. —A continuación se aclaró la garganta y dijo—: El milagro de Nyx tiene que ver con mi consorte, Rephaim.

Los ojos de Duantia se abrieron como platos.

—¿No es ese el nombre de una de esas criaturas llamadas cuervos del escarnio?

—Así es. —La voz de Dragon sonó tan severa como la expresión de su rostro—. Es el nombre de la criatura que mató a mi amada Anastasia.

—No lo entiendo —dijo Duantia—. ¿Cómo es posible que llames a ese ser abominable «consorte»?

Rápidamente, antes de que Neferet pudiera saltar con algo horrible, empecé a balbucear:

—Antes Rephaim era un cuervo del escarnio, y Dragon tiene razón, por aquel entonces mató a Anastasia. —Seguidamente levanté la vista para mirar al profesor de esgrima, pero me resultó muy difícil mirarle a los ojos—. Rephaim pidió perdón a Nyx por eso.

—Y por todas las cosas malas que había hecho como hijo de Kalona —añadió Stevie Rae.

—El perdón pleno es... —empezó a decir Neferet antes de que yo la interrumpiera.

—El perdón pleno es un regalo que puede otorgar nuestra Diosa, y eso es exactamente lo que hizo anoche —dije. Luego miré a Stevie Rae—. Cuéntale a la líder del Alto Consejo lo que hiciste.

Stevie Rae asintió, tragó saliva y dijo:

—Hace varias semanas encontré a Rephaim agonizante. Le habían disparado

mientras surcaba el cielo. No lo entregué. —En ese momento levantó la vista de la pantalla del ordenador y de Duantia, miró a Dragon y dijo en tono implorante—: No quería herir a nadie ni hacer nada incorrecto.

—¡Ese ser abominable mató a mi compañera! —dijo Dragon—. La misma noche en la que le dispararon y en la que debería haber muerto.

—Profesor Lankford, le ruego que permita a la alta sacerdotisa roja continuar con su confesión —intervino Duantia.

Dragon apretó la mandíbula y levantó ligeramente el labio con gesto de desprecio, pero las palabras de Stevie Rae hicieron que volviera a centrar mi atención en ella.

—Dragon tiene razón. De no ser porque yo lo salvé, Rephaim habría muerto aquella noche. No le hablé a nadie de él. Bueno, excepto a mi madre, pero eso fue más tarde. En cualquier caso, en vez de eso me ocupé de él. Le salvé la vida. Y a cambio él salvó la mía. Dos veces. Una de ellas enfrentándose al toro blanco de la Oscuridad.

—¿Se enfrentó a la Oscuridad por ti? —Duantia parecía no dar crédito.

—Sí.

—De hecho, le volvió la espalda a la Oscuridad por ella —dije continuando la historia en su lugar—. Y anoche pidió perdón y se comprometió a seguir el camino de la Diosa.

—¡Y entonces la Diosa lo transformó en un chico! —exclamó Stevie Rae con tanto entusiasmo que incluso las comisuras de Duantia se curvaron con una sonrisa.

—Solo desde el ocaso al amanecer —añadió Neferet en un tono que dejaba claro que quería echar a perder el momento lanzando un jarro de agua fría—. Durante el día está condenado a ser un cuervo, una bestia incapaz de recordar su humanidad.

—Es la consecuencia de las cosas malas que hizo en el pasado —explicó Stevie Rae.

—Y ahora, durante el tiempo que es un chico, Rephaim quiere venir al colegio como cualquier otro iniciado —concluí.

—Admirable —dijo Duantia.

—Esa criatura no pertenece a esta escuela —protestó Dragon.

—No es la criatura la que está en la escuela —dije—. Es el chico. El mismo chico que Nyx perdonó. El mismo chico que Stevie Rae ha elegido como consorte. El mismo que intentó jurarte que estaría a tu servicio.

—Dragon, ¿lo rechazaste? —preguntó Duantia.

—Así es —respondió este secamente.

—Y esa es la razón por la que los expulsé a todos —dijo Neferet en un tono calmado, razonable, de adulto—. Mi maestro de esgrima no podía tolerar su presencia, y con toda la razón. Cuando el grupo de Zoey decidió dejar de mostrarnos su lealtad para trasladarla a Stevie Rae y al cuervo del escarnio no tuve más remedio que pedirles que se marcharan.

—¡Pero ya no es un cuervo! —protestó Stevie Rae en un tono que demostraba

que estaba tremendamente cabreada.

—Pero sigue siendo el ser que acabó con la vida de mi compañera. —La voz de Dragon sonó como un latigazo.

—¡Basta! —tronó Duantia a través del ordenador. Incluso a miles de kilómetros de distancia y a través de Skype, la potencia de su voz inundó la habitación, convirtiéndose en una presencia tangible—. Neferet. Quiero estar absolutamente segura de haber entendido bien los acontecimientos de anoche. ¿Nuestra Diosa, Nyx, apareció en tu Casa de la Noche y perdonó al cuervo del escarnio, Rephaim, le otorgó después el regalo de convertirse en un chico humano durante la noche y, como penitencia, lo condenó a tener la forma de un cuervo durante el día?

—Sí —respondió Neferet.

Duantia negó con la cabeza lentamente.

—Neferet, hay una parte de mí, lo que queda de cuando todavía era muy joven, que entiende tu reacción ante estos inesperados acontecimientos. No obstante, he de decir que te equivocaste. En pocas palabras, no puedes expulsar a un grupo de iniciados que lo único que han hecho ha sido apoyar a sus amigos. Y menos aún a este grupo de iniciados —dijo Duantia remarcando esta última frase—. Este grupo ha sido tocado demasiadas veces por la Diosa para ser desterrado.

—En cierto modo eso trae a colación la segunda cuestión que quería consultar contigo —dije—. En realidad, debido a las diferencias entre los iniciados rojos y el resto de iniciados, fue mucho mejor que nos expulsaran. —Entonces fruncí el ceño—. Esperad. Creo que no me he expresado bien.

—Lo que quiere decir es que no podemos descansar bien, a menos que lo hagamos bajo tierra —explicó Stevie Rae en mi lugar—. Y aquí no hay muchas posibilidades de estar bajo tierra.

—De manera que durante el día les gustaría estar en los túneles bajo la estación de Tulsa y durante la noche de los días de diario querrían venir a la escuela en autobús. No hay muchos iniciados rojos en el grupo de Stevie Rae, y exceptuándome a mí, ningún iniciado azul abandonó en ningún momento la escuela, de manera que, entre una alta sacerdotisa roja, dos guerreros transformados y yo deberíamos ser capaces de arreglárnoslas bastante bien allí. —A continuación, con una sonrisa de oreja a oreja dibujada en mi rostro, miré a Neferet—. Y sé muy bien que Neferet es una alta sacerdotisa tan extraordinaria que será capaz de gestionar perfectamente todos los cambios que están teniendo lugar aquí.

En ese momento se produjo un largo silencio durante el cual Neferet y yo nos quedamos mirándonos fijamente sin que ninguna de las dos apartara la vista en ningún momento.

Al final Duantia preguntó:

—¿Tú qué opinas, Neferet?

Antes de que se girara hacia la cámara, percibí un atisbo de suficiencia en la expresión de su rostro.

—Después de escuchar tus sabias palabras, Duantia, me doy cuenta de que anoche me precipité con mi decisión. Como alguien que ha sido recientemente perdonada por Nyx, lo menos que puedo hacer es esforzarme por emular la benevolencia de la Diosa. Es evidente que tiene planes especiales para Zoey y su grupo. Quizás un lugar apartado para descansar sea lo mejor. Por supuesto, deberán seguir ateniéndose a las normas de esta Casa de la Noche y considerándome su legítima alta sacerdotisa.

—Ummm, no necesariamente —dije ignorando la penetrante mirada de Neferet y concentrándome en Duantia—. Los días que pasé en Skye con la reina Sgiach realmente significaron mucho para mí. Llegamos a estar muy cerca la una de la otra. Sgiach incluso llegó a decirme que le gustaría convertirse en mi mentora y empezar a abrir Skye al mundo moderno. En este momento no puedo estar en Skye con ella, pero sigo queriendo seguir sus pasos. —Entonces inspiré profundamente y concluí rápidamente—: Es por eso que quiero declarar oficialmente la estación de Tulsa fuera de la jurisdicción de la Casa de la Noche, de la misma manera que hizo Sgiach con Skye. —A continuación miré directamente a Neferet—. Y al igual que Sgiach, no me meteré en tus asuntos si tú no te metes en los míos.

—¿Tienes la desfachatez de declararte a ti misma reina? —Neferet parecía anonadada.

—En realidad no fui yo quien lo hizo. Fue Sgiach, y también su guardián. Además, Stark ha sido aceptado como guardián. En el Otro Mundo tenía la espada y todo lo demás. Es mi guerrero, de manera que, por defecto, significa que he sido declarada reina. Aunque una reina pequeña —añadí.

—No me parece justo —dijo Neferet.

—Estoy de acuerdo con Neferet —dijo Dragon.

Yo me quedé mirándolo fijamente, intentando transmitirle: ¿En serio? ¿De veras estás diciendo que estás de acuerdo con Neferet después de todo lo que sabes sobre ella? Sin embargo, Dragon pasó la mirada por encima de mí como si no pudiera verme.

—Tengo que discutir este asunto con el Alto Consejo, Zoey Redbird. No somos partidarios de la idea de que existan reinas vampiras. Los vampiros son altas sacerdotisas, guerreros y profesores, y siguen los diferentes caminos vitales que se originan de estos títulos. Esa ha sido nuestra tradición durante mucho tiempo.

—¡Pero Sgiach es una reina! —insistí—. Lo ha sido durante siglos. Debería ser tiempo suficiente para que también sea considerada una tradición.

—¡Pero no una tradición vampírica! —La forma en que levantó la voz hizo que se me erizaran el vello de los brazos. La líder del Alto Consejo inspiró profundamente, como intentando recobrar la compostura, antes de continuar en un tono más calmado—: Sgiach apenas puede ser considerada una vampira. Lleva muchos siglos separada de nosotros. Es como si tuviéramos con ella una incómoda tregua sin que nunca haya sido declarada. No podemos entrar en su isla y ella no tiene

ninguna intención de salir. —Duantia hizo una pausa y levantó una ceja—. ¿Se ha producido algún cambio al respecto, Zoey? ¿Acaso Sgiach está planeando dejar Skye?

—No —dije—. Pero sí que me dijo que iba a considerar la posibilidad de volver a aceptar alumnos.

—Permitir que unos desconocidos entraran y salieran de Skye sería algo excepcional. —La manera en que lo dijo me hizo pensar que Duantia no creía que «excepcional» fuera sinónimo de «una buena cosa».

—Creo que abrirse a los desconocidos es algo que todos deberíamos hacer en estos tiempos de cambios —dijo Neferet.

Todo el mundo la miró de hito en hito. Hasta Duantia se quedó sin palabras.

—De hecho, estoy tan convencida de ello, que he decidido abrir las puertas de mi Casa de la Noche a los humanos del lugar para que realicen algunos trabajos de poca categoría. Me parece algo sensato y responsable, especialmente en estos tiempos de crisis económica. Espero que Sgiach tome ejemplo.

—Es una idea excelente, Neferet —convino Duantia—. Como bien sabes, los humanos son una presencia constante aquí, en la isla de San Clemente, desde hace siglos. —La alta sacerdotisa de los vampiros sonrió—. Desde que nos volvimos modernos y civilizados.

—Y a la Casa de la Noche le gustaría hacer lo mismo —dijo Neferet.

—De acuerdo. Entonces, la decisión está tomada. La Casa de la Noche de Tulsa contratará a humanos del lugar. Rephaim, los iniciados rojos y el grupo de estudiantes de Zoey asistirán a clase en la Casa de la Noche de Tulsa pero descansarán en los túneles bajo la estación durante el día. Pasaré una nota para hablar con el ayuntamiento de Tulsa acerca de la adquisición de la estación.

—¿Y qué hay del estatus de Zoey como reina y de la lealtad de la estación hacia mí y hacia esta Casa de la Noche? —inquirió Neferet.

Yo contuve la respiración.

—Como ya he dispuesto, una cuestión tan seria como la de que una joven y talentosa iniciada pueda ser considerada reina, aunque sea una reina en prácticas, debe ser consultada con el Alto Consejo en su totalidad. Hasta que podamos tomar una decisión, Zoey Redbird y la estación serán una extensión de la Casa de la Noche.

—Y, por lo tanto, seguiré siendo su alta sacerdotisa —concluyó Neferet.

Stevie Rae se aclaró la garganta y todos dirigimos la mirada hacia ella.

—Ummm, no es que quiera ser mezquina ni nada parecido, pero si no podemos llamar reina a Z, y tenemos que tener una alta sacerdotisa, la siguiente de la fila soy yo. Mis iniciados rojos necesitan a alguien como ellos que los comprenda. Y esa soy yo. De manera que podéis considerarnos una sucursal de la Casa de la Noche si queréis, pero si tenemos que tener una alta sacerdotisa al mando, seré yo.

—Lo que dices tiene mucho sentido, joven sacerdotisa —dijo Duantia sin vacilar lo más mínimo, lo que me hizo pensar que quizás estaba esperando que Stevie Rae



manifestara su disconformidad—. Stevie Rae, hasta que se resuelva la cuestión del título de Zoey Redbird, actuarás como alta sacerdotisa de la extensión de la Casa de la Noche en la estación.

—Gracias, señora —respondió Stevie Rae—. Y no pretendía ser irrespetuosa.

Los afilados rasgos de Duantia se suavizaron y esbozó una sonrisa.

—No has sido irrespetuosa. Has hablado como una alta sacerdotisa. Y ahora, si no hay más asuntos que tratar, me gustaría aplazar la sesión para poner al día al resto de los miembros del Consejo acerca de lo sucedido y de las decisiones que han sido tomadas.

—Yo he terminado —dije.

—Y yo —dijo Stevie Rae.

—Creo que lo que hemos conseguido es más que suficiente para un día —dijo Neferet.

—Excelente. Entonces me despido de vosotros y os deseo que seáis benditos.

El ordenador emitió ese extraño sonido que indica que Skype ha sido desconectado y la imagen desapareció de la pantalla.

—¡Vaya! ¡Ha sido muy interesante! —dijo Lenobia.

Al oír sus palabras me di cuenta de que no había abierto la boca en todo el tiempo durante el trascurso de la llamada. Aquello me hizo preguntarme qué debía pensar de ella. Era cierto que en el pasado había puesto de mi parte y en contra de Neferet, pero también lo había hecho Dragon.

—Sí, «interesante» es una de las palabras que se podrían usar para describir lo que ha pasado —dijo Neferet.

—¡Felicidades, alta sacerdotisa! —le dije a Stevie Rae.

—¡Eso! ¡Felicidades! —dijo Erik.

—Ya eras nuestra alta sacerdotisa, pero me alegra que lo hayan hecho oficial —dijo Kramisha.

—¡No lo quiero en mi clase! —intervino Dragon con brusquedad, cortándonos totalmente el rollo.

Empecé a abrir la boca para defender el derecho de Rephaim a asistir a la clase de esgrima o a la que le diera la gana a pesar de que seguía sintiéndome extraña defendiéndolo en lo que fuera, cuando de repente la respuesta de Stevie Rae me sorprendió y me hizo callar al mismo tiempo.

—Creo que tienes razón. Sé lo difícil que debe ser para ti. ¿Qué te parece si le pido a Darius y a Stark que den algunas clases particulares sobre el uso del cuchillo y demás chismes? Rephaim podría asistir.

—Me parece buena idea —dijo Lenobia—. Dado que todos los iniciados tienen que recibir algún tipo de formación en defensa personal, con la inesperada llegada de los iniciados rojos tus clases estarán demasiado llenas.

—Sí, se suponía que estábamos muertos. El hecho de que no lo estemos sin duda fastidiará el tamaño de las clases —dijo Kramisha.

Neferet suspiró profundamente y luego dijo:

—Todos los iniciados deben asistir a clases de defensa personal para protegerse de los ataques de los cuervos del escarnio. ¿Soy la única a la que le parece terriblemente irónico lo que estáis diciendo?

—No, a mí también. Y no solo irónico —dijo.

—Pues a mí lo que me parece es que tú no haces más que remover la mierda —dijo Stevie Rae, que se había girado y se encontraba a escasos centímetros de la cara Neferet, con expresión desafiante. No parpadeaba. Ni tampoco se movía de donde estaba. Mi mejor amiga parecía una tipa dura, fuerte, y mucho mayor de la edad que realmente tenía.

Stevie Rae se estaba comportando como una alta sacerdotisa.

Una alta sacerdotisa que se estaba buscando enemigos muy peligrosos.

—Duantia ha decidido que Rephaim y el resto de nosotros podemos quedarnos —dije yo poniéndome en pie y colocándome entre Stevie Rae y Neferet—. Creo que lo que tenemos que hacer es encontrar la manera de llevarlo a cabo sin ocasionar un montón de problemas o tensiones. —En ese momento miré a Dragon intentando encontrar en sus ojos llenos de rencor al sabio y amable profesor de esgrima que yo había conocido—. Creo que todos nosotros hemos tenido más que de sobra últimamente como para que nos duren una buena temporada, ¿no creéis?

—Estaré en la casa de campo con los iniciados normales —dijo Dragon antes de abrirse a paso a empujones para salir de la habitación.

—Stevie Rae, puedes decirles a Stark y a Darius que pueden dar clase en los establos —dijo Lenobia.

—Me alegra descubrir una actitud tan acomodaticia por su parte, profesora Lenobia —dijo Neferet—. El primero de los humanos que voy a contratar será un mozo de cuadras para que la ayude con todas las... —En ese momento se detuvo y nos miró a Stevie Rae, a Kramisha y a mí—. Con las «aguas residuales» de los establos.

—Estiércol —respondió Lenobia rápidamente—. En mis establos no hay aguas residuales. Tengo estiércol. Y no necesito ninguna ayuda para manejarlo.

—Pues tendrás que aceptarla, primero porque es lo correcto y segundo porque el Alto Consejo así lo ha dispuesto.

—Haré lo que creo que debo hacer.

—Entonces harás lo que espero de ti. —Neferet se giró y le dio la espalda con actitud despreciativa—. Zoey y Stevie Rae, los iniciados rojos deberán retomar el plan de estudios que estaban siguiendo antes de morir —dijo en un tono que no admitía discusión—. Y vosotras dos tendréis que uniros a ellos. No me importa si habéis cambiado de forma anormal —dijo chasqueando los dedos rápidamente en dirección a donde se encontraba Stevie Rae—, o sois simplemente iniciados anormales —añadió dirigiendo su atención hacia Kramisha y hacia mí—. Tenéis que asistir a clase. Sois demasiado jóvenes para resultar interesantes sin haber recibido

una educación mejor. En este momento deberían estar dando la segunda hora. Doy por terminada la reunión del Consejo.

Acto seguido, sin desearnos siquiera que fuéramos bendecidos, se largo de la habitación.

—Esta tía está fatal —dijo Kramisha.

—¿Fatal? Fatal es poco. ¡Se le ha ido la pinza por completo! —dijo Stevie Rae.

—Pero al menos ya la conocemos. Cuando nos enfrentamos a ella, sabemos que tenemos delante a una alta sacerdotisa que ha tomado el mal camino y que está completamente loca —dijo Lenobia lentamente—. El que realmente me preocupa es Dragon.

—Entonces, ¿estás de nuestra parte? —le pregunté a la profesora de equitación.

Lenobia me miró fijamente con sus ojos grises.

—Una vez te dije que había luchado contra el mal. Todavía llevo las cicatrices de ese enfrentamiento, tanto físicas como emocionales, y nunca permitiré que el mal y la Oscuridad vuelvan a diezmar mi vida. Estoy contigo, y contigo, y contigo —dijo inclinando levemente la cabeza hacia Stevie Rae y Kramisha—, porque estáis del lado de la Diosa. —Después se giró hacia Erik, que se había puesto en pie, pero que no había hecho ni el más mínimo amago de marcharse y le preguntó—: ¿Y tú? ¿Dónde estás tú?

—¿Yo? Yo soy el rastreador de la Casa de la Noche.

—Eso ya lo sabemos, pero ¿a favor de quién estás? —preguntó Stevie Rae.

—Estoy a favor de marcar chavales y cambiar sus destinos —respondió Erik capeando la pregunta.

—Erik, algún día tendrás que tomar partido —le dije.

—Perdona, pero solo porque no me acerque a dos centímetros de Neferet con gesto desafiante no quiere decir que no haya tomado partido.

—No, significa solo que es un gallina —dijo Stevie Rae.

—Te crees que lo sabes todo, ¿verdad, Stevie Rae? Pues sabes lo que te digo: ¡Que paso de ti! —dijo marchándose de la habitación hecho una furia.

Kramisha resopló ruidosamente.

—¡Qué desperdicio de chico! ¡Con lo bueno que está!

Muy a mi pesar, tenía que darle la razón.

—Voy a empezar a separar una parte del ruedo para las clases de Rephaim con los dos guerreros —dijo Lenobia—. Mientras tanto, deberíais reunirlos e informarles de que van a ser profesores, al menos provisionalmente.

—No debería ser difícil encontrarlos —dije—. Lo más probable es que Stark y Darius estén en la casa de campo jugando con sus espadas.

—Voy contigo —dijo Stevie Rae.

—Y yo supongo que tendré que ir a clase —dijo Kramisha con un profundo suspiro.

Una vez dejamos la habitación, Stevie Rae me agarró del brazo y me obligó a

reducir el paso para que camináramos la una al lado de la otra.

—¡Oye! El hecho de que el Alto Consejo me haya nombrado alta sacerdotisa no quiere decir que quiera ser tu jefa ni nada parecido. Lo sabes, ¿verdad?

Yo parpadeé sorprendida.

—Por supuesto que lo sé. Y de todos modos, tú eres alta sacerdotisa, y eso significa que no te comportarás como una marimandona que se pasa el día dando el coñazo.

No se rio como pensé que habría hecho. En vez de eso se tiró de uno de sus mechones rizados, un signo inequívoco de que estaba estresada.

—De acuerdo, es un detalle por tu parte decir algo así, pero hace solo... ¿cuánto? ¿Dos segundos que soy alta sacerdotisa? Necesito estar segura de que me ayudarás.

Yo la agarré del brazo y le di un golpecito amistoso con el hombro.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo.

—¿Incluso después de lo de Rephaim?

—¿Incluso después de lo Loren, lo de Kalona y lo de Stark? —le pregunté yo a modo de respuesta.

Ella empezó a sonreír.

—Siempre tienes que quedar un escalón por encima de mí, ¿verdad?

—Lo siento, pero esta vez he quedado tres escalones por encima —dije. En esta ocasión mi comentario sí que consiguió hacerle reír, pero en cambio hizo que se me escapara un suspiro.

Dejamos atrás la parte de la Casa de la Noche donde se encontraba el centro de telecomunicaciones en forma de torre y, tras girar a la izquierda, echamos a andar por la acera que rodeaba la casa de campo y los establos. Hacía frío, pero la noche era superclara. El cielo estaba lleno de estrellas, que se veían perfectamente por entre las ramas de los grandes robles que crecían por todo el campus.

—Es un encanto, ¿verdad?

Yo fingí que no entendía de qué me estaba hablando.

—¿Quién? ¿Stark? Pues sí.

Ella me pegó un empujoncito con el hombro.

—¡Me refiero a Rephaim!

—¡Ah! ¡Él! Bueno, sí. No está mal. —Entonces vacilé y estuve a punto de no decir nada, pero al final me decidí a preguntar. Al fin y al cabo, éramos mejores amigas. Y las mejores amigas tienen que tener la confianza para preguntarse cualquier cosa.

—Entonces, ¿lo viste convertirse en pájaro?

Casi pude ver cómo la tensión invadía su cuerpo, pero su voz sonó casi normal cuando respondió:

—Sí, lo vi.

—¿Y cómo fue?

—Horrible.

—Y... esto... ¿se quedó por allí? ¿O echó a volar justo después?

No podía evitarlo. La curiosidad me estaba comiendo por dentro.

—Se fue enseguida. Pero tan pronto como se puso el sol, regresó. Dice que siempre encontrará el camino para regresar hasta donde yo esté.

—Entonces lo hará —dije detestando el tono preocupado con que respondió.

—Le quiero, Z. Es muy bueno. Te lo prometo.

Estaba abriendo la boca para decirle que la creía cuando un grito me interrumpió. En un primer instante no entendí lo que decía la voz, pero reaccioné a la sensación de peligro que transmitía. Sin embargo Stevie Rae sí que lo entendió.

—¡Oh, no! ¡Es Dragon! ¡Está llamando a los guerreros para que corran en su ayuda!

Acto seguido me soltó el brazo y echó a correr hacia la voz de Dragon. Y sintiendo como si se cerniera sobre nosotras un terrible presagio, salí disparada detrás de ella.



## Rephaim

—¿Qué estáis haciendo aquí? —gritó Rephaim a los tres cuervos del escarnio encaramados por encima de él. Rápidamente miró a su alrededor. Si hubiera tenido tiempo habría exhalado un suspiro de alivio al ver que aquella parte del campus permanecía desierta. Por suerte, todos los iniciados se habían marchado para asistir a las clases de la segunda hora.

—Tenéis que iros antes de que alguien os vea —dijo en un tono de voz mucho más bajo.

—¿Rephaim? ¿Cómo?

A pesar de que en el árbol había tres cuervos del escarnio, solo uno de ellos estaba hablando. Por supuesto, Rephaim lo reconoció de inmediato. Se trataba de Nisroc, uno de los que tenían una apariencia más humana de entre todos sus hermanos.

—Escogí el camino de Nyx. La Diosa me perdonó y me aceptó, y al hacerlo cambió mi cuerpo para convertirme completamente en un humano. —Rephaim no estaba seguro de por qué no había añadido «durante la noche». De lo que sí estaba seguro era de que todo lo que le dijera a Nisroc sería transmitido directamente a su padre.

—¿Perdón? ¿Por qué?

—Rephaim se quedó mirando a su hermano, casi desbordado por la lástima. *No se da cuenta de que existe otro camino diferente del que nuestro padre le indica, ni tampoco de que lo que hace en nombre de Kalona está mal.*

—Nisroc, cuando nos... —Rephaim hizo una pausa. *No, pensó, solo puedo hablar por mí mismo*—. Cuando hice daño a otros, cuando maté, saqueé y me apropié de todo lo que me venía en gana solo porque podía hacerlo... Estuvo mal.

Nisroc cabeceó hacia delante y hacia atrás. Sus otros hermanos, dos miembros sin nombre de la horda de bestias cuya única función en la vida era cumplir las órdenes de su padre, sisearon suavemente. Estaban alterados, pero no habían evolucionado lo suficiente como para entender por qué.

Al final, su hermano dijo:

—Órdenes de Padre. No mal.

Rephaim negó con la cabeza.

—Incluso padre puede estar equivocado. —Luego inspiró profundamente y añadió—: E incluso tú puedes escoger un camino diferente.

Los dos sin nombre dejaron de sisear y se quedaron mirándolo como en estado de shock. Nisroc, por su parte, entornó sus ojos humanos de color escarlata.

—Ella hizo essto. La hembra. Como dijo Padre.

—Nadie me hizo nada. La decisión fue mía. —Entonces, con una sacudida de miedo, cayó en la cuenta de lo que estaba pasando—. Nisroc, la Roja, Stevie Rae no me hizo nada. Fui yo quien la eligió a ella, y también a su Diosa. No puedes hacerle daño a la Roja. Nunca. Ella me pertenece. ¿Lo has entendido?

—Tuya. La Roja no poder matar.

Nisroc repitió de forma mecánica, pero Rephaim percibió el severo y perverso destello en sus brillantes ojos.

—Tenéis que marcharos. Ahora —dijo Rephaim—. Nadie debe veros y no podéis volver.

—Primero, el mensaje de Padre. —Nisroc descendió de las espesas ramas centrales del roble y aterrizó delante de Rephaim, seguido por los otros dos cuervos del escarnio, que se situaron uno a cada lado de él—. Esstarásss del lado de padre. Pero aquí. Obssservando. Esssperando. Essspiando.

Rephaim volvió a negar con la cabeza.

—No. No pienso hacer de espía para padre.

—¡Sssí! ¡Hacer como padre dice! —Nisroc extendió las alas, una actitud que imitaron los otros dos cuervos del escarnio.

Extremadamente alterado, sacudió la cabeza y apretó los puños. Pero Rephaim no se sintió amenazado. El peligro físico al que se enfrentaba no se registró en su mente. Estaba demasiado acostumbrado a sus hermanos. Demasiado acostumbrado a ser uno de ellos. No, era más que eso. Rephaim estaba demasiado acostumbrado a ser su líder como para tenerles miedo.

—No —repitió—. He dejado de hacer lo que padre dice. He cambiado. Por dentro y por fuera. Y ahora regresad y decídselo. —Rephaim vaciló para luego añadir—: Decidle que sigo fiel a mi elección.

—Odiará a ti —dijo Nisroc.

—Lo sé. —En lo más profundo de su ser, Rephaim sintió el dolor que esto le causaba.

—Yo odiaré a ti.

Rephaim frunció el ceño.

—No tienes por qué.

—Debo.

Lentamente, Rephaim extendió la mano, ofreciendo a Nisroc su antebrazo como ordenaba el tradicional gesto de saludo y de despedida entre guerreros.

—No, no tienes por qué. Podemos despedirnos de forma amistosa, como hermanos.

Nisroc hizo una pausa y movió la cabeza de un lado a otro. Sus ojos entrecerrados se relajaron y su actitud agresiva cambió. Empezó a moverse, a hablar, pero Rephaim nunca averiguaría cuál era la verdadera intención de su hermano porque en ese preciso instante el grito de Dragon Lankford «¡Hijos de Érebo! ¡Venid a mí!» hizo

añicos la tranquilidad de la noche y el Maestro de esgrima se abalanzó sobre ellos.

Rephaim experimentó un momento de pánico que le dejó paralizado. Se quedó allí quieto, en medio del caos, mientras sus hermanos, siseando y gruñendo, respondían al ataque de Dragon. Lo observaba todo con la terrible y catastrofista convicción de que de un momento a otro un montón de guerreros empezarían a surgir de la casa de campo, con las espadas desenvainadas y las flechas preparadas para ser disparadas. Se unirían a Dragon y aplastarían a sus tres hermanos.

—¡Dragon, no! —gritó—. ¡No estaban atacando!

Desde el fragor de la batalla, la voz de Dragon Lankford le espetó:

—¡O estás con nosotros o contra nosotros! ¡No hay término medio!

—¡Sí que lo hay! —le contestó Rephaim gritando con los brazos abiertos como si quisiera indicar que se había rendido—. ¡Es donde yo estoy! —Seguidamente dio un paso adelante en dirección a Dragon—. ¡No estaban atacando! —repitió—. ¡Nisroc! ¡Hermanos! ¡Dejad de luchar!

A Rephaim le pareció que Nisroc vacilaba. De hecho, estaba seguro de que su hermano lo estaba escuchando, comprendiendo, y que quería retirarse. Y entonces se escuchó la voz de Neferet que surgía de la oscuridad.

—¡Aurox! ¡Protege! ¡Destruye!

La criatura de Neferet irrumpió en escena violentamente.

Venía de la zona cercana al muro y se quedó mirando a Rephaim. Al principio le pareció humano. Tenía la forma de un humano, joven y sin marcar, como un iniciado o un vampiro. Pero se movía con demasiada rapidez para tratarse de un humano. Arremetió como una exhalación. Atacando desde atrás agarró al cuervo más cercano por las alas y con un único, terrorífico movimiento, se las arrancó del cuerpo.

A lo largo de sus siglos de existencia Rephaim había visto cosas terribles, había cometido actos malvados y oscuros, pero de algún modo, el hecho de verlos desde el punto de vista de un humano hizo que la violencia que estaba presenciando le pareciera algo espantoso. Su grito se superpuso al de su hermano cuando el cuerpo del cuervo del escarnio cayó al suelo, retorciéndose agonizante y escupiendo sangre.

Fue entonces cuando Aurox empezó a transformarse. A pesar de ver cómo sucedía, Rephaim apenas podía entenderlo.

Su cuerpo se volvió más grande, más voluminoso.

Le crecieron cuernos.

Sus puños se solidificaron.

La piel se le erizó, cambió, vibró como si hubiera algo debajo luchando por salir.

Entonces se inclinó y, con un gesto que casi se habría podido definir como elegante, le partió el cuello a su hermano.

Incluso Dragon Lankford interrumpió su ataque para quedarse mirando.

Obligando a su mente hacerse hueco a través del horror y la conmoción, Rephaim gritó a Nisroc:

—¡Marchaos! ¡Salid volando de aquí!



Con un grito de desesperación, Nisroc, seguido por uno de sus hermanos, se elevó del suelo cubierto de sangre.

La criatura mutante rugió y dio un salto intentando, inútilmente, derribarlos de un golpe. Cuando cayó de nuevo al suelo, hendiendo la hierba con sus enormes pezuñas, se giró y miró a Rephaim con sus llameantes ojos del color de la luna.

Deseando tener alas, o al menos un arma, Rephaim se puso en cuclillas con actitud defensiva y se preparó para la embestida de la bestia.

—¡Rephaim! ¡Cuidado!

Escuchó su voz y el miedo se le clavó como un aguijón grueso y caliente mientras Stevie Rae, seguida de Zoey, corría a toda prisa hacia él.

Entonces la criatura agachó la cabeza y arremetió contra él.

## Zoey

Me encontraba a poca distancia de Stevie Rae mientras nos acercábamos a toda prisa hacia la pelea. ¡Madre mía! Lo único que puedo decir es que era asqueroso, horripilante y que no se entendía absolutamente nada.

Era incapaz de decir lo que estaba pasando. Dos cuervos del escarnio estaban gritando y salían huyendo por encima de nuestras cabezas. Pude ver el cuerpo decapitado (puaj) de otro cuervo del escarnio dando sacudidas y rezumando un montón de sangre de un olor extraño a los pies de Dragon. Rephaim estaba en pie a cierta distancia de ellos, como si hubiera estado observando la pelea, pero sin tomar parte. Inexplicablemente, Neferet también estaba allí, con una expresión aún más desquiciada que de costumbre y sonriendo de una forma extraña.

En mitad de todo el barullo había una criatura que era mitad humana, mitad no. En el mismo momento en que lo vi, empecé a sentir un intenso calor en el pecho. Levanté la mano y palpé el círculo de mármol caliente que colgaba de la cadena de plata que rodeaba mi cuello.

—La piedra vidente —mascullé para mí misma—. ¿Otra vez? ¿Y por qué ahora?

Como si alguien pretendiera responder a mi pregunta, sentí el impulso de mirar a la extraña criatura. Tenía cuernos y pezuñas, pero su rostro era el de un muchacho. Los ojos le brillaban. Había estado intentando agarrar a un cuervo del escarnio en pleno vuelo, pero cuando vio que no lo conseguía, concentró toda su atención en Rephaim, bajó la cabeza, y arremetió contra él.

—¡Rephaim! ¡Cuidado! —gritó Stevie Rae echando a correr a toda velocidad hacia él.

—¡Espíritu! —exclamé yo intentando seguirle el paso—. ¡Fortalece a Stevie Rae!

Sentí como el elemento respondía a mi llamada saliendo como un torbellino de mi interior y penetrando en mi amiga junto con su propio elemento, la tierra. Como si estuviera lanzando una enorme pelota, se elevó y un brillante muro verde se levantó

desde el suelo hacia arriba, como una cascada del revés, protegiendo a Rephaim de la embestida de la bestia.

La criatura chocó contra el muro verde y rebotó, cayendo de espaldas. Stevie Rae se colocó en pie junto a Rephaim, fuerte, erguida y orgullosa, y le agarró la mano. Luego levantó la otra mano y, cuando la criatura intentó levantarse hizo un movimiento como una bofetada y dijo:

—¡No! ¡Quieto ahí!

Una resplandor verde le pasó por encima, dejándolo clavado al suelo.

—¡Basta! —intervino Neferet dirigiéndose a la bestia con paso firme—. Aurox no es el enemigo aquí. Libéralo inmediatamente.

—No si intenta arremeter contra Rephaim —respondió Stevie Rae. Luego se giró hacia Dragon y preguntó—: ¿Estaba conchabado Rephaim con los cuervos del escarnio?

Sin ni siquiera dignarse a mirarlo, Dragon respondió:

—Estaba hablando con ellos, pero no participó en el ataque.

—¡No han atacado a nadie! —protestó Rephaim—. Habían venido a verme, nada más. ¡Has sido tú el que los ha atacado!

Dragon por fin miró a Rephaim.

—Los cuervos del escarnio son nuestros enemigos.

—Pero son mis hermanos. —La voz de Rephaim sonó increíblemente triste.

—Vas a tener que decidir de qué parte estás —dijo Dragon con solemnidad.

—Ya lo he hecho.

—Y por lo visto la Diosa también lo cree así —dijo Neferet—. Aurox —añadió dirigiéndose a la criatura que seguía tumbado de espaldas, atrapado por el poder de la tierra—, la batalla ha terminado. Ya no hay necesidad de proteger o atacar. —Acto seguido dirigió su mirada color esmeralda hacia Stevie Rae—. Y ahora libéralo.

—Gracias, tierra —dijo Stevie Rae—. Ya te puedes marchar. —Y con un movimiento de su mano el resplandor verde se evaporó, permitiendo a la criatura que se levantara.

Sin embargo lo que se puso en pie no fue la criatura. Era un chico, un hermoso muchacho rubio con los ojos como piedras lunares y la cara de un ángel.

—¿Quién es ese? ¿Y de dónde demonios ha salido toda esa sangre?

La repentina voz de Stark, justo a mi lado, me hizo dar un respingo.

—¡Oh, mierda! ¡Es un cuervo del escarnio muerto! —exclamó Aphrodite cuando ella, Darius y lo que parecía la mayor parte de la escuela se apelotonaron a nuestro alrededor.

—Es un chico humano. Y muy guapo, por cierto —opinó Kramisha mirándolo de arriba abajo.

—No es humano —dije yo sujetando con la mano mi piedra vidente.

—¿Y entonces qué es?

—Magia antigua —respondí, mientras las piezas sueltas de mi mente empezaban

a encajar.

—Esta vez estás en lo cierto, Zoey —sentenció Neferet situándose junto al chico. A continuación, con un tono rimbombante anunció—: ¡Casa de la Noche, os presento a Aurox, el regalo que me otorgó Nyx como prueba de su perdón!

Aurox dio un paso adelante. Sus ojos de aquel extraño color se encontraron con los míos. De frente a la multitud, pero mirándome solo a mí, se llevó el puño al corazón e hizo una reverencia.

—¿Un regalo de Nyx? No se lo cree ni ella —masculló Stevie Rae.

Aphrodite, que por una vez parecía estar de acuerdo con Stevie Rae, soltó un bufido.

Lo único que fui capaz de hacer fue quedarme mirando fijamente. Lo único que fui capaz de sentir fue el calor de la piedra vidente.

—¿Qué es, Zoey? —preguntó Stark en voz baja.

Yo no contesté. En vez de eso me obligué a mí misma a apartar la vista de Aurox y plantarle cara a Neferet.

—Di la verdad, ¿de dónde lo has sacado? —Mi voz sonó dura y fuerte, pero me sentía como si el estómago estuviera intentando volverse del revés.

En algún lugar en el fondo de mi mente podía oír el rumor y los susurros de los chicos que me rodeaban, y supe que forzar un enfrentamiento con Neferet en aquel lugar y aquel momento no era lo más inteligente. Pero no podía contenerme. Neferet estaba mintiendo sobre aquella cosa a la que llamaba Aurox y, por alguna extraña razón, era lo único que me importaba.

—Ya te lo he dicho. Además, Zoey, he de añadir que esa es precisamente la razón por la que tienes que volver al colegio, asistir a clase y volver a concentrarte en los estudios. Tengo la sensación de que has perdido la capacidad de escuchar.

—Acabas de decir que se trata de magia antigua —respondí ignorando su actitud pasivo-agresiva de mierda—. La única magia antigua que conozco está en la isla de Skye. —*Y la que vi anoche*, me dije a mí misma, *cuando observé a Stark a través de la piedra. La magia antigua de los guerreros guardianes que todavía seguía adherida a él a pesar de que ya no estamos en la isla.* Con la mente hecha un lío pero sin dejar de enfrentarme a Neferet, continué—: ¿Me estás diciendo que viene de la isla de Skye?

—¿Cómo puedes ser tan estúpida! La magia antigua no se reduce solo a una isla. ¿Sabes qué? Deberías pensártelo dos veces antes de creerte todo lo que te dicen, especialmente cuando proviene de una vampira que se llama a sí misma «reina» y que lleva varios siglos encerrada en una isla.

—El caso es que todavía no has contestado a mi pregunta. ¡¿De dónde lo has sacado?!

—¿Qué magia puede ser más antigua que la que proviene directamente de la Diosa? ¡Aurox es un regalo de Nyx!

Neferet miró a la multitud con gesto de complicidad y se rio a carcajadas de mi

pregunta como si yo no fuera más que una niña cargante y todos ellos estuvieran compinchados con ella en una broma de adultos.

—¿En qué se estaba transformando?

No conseguía parar, a pesar de que era consciente de estar quedando como una mocosa impertinente, como si fuera una de esas chicas que quieren tener siempre la última palabra, y que esta suele ser siempre algo negativo.

Neferet me sonrió con expresión magnánima.

—Aurox se estaba transformando en el guardián de la casa de la Noche. No pensarías que eras la única que merece un guardián, ¿verdad? —preguntó abriendo los brazos de par en par—. ¡Todos nos lo merecemos! ¡Vamos! ¡Venid a saludarlo y luego volvamos a clase y a la razón por la que se fundó la Casa de la Noche! ¡El aprendizaje!

Me hubiera gustado gritarles a todos que no era ningún guardián y que estaba harta de que Neferet tergiversara mis palabras, pero no podía apartar la vista de Aurox mientras los iniciados (la mayor parte de ellos, chicas) empezaban a acercársele, con cuidado de no pisar los repugnantes charcos de sangre y los restos del cuervo del escarnio.

En realidad no sabía por qué, pero solo quería gritar.

—Esta vez no ganarás la partida —dijo Aphrodite—. Tiene a la multitud de su parte, y también al tío bueno.

—No es ningún tío bueno.

Sin soltar la piedra vidente, que en ese momento estaba ardiendo, me di la vuelta y comencé dirigirme de vuelta al colegio, alejándome de aquella ridícula escena. Sentía que Stark me estaba mirando, pero seguí caminando con la vista al frente.

—Z, ¿se puede saber qué te pasa? Conque no es solo un tío bueno. ¿Tan malo es eso? —preguntó Aphrodite.

En ese momento me detuve y me giré hacia ellos. Estaban todos allí, siguiéndome como una manada de patitos que caminan detrás de mamá pata: Stark, Aphrodite, Darius, las gemelas, Damien, Stevie Rae, e incluso Rephaim. Fue a este último a quien dirigí mi pregunta.

—Tú también lo has visto, ¿verdad?

Él asintió con sobriedad.

—Si te refieres a la transformación, sí.

—¿Ver qué? —preguntó Stark irritado, como si estuviera perdiendo la paciencia.

—Se estaba transformando en un toro —dijo Stevie Rae—. Yo también lo vi.

—¿Ese jovencito cachas se estaba convirtiendo en un toro? Eso no está nada bien —dijo Kramisha mirando furtivamente a la multitud que habíamos dejado atrás.

—Chico blanco, toro blanco —dijo Stevie Rae. Luego, en un tono que me recordó enormemente a mí misma, añadió—: ¡Vaya mierda!



## Erik

Había estado caminando lentamente de vuelta al aula de teatro, deseando con todas sus fuerzas que, en vez de dirigirse a una clase de interpretación, estuviera haciendo una entrada triunfal en algún estudio cinematográfico de Los Ángeles, Nueva Zelanda, Canadá... ¡Qué demonios! ¡Donde fuera menos en Tulsa, Oklahoma! También se había estado preguntando cómo había pasado de ser el tío más bueno de entre todos los iniciados y el nuevo Brad Pitt según el mejor agente de vampiros de Los Ángeles, a convertirse en un profesor de teatro y en un rastreador.

—Zoey —murmuró para sí mismo—. Mi vida empezó a joderse el día que la conocí.

Luego se sintió como una mierda por pensar algo así, a pesar de que no hubiera nadie alrededor que hubiera podido oírlo. La verdad es que se llevaba bien con Z. Incluso se podía decir que eran amigos. Lo malo eran toda las cosas raras que sucedían a su alrededor. *Es un imán para los frikis*, pensó para sus adentros. Con razón habían roto. Él no era ningún friki.

En ese momento se frotó la palma de la mano derecha.

Un puñado de iniciados pasó corriendo por su lado y él estiró el brazo y agarró a uno de ellos por el cuello de la chaqueta de cuadros del uniforme.

—¡Eh! ¿Adónde vais con tanta prisa? ¿Cómo es que no estáis en clase? —le preguntó con el ceño fruncido, más por el hecho de que estaba cabreado por sonar como uno de esos profesores que ordenan a los alumnos que vuelvan a clase que porque le interesara realmente adónde iba.

Cabreando todavía más a Erik, el niño se echó a temblar como si fuera hacerse pis encima.

—Ha pasado algo. Creo que es una pelea.

—¡Anda! ¡Vete! —dijo soltándolo con un ligero empujón.

El niño salió por piernas y Erik ni siquiera consideró la posibilidad de seguirlo. Sabía lo que se habría encontrado. A Zoey metida en algún lío. Y ya tenía demasiada gente que la podía ayudar a salir de él. ¡Maldita sea! No era responsabilidad suya, de la misma manera que tampoco era responsabilidad suya librar al maldito mundo de la Oscuridad.

Fue entonces, al estirar el brazo para agarrar el pomo de la puerta de su clase, cuando la palma de la mano derecha empezó a quemarle. Erik la sacudió con fuerza, y luego paró y se quedó mirándola.

La marca con forma de laberinto en espiral se había inflamado, como si acabaran

de hacérsela.

Entonces sintió un impulso incontrolable.

Erik soltó un grito ahogado, se giró, y echó a correr hacia el aparcamiento de estudiantes y hacia su Mustang rojo. Mientras, el impulso aumentó hasta un nivel casi febril. No podía permanecer quieto y sus pensamientos brotaban de su boca como dardos en forma de frases inacabadas.

—Broken Arrow. Avenida South Juniper, 2801. A pie. En treinta cinco minutos. Tengo que llegar hasta allí. Tengo que estar allí. Shaylin Ruede. Shaylin Ruede. Shaylin Ruede. Ve, ve, ve, ve, ve...

Erik sabía lo que le estaba pasando. Lo habían preparado para ello. El último rastreador de la Casa de la Noche, que se llamaba a sí mismo Charon, le había contado exactamente lo que le esperaba. Cuando le llegara el momento de marcar a un iniciado sentiría como si la palma de la mano le quemase, se le daría a conocer un lugar, un momento y un nombre, y sentiría un impulso irrefrenable de ir hasta allí.

Hasta aquel momento, Erik estaba seguro de estar preparado, pero no se había imaginado el ansia que se apoderaría de él, el extraordinario poder del foco que martilleaba en su interior al compás del latido ardiente y apremiante de la palma de su mano.

Shaylin Ruede iba a ser la primera iniciada que marcaría.

Tardó treinta minutos en llegar desde el centro de Tulsa a la pequeña comunidad de propietarios situada en el tranquilo barrio residencial de Broken Arrow. Erik estacionó en la plaza para visitantes del aparcamiento y salió del Mustang con las manos temblorosas. El impulso incontrolable lo condujo hasta la acera que había delante del complejo, en paralelo a la calle. El complejo estaba iluminado por unas farolas que emitían una tenue luz de color blanco. Parecían enormes peceras opacas que reposaban sobre palos de hierro forjado, proyectando luminosos círculos de color crema sobre la acera. La calle estaba flanqueada por cedros y robles de una cierta edad. Erik miró su reloj. Eran las cuatro menos cuarto de la mañana, una hora extraña para marcar a una niña. Pero Charon le había advertido que el impulso nunca se equivocaba y que lo único que tenía que hacer era seguirlo, dejarse guiar por sus instintos, y todo saldría bien. Aun así, no se veía ni un alma por los alrededores, y Erik estaba empezando a dejarse llevar por el pánico cuando escuchó un suave clac, clac, clac. Delante de él, una chica dobló la esquina desde el interior del complejo y apareció. Caminaba lentamente por la acera en dirección hacia donde se encontraba. Cada vez que pasaba por debajo de una de las burbujas de luz, Erik la examinaba detenidamente. Era pequeña, una joven diminuta con un montón de pelo castaño. Tenía tanto pelo que por unos segundos le distrajo su espesa y brillante cabellera impidiéndole ver nada más, hasta que el golpeteo repetitivo irrumpió en su mente. Sujetaba un largo bastón blanco que movía de un lado a otro dando pequeños golpes que le servían para saber por dónde iba. Cada pocos pasos se detenía y tosía de una forma que no le gustó nada.

Erik supo dos cosas al mismo tiempo. La primera, que aquella era Shaylin Ruede, la adolescente que se suponía que tenía que marcar. Y la segunda, que era ciega.

Se habría reprimido si hubiera podido pero, según le había dicho Charon, ningún fuerza, ni mortal ni mágica, podía separarlo de aquella chica hasta que la hubiera marcado. Cuando la joven se encontraba a pocos metros de él, levantó la mano con la palma extendida y apuntó hacia ella. Abrió la boca para hablar, pero ella se le adelantó.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién eres?

—Erik Night —masculló. Acto seguido sacudió la cabeza y se aclaró la garganta—. No. No es así.

—¿El qué no es así? ¿No te llamas Erik Night?

—Sí. Quiero decir, no. Espera. Esto tampoco es así. Esto no es lo que se supone que debía decir. —Le temblaban las manos y se sentía como si fuera a vomitar.

—¿Te encuentras bien? Tienes la voz rara. —En ese momento tosió de nuevo—. ¿Tú también estás con la gripe? Yo llevo todo el día fatal.

—No. Estoy bien. Es solo que tenía que haberte dicho otra cosa, no mi nombre ni nada de eso. ¡Oh, mierda! La estoy liando pero bien. Yo nunca me olvido las frases. Lo estoy fastidiando todo.

—¿Estás ensayando para una obra de teatro?

—No, y no te puedes imaginar lo irónica que resulta tu pregunta —dijo secándose el sudor de la cara y sintiéndose aturdido.

Ella ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—No irás a atracarme, ¿verdad? Ya sé que es tarde y todo eso, y que una chica ciega no debería estar por ahí a estas horas, pero para mí es el mejor momento para darme un paseo yo sola. No tengo muchas oportunidades de estar sola.

—No voy a atracarte —dijo Erik con tono desdichado—. Yo nunca haría algo así.

—Entonces ¿qué estás haciendo aquí y qué es lo que estás fastidiando?

—Las cosas no están saliendo como se suponía.

—Pues raptarme no solucionará nada. Vivo con mi madre adoptiva, y te aseguro que está sin blanca. De hecho, desde que trabajo en la biblioteca de South BA a la salida del colegio tengo más dinero que ella. Bueno... Pero no en este momento. Ahora no llevo nada encima.

—¿Raptarte? ¡No! —En ese preciso instante Erik se dobló por la mitad y se llevó la mano a la garganta—. ¡Mierda! Charon no me dijo que me dolería si no lo hacía.

—¿Charon? ¿Pertenece a una banda? ¿Se supone que vas a sacrificarme para llevar a cabo algún rito de iniciación?

—¡No!

—Menos mal, porque eso sí que sería una mierda. —En ese momento sonrió al vacío y empezó a girarse hacia donde había venido—. Bueno, pues entonces nada. Si no quieres nada más..., Me alegro de haberte conocido, Erik Night. Si es que te llamas así...

Con un enorme esfuerzo, Erik se irguió lo suficiente para levantar la mano de nuevo, con la palma extendida.

—Esto es lo que se supone que tenía que hacer. —Entonces, con una voz repentinamente llena de magia, de misterio y de intención, Erik Night pronunció las antiguas palabras de los rastreadores—: ¡Shaylin Ruede! La Noche os ha escogido, vuestra muerte será vuestro renacer. La Noche os llama, escuchad su dulce llamada. ¡El destino os aguarda en la Casa de la Noche!

El calor que se había ido acumulando en sus tripas y que le había estado provocando nauseas, aturdimiento y una fuerte quemazón, salió disparado de golpe de la palma de su mano y se estampó directamente contra la frente de Shaylin. Esta emitió un suave gemido de sorpresa y cayó al suelo delicadamente.

Vale. Sabía muy bien lo que se esperaba de él. Se suponía que tenía que comportarse como un vampiro, desvanecerse entre las sombras y regresar a la Casa de la Noche dejando que la iniciada llegara por sus propios medios. Charon le había dicho que era así como se hacía. O al menos era así como se hacía en el mundo moderno.

Erik consideró la posibilidad de desvanecerse entre las sombras. Incluso había empezado a retroceder, cuando Shaylin levantó la cabeza. Había caído bajo uno de los charcos de luz, de manera que tenía el rostro iluminado. ¡Era absolutamente perfecto! Sus carnosos labios rosados se curvaron en una sonrisa de sorpresa y parpadeaba como si intentara aclararse la vista. Si no hubiera sido ciega habría jurado que lo estaba mirando con sus enormes ojos negros. Tenía una piel clara y sin imperfecciones, y su nueva marca en mitad de la frente parecía brillar con un hermoso y reluciente tono escarlata.

¿Escarlata?

Al ver el color, Erik un respingo y empezó a moverse hacia ella diciendo:

—¡Espera! ¡No! ¡Algo ha salido mal!

En ese mismo instante Shaylin exclamó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Puedo ver!

Erik corrió hacia ella y una vez allí se quedó en pie, impotente, sin saber que hacer mientras ella recobraba la compostura y se ponía en pie. Se tambaleaba un poco, pero miraba a su alrededor sin dejar de parpadear con una enorme sonrisa iluminando su precioso rostro.

—¡Es cierto! ¡Puedo ver! ¡Oh, Dios mío! ¡Esto es increíble!

—¡Esto no está bien! ¡Lo he fastidiado todo!

—¡No me importa si lo has fastidiado o no! ¡Muchísimas gracias! ¡Puedo ver! —gritó echándole los brazos al cuello, riendo y llorando al mismo tiempo.

Erik, casi sin darse cuenta, le dio unos golpecitos en la espalda. Tenía un olor dulce, como a fresas. O quizás melocotón. El caso es que olía a fruta. Y su cuerpo era realmente blandito.

—¡Oh, Dios! ¡Lo siento! —dijo soltándolo de golpe y dando un paso atrás. Tenía



las mejillas sonrosadas y se enjugó las lágrimas. Entonces sus húmedos y oscuros ojos se abrieron como si hubiera visto algo por encima de su hombro y Erik se giró con los brazos en alto dispuesto a noquear a quien fuera.

—¡Oh, no! ¡Lo siento otra vez! —Sus dedos descansaron durante un segundo en el brazo de él mientras daba un paso hacia delante. Él bajó la vista y descubrió que miraba boquiabierto un enorme y viejo roble—. ¡Es tan hermoso!

Avanzando con pasos que se iban volviendo cada vez más seguros, se acercó al tronco y apoyó la mano sobre él. Luego, con la mirada puesta en las ramas, dijo:

—Tenía algunas imágenes en mi mente. Cosas que recordaba de antes de perder la vista, pero esto es mucho, pero que mucho mejor. —Entonces se enjugó de nuevo las lágrimas y se quedó mirando a Erik con sus brillantes ojos todavía más abiertos—. ¡Vaya! ¡Uau!

A pesar de lo absurdo de la situación, Erik no pudo evitar corresponderle con su reluciente sonrisa de estrella del celuloide.

—Sí, lo sé. Antes de que me convirtieran en rastreador, iba camino de convertirme en actor de Hollywood.

—No. No estoy alucinando porque estés como un tren, aunque lo estés. Supongo —se justificó rápidamente sin quitarle ojo de encima.

—Lo estoy —le aseguró él recordándose a sí mismo que probablemente estaba en estado de shock.

—Sí, bueno... Me refiero a que estoy flipando porque realmente puedo verte.

—Vale, ¿y? *Por el amor de la Diosa. Aquella Shaylin Ruede, marcada o sin marcar, era una chica de lo más extraña.*

—Perdí la vista cuando era solo una niña, justo antes de cumplir cinco años. Lo que no recuerdo es que fuera capaz de ver el interior de las personas. Y creo que si fuera algo normal, al menos habría leído algo al respecto en internet.

—¿Cómo es posible que uses internet si eres ciega?

—¿Me lo preguntas en serio? No me puedo creer que no hayas oído hablar de todos esos chismes y artilugios para facilitar la vida de los discapacitados.

—¿Y por qué debería? No soy ningún discapacitado.

—¿Otra vez? ¡Venga ya! Eso no es lo que dice tu interior.

—Shaylin, ¿de qué demonios estás hablando? *Aquella tía estaba como un cencerro. ¿Era posible que el hecho de que hubiera fastidiado toda la historia del rastreo no solo la hubiera convertido en una iniciada roja, sino también en una iniciada roja y tarada? ¡Mierda! Se había metido en un buen lío.*

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Todos los rastreadores conocen el nombre de los iniciados que tienen que marcar.

Shaylin se llevó la mano a la frente.

—¡Uau! ¡Tienes razón! ¡Voy a ser una vampira!

—Bueno, eso será si sobrevives. La verdad es que no estoy muy seguro de lo que

está pasando. Tienes una marca roja.

—¿Roja? Creía que los iniciados tenían una marca azul y, más adelante, tatuajes azules. Como los tuyos —dijo señalando al tatuaje que enmarcaba sus ojos azules de Clark Kent como si fuera un antifaz.

—Bueno, sí. Deberías tener un tatuaje azul, pero no es así. Es rojo. Y ahora, ¿podríamos volver a lo que me estabas contando de que puedes ver en mi interior?

—¡Ah, eso! Sí, es alucinante. Te veo a ti, y también veo un montón de colores diferentes que te rodean. Es como si lo que hay dentro de ti brillara a tu alrededor. — Acto seguido sacudió la cabeza, como si no diera crédito, y lo miró con mayor atención todavía. Luego parpadeó, frunció el ceño, y volvió a parpadear—. ¡Vaya! ¡Qué interesante!

—¿Colores? Eso no tiene ningún sentido.

En ese momento se dio cuenta de que Shaylin estaba apretando los labios con fuerza, como si no quisiera decir nada más, lo que, por algún extraño motivo, lo sacó de quicio.

—¿Qué colores hay a mi alrededor? —preguntó.

—Sobre todo verde guisante, mezclado con otros más diluidos. Me recuerda a esa especie de puré de guisantes que te ponen en algunos sitios cuando pides pescado con patatas fritas aunque, la verdad, no tiene ningún sentido.

Erik sacudió la cabeza.

—Nada de esto tiene ningún sentido. ¿Por qué demonios estoy rodeado del color del puré de guisantes?

—¡Ah! ¡Pero si eso es lo más sencillo de entender! Si me concentro en él, puedo ver lo que significa. —A continuación cerró la boca y se encogió de hombros—. Además, de vez en cuando aparecen unos pequeños destellos, pero no sé decirte de qué color y apenas entiendo lo que quieren decir. Es de locos, ¿verdad?

—¿Y qué te dicen el puré de guisantes y los otros colores más diluidos sobre mí?

—¿Tú qué crees?

—¿Por qué respondes a mi pregunta con otra pregunta?

—¡Oye! Eres tú el que acaba de responder a mi pregunta con una pregunta —protestó Shaylin.

—Yo he preguntado primero.

—¿De verdad crees que eso importa? —preguntó ella.

—Sí —respondió él intentando no perder el control a pesar de que se estaba mosqueando de lo lindo—. ¿Qué quiere decir el color verde?

—Está bien. Significa que nunca has tenido que esforzarte demasiado en conseguir lo que tienes.

Él la miró con ganas de ahogarla y ella se encogió de hombros.

—Has sido tú el que lo ha preguntado.

—No sabes una mierda de mí.

De pronto, Shaylin pareció mosquearse.

—¡Por favor! No sé la razón, pero si de algo estoy segura es de lo que veo.

—Perdona, pero no hace falta que vaya chorreando puré de guisantes por ahí para que intuyas que esta sonrisa me ha abierto muchas puertas —dijo Erik con tono sarcástico.

—¿Ah no? Pues entonces explícame por qué sé también que ese tono gris con aspecto de niebla significa que hay algo que te pone triste —le reprochó poniendo los brazos en jarras y mirándolo fríamente con los ojos entrecerrados. Luego asintió, como si estuviera de acuerdo consigo misma, y le espetó con expresión engreída—: Creo que alguien cercano a ti ha muerto hace poco.

Erik sintió como si acabaran de darle un bofetón. Era incapaz de decir nada. Se limitó a apartar la vista de ella y a intentar pensar a través de una oleada de tristeza.

—¡Hey! Lo siento.

Él bajó la vista y descubrió que corría hacia donde se encontraba y volvía a ponerle la mano en el brazo. La expresión engreída había desaparecido.

—He metido la pata —dijo.

—No —dijo él—. No has metido la pata. Acabo de perder a un amigo mío.

Ella sacudió la cabeza.

—No me refería a eso. He metido la pata al decírtelo de esa manera. Ha sido una bordería. Yo no soy así. Yo no me comporto así. De verdad, lo siento.

Erik suspiró.

—Yo también lo siento. Nada de esto ha ido como debería.

Shaylin se palpó la frente con cuidado.

—¿Nunca habías marcado a nadie de rojo?

—Nunca había marcado a nadie antes de a ti —reconoció él.

—¡Uau! ¿Soy la primera?

—Sí, y lo he fastidiado todo.

—Si devolverme la vista es fastidiarlo todo, estoy totalmente a favor.

—Bueno, me alegro de que puedas ver, pero sigo teniendo que averiguar cómo ha sucedido. —Entonces indicó con la barbilla la marca roja—. Y eso. —A continuación hizo un gesto con la mano a su alrededor—. Y lo del puré de guisantes.

—Lo del puré de guisantes ha salido de ti, pero también hay otros colores. Como cuando has dicho que lo sentías. En ese momento he visto...

—¡No! —la interrumpió levantando una mano—. No creo que quiera saber nada más sobre lo que ves.

—Lo siento —dijo quedamente, bajando la vista y dibujando una línea con la punta de uno de sus zapatos en la parduzca hierba invernal—. Supongo que todo esto es muy extraño. Y ahora, ¿qué hacemos?

Erik suspiró de nuevo.

—No lo sientas, y no tiene nada de malo que sea extraño. Estoy seguro de que Nyx tendrá una buena razón para concederte ese don, y también la marca roja.

—¿Nyx?

—Nyx es nuestra Diosa. La Diosa de la Noche. Es genial, y a veces les hace regalos alucinantes a sus iniciados. —Mientras hablaba, se sentía como un gilipollas integral. Estaba seguro de ser el rastreador más penoso de toda la historia de la Casa de la Noche. Había convertido a una chica ciega en una iniciada roja que podía ver el interior de la gente y en ese momento le estaba hablando de la Diosa.

—Vamos. —No le importaba si Charon habría estado de acuerdo o no, al fin y al cabo, hacía un buen rato que se había salido del guión. Lo mejor que podía hacer era jugárselo todo a una sola carta y terminar de fastidiarlo—. Enséñame dónde vivías hasta ahora. Tendrás que meter tus cosas en una bolsa de viaje o algo así. Vas a venir conmigo.

—¡Ah, sí! A la Casa de la Noche de Tulsa, ¿verdad?

—En realidad no. Te voy a llevar a que te vea una alta sacerdotisa de los iniciados rojos. Tal vez ella consiga averiguar en qué me he equivocado.

—¡Oye! ¿No iré a intentar «arreglarme» y volverme ciega otra vez?

—Shaylin, odio tener que admitirlo, pero no creo que seas tú la que necesita arreglo, sino yo.



## Zoey

—¿Zoey? ¿Me has oído?

En ese momento me di cuenta de que, mientras cepillaba como una loca a Perséfone, Lenobia había entrado en los establos y me había estado hablando. Bueno, en realidad me di cuenta de que había estado diciendo algo. A gritos. Dirigiéndose mí. Pero no había oído nada. Me giré y me quedé mirando a la profesora de equitación que estaba apoyada contra el cálido y firme lomo de la yegua mientras intentaba extraer algo de calma y de energía de su presencia familiar.

—Lo siento, no. No estaba prestando atención. Estaba superdistráida. ¿Qué estabas diciendo?

—Te estaba preguntando qué sabes de ese tal Aurox, el chico nuevo.

—Nada, excepto que puedo poner la mano en el fuego a que no es solo un chico —respondí.

—Sí. Corre el rumor por el campus de que se trata de un cambiaformas.

Yo la miré con los ojos completamente fuera de las órbitas.

—¿En serio? ¿Existen de verdad? ¿Como Sam, la loca de su madre y su hermano?

—¿Sam?

—El de *True Blood* —le expliqué—. Son cambiaformas. Pueden adoptar la forma de cualquier cosa que hayan visto. Creo. Aunque no pienso que puedan transformarse en un objeto inanimado. ¡Santo Dios! Voy a tener que leerme los libros para entérame bien. En cualquier caso, ¿existen de verdad?

—A, no veo la tele. Nunca he acabado de cogerle el gusto. Yo también tendré que leer los libros de *True Blood*.

—En realidad los libros pertenecen a la saga de Sookie Stackhouse. Los escribió una escritora humana superguay que se llama Charlain Harris. —En ese preciso instante me di cuenta de la mirada Lenobia y añadí rápidamente—: Lo siento, lo siento. Ya sé que no era eso de lo que querías hablar. ¿Qué más quieres saber?

—Algo que tiene que ver con tu pregunta anterior. Hay muchas cosas diferentes ahí fuera, en este mundo y en el Otro.

Yo tragué saliva.

—Lo sé. Especialmente la parte que se refiere al Otro Mundo.

—Dicho esto, en muchas culturas existen evidencias sobre cambiaformas en sus leyendas y mitología. Es de suponer que al menos una de esas historias esté basada en hechos reales.

—No consigo entender si eso es algo bueno o malo —dije.

—Esperemos que suceda como con el resto de nosotros, que la bondad o la maldad dependa de cada individuo. Lo que me lleva a la segunda pregunta. Junto con los cotilleos sobre Aurox y su habilidad para, al menos, aparentar la habilidad de cambiar de forma, se dice por ahí que tuviste una reacción exagerada hacia él. ¿Es eso cierto?

Sentí que las mejillas se me encendían.

—Por desgracia sí. Me puse en ridículo delante de la mayor parte del colegio. Una vez más.

—¿Por qué? Sabiendo mejor que nadie lo peligrosamente manipuladora que puede ser Neferet, ¿cómo se te ocurre enfrentarte a ella en público y de ese modo?

—Porque soy una imbécil —dije en tono abatido.

—No —dijo sonriendo con amabilidad—. No eres ninguna imbécil. De hecho, esa es la razón por la que he querido hablar contigo del tema. A solas. Creo que deberías intentar disimular la reacción que te produce Aurox, tal vez incluso delante de tus amigos. Guárdate tus sentimientos para ti. Pon tu mejor cara de póquer.

—¿Cara de póquer? Lo siento, pero a lo más que sé jugar es al Monopoly.

—Me refiero a que ocultes cómo te sientes a todo el que te vea.

—¿Por qué? —Aquello sí que consiguió captar mi atención por completo. Por lo general Lenobia (al igual que cualquier otro vampiro en su sano juicio) no tenía por costumbre pedir a un iniciado que mantuviera un secreto.

Ella me miró fijamente a los ojos y de pronto me sorprendió su inusual color gris. Era como si en su interior albergara un montón de nubes de tormenta.

—Cuando era joven aprendí que a la maldad a veces le gusta que se alardee de ella, incluso cuando lo más aconsejable sería mantener un perfil bajo. Por experiencia te digo que la verdadera batalla de la Oscuridad no es contra la Luz y la fuerza del amor, de la verdad y de la lealtad. Creo que la verdadera amenaza para la maldad proviene de su propia soberbia, su arrogancia y su codicia. Todavía no he encontrado ningún matón al que no le guste regocijarse o un ladrón que no se dedique a fardar. Esa es la razón por la que acaban pillándolos. La Oscuridad conseguiría llevar a buen término muchas más obras de destrucción si fuera más, digamos, «prudente».

—Pero regocijarse y fardar forma parte de la naturaleza de la Oscuridad, así que se da cuenta cuando alguien presta especial atención a sus acciones y demás —dije captando finalmente lo que quería decir—. Lo que significa que, cuando alguien que está intentando luchar a favor del bien se está callado, observa y espera el momento adecuado para actuar, al final consigue metérsela doblada.

—Y pillarlo desprevenido gracias a la fuerza que le otorga la honestidad, la serenidad y la discreción.

Inspiré profundamente, miré a mi alrededor para asegurarme de que no había nadie husmeando desde el exterior del cubículo de Perséfone y hablé en voz baja a Lenobia.

—En el mismo instante que vi a Aurox, mi piedra vidente se puso caliente. Las otras dos ocasiones que había sucedido era porque estaba ante magia antigua. —A continuación vacilé, y luego admití—: Anoche miré a través de ella y vi algo extraño alrededor de Stark. La verdad es que me dejó helada.

—¿Y Stark que dice al respecto?

—Esto... No se lo he dicho.

—¿No se lo has dicho? ¿Por qué?

—Bueno... En primer lugar porque me distrajo. —Acto seguido proseguí rápidamente porque, con toda probabilidad, me había puesto colorada—. Y desde entonces, no sé por qué, pero no se lo he comentado. —Entonces recordé la casi pelea que tuvimos camino del colegio—. Sí, espera. Sí que sé por qué. Desde lo del Otro Mundo, las cosas no han vuelto a ser igual entre Stark y yo. Algunas han ido a mejor, como por ejemplo el hecho de que, la mayor parte del tiempo, estamos mucho más cerca el uno del otro. Pero eso también resulta muy raro.

Lenobia asintió con la cabeza.

—Es comprensible. Una experiencia de la envergadura de la que vivisteis debería cambiar la dinámica de una relación. Y el hecho de que hayas vislumbrado algún atisbo de magia antigua adherida a Stark podría ser simplemente los restos de su paso por el Otro Mundo. —Entonces sonrió—. Imagino que si pudieras verte a ti misma a través de la piedra vidente es posible que...

—¡Oh, Dios mío! ¡No quiero ver nada colgando a mi alrededor!

La sonrisa de Lenobia se desvaneció.

—Pareces asustada.

—Asustada no, aterrada. Creo que ya he tenido bastante magia antigua, del Otro Mundo y de todo lo demás por una buena temporada.

—Ahora entiendo. Si Aurox presenta trazas de magia antigua, es por eso que su presencia te afectó tanto.

—Sin duda me hizo sentir extraña, incluso antes de que se convirtiera en toro.

—¿Extraña? ¿Pero te daba miedo o no?

—Sí, aunque también percibí una extraña sensación de sorpresa, como si mi intuición advirtiera algo que mi mente no era capaz de asimilar. Y luego me angustié muchísimo. Ese chico tiene algo raro, Lenobia, y ese algo es muy pero que muy antiguo.

—¿Pero eres consciente de que el resto del mundo solo ve un chico extremadamente atractivo?

—Sí, imagino que sí. —A continuación resoplé—. Me gustaría llevármelo a Skye y averiguar lo que «aquella parte» del resto del mundo ve en él.

—¿Tu piedra vidente proviene de Skye?

—Sí, me la dio la reina. Me dijo que mirando a través de ella podría descubrir si hay magia antigua a mi alrededor. —Entonces pensé en Stark y en las escalofriantes sombras—. Pero a mí me basta y me sobra con lo que veo con mis propios ojos. No

quiero volver a mirar a través de la piedra nunca más. —En ese momento sacudí la cabeza, avergonzada de mi debilidad—. Lo siento. Soy como una maldita niña grande. No debería estar tan asustada. Tendría que haber mirado a través de esta estúpida piedra cuando vi a Aurox.

—¿Y qué habría pasado si hubieras visto algo terrible? ¿Todos los que miran a través de ella pueden ver la magia antigua?

—No —respondí secándome las lágrimas que corrían por mis mejillas—. Es un don que solo ciertas altas sacerdotisas poseen.

—O sea que, si hubieras visto trazas de Oscuridad a través de la piedra y se lo hubieras dicho a todo el mundo confiando en que esta pudiera mostrárselo, no hubieras tenido ninguna prueba.

—Ahí está. Lo tenía y lo tengo bastante crudo.

—No. Fue y es muy sensato por tu parte hacer caso a tus instintos. Ese peón de Neferet tiene algo que no me gusta un pelo. Tú lo supiste desde el primer momento en que lo viste, y precisamente porque lo sabías, no fuiste capaz de cerrar la boca y fingir que eres una niña desabrida.

Pensé para mis adentros que tenía que acordarme de buscar la palabra en el diccionario o preguntarle el significado a Damien.

Lenobia no había acabado y continuó muy seriamente:

—Quiero que dediques parte de tu tiempo a reflexionar sobre Aurox. Toma buena nota de cómo te sientes y lo que observas exactamente la próxima que lo veas, pero hazlo en silencio. Utiliza tu cara de póquer. No permitas que nadie sepa lo que sucede detrás de esa bonita fachada de adolescente.

—¿No crees que debería mirarlo a través de la piedra vidente?

—No hasta que dejes de tener miedo de lo que puedas ver. Solo deberás hacerlo cuando tu intuición te diga que ha llegado el momento.

—¿Y qué pasa con Stark?

Seguidamente contuve la respiración.

—Stark está comprometido contigo y con la Diosa. Creo que el hecho de que presente trazas de magia antigua es bueno. Deja de preocuparte por tu guerrero. Puede percibirlo y no lo ayudará.

—Vale, de acuerdo. Lo que dices tiene bastante sentido. Entonces, ¿el hecho de que me sienta aliviada por no tener que mirar a través de la piedra no me convierte en una niña grande ni en una cobarde?

Ella sonrió.

—No. Ni tampoco en una imbécil. Eres una alta sacerdotisa, joven e iniciada, la primera de la historia, y simplemente estás intentando encontrar tu camino en un mundo tremendamente confuso.

—Eres superinteligente —dije.

Lenobia soltó una carcajada.

—No, soy supervieja.



En ese momento yo también me eché a reír porque, aunque estaba bastante segura de que tenía más o menos cien años, Lenobia parecía una treintañera.

—Bueno, aparentas veintitantos —mentí—, lo que te convierte en «un poco» vieja, no supervieja.

—¿Veintitantos? Con una capacidad para mentir como la tuya, no te costará mucho ocultar lo que piensas de Aurox —dijo Lenobia. Juraría que entonces soltó una risita tonta, lo que le hizo parecer todavía más joven—. ¡Veintitantos! ¡Hace más de doscientos años que no tengo esa edad!

—¿Cuál es tu secreto? ¿Botox e infiltraciones en los labios? —pregunté riéndome también tontamente.

—B negativo y protección solar —respondió.

—¡Eh! ¡Vosotras dos! Siento interrumpir. —La cabellera rubia y rizada de Stevie Rae asomó cuando apareció por la puerta de los establos.

—Tú nunca interrumpes, Stevie Rae —dijo Lenobia sin dejar de sonreír—. ¡Ven! ¡Únete a nosotras! Solo estábamos hablando de envejecer con elegancia.

—Mi madre siempre decía que ocho horas de sueño, beber mucha agua y no tener hijos era mejor receta que cualquier potingue inventado por el doctor L'Oréal —sentenció Stevie Rae. Luego, sonrió a Lenobia y miró con expresión preocupada a Perséfone—. Y gracias por invitarme a entrar, pero prefiero mantenerme alejada de este lugar. No me gustan mucho los caballos. Sin ánimo de ofender, pero los encuentro demasiado grandes.

—No me ofendo —dijo Lenobia—. ¿Necesitan algo los guerreros?

—Ajá. El ruedo va genial para las clases. Se lo están pasando de miedo haciendo cosas de chicos, es decir, dándose leña con espadas de madera y disparando flechas mientras aúllan como locos. —Las tres pusimos los ojos en blanco—. Pero ha llegado tu vaquero, así que he venido a buscarte.

—¿Mi vaquero? —Lenobia parecía de lo más confundida—. Yo no tengo ningún vaquero.

—Pues tiene que ser tuyo porque acaba de presentarse en la entrada del corral con un enorme tráiler para el transporte de caballos diciendo que lo han llamado para trabajar aquí y preguntando dónde puede descargar sus cosas —explicó Stevie Rae.

Lenobia soltó un largo suspiro y, sin poder ocultar su cabreo, dijo:

—Neferet. Esto es cosa suya. Es el primero de los humanos que ha contratado.

—No consigo entender qué se propone —dijo Stevie Rae—. Sé jodidamente bien que odia los humanos y que nunca le ha importado una mierda de rata que tuviéramos o no gente de la zona trabajando aquí.

—Neferet se propone causar problemas —dije yo.

—Y ha empezado conmigo porque sabe que estoy de tu parte —añadió Lenobia.

—Caos. —Mientras lo decía caí en la cuenta de lo acertada que resultaba la palabra—. Neferet quiere sembrar el caos en nuestras vidas.

—Entonces démosle una calurosa bienvenida al vaquero, hagámoslo sentirse

como en casa y enseñémosle lo aburrido y poco caótico que puede ser trabajar en mis caballerizas. Si lo hacemos tal vez, y solo tal vez, decida marcharse en busca de pastos más apasionantes y Neferet acabe centrando su atención en otra cosa.

Como si partiera en una misión, Lenobia abandonó con paso firme el cubículo de Perséfone y Stevie y yo nos miramos.

—Esto no me lo pierdo por nada del mundo. —A continuación di una palmadita de despedida al lomo de Perséfone y tiré la almohaza en el cubo de los arreos.

Stevie Rae me cogió del brazo mientras seguíamos a Lenobia.

—Lo que no le he dicho es que el vaquero está para comérselo —me susurró.

—¿En serio?

—Espera y verás.

Sus palabras despertaron mi curiosidad y aceleré el paso cruzando el ruedo a toda prisa y saludando desde lejos a Stark, que estaba dándole un arco a Rephaim. Stevie Rae intentó lanzarle un beso, pero yo la obligué a seguir caminando, de manera que solo logró agitar la mano con una risita estúpida. Intenté ignorar el gesto ceñudo de Stark y me concentré en no dejar entrever ninguno de los sentimientos de curiosidad, emoción y tremenda confusión que estaba teniendo.

No sabía muy bien por qué, pero no quería de ninguna manera que Stark me preguntara sobre Aurox.

—Ahí está. Es ese. El no vampiro alto que está junto a la puerta con sombrero de vaquero. —Stevie Rae señalaba en dirección a la amplia puerta de dos hojas del ruedo. Las habían abierto de par en par y fuera había un enorme camión para el transporte de caballos y una de esas pickups que les gusta comprarse a los tipos de Oklahoma y que luego se pasan prácticamente todo el día en ellas. Justo delante había un hombre superalto y Stevie Rae tenía razón. Estaba buenísimo, y eso que era bastante mayor que nosotras.

—Se parece a uno de esos tipos que salen en el canal del Oeste —dije—, al protagonista de una película de vaqueros de las de antes.

—¡A Sam Elliott! ¡Se parece a Sam Elliott!

—¿Eh? —dije mirándola con expresión interrogante.

Ella suspiró.

—Hizo un montón de películas del Oeste. Como *Tombstone*.

—¿Ves películas del Oeste?

—Las veía. Con papá y mamá. Especialmente los sábados por la noche, antes de acostarnos. ¿Pasa algo?

—No, no pasa nada.

—Pero no se lo digas a Aphrodite —añadió.

—¿Qué es lo que no tiene que decirle a Aphrodite? —preguntó la aludida.

Stevie Rae y yo dimos un respingo cuando pareció materializarse de la nada justo detrás de nosotras.

—Deja de acechar y moverte con tanto sigilo. Resulta escalofriante.

—No lo hago. Forma parte de mi elegancia natural. Es que soy de huesos ligeros —dijo. A continuación dirigió sus ojos del color azul del hielo y añadió—: Repito, ¿qué es lo que no tiene que decirle a Aphrodite?

—Que el vaquero de Lenobia está como un tren —dijo Stevie Rae.

Aphrodite la miró con una expresión que decía que era una burda mentirosa, y tenía razón, pero ya estaba echándole un vistazo al hombre de los hombros anchos por el rabillo del ojo.

—¡Oooh! ¿Lenobia tiene un nuevo...?

—Empleado. —Interrumpí yo, a pesar de que Aphrodite no me estaba prestando ni la más mínima atención—. Se supone que trabaja para ella.

—Está buenísimo —dijo Aphrodite—. No de la misma manera Darius, pero sigue estando como un tren.

—Ya os lo he dicho. Y es tan alto que hace que Lenobia parezca todavía más joven de lo que ya aparentaba.

Mientras Stevie Rae, Aphrodite y yo nos acercábamos como quien no quiere la cosa hasta una distancia que nos permitiera oír lo que decían e intentábamos, sin conseguirlo, que no se notara que se nos caía la baba, el vaquero saludó a Lenobia tocándose suavemente el sombrero con la punta de los dedos y dijo con un perfecto deje de Oklahoma:

—Buenas, señora. Soy el nuevo capataz. Le agradecería que me indicara quién es el encargado aquí.

No podía ver la cara de Lenobia, pero me di cuenta de que erguía la espalda.

—¡Oh, oh! —susurró Stevie Rae.

—Adiós a toda la historia de la calurosa bienvenida —dije en un tono lo suficientemente bajo como para que solo Stevie Rae y Aphrodite pudieran oírme.

—John Wayne acaba de cagarla pero bien —dijo Aphrodite.

—Soy Lenobia —la oímos decir sin necesidad de esforzarnos. No me pareció que sonara cabreada. Me pareció que sonaba como una tormenta de hielo—. Soy yo la encargada de los establos, y su nueva jefa.

En ese momento se produjo una especie de silencio incómodo, sobre todo porque Lenobia no le tendió la mano para saludarlo.

—Brrr —susurró Aphrodite—. Me recuerda a mi madre, y para John Wayne no es una buena señal.

—Sam Elliott —masculló Stevie Rae.

Aphrodite miró con el ceño fruncido a mi mejor amiga y yo reprimí un suspiro. La pobre no tenía remedio.

—No se parece en nada a John Wayne —añadió sin dejar de susurrar, prosiguiendo con su discurso cinematográfico—. Es idéntico a Sam Elliott.

—Me parece que viste demasiada televisión en abierto cuando eras niña, probablemente los sábados después de la cena familiar. Patético.

Aphrodite sacudió la cabeza mostrando su desprecio por Stevie Rae y yo me

estaba preguntando lo extraño que resultaba que Aphrodite conociera tan bien el tipo de vida familiar que había llevado Stevie Rae cuando las dos nos giramos en dirección al «espectáculo de vaqueros».

El hombre volvió a saludar a Lenobia tocándose el sombrero, en esta ocasión sonriendo, e incluso a pesar de que nos encontrábamos a cierta distancia, me di cuenta de que los ojos le brillaban.

—Bueno, señora. Por lo visto alguien me había informado mal. Me alegro de que la cosa se haya aclarado enseguida. Me llamo Travis Foster y estoy encantado de conocerla, jefa.

—¿Y no le importa haber descubierto que su jefe es un mujer?

—No señora. Mi madre era una mujer y jamás he trabajado mejor ni más a gusto que cuando lo hice para ella.

—Señor Foster, ¿está dando a entender que le recuerdo a su madre?

Me pareció que la voz de Lenobia sonó fría como el hielo, pero Travis no pareció darse cuenta. A decir verdad, daba la impresión de que estaba divirtiéndose. Entonces se echó el sombrero hacia atrás y bajó la mirada hacia Lenobia como si, en vez de tratarse de una pregunta sarcástica, se lo hubiera preguntado en serio.

—No señora, todavía no.

Lenobia no dijo nada más y yo empecé a tener esa sensación de vergüenza y de embarazo que me suelen provocar las conversaciones incómodas entre adultos cuando Travis se encogió de hombros, se metió un dedo en la trabilla de sus wranglers y dijo:

—Y ahora, Lenobia, ¿podría enseñarme el lugar donde mi yegua y yo vamos a planchar la oreja?

—¿Yegua? ¿Planchar la oreja? —preguntó Lenobia.

—Esto está siendo jodidamente bueno. Ojalá tuviera palomitas —dijo Aphrodite.

—Lo va a achicharrar con su visión láser —dije yo.

—¿Lenobia tiene visión láser? —preguntó Stevie Rae.

Aphrodite y yo la miramos como si acabara de preguntar si creíamos que Lindsay Lohan de verdad se había rehabilitado.

—Creo que será mejor que me calle y me limite a observar —concluyó.

—Gracias —dijimos Aphrodite y yo a coro. Stevie Rae me lanzó una mirada asesina justo antes de que las tres volviéramos a poner la oreja y a contemplar toda la escena con la boca abierta.

—Bueno, señora —dijo Travis con voz cansada—, cuando me contrató, le dije a su alta sacerdotisa que mi yegua venía en el lote y que necesitaba que le asignaran un sitio en las cuadras. Acabo de concluir la temporada trabajando como capataz en Durant Springs. Y yo también necesitaría un lugar donde alojarme. —Entonces hizo una pausa y, al ver que Lenobia no decía nada, añadió—: Durant Springs está en Colorado, señora.

—Sé donde está —le espetó Lenobia—. ¿Y qué le hace pensar que puede

quedarse aquí, en el campus? No tenemos habitaciones para humanos.

—Lo sé, señora. Eso es lo que me dijo su alta sacerdotisa. Pero como había que cubrir la plaza inmediatamente, le dije que no tendría inconveniente en dormir con Bonnie hasta que encontráramos un sitio por aquí cerca.

—¿Bonnie?

Travis se recolocó el sombrero, el primer indicio de que podía estar empezando a sentirse incómodo.

—Sí, señora. Mi yegua se llama Bonnie.

Como si la frase hubiera sido un modo de darle pie, en ese momento se escuchó un fuerte ruido sordo que provenía del interior del tráiler. El vaquero se dirigió a las puertas traseras mientras seguía dándole explicaciones a Lenobia.

—Le agradecería que me dejara bajarla. El viaje desde Colorado puede ser muy pesado para una chica tan grande como ella.

—¿Qué me decís? ¿Pensáis que su caballo está gordo? —preguntó Stevie Rae en voz baja.

—Pueblerina, tenía entendido que ibas a estarte callada —dijo Aphrodite.

—Creo que acaba de poner un pie en la calle —dije yo. Lenobia no iba a consentir que un caballo cansado corriera libremente por ahí metiéndose vete tú a saber dónde.

—De acuerdo. Baje a su yegua —dijo Lenobia—. Una vez se sienta cómoda, usted y yo discutiremos la cuestión del alojamiento.

Me di cuenta de que Travis ya había empezado a retirar las cadenas y las palancas que servían para mantener la puerta cerrada, de manera que tan solo tendríamos que esperar unos segundos para que sacara la rampa.

—¡Venga, preciosa! ¡Recula!

El tono de voz de Travis, que hasta ese momento había sido educado y, a ratos, ligeramente divertido, se volvió de pronto amable y cariñoso.

Acto seguido su caballo descendió marcha atrás del tráiler y de nuestras bocas empezaron a salir gritos ahogados que iban del terror a la sorpresa. Aparté los ojos del caballo el tiempo suficiente para ver que Stevie Rae y yo no éramos las únicas que tenían la boca abierta. En algún momento Darius, Stark, Rephaim y la mayoría de los iniciados se había ido acercando a donde nos encontrábamos.

—Eso no puede ser un caballo —dijo Stevie Rae y, a pesar de que estábamos a varios metros del animal, dio un paso atrás.

—¡Me cago en todo! ¡Es un dinosaurio! —exclamó Aphrodite.

—Estoy bastante segura de que es un caballo —dije estudiándola atentamente—, pero es el más grande que haya visto jamás.

—¡Oh! ¡Es un percherón! ¡Qué maravilla! —exclamó Lenobia.

Todo el mundo contempló alucinado cómo Lenobia se acercaba a la enorme yegua sin vacilar ni por un instante. Reducida a una especie de enana junto al gigantesco equino, la profesora de equitación levantó la mano lentamente. La yegua

la miró durante unos instantes y luego bajó el morro y resopló sobre la palma de Lenobia. Esta, sonriendo como una niña pequeña, acarició su descomunal hocico y le dijo con tono tranquilizador:

—Con que tú eres Bonnie. ¿Cómo estás, preciosa?

Seguidamente dirigió la mirada hacia el vaquero. El tono helado de su voz había desaparecido por completo y hasta me pareció que se le caía la baba.

—No había visto un percherón desde mi viaje a Francia cuando era una niña, y de eso hace ya más años de los que me gustaría admitir. En el mismo barco que yo había una pareja de estas enormes bellezas. Los recuerdo con mucho cariño y desde entonces siempre me han intrigado los caballos de tiro. Tiene un precioso pelaje gris moteado. Imagino que seguirá aclarándosele con el tiempo. Diría que ha debido cumplir cinco años hace un... —Lenobia hizo una pausa, ladeó la cabeza y miró al caballo a los ojos antes de continuar—. No, hace dos meses. Lleva con usted desde que nació, ¿verdad?

Travis parpadeó sorprendido. Entonces abrió la boca, luego la cerró, y al final la abrió de nuevo. A continuación se aclaró la garganta.

—Pues sí, señora.

Entonces hizo una pausa, alargó el brazo y dio unas palmaditas en el cuello impresionantemente grueso de Bonnie como si necesitara apoyarse en algo para recuperar el sentido. Sabía por qué estaba tan desconcertado. Todos los que habíamos visto a Lenobia tratar con caballos lo sabíamos. Cuando se comunicaba con ellos pasaba de ser una chica muy mona a convertirse en una mujer espectacular, y en ese momento se estaba comunicando seriamente con la enorme yegua, de manera que había trasladado la incondicional adoración que sentía por los caballos al vaquero. No es que él se hubiera convertido el objeto intencional de su gran atractivo, sino que estaba sufriendo las consecuencias. Pero las consecuencias eran realmente graves.

Travis volvió a aclararse la garganta, giró el sombrero hacia un lado y luego dijo:

—Su madre murió poco después de dar a luz. Un maldito rayo la alcanzó cuando estaba pastando en medio de un prado. Tuve que criarla dándole la leche en biberón.

Lenobia miró al vaquero con sus preciosos ojos grises. Parecía sorprendida, como si se hubiera olvidado de que estaba allí. Y entonces su adoración por el caballo se apagó como si le hubiera dado a un interruptor.

—Hizo usted un buen trabajo. Es muy grande, supera de sobra los dieciocho palmos. Y bien musculada. Está en excelente forma.

A pesar de que se trataba de un halago, el tono de su voz sonaba más enfadado que amable. Solo cuando alzó la vista y sonrió a la yegua, su voz y su expresión volvieron a poner en evidencia la adoración y el auténtico placer que sentía.

—Eres una chica muy lista, ¿verdad? —dijo dirigiéndose a Bonnie, que estaba allí en pie, sin agitar las patas, moviendo las orejas en todas direcciones y mirándonos con el mismo gesto de curiosidad con el que nosotros la mirábamos a ella—. Y tienes la suficiente confianza en ti misma como para comportarte bien incluso en una

situación tan nueva y extraña. —Lenobia apartó la vista de la yegua, miró al vaquero y adoptó de nuevo una expresión de fría cordialidad. Entonces hizo un breve y decidido gesto de asentimiento.

—De acuerdo. Entonces lo haremos así. Usted y Bonnie pueden seguirme. Les enseñaré la parte del establo donde pueden alojarse. Los dos.

Lenobia se giró y comenzó a cruzar el ruedo dando grandes zancadas. Cuando llegó a la mitad, se detuvo y se dirigió a todos nosotros.

—Vampiros e iniciados, este es Travis Foster. A partir de ahora trabajará para mí. Su yegua se llama Bonnie. Quiero que le mostréis el respeto que merece como el excelente ejemplar de percherón que es. Guerreros, fijaos en su tamaño y en su forma de comportarse. Sus antepasados eran utilizados por los antiguos como caballos de guerra.

Yo miré al vaquero y vi que sonreía asintiendo al comentario de Lenobia y daba unas palmaditas afectuosas a la enorme yegua antes de lanzar una mirada igualmente afectuosa a la profesora de equitación. Ella ni siquiera se dignó a mirarlo. En vez de eso entrecerró los ojos y nos incluyó a todos en su mirada feroz.

—Y vosotros dejad de curiosear y volved al trabajo.

Seguidamente abandonó el ruedo con paso firme y se dirigió a los establos sin apenas mirar a Bonnie y a Travis, que caminaban tras ella como si fueran polillas siguiendo una luz superbrillante.

—Bueno, bueno. La cosa pinta bien —dijo Aphrodite.

—¿Bromeas? Esa yegua tiene una pinta genial. Quiero decir, es enorme, pero su aspecto es realmente alucinante —dije yo.

Aphrodite puso los ojos en blanco.

—No me refiero al caballo, Z.

Yo me quedé mirándola con el ceño fruncido cuando de pronto apareció Damien, que venía hacia nosotras a toda prisa.

—Zoey, me alegro de haberte encontrado. Tienes que volver al edificio principal.

—¿Quieres decir después de la sexta hora? Debe estar acabándose.

—No, querida. Me refiero a ahora mismo. Tu abuela está aquí, y pondría la mano en el fuego a que ha estado llorando.



## Zoey

El estómago se me encogió y de repente sentí unas ganas enormes de echar la pota.

—De acuerdo, voy —le dije a Damien—. Pero te agradecería que me acompañaras. —Cuando este asintió con expresión sombría, me giré hacia Stevie Rae y Aphrodite y añadí—: Y vosotras también, ¿vale?

—Por supuesto que vamos —dijo Stevie Rae.

Por una vez, Aphrodite no se quejó por el hecho de que Stevie Rae respondiera por ella. Se limitó a asentir con la cabeza y dijo:

—Cuenta conmigo.

Me estaba girando para mirar a Stark cuando inesperadamente apareció a mi lado. Su mano recorrió mi brazo hasta que nuestros dedos se encontraron y se entrelazaron.

—¿Se trata de tu madre?

No me fiaba de que me fuera a salir la voz, así que me limité a asentir.

—¿Tu madre? Creía que Damien había dicho que tu abuela estaba aquí.

—Y así es —intervino Aphrodite antes de que Damien tuviera tiempo de contestar. Me estaba analizando con una mirada que la hacía parecer mayor (y más amable) de lo que en realidad era—. ¿Se trata de tu madre? —preguntó.

Stark me miró y volvió a asentir brevemente con la cabeza.

—La madre de Zoey ha muerto.

—¡Oh, no! —exclamó Damien mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Por favor, no —dije rápidamente—. Aquí no. No quiero que todo el mundo me vea.

Damien apretó los labios, cerró los párpados con fuerza y asintió con la cabeza.

—Venga, Z. Vamos todos a ver a tu abuela —dijo Stevie Rae colocándose junto a mí, al otro lado, y entrelazando su brazo con el mío. Aphrodite agarró la mano de Damien y ambos nos siguieron mientras nos alejábamos del ruedo.

Por todo el camino estuve intentando prepararme para lo que la abuela tenía que decirme. Supongo que en realidad llevaba intentando prepararme para ello desde que había soñado que visitaba el Otro Mundo donde presencié cómo Nyx daba la bienvenida al espíritu de mi madre. Sin embargo, cuando entré en el edificio principal de la escuela y me acerqué al vestíbulo me di cuenta de que nunca se está preparado para escuchar una noticia como aquella.

Justo antes de atravesar la última puerta, Stark me apretó la mano con fuerza.

—Estoy aquí, a tu lado, y te quiero.

—Yo también te quiero, Z —añadió Stevie Rae.



—Y yo —dijo Damien con un pequeño sollozo.

—Puedes coger mis pendientes de diamantes de dos quilates cuando quieras — dijo Aphrodite.

Yo me detuve y me di la vuelta para mirarla.

—¿Cómo?

—Es lo más parecido a una declaración de amor que conseguirás de mí.

En ese momento escuché a Stevie Rae soltar un largo suspiro y la frente de Damien se arrugó mientras la miraba con expresión de incredulidad.

Yo, en cambio, me limité a decir:

—Gracias. Te tomo la palabra. —Lo que provocó que Aphrodite farfullara:

—¡Oh, Diosa! ¡Odio ser amable!

A continuación me solté de los brazos de Stevie Rae y de Stark y abrí la puerta doble con un empujón. La abuela estaba sola en la habitación, sentada en un amplio sillón de cuero. Damien estaba en lo cierto, había estado llorando. Parecía como si hubiera envejecido y estaba muy, muy triste. Apenas me vio, se puso en pie. Nos encontramos en mitad de la habitación y nos abrazamos con fuerza. Cuando finalmente se soltó de mis brazos, dio un paso atrás y se situó a una distancia suficiente para poder mirarme a la cara. Tenía las manos sobre mis hombros. Me transmitían una sensación de calor, solidez y familiaridad y, de algún modo, el contacto físico con ella hizo que el nudo de mi estómago se volviera más soportable.

—Mamá ha muerto —tuve que decir antes de que lo hiciera ella.

A la abuela no pareció sorprenderle que lo supiera. Simplemente asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, *u-we-tsi-a-ge-ya*. Tu madre ha muerto. ¿Su espíritu te ha visitado?

—En cierto modo. Anoche, mientras dormía, Nyx me mostró a mamá entrando en el Otro Mundo.

A través de sus manos percibí el estremecimiento que recorría el cuerpo de la abuela. Entonces cerró los ojos y empezó a balancearse. Por un instante tuve miedo de que se desmayara y cubrí sus manos con las mías.

—¡Espíritu, ven a mí! ¡Ayuda a la abuela!

El elemento con el que tenía una mayor conexión respondió de inmediato y empecé a sentir cómo salía de mi interior como un torbellino y penetraba en la abuela, que soltó un grito ahogado y dejó de balancearse, pero no abrió los ojos.

—¡Aire, ven a mí! Por favor, rodea a la abuela Redbird y haz que respire tu fuerza —dijo Damien situándose a mi lado y tocando el brazo de mi abuela una sola vez, con suavidad, mientras una dulce e imposible brisa soplaba alrededor nuestro.

—¡Fuego, ven a mí! Por favor, calienta a la abuela de Zoey para que, a pesar de su tristeza, no sienta frío.

Yo parpadeé sorprendida al ver que Shaunee se unía a Damien. Ella también tocó a la abuela durante un breve segundo, y después me sonrió con los ojos húmedos y me explicó:

—Kramisha nos dijo que nos necesitabas.

—¡Agua, ven a mí! Baña a la abuela de Z y arrastra contigo parte de su tristeza.

Erin se situó junto a Shaunee y tocó la espalda de la abuela. A continuación, al igual que su gemela, me sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—Así es. Ni siquiera tuvimos que leer su poema. Nos dijo que viniéramos inmediatamente.

Los ojos de la abuela seguían cerrados, pero vi que sus labios se movían, aunque de forma muy sutil.

—Aun así, mi poema era bueno —oí decir a Kramisha desde algún lugar detrás de mí.

Por encima de un resoplido de Aphrodite, Stevie Rae dijo:

—¡Tierra, por favor, ven a mí! —Entonces se situó junto a mí y rodeó a la abuela con su brazo—. Permite que la abuela de Z tome prestada parte de tu energía para que vuelva a encontrarse bien muy pronto.

La abuela inspiró profundamente hasta en tres ocasiones. Cuando soltaba el aire por última vez, abrió los ojos y, a pesar de que todavía estaban tristes, su rostro había perdido el aspecto envejecido y macilento que tanto me había asustado al verla por primera vez.

—Explícales lo que voy a hacer, *u-we-tsi-a-ge-ya*.

A pesar de que no estaba muy segura de cuáles eran sus intenciones, asentí. Sabía que se las arreglaría para que lo entendieran, y no me equivocaba. Uno por uno se acercó a mis cuatro amigos, empezando por Damien. Le tocó la cara y dijo:

—*Wa-do, Inole*. Tú me has fortalecido.

Mientras se aproximaba a Shaunee, les expliqué:

—La abuela está dándoos las gracias llamándoos por el nombre cheroqui de cada uno de vuestros elementos.

—*Wa-do, Egela*. Tú me has fortalecido.

La abuela tocó la mejilla de Shaunee y se dirigió a Erin.

—*Wa-do, Ama*. Tú me has fortalecido.

Para terminar, tocó la mejilla de Stevie Rae, que todavía estaba húmeda por las lágrimas.

—*Wa-do, Elohine*. Tú me has fortalecido.

—Gracias, abuela Redbird —murmuraron los cuatro.

—*Gv-li-e-li-ga* —dijo la abuela, repitiéndolo después en inglés—. Gracias. —Seguidamente me miró—. Ahora ya puedo soportar el contártelo —dijo colocándose delante de mí y cogiéndome las manos—. Tu madre fue asesinada en mi campo de lavanda.

—¿Qué? —La sorpresa me sacudió de arriba abajo—. No lo entiendo. ¿Cómo? ¿Por qué?

—El sheriff sostiene que se trató de un robo, y que simplemente se cruzó en el camino de los ladrones. Dice que, a juzgar por lo que se llevaron, el ordenador, la

televisión y mis cámaras de fotos, y de la escasa violencia utilizada, debían ser drogadictos intentando sacar algún dinero para costearse sus dosis. —La abuela me apretó las manos con fuerza—. Lo había dejado, Zoey, y había vuelto a mí. Fue durante un pow-wow<sup>[1]</sup>. Y yo no estaba allí para socorrerla. —La voz de la abuela sonaba tranquila, pero sus ojos se inundaron de lágrimas que inmediatamente empezaron a correrle por las mejillas.

—No, abuela. No te culpes. Tú no eres responsable de nada y, si hubieras estado allí, os habría perdido a las dos. ¡Y eso sí que no habría podido soportarlo!

—Lo sé, *u-we-tsi-a-ge-ya*, pero la muerte de una hija, incluso aunque la hubiera perdido hace tiempo, es una carga muy difícil de sobrellevar.

—¿Fue...? Quiero decir, ¿sufrió? —Mi voz era apenas un susurro.

—No. Fue una muerte rápida. —La abuela habló sin vacilar, pero me pareció ver una sombra oscura pasando delante de sus ojos.

—¿Fuiste tú la que la encontró?

La abuela asintió, con las lágrimas surcando su rostro cada vez más deprisa.

—Sí. Estaba en el campo, justo delante de la casa. Estaba tumbada con una expresión tan apacible que al principio pensé que estaba durmiendo. —Su voz dejó escapar un sollozo—. Pero no era así.

Sujeté con fuerza sus manos y pronuncié las palabras que sabía que necesitaba oír.

—Ahora es feliz, abuela. La vi. Nyx la liberó de toda la tristeza que había en ella. Nos está esperando en el Otro Mundo, y ha recibido la bendición de la Diosa.

—*Wa-do, u-we-tsi-a-ge-ya*. Tú me das fuerza —susurró mientras me abrazaba de nuevo.

—Abuela —dije con mi mejilla pegada a la suya—, quédate conmigo. Al menos durante un tiempo.

—No puedo, *u-we-tsi-a-ge-ya* —dijo dando un paso atrás, pero sin soltarme las manos—. Sabes muy bien que seguiré las tradiciones de nuestro pueblo y guardaré duelo durante siete días. Y este no es el lugar más apropiado para ello.

—No nos vamos a quedar aquí, abuela —dijo Stevie Rae, secándose las lágrimas con la manga—. Zoey y yo, junto a todo nuestro grupo, nos hemos mudado a los túneles bajo la estación de Tulsa. Oficialmente soy su alta sacerdotisa, y me gustaría mucho que te quedaras con nosotros. Siete días o siete meses. Todo el tiempo que tú quieras.

La abuela sonrió a Stevie Rae.

—Es una oferta muy generosa, *Elohine*, pero vuestra estación tampoco es el lugar más adecuado para guardar duelo. —Entonces me miró a los ojos y supe lo que estaba a punto de decir—. Tengo que estar en mi tierra, en la granja. Pasaré la próxima semana comiendo y durmiendo muy poco. Debo concentrarme en limpiar mi casa y mi tierra de los restos de este horrible crimen.

—¿Tú sola, abuela? —Stark estaba allí, a mi lado. Una fuerte y cálida presencia

—. ¿Es seguro, después de lo que ha sucedido?

—*Tsi-ta-ga-a-sh-ya*, no te dejes engañar por mi apariencia. —Había llamado a Stark «gallo», el apodo cariñoso con el que solía referirse a él—. Puedo ser muchas cosas, pero lo que no he sido nunca es una mujer desvalida.

—Nunca he pensado que fueras una mujer desvalida —se disculpó Stark—, pero tal vez no sea una buena idea que estés sola.

—Sí, abuela. Lo que dice Stark tiene sentido —dije yo.

—*U-we-tsi-a-ge-ya*. Tengo que limpiar mi casa, mi tierra y a mí misma durante el duelo. No puedo hacerlo a menos que esté en paz con la tierra, y no me quedaré dentro de la casa hasta que esté completamente limpia y los siete días hayan pasado. Acamparé en el patio trasero, en el prado junto al río. —La abuela sonrió a Stark, a Stevie Rae y al resto de mis amigos—. No creo que os sentara muy bien pasar tanto tiempo expuestos a la luz del sol.

—Entonces, abuela, yo... —empecé a decir antes de que mi interrumpiera.

—Tengo que hacerlo sola, *u-we-tsi-a-ge-ya*, pero hay algo que sí me gustaría pedirte.

—Lo que quieras —respondí.

—Dentro de siete días, quiero que vengas a la granja con tus amigos. Me gustaría que invocaras un círculo y llevaras a cabo tu propio ritual de limpieza.

—Cuenta con ello —asentí mirando a los amigos que me rodeaban.

—Allí estaremos —dijo Stevie Rae. Todos los chicos que estaban a mi lado y detrás de mí repitieron sus palabras.

—Entonces lo haremos así —dijo la abuela con rotundidad—. La tradición cheroqui de duelo y de limpieza será complementada con un ritual vampírico. Es justo que sea así, pues mi familia se ha alargado incluyendo a muchos vampiros e iniciados. —Sus ojos se dirigieron a mi grupo—. Y os pido una última cosa, que todos y cada uno de vosotros piense en mí y en mi hija con cariño durante los próximos siete días. Lo de menos son los errores que Linda cometió a lo largo de su vida. Lo que importa es que sea recordada con amor y con afecto.

Un montón de «así lo haremos» y de «de acuerdo, abuela», sonaron a mi alrededor.

—Ahora tengo que irme, *u-we-tsi-a-ge-ya*. Ya falta poco para que amanezca y me gustaría saludar al sol en mi tierra.

Sin soltarnos de las manos, la abuela y yo caminamos juntas hasta la salida. Cuando pasamos junto a mis amigos, todos ellos la tocaron y le dijeron adiós, lo que hizo que sonriera por encima de las lágrimas.

Una vez junto a la puerta gozamos de una pizca de intimidad y la abracé de nuevo diciendo:

—Entiendo que tengas que irte, pero preferiría que no lo hicieras.

—Lo sé, pero dentro de siete días...

De repente la puerta se abrió y apareció Neferet, con una expresión sombría y

engañosamente bella.

—Sylvia, acabo de enterarme. Por favor, acepta mi más sincero pésame por el asesinato de tu hija.

La abuela, que se había puesto tensa al escuchar la voz de Neferet, se soltó de mis brazos. A continuación inspiró profundamente y miró a la vampiresa a los ojos.

—Acepto tu pésame, Neferet. Tus palabras suenan sinceras.

—¿Hay algo que la Casa de la Noche pueda hacer por ti? ¿Necesitas algo?

—Los elementos ya me han fortalecido, y la Diosa ha dado la bienvenida a mi hija en el Otro Mundo.

Neferet asintió con la cabeza.

—Zoey y sus amigos son muy amables, y la Diosa es generosa.

—No creo que lo que ha habido detrás de los actos de Zoey, de sus amigos o de la Diosa sea amabilidad o generosidad. En mi opinión se ha tratado de amor, ¿no crees, alta sacerdotisa?

Neferet hizo una pausa como si realmente estuviera considerando la pregunta de la abuela y seguidamente dijo:

—Lo que creo es que «podrías» tener razón.

—Sí, podría. Y sí que hay una cosa que necesitaría de la Casa de la Noche.

—Será un honor para nosotros ayudar a una mujer sabia en un momento de necesidad —dijo Neferet.

—Gracias. Me gustaría pedirle a Zoey y a sus amigos que vinieran a mis tierras dentro de siete días para llevar a cabo un ritual de purificación. Eso completaría mi duelo y limpiaría mi casa de cualquier resto de maldad.

En ese momento vi algo pasar por delante de la mirada de Neferet; algo que, por un momento, podría haber sido miedo. Sin embargo, cuando respondió, su voz y la expresión de su rostro solo reflejaban una cortés preocupación.

—Por su puesto. Tienen mi permiso para el ritual.

—Gracias, Neferet —dijo la abuela. Luego me abrazó una vez más y me besó con dulzura—. Hasta dentro de siete días, *u-we-tsi-a-ge-ya*.

Yo parpadeé varias veces, conteniendo las lágrimas. No quería que la última imagen que se llevara la abuela de mí fuera berreando y llena de mocos.

—Sí, siete días. Te quiero, abuela. No lo olvides nunca.

—Para olvidarme de eso, tendría primero que olvidarme de respirar. Yo también te quiero, hija.

Una vez dicho esto la abuela se dio la vuelta y se marchó. Yo me quedé en la puerta, mirando su fuerte y erguida espalda hasta que la noche la hizo desaparecer de mi vista.

—Vamos, Z —dijo Stark pasándome el brazo por encima de los hombros—. Creo que ya hemos tenido suficiente colegio por hoy. Vámonos a casa.

—Sí, Z. Vámonos a casa —añadió Stevie Rae.

Estaba asintiendo con la cabeza y preparándome para mostrar mi conformidad,

cuando sentí una calidez repentina en el centro del pecho. Al principio me confundió. Luego levanté la mano para rascarme la zona y toqué el círculo sólido que había empezado a irradiar calor.

Fue entonces cuando vi aparecer a Aurox. Estaba con Dragon Lankford.

—Zoey, acabo de enterarme de lo de tu madre. Lo siento —dijo Dragon.

—G-gracias —farfullé. No miré a Aurox. Recordaba muy bien lo que me había dicho Lenobia, que tenía que poner cara de póquer cuando estuviera cerca, pero me sentía demasiado vacía y herida para hacer nada excepto para soltarle a Stark:

—Quiero ir a casa, pero primero necesito estar un momento a solas.

Sin darle tiempo ni siquiera a decir «vale», me zafé de su brazo y pasé entre Dragon y Aurox dándoles un ligero empujón.

—¡Zoey! —me llamó Stark—. ¿A dónde...?

—Estaré en la fuente del patio, junto al aparcamiento —dije echándole un breve vistazo por encima del hombro. Me di cuenta de que tenía el ceño fruncido y que estaba preocupado por mí, pero no podía evitarlo. Necesitaba salir de allí—. Ven a buscarme cuando hayáis cargado el autobús y estéis listos para que nos marchemos, ¿de acuerdo?

No esperé a que me contestara. Bajé la cabeza y me apresuré por la acera que rodeaba el edificio principal del colegio. Casi corriendo, torcí a la derecha y me fue directa al banco de hierro que estaba debajo de uno de los círculos de árboles que rodeaban la fuente y la pequeña área ajardinada que los iniciados llamaban «el patio de los profesores» porque estaba junto a la parte del instituto donde se hospedaban. Sabía que si había alguien mirando por una de las enormes y ornamentadas ventanas podría verme, pero también que todos los profesores estarían en clase terminando la sexta hora, lo que significaba que, en aquel preciso momento, era el único lugar del campus en el que podía estar bastante segura de que nadie me molestaría.

Así que me senté allí, a la sombra de un enorme olmo, intentando controlar mis pensamientos. La presencia de Aurox se interponía entre ellos, y no conseguía entender por qué.

*Ahora mismo, en este preciso instante, ni siquiera me importa. Mi madre ha muerto. Sea lo que sea que Neferet y la oscuridad hayan planeado para mí, me importa una mierda. Todo el mundo me importa una mierda.*

Mi mente tenía ideas propias de un ser duro y ruin, pero las lágrimas que me corrían por las mejillas decían otra cosa.

*Mamá ya no está en este mundo. Ya no está en casa trajinando en la cocina mientras espera al perdedor de mi padrastro. No puedo llamarla y sacarla de quicio para luego flagelarme por ser una mierda de hija.*

Era una sensación extraña la de saberse huérfana de madre. En realidad ella y yo llevábamos tres años distanciadas, pero hasta aquel momento, en el fondo de mi corazón, esperaba que entrara en razón, dejara a aquel idiota con el que se había casado jodiéndolo todo y volviera a ser mi madre.

—Lo había dejado —dijo—. No debo olvidarlo.

Tenía la voz tomada, pero me aclaré la garganta y dije en voz alta, mirando al oscuro cielo nocturno:

—Mamá, siento mucho que no pudiéramos despedirnos. Te quiero. Siempre lo he hecho y siempre lo haré.

Luego me cubrí la cara con las manos, cedí a la tormenta de tristeza que había estado formándose en mi interior, y rompí a llorar.

## Aurox

La iniciada de nombre Zoey, la de los extraños tatuajes que no cubrían solo su cara sino también sus hombros, sus manos y, según le había dicho Neferet, también otras partes de su cuerpo, le hacía sentirse extraño.

Neferet le había contado que eran enemigas. Y eso la convertía también en su enemiga. Si era la enemiga de su señora, quería decir que suponía un peligro, y probablemente esa era la razón por la que se sentía extraño cuando estaba cerca. Aurox tomó buena nota de adónde se dirigía cuando salió corriendo. Debía tomar buena nota de todo lo que hacía. Zoey era peligrosa.

—Neferet, necesito hablar contigo acerca de las nuevas clases que se están impartiendo en el ruedo de Lenobia —estaba diciendo Dragon Lankford.

Los fríos ojos grises de Neferet se posaron sobre Dragon.

—El Alto Consejo decidió que esos iniciados se quedaran, al menos de momento.

—Lo entiendo, pero...

—¿Pero qué? ¿Preferirías tener al cuervo del escarnio en tu clase? —le espetó Neferet.

—Rephaim ya no es un cuervo del escarnio —intervino la alta sacerdotisa roja en defensa de su pareja.

—Pues él sigue llamando hermanos a esas criaturas, a los cuervos del escarnio —dijo Aurox.

—Muy bien dicho, Aurox. Es una observación muy interesante —dijo Neferet sin ni siquiera mirarlo—. Como regalo de Nyx para mí, creo que es importante que tengamos en cuenta tus observaciones.

—¡Por el amor de Sam Hill! ¿Qué tiene que ver eso? Efectivamente, son sus hermanos. En ningún momento ha tratado de ocultarlo —dijo la alta sacerdotisa roja mirándolo fijamente. Aurox percibió en sus ojos tristeza y enfado, aunque no eran emociones tan fuertes como para que las sintiera, como para que pudiera extraer energía de ellas—. No deberías haber matado al cuervo del escarnio. No estaba atacando a nadie.

—¿Según tú deberíamos esperar a que esas criaturas volvieran a despedazar a uno de los nuestros para reaccionar? —preguntó Dragon Lankford.

La rabia del maestro de esgrima era mucho más tangible y Aurox absorbió parte de la fuerza que manaba de ella. Sintió que hervía en su sangre, latiendo, alimentándolo, cambiándolo.

—Aurox, en este lugar no te necesitamos. Puedes irte para seguir con tus tareas. Empieza por aquí, por el edificio principal, y muévete por todo el perímetro del campus. Quiero que hagas la ronda por todas las instalaciones. Asegúrate de que los cuervos del escarnio no vuelvan a acercarse. —Luego su Señora miró a la alta sacerdotisa roja y añadió—: Te ordeno que ataques solo a los que supongan una amenaza para ti o para el colegio.

—Sí, sacerdotisa. —Seguidamente hizo una reverencia, abandonó la estancia caminando hacia atrás y salió al exterior mientras escuchaba cómo la alta sacerdotisa roja seguía defendiendo a su compañero.

*Ella también es una enemiga, aunque mi señora dice que de otro tipo. De las que se pueden utilizar.*

Aurox consideró lo complejas que eran las personas que se oponían a Neferet. Le había explicado que un día, en un futuro no muy lejano, todos aquellos iniciados y vampiros acabarían sometiéndose a ella o de lo contrario serían destruidos. Su Señora esperaba con ansia ese día, y Aurox también.

En ese momento se bajó de la acera y se dirigió hacia la derecha, al lugar donde empezaba en edificio principal. Se esforzaba por mantenerse alejado de la trémula luz de las lámparas de gas. Instintivamente, prefería las sombras y los rincones oscuros. Se mantenía siempre alerta, siempre buscando, de manera que le resultó extraño que el pañuelo de papel lo pillara por sorpresa. Era un simple rectángulo blanco. Lo arrastraba el viento, revoloteaba a su alrededor casi como un pájaro. Entonces se detuvo, estiró el brazo y lo cogió al vuelo.

¡Qué raro!, se dijo a sí mismo. *Un pañuelo de papel que flota.* Sin pensarlo de forma consciente, se lo metió en el bolsillo de sus vaqueros. Luego se encogió de hombros e, ignorando la extraña y funesta sensación, siguió caminando.

Las emociones de ella lo golpearon antes de que hubiera tenido tiempo de dar un par de pasos.

Tristeza, y un intenso y profundo dolor. Y también culpa. En sus sentimientos también estaba presente la culpa.

Aurox sabía que se trataba de la alta sacerdotisa de los iniciados, la tal Zoey Redbird y se dijo a sí mismo que se aproximaba solo porque era sensato observar de cerca a sus enemigos. Sin embargo, una vez se encontró a pocos metros de ella, apenas sus sentimientos lo invadieron, empezó a sucederle algo extraño. En lugar de absorber sus emociones y alimentarse de ellas, Aurox las absorbió y sintió.

No se transformó. No empezó a convertirse en la criatura de gran poder.

En vez de eso, sintió.

La desazón de Zoey tiraba de él y, cuando se quedó allí en pie, en las sombras que la rodeaban, y la vio sollozar, sus sentimientos penetraron en él y se acumularon en



un recóndito y tranquilo lugar en lo más hondo de su espíritu. Mientras Aurox absorbía la tristeza y el sentimiento de culpa de Zoey, su soledad y su desesperación, algo se removió en su interior.

Era algo completamente inesperado y absolutamente inaceptable, pero Aurox quería consolar a Zoey Redbird. El impulso le resultaba tan extraño que se sorprendió a sí mismo moviéndose sin darse cuenta, como si fuera su subconsciente el que guiaba su cuerpo.

Surgió de las sombras en el mismo instante que ella se movía, apretando con la palma de su mano un lugar en el centro de su pecho. Entonces parpadeó, probablemente intentando ver a través de sus lágrimas, y sus miradas se encontraron. Ella se puso rígida y le pareció que estaba a punto de echar a correr.

—No, no tienes que irte —se oyó decir a sí mismo.

—¿Qué quieres? —dijo soltando un nuevo hipido.

—Nada. Pasaba por aquí. Estabas llorando. Y te oí.

—Quiero estar sola —dijo ella, secándose las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano y sorbiéndose la nariz.

Aurox no se dio cuenta de lo que hizo a continuación hasta que tanto él como la chica se quedaron mirando su mano y el pañuelo de papel que se había sacado del bolsillo para ofrecérselo.

—Entonces me voy, pero vas a necesitar esto —dijo él, sonando rígido y extraño a sus propios oídos—. Tienes la cara muy mojada.

Ella se quedó mirando el pañuelo antes de cogerlo y luego lo miró a él.

—Cuando lloro, siempre moqueo.

Él sintió que su cabeza hacía un gesto de asentimiento.

—Sí, tienes razón.

Zoey se sonó la nariz y se secó la cara.

—Gracias. Nunca tengo un clínex cuando lo necesito.

—Lo sé —respondió él. Entonces sintió que las mejillas se le encendían y el cuerpo se le quedaba frío, porque no había absolutamente ninguna razón para haber dicho algo así.

—¿Qué es lo que has dicho?

—Que tengo que irme.

Aurox se dio media vuelta y se alejó a toda prisa penetrando de nuevo en la oscuridad. Esperaba que las emociones que había despertado en él desaparecieran, fluyeran de su interior como sucedía cada vez que absorbía las emociones de otro, las utilizaba y las desechaba. Sin embargo una parte de la tristeza de Zoey permaneció con él, al igual que sus sentimientos de culpa. Aun así lo más sorprendente es que su soledad se quedó en su interior, en un profundo y recóndito abismo de su alma.



## Zoey

Me quedé mirando a Aurox durante un buen rato.

¿Pero qué demonios...?

Volví a sonarme la nariz, sacudí la cabeza y me quedé mirando lo que quedaba del húmedo y estrujado clínex que tenía en la mano. ¿A qué había estado jugando la criatura de Neferet? ¿Lo habría mandado a propósito para que me siguiera, me ofreciera un pañuelo de papel y acabara de revolver mis ya confusos pensamientos?

No. No era posible. Neferet no sabía que el hecho de que Aurox me diera un clínex me recordaría a Heath. Nadie excepto Heath podía saberlo. Bueno, y Stark.

De manera que tenía que haber sido una extraña coincidencia. Estaba claro que Aurox era una especie de criatura de Neferet, pero eso no quería decir que fuera inmune a los efectos de las lágrimas de una mujer. Era un chico, de eso estaba bastante segura. Y, en cualquier caso, no tenía que ser al cien por cien uno de los estúpidos peones de Neferet, incapaces de pensar por sí mismos. Quizás era un buen tipo, al menos cuando no se convertía en una máquina de matar con aspecto de toro. ¡Maldita sea! Stevie Rae había encontrado un cuervo del escarnio de buen corazón. ¡Quién sabe! ¡Quizás...!

De repente me di cuenta de lo que estaba haciendo. Estaba «kalonándolo». Veía la bondad donde no existía.

—¡Oh, no! ¡No pienso seguir por ahí! —me regañé a mí misma en voz alta.

—¿Seguir por dónde, Z? —Stark acababa de entrar en el patio, con una caja de clínex en la mano—. ¡Eh! Parece que esta vez, para variar, estabas preparada para moquear —dijo señalando con un movimiento de la barbilla la bola de papel que tenía en la mano.

—¡Oh, sí! De todos modos, cogeré otro. Gracias —respondí sacando un par de pañuelos de la caja que llevaba en la mano y secándome de nuevo la cara.

—¿Y bien? ¿Por dónde no piensas seguir? —preguntó sentándose en el banco junto a mí. Su hombro rozó el mío y aproveché para apoyar la cabeza.

—Estaba recordándome a mí misma que no debo dejar que toda la locura que me rodea acabe volviéndome loca, o mejor dicho, más loca.

—Tú no estás loca, Z. Estás pasando por un periodo muy difícil, pero al final todo se arreglará —dijo.

—Espero que tengas razón —farfullé. En ese momento sentí que me daba otro bajón—. ¿Les dijiste al resto de los chicos que no me trataran de forma extraña por lo de mi madre?

—No hizo falta. Son tus amigos, Z. Te tratan como se trata a las personas que te importan, no de forma extraña —dijo Stark.

—Lo sé. Lo sé. Es solo que... —De pronto me quedé callada. No sabía cómo expresar en palabras el dolor, la culpabilidad y la terrible sensación de soledad que me había causado el hecho de quedarme sin madre.

—¡Hey! —me interrumpió Stark mirándome desde arriba—. No estás sola.

—¿Estás escuchando mis pensamientos? Sabes que no me gusta que...

En ese momento me cogió por los hombros y me dio una pequeña sacudida.

—No me hace falta recurrir a nuestro vínculo ni al juramento que te presté como guerrero para darme cuenta de que te sientes solas. No conozco a ningún otro adolescente que se haya quedado sin madre, ¿y tú?

—No, solo a mí. —En aquel momento me mordí el labio para evitar echarme a llorar a moco tendido. Otra vez.

—Escucha, no es difícil imaginar cómo te sientes.

A continuación me besó. No con la boca abierta en plan «quiero meterme en tus bragas», sino con un beso suave, dulce y reconfortante. Cuando sus labios se separaron de los míos, me sonrió mirándome a los ojos.

—Pero, como ya he dicho antes, saldrás de esta y volverás a sentirte bien. No vas a volverte loca porque eres inteligente, fuerte y hermosa, y porque, básicamente, estás para chuparse los dedos.

Yo me eché a reír inesperadamente.

—¿Para chuparse los dedos? ¿He oído bien? ¿En serio has dicho eso?

—¡Sí! ¡Maldita sea! Es lo que acabo de decir. Eres absolutamente genial, Z.

—Pero ¿para chuparse los dedos? —dije riéndome de nuevo y sintiendo que el nudo del estómago empezaba a deshacerse—. Es la expresión más chorra que te oído decir jamás.

Él metió la barriga y escondió la cabeza entre los hombros como si acabara de apuñalarlo.

—Eso duele, Z. Solo intentaba ser romántico.

—Bueno, al menos lo has intentado. Pero por favor, dime que no te lo has inventado tú.

—Nooo —respondió esbozando su encantadora sonrisa de guaperas creído—. Se lo oí decir a tres chicas de tercero. Comentaban que estaba para chuparse los dedos mientras me miraban lanzar flechas en el ruedo durante la última hora.

—¿En serio? —le pregunté levantando un ceja y poniendo cara de asco—. ¿Tres chicas de tercero?

La expresión de guaperas creído desapareció de su sonrisa.

—Quería decir tres chicas de tercero bastante feas.

—Estoy segura de que eso era exactamente lo que querías decir.

En ese momento los ojos empezaron a brillarle.

—¿Estás celosa?

Yo resoplé y mentí.

—¡Qué va!

—No tienes motivos para estar celosa. Nunca. No solo porque estás para chuparse los dedos, sino porque estoy seguro de que la expresión la inventaron para hablar de ti.

—¿Estás seguro?

—Ajá.

—¿Lo prometes?

—Ajá.

Entonces volvía a apoyarme en él.

—De acuerdo, te creo, aunque seas un chorra —dije apoyando la cabeza sobre su hombro mientras él me rodeaba con el brazo—. ¿Podemos irnos ya?

—¡Y tanto! Tu pequeña limusina amarilla está cargada y esperándote.

Acto seguido se puso en pie y tiró de mí para que me levantara. Juntos caminamos de la mano en dirección al aparcamiento y yo lo miré de reojo. Parecía satisfecho consigo mismo (y estaba muy, pero que muy sexy). Era evidente que el juegucito de la chorrada formaba parte de un complot urdido para sacarme del tremendo bajón en el que estaba cayendo.

Stark debió de haberlo sentido, y no solo porque estuviera «escuchando» de forma poco apropiada mis pensamientos, sino porque era mi guardián, mi guerrero y mucho, mucho más.

Entonces le apreté la mano.

—Gracias.

Él me miró, sonrió y se llevó mi mano a sus labios.

—De nada. Espera a escuchar la palabra que tengo pensada para describir tus tetas. Será totalmente inventada. Esta vez no necesitaré la ayuda de tres chicas de tercero bastante feas.

—No. Ni hablar.

—Pero es posible que necesites que te anime un poco más.

—Para nada. Estoy bien. No necesito que me hables de mis tetas.

—Bueno, pues recuerda que estaré aquí para cuando me necesites —dijo sonriendo de nuevo—. Preparado, dispuesto y capacitado.

—Eso me tranquiliza, gracias.

—Forma parte de la descripción de mi trabajo como guardián —dijo.

Esta vez levanté las dos cejas.

—¿De verdad recibiste una descripción de tu trabajo?

—Más o menos. Seoras dijo «cuida de tu reina o terminaré los rasguñitos que empecé a hacerte» —dijo imitando la extravagante forma de hablar del guardián escocés.

—¿Rasguñitos? —dije estremeciéndome al recordar las sangrientas heridas de cuchillo que habían cruzado su pecho. ¿Cómo iba a olvidarlas? Incluso aunque no

hubieran tenido todavía ese color rosado de las cicatrices recientes a pesar de haber utilizado el poder curativo de mis elementos y de mi sangre—. Yo no los definiría como rasguñitos.

—Bueno, pequeña. No son más que unos arañazos de nena.

Los ojos se me abrieron como platos y le pegué un puñetazo en el brazo.

—¿De nena?

Él se frotó el lugar donde le había golpeado y con una voz de lo más normal dijo:

—Z, ya sé que hay nenas que saben atizar fuerte, como tú.

Yo lo miré con cara de asesina.

—Pues no lo olvides. En el fondo no eres más que un chico.

Por alguna absurda razón, aquello le hizo reír y me rodeó con sus brazos envolviéndome en un abrazo gigante.

—Sí, soy un chico. Tu chico. Y quiero que recuerdes que más allá de todo esto —entonces hizo una pausa, se apartó lo suficientemente para indicar con la cabeza a la Casa de la Noche y al pequeño autobús que esperaba a poca distancia de donde nos encontrábamos—, más allá de mis funciones como guerrero o como guardián, yo te quiero, Zoey Redbird. Y siempre estaré ahí cuando me necesites.

Yo regresé a sus brazos y exhalé un largo suspiro de alivio.

—Gracias.

—¡Ahí está! —oí gritar a Kramisha y suspiré de nuevo, convencida de que estaba hablando de mí. Seguidamente levanté la vista y descubrí que, efectivamente, Kramisha se encontraba delante del minibús cargado con Stevie Rae, Aphrodite, Damien, las gemelas, Erik y una iniciada roja que no reconocí. Sin soltarme de la mano de Stark, recorrí la distancia que me separaba de ellos.

—Siento mucho lo de tu madre. Es una pena —dijo Kramisha a modo de saludo.

—Ummm, g-gracias —respondí tartamudeando. Justo cuando empezaba a pensar que iba a tener que idear una fórmula no demasiado extraña para responder a la gente que me daba el pésame por lo de mi madre, Kramisha añadió—: Z, sé que no es el momento más apropiado, pero tenemos un problema.

Yo sofoqué otro suspiro.

—Cuando dices «tenemos», ¿quieres decir tú y yo, o te refieres vosotros?

—Creemos que se trata de algo que podría afectarnos a todos nosotros —intervino Stevie Rae.

—Genial —dije yo.

—Zoey, esta es Shaylin —dijo Erik presentándome a la chica desconocida, que me examinaba como si me estuviera observando por un microscopio. ¡Dios! Conocer chicos nuevos era un verdadero coñazo.

—Hola, Shaylin —respondí intentando sonar normal mientras ignoraba su penetrante mirada.

—Violeta —dijo ella.

—Me ha parecido oír que Erik te presentaba como Shaylin —dije a pesar de que

solo tenía ganas de gritar: «¡Sí, soy yo! ¡La de los tatuajes extraños!».

—Me llamo Shaylin —respondió sonriéndome de un modo realmente agradable—. Violeta eres tú.

—No es Violeta, es Zoey —dijo Stark, que a juzgar por su voz estaba tan confundido como yo.

—Con motas doradas —concluyó Shaylin mirándome fijamente. Luego desvió la mirada hacia él—. Y tú eres rojo y dorado con un poco de negro. ¡Vaya! ¡Qué extraño!

—De acuerdo. Escucha una cosa...

—¡Por todos los demonios! —interrumpió Aphrodite, señalando a Shaylin—. El nombre de la nueva es Shaylin, y no os está cambiando el nombre para ponerte el de un color, ¡ve tus colores!

—¿Mis colores? No tengo ni idea de lo que significa eso —dije mirando a Aphrodite con el ceño fruncido y a continuación a Shaylin con expresión interrogante.

—Yo tampoco tengo ni idea de lo que significa —dijo Shaylin—. Simplemente me sucedió, justo después de que me marcaran.

—Creo que Shaylin ha recibido un don conocido como «visión verdadera» —explicó Damien—. Es muy poco común. Me parece que el *Manual Avanzado para Iniciados* dice algo al respecto, pero solo le he echado un vistazo. —Parecía avergonzado, como si pidiera disculpas—. No me lo estudié.

—Damien, solo estás en cuarto. No forma parte de tu programa de estudios —dijo Stevie Rae.

—¡Mira quién fue a hablar! Otra obsesionada con los deberes —murmuró Erin.

—Y de las peores —añadió Shaunee.

—Escuchad —dije alzando la voz y consiguiendo que todos me miraran con la boca abierta en vez de enzarzarse en la discusión que, sin duda, estaba a punto de empezar—. No sé lo que es la visión verdadera, pero si se trata de un don, y doy por hecho que te refieres a un don de Nyx, ¿cuál es el problema? —pregunté.

—Que se trata de una iniciada roja —dijo Aphrodite.

—¿Y? El autobús está lleno de ellos —dije indicando con un gesto de la barbilla el vehículo que tenían detrás.

—Así es, y todos y cada uno de nosotros tuvimos que morir y después no morir para conseguir esto —dijo Kramisha apuntado al dibujo rojo en forma de luna creciente de su frente.

Tras escuchar sus palabras, desvié la mirada hacia a la chica nueva. Fue entonces cuando mi mente comprendió lo que estaban viendo mis ojos.

—¿Acabas de marcarla en rojo?

—No, bueno sí. —Erik sacudió la cabeza con una terrible expresión de preocupación—. No lo he hecho aposta. Reconozco que no seguí las instrucciones al pie de la letra, pero se debió al hecho de que fuera ciega. Me desconcertó. —Todos

nos quedamos mirándolo mientras se pasaba la mano por su espeso y oscuro pelo y dejaba caer los hombros. Luego añadió—: Lo fastidié todo. Esa es la razón por la que ahora es una iniciada roja y puede ver nuestros colores.

—Tú no la fastidiaste, Erik —dijo Shaylin. Tuve la sensación de que hacía amago de estirar el brazo para darle unas palmaditas en el brazo pero que, en el último momento, cambiaba de opinión. Luego se giró hacia mí y añadió—: Antes de que me marcara, era ciega. Perdí la vista cuando era tan solo una niña. Apenas me marcó la recuperé, y eso no es fastidiarla. Es alucinante.

—¡Ah! ¡Sabía que sentía la presencia de una nueva iniciada!

Al oír la voz de Neferet todos pegamos un respingo, como si hubiéramos recibido una descarga eléctrica. Se dirigía a toda prisa hacia nosotros arrastrando su largo vestido de terciopelo verde como si, en lugar de caminar, se deslizara por el suelo (lo que resultaba superespeluznante).

—Feliz encuentro. Soy Neferet, tu alta sacerdotisa. —A continuación desvió brevemente su atención hacia Erik, y me di cuenta que había un atisbo de desagrado en sus ojos—. Profesor Night, no debería haber traído a la chica aquí. —Seguidamente se acercó a Shaylin con un elegante gesto de disculpa—. Joven iniciada, el rastreador debería haberte dado instrucciones de presentarte en los dormitorios de las chicas, donde te reunirás con el resto de... —De pronto se detuvo en seco. Por fin había visto la marca de Shaylin.

—Efectivamente —dije incapaz de seguir manteniendo la boca cerrada—. Es roja. Lo que significa que está en el lugar que le corresponde.

—Soy yo su alta sacerdotisa, no tú —concluyó Stevie Rae en mi lugar.

—¡Oh! ¡Usted es...! ¡Vaya! ¡No me encuentro bien! —Shaylin estaba mirando a Neferet cuando de repente se derrumbó. Erik la cogió antes de que se abriera la cabeza contra el suelo, arreglándoselas para parecer un héroe y un cagado al mismo tiempo (hay que reconocer que fue todo un logro).

—Demasiados sobresaltos para un solo día —dijo Aphrodite colocándose a escasos centímetros de Neferet con actitud desafiante—. Hay que llevarla a casa. A la estación. Con nosotros. Inmediatamente.

Yo contuve la respiración mientras Neferet entrecerraba los ojos y nos miraba uno a uno con ganas de estrangularnos. Todos los vampiros son intuitivos, pero Neferet va mucho más allá. Puede leer el pensamiento. Bueno, el de la mayoría de los iniciados, o al menos la superficie de estos. Rápidamente recé para mis adentros a la Diosa: *Por favor, haz que cada uno de ellos piense en cualquier cosa excepto en el hecho de que esta chica posee la visión verdadera. Sea lo que sea eso.*

De pronto la expresión de desconfianza de Neferet desapareció y se echó a reír. De verdad. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero su risa sonaba terriblemente malvada y sarcástica. ¿Cómo era posible que una risa pudiera resultar tan desagradable?

—Era ciega. Por eso su marca es roja. Está rota. Simplemente no tuvo que morir

para volverse así. Al menos de momento.

Kramisha estaba a mi lado, lo que permitió que me diera cuenta de su pequeño estremecimiento de miedo. Y también Neferet. La pretendida alta sacerdotisa sonrió a nuestra laureada poetisa.

—¿Qué pasa? ¿De veras creías que la marca de color rojo te garantizaba el cambio? —Luego movió la cabeza hacia un lado, recordándome a un reptil—. Sí, percibo tu sorpresa y tu miedo. No se te había ocurrido, ¿verdad? Tu cuerpo todavía puede rechazar el cambio.

—No lo sabes con seguridad —intervino Stevie Rae situándose junto a Kramisha.

—¿Ah no? —Una vez más, la risa de Neferet sonó horrible y perversa. Entonces indicó con la barbilla a Shaylin, que seguía desmayada en los brazos de Erik—. Esa chica tiene algo raro. —Luego desvió la mirada hacia Aphrodite, que apoyó los puños en sus caderas como si se preparara para recibir un golpe—. Un poco como tú. Y eso que ya no eres una iniciada.

—No, no lo soy. Pero estoy orgullosa de lo que soy. ¿Y tú, Neferet? ¿Puedes decir lo mismo?

En lugar de responder, Neferet ordenó:

—Llevaos a la nueva iniciada. Tienes razón en una cosa, Aphrodite. Su lugar no está aquí, sino junto a vosotros y al resto de los inadaptados. ¡Por todos los dioses! ¿Qué otras sorpresas nos estará preparando Nyx?

Y luego, sin dejar de reírse, se giró con desprecio y se marchó.

Cuando estuve segura de que estaba lo suficientemente lejos como para no oírlos, solté el aire que había estado acumulando en los pulmones.

—Buen trabajo, chicos. Habéis hecho bien en no pensar en lo de la visión verdadera.

—Me da mucho miedo —dijo Kramisha con una voz casi de niña pequeña.

Stevie Rae la rodeó con su brazo.

—No pasa nada por tenerle miedo. Eso hará que nos esforcemos aún más en combatirla.

—O que corramos aún más deprisa para escapar de ella —dijo Erik con voz grave.

—Algunos de nosotros no salimos corriendo —dijo Stevie Rae.

—¿Estás segura? —preguntó Shaylin.

—¡Eh! ¿Vuelves a estar con nosotros? —dijo Erik.

—En realidad no me he ido a ninguna parte. Ummm, eso sí, ¿te importaría devolverme al suelo, por favor?

—¡Ah, sí! ¡Claro! —dijo Erik soltándola con cuidado pero sujetándola por uno de los brazos, como pensara que podía tambalearse y caerse. No obstante, ella se mantuvo sorprendentemente firme y erguida.

—O sea, que has fingido el desmayo. ¿Y por qué, si puede saberse? —preguntó Aphrodite antes de que yo tuviera tiempo de hacerlo.



—Bueno, no ha sido tan difícil. —Seguidamente miró a Kramisha—. Y estoy de acuerdo contigo. Da mucho miedo. —Luego continuó—: Fingí que me desmayaba porque me vi obligada a elegir entre eso o salir corriendo y gritando como una loca. —Entonces miró a Erik con gesto de complicidad—. Como puedes ver, también estoy de acuerdo contigo. —Acto seguido se encogió de hombros—. Pero dijo que era una alta sacerdotisa. No entiendo mucho de vampiros, pero todo el mundo sabe que las altas sacerdotisas están al mando. Huir de una de ellas gritando como una loca en mi primer día como iniciada no me pareció una buena opción.

—De manera que decidiste hacer como las zarigüeyas —dijo Stevie Rae.

—¿Las qué?

—Es una expresión típica de los paletos. Significa que hiciste como si te hubiera dado un soponcio para que Neferet te dejara en paz —explicó Aphrodite.

—Sí. Eso es exactamente lo que hice —dijo Shaylin.

—No está mal como táctica —opinó Stark—. Conocer a Neferet y que te marquen en un mismo día debe de ser una auténtica mierda.

—¿Qué es lo que viste? —Mi pregunta pareció pillar a todos por sorpresa excepto a Shaylin, que me miró fijamente a los ojos y no los apartó ni un momento mientras me respondía—. Antes de quedarme ciega estuve en Nam-Hi, esa enorme tienda de alimentación vietnamita en la esquina de la calle Garnett con la veintidós, con mi madre. Tenían un montón de peces muertos en un enorme bidón con hielo. Me asusté tanto que me quedé allí parada, mirando sus ojos lechosos y sus horribles barrigas abiertas por la mitad.

—¿Neferet tiene el color de una barriga de pez abierta por la mitad? —preguntó Stevie Rae.

—No. Es del color de los ojos de pez muerto. Y es su único color.

—Eso no puede ser bueno —opinó Kramisha.

—¿Qué es lo que no puede ser bueno? —preguntó Darius uniéndose al grupo y cogiendo la mano de Aphrodite.

Ella se inclinó hacia él y dijo:

—Darius, te presento a Shaylin. Es una iniciada roja a la que acaban de marcar, que no ha necesitado morir para ser roja y que posee visión verdadera. Acaba de «ver» —dijo Aphrodite haciendo el gesto de las comillas con los dedos— a Neferet y, por lo que parece, su color verdadero es el de los ojos de los peces muertos.

Darius escuchó atentamente toda la explicación y se limitó a saludar a la nueva con una leve inclinación de cabeza y decir:

—Feliz encuentro, Shaylin. —Una reacción que, o bien ponía de manifiesto el impresionante autocontrol del guerrero, o era una prueba de que nuestras vidas se habían ido tanto de madre que estábamos cubiertos de guano.

—Necesitamos averiguar algo más sobre la visión verdadera —dijo Damien—. Se enseña en sexto, y pertenece a un nivel muy superior a lo que hemos estudiado hasta ahora. ¿Tú sabes algo al respecto? —preguntó a Darius.

—No mucho. Me centré sobre todo en el estudio de armas blancas, no en sociología vampírica.

—Bueno, yo tengo ese estúpido libro —dijo Aphrodite. Cuando vio que todos la mirábamos con la boca abierta, añadió—: ¿Qué pasa? Estaba en sexto antes de que pasara todo esto. —Luego indicó su frente impoluta, sin rastro de marcas—. Por desgracia, hoy he tenido que retomar mi antiguo plan de estudios. —Al ver que todos la mirábamos sin decir ni mu, puso los ojos en blanco—. ¡Joder! Estoy diciendo que me han puesto deberes. Eso es todo. El libro está en mi bolso superchic de Anahata Joy Katkin, en el autobús de los retrasados.

—¡Aphrodite! ¡Deja de decir «retrasados»! —le gritó Stevie Rae—. Deberías leer la página web *www.r-word.com*. Quizás aprenderías que alguna gente se siente ofendida cuando usas determinados términos.

Aphrodite parpadeó varias veces y luego arrugó la frente.

—¿Una página web? ¿En serio?

—Sí, Aphrodite. He tratado de decirte un trillón de veces que utilizar la palabra «retrasado» no solo es degradante, sino también decididamente cruel.

Aphrodite soltó un largo suspiro y empezó a despotricar.

—¿Y por qué no crean una página web contra la palabra «coñazo», que degrada al cincuenta por ciento de la humanidad? ¡Oh, no! ¡Espera! Mejor mantenemos la web contra la palabra que empieza por «r» y añadimos una pestaña contra las palabras que empiezan por «v» de «violación», cuyo uso indiscriminado hace algo más que ofender los sentimientos de las «mamas» de clase media alta. O...

—Ya vale —dije interponiéndome entre ellas—. Lo hemos pillado. Y ahora, ¿podemos volver a Shaylin y a la cuestión de la visión verdadera?

—Vale, como quieras —dijo Aphrodite apartando la melena de su cara con gesto ofendido.

—Aphrodite ha estado un poco borde, Z, pero no le falta razón —dijo Erin.

Yo miré a Shaanee, que se limitó a asentir con la cabeza con entusiasmo, pero decidí no responder. Sentía como si la cabeza me fuera a estallar.

—¡Maldita sea! —exclamé levantando los brazos en señal de frustración—. ¡Ya no me acuerdo de lo que estábamos diciendo antes de que saliera el tema de los retrasados!

—Hablabais de que la información sobre la visión verdadera está en el autobús —dijo Rephaim sorprendiéndonos a todos. Él sonrió tímidamente—. No he entendido casi nada de lo que se ha dicho después. También he pillado lo de que Aphrodite es borde, pero eso ya lo sabía.

Stark, que estaba en pie junto a mí, transformó una carcajada en un ataque de tos y yo suspiré.

—De acuerdo. Subamos al autobús y volvamos a la estación. Una vez allí, quiero que Aphrodite y Damien se reúnan conmigo en la cocina con el libro en cuestión. —Luego hice una pausa y miré a Stevie Rae, que seguía cogida de la mano de Rephaim

—. En cuanto a ti, ¿te gustaría venir después de que...? Ya sabes, ¿de que salga el sol?

—Z, no hace falta que te andes con pies de plomo cada vez que toquemos el tema. Sí, Rephaim se va a convertir en cuervo cuando salga el sol y me gustaría estar con él hasta entonces.

A continuación alzó la vista hacia Rephaim, que lo miró con una sonrisa como si fuera su cumpleaños y acabara de abrir un regalo superchulo.

—¿Está hablando en serio? —oí que le preguntaba Shaylin a Erik.

—Sí. Es una historia muy larga.

—No me extraña que tenga un color tan raro —sentenció.

Sentía curiosidad por saber cuál era el color de Rephaim, pero sabía que no era el momento de acribillarla a preguntas, de manera que me limité a decir:

—Kramisha, ¿podrías buscarle un lugar para dormir a Shaylin?

—Yo no pienso compartir mi habitación —dijo esta. A continuación, con expresión de disculpa, añadió—: Perdona. No pretendía ofenderte.

—No pasa nada. Desde que perdí la vista, me he pasado la vida rodeada de gente. A mí también me gustaría tener una habitación para mí sola.

Kramisha sonrió.

—Me parece justo. Me gustan las mujeres independientes. Te ayudaré a encontrar una habitación individual.

—Trato hecho —dijo Shaylin.

—Esto... —Erik se aclaró la garganta para llamar nuestra atención. Me pareció que estaba nervioso y se mostraba inseguro, algo impropio de él—. ¿Qué os parece si os sigo con mi coche y Shaylin viene conmigo? Podría aprovechar el viaje para ponerla al corriente de una serie de cosas, como lo de Rephaim y la historia de los iniciados rojos.

—Se supone que los rastreadores deben limitarse a rastrear y a marcar —dijo Aphrodite.

—Sí, y se supone que a los iniciados debería aparecerles una luna creciente de color azul en la frente y luego deberían cambiar o morir —repuso él.

—A mí me parece bien que Erik nos siga —dijo Stevie Rae, lo que me sorprendió bastante, porque sabía que no era precisamente una fan de Erik—. ¿Tú qué piensas, Z?

Yo me encogí de hombros.

—Por mí...

Erik asintió con la cabeza y luego él y Shaylin se dirigieron a su coche, que estaba en el aparcamiento.

—Entonces, ¿podemos irnos ya? —preguntó Darius.

—Imagino que sí, pero tenemos que esperar a que aparezca nuestro amabilísimo conductor —dije yo.

Darius sonrió.

—Supongo que te refieres a mí. Le dije a Christophe que, a partir de ahora, me ocuparía yo de llevaros y traeros de aquí a la estación.

Yo no pude resistirme a mirar a Aphrodite. Se había quedado de piedra y lo miraba con los ojos como platos.

—¡Eh! ¡Escuchad todos! ¡Aphrodikey está saliendo con un conductor de autobús! —gritó Shaunee.

Tuve la sensación de que Erin iba a hacer otro comentario sarcástico a propósito de la noticia, pero Aphrodite se acercó a las gemelas con actitud amenazante.

—Darius no es ningún conductor de autobús. Es un guerrero Hijo de Érebo. Podría mataros, pero es una persona respetable y tiene un gran corazón, así que no lo hará. Yo, por el contrario, no soy ni un guerrero, ni una persona respetable, de manera que os mataré, o como mínimo, os daré tal paliza que no podréis asistir al próximo desfile privado Miss Jackson.

Las gemelas tomaron aire y yo me apresuré a intervenir:

—Bueno, ya va siendo hora de que volvamos a casa. Por lo visto tenemos mucho que estudiar. —Luego agarré a Aphrodite por la muñeca y prácticamente la arrastré hasta el interior del autobús. Ella se zafó, pero todavía me seguía cuando empecé a subir las escaleras. Entonces una bola de pelo color naranja se abalanzó sobre mí.

—¡Nala! —exclamé a punto de dejarla caer de la sorpresa—. ¡Oh, mi, niña! ¡No sabes cuánto te he echado de menos!

Empecé a acariciarla y a besarla entre risas cuando, de pronto, me estornudó encima y empezó gemir con su voz de ancianita, aunque no por eso dejó de ronronear como una loca.

Mientras achuchaba a Nala, se oyó una especie de terrible chillido que provenía de las entrañas del autobús, y de repente Aphrodite me adelantó con un empujón gritando:

—¡Maléfica! ¡Mamaíta está aquí!

De pronto pareció como se hubiera desatado una tormenta de pelo blanco. Los chicos y chicas del autobús retiraron de golpe brazos y piernas para dejar paso a la gata más fea, más grande, más odiosa y con la cara más aplastada de todo el universo, que recorría lentamente el pasillo maullando y emitiendo sonidos sibilantes. Aphrodite por su parte se agachó, la cogió en brazos y empezó a decirle lo guapa, lo maravillosa y lo inteligente que era.

—Esa gata está fatal —dijo Kramisha asomando la cabeza por encima de mi hombro—. Por suerte, Aphrodite también está fatal, así que supongo que por eso se llevan tan bien. —Entonces dejó de observar a Maléfica y se fijó en Nala—. De hecho, son un buen puñado los gatos que no están bien de la cabeza.

—¿Un buen puñado? —En ese momento levanté la vista por encima de la cabeza pelosa de Nala y, como sospechaba, descubrí que la pequeña limusina amarilla no solo estaba llena de iniciados rojos, sino también de gatos.

—¿Cuándo ha sucedido?

—Ya estaban aquí cuando llegamos —explicó Kramisha—. Como te he dicho antes, están fatal.

—Bueno... Supongo que eso significa que la estación es realmente nuestro hogar —dije sintiendo por primera vez que podía ser cierto.

—Z, donde quiera que tú estés, estará mi hogar —dijo Stark alargando el brazo por encima de mí y acariciando la cabeza de Nala.

Yo le sonreí y sentí una especie de calor en mi interior que casi me hizo olvidar aquellos ojos del color de la luna y el hecho de que la gente que me rodeaba siguiera muriendo...



## Kalona

—¿Cómo? ¡Repíte lo que acabas de decir! —le gritó Kalona al cuervo del escarnio, que se encogió atemorizado.

—Rephaim es un chico humano —repitió Nisroc. Su hermano menos evolucionado, el que había escapado a la furia de la criatura amenazante, se removió incómodo y reculó hasta ponerse detrás de él.

Kalona empezó a dar vueltas por el claro que se extendía entre las casetas de caza. Todavía no había amanecido, pero el resto de cuervos del escarnio, los que habían vuelto de buscar a sus hermanos por la campiña de Oklahoma, ya estaban acurrucados en el interior de las casas construidas en los árboles, escondiéndose, ocultándose por miedo a posibles miradas indiscretas. Él se quedó allí fuera, observando cómo regresaban, buscando algo que odiaba admitir. Había estado buscando algo de humanidad, un hijo con el que hablar, con el que compartir sus pensamientos, con el que hacer planes. Pero lo único que había encontrado era un montón de criaturas atemorizadas y quejicas. *Rephaim era el más humano de todos ellos*, llevaba pensando desde lo que le había parecido una eternidad, cuando Nisroc había aterrizado en el claro con un hijo menos y con noticias increíbles sobre Rephaim.

Kalona se revolvió contra Nisroc.

—Rephaim no puede tener forma humana. ¡Es imposible! Es un cuervo del escarnio. Como tú y como tus hermanos.

—La Diossa —dijo Nisroc—. Ella lo cambió.

Un extraño sentimiento de sabor agridulce se apoderó de Kalona. Nyx había transformado a su hijo en un humano, le había regalado la forma de un chico.

¿Acaso había perdonado a Rephaim? ¿Cómo era posible?

Como si se hubiera quedado sin palabras con las que expresar lo que sentía, el inmortal le espetó a su hijo:

—¿Hablaste con Rephaim?

Nisroc balanceó su enorme cabeza hacia delante y hacia atrás.

—Sssí.

—¿Te dijo él que estaba al servicio de Nyx?

—Sssí. —Nisroc se inclinó ante su padre, pero los ojos le brillaban maliciosamente—. No querer espiar para ti.

Kalona lo miró con severidad y luego se fijó en el magullado cuervo del escarnio que se ocultaba con actitud inofensiva detrás de él, y de pronto se dio cuenta de que

faltaba uno de sus hijos.

—¿Dónde está...? —Kalona se vio obligado a hacer una pausa para recordar cuál de sus hijos faltaba—. ¿...Maion? ¿Por qué no ha vuelto con vosotros?

—Muerto. —Nisroc pronunció la palabra de forma inexpresiva, sin ninguna emoción.

—¿Rephaim lo mató? —La voz de Kalona sonó tan fría como su corazón.

—No. La criatura. Lo mató él.

—¿Qué criatura? ¡Habla claro!

—La criatura de Tsi Sgili.

—¿Un vampiro?

—No, primero humano, luego toro.

Kalona dio un respingo.

—¿Estás completamente seguro? ¿La criatura se transformó en toro?

—Sssí.

—¿Y Rephaim se unió a él para atacaros?

—No.

—¿Se puso de vuestra parte?

—No. Hizo nada —respondió Nisroc.

Kalona abrió y cerró la mandíbula.

—Entonces, ¿qué fue lo que detuvo a la bestia?

—La roja.

—¿Se enfrentaron ella y Neferet?

Kalona disparaba las preguntas una tras otra, maldiciéndose a sí mismo para sus adentros por haber enviado seres tan inferiores a presenciar lo que debería haber visto él.

—No. No ocurrió batalla. Nosotros volamos.

—Pero según tú, el toro era una criatura de Neferet.

—Sssí.

—Entonces es verdad. Neferet se ha encomendado al toro blanco. —Kalona empezó a deambular de nuevo—. No tiene ni idea de las fuerzas que está despertando. El toro blanco es la Oscuridad en su forma más pura y más poderosa.

En algún recóndito lugar en el interior de Kalona, algo se removió, algo que no había aflorado desde que había caído. Durante un breve instante, no más largo que un latido del corazón, el antiguo guerrero de la Diosa de la Noche, el alado inmortal que había defendido a su Diosa del violento ataque de la Oscuridad durante siglos, sintió el irrefrenable deseo de acudir a Nyx, de advertirla, de protegerla.

Kalona se desembarazó de este ridículo impulso con la misma velocidad con la que lo había sentido y empezó a deambular de nuevo.

—De modo que Neferet tiene un aliado que la vincula con el toro blanco —murmuró en voz alta—. Pero debe de estar ocultándoselo a la Casa de la Noche bajo otra apariencia, de lo contrario habrías presenciado el prelude de una batalla aún

mayor.

—Sssí, sssu criatura.

Kalona ignoró los comentarios repetitivos de Nisroc y siguió pensando en voz alta.

—Rephaim se ha puesto al servicio de Nyx, y ella le ha otorgado forma humana.

En ese momento cerró la mandíbula con fuerza y volvió a abrirla. Se sentía doblemente traicionado; por su hijo y por la Diosa. Le había pedido a Nyx, prácticamente suplicado, que le perdonara. ¿Y cuál había sido su respuesta? «Si alguna vez mereces ser perdonado, podrás pedírmelo. Hasta entonces, no».

El recuerdo de su estancia en el Otro Mundo y la imagen de la Diosa le causaron un profundo dolor en su corazón. En vez de sentirlo, de pensar en él, de actuar en consecuencia, Kalona le abrió las puertas a la ira que siempre había bullido justo debajo de los diques que contenían su alma. Una vez la rabia se desbordó, arrastró consigo cualquier otro sentimiento más amable u honesto.

—Mi hijo tendrá que aprender lo que significa la lealtad —dijo Kalona.

—¡Yo ser leal! —protestó Nisroc.

Kalona hizo una mueca de desprecio.

—No estoy hablando de ti. Me refiero a Rephaim.

—Rephaim no querer essspiar —repitió Nisroc.

Kalona le propinó una sonora bofetada y el cuervo del escarnio dio un traspié y chocó contra su hermano.

—En el pasado Rephaim hizo mucho más por mí que espiar a alguien. Fue un segundo par de puños, un segundo par de ojos y casi una extensión de mí mismo. Ha sido la costumbre lo que me ha hecho surcar los cielos en su busca. Estoy descubriendo que es difícil deshacerse de las costumbres. Tal vez a Rephaim también le esté resultando difícil. —El alado inmortal dio la espalda a sus hijos y se quedó mirando en dirección este, por encima de las cumbres pobladas de árboles, hacia la dormida ciudad de Tulsa—. Debería visitar a Rephaim. Al fin y al cabo, tenemos un enemigo común.

—¿La Tsi Sgili? —preguntó Nisroc, en un tono dócil y servil.

—Así es. La Tsi Sgili. Rephaim no lo considerará espiar si tiene como finalidad un objetivo común, derrocar a Neferet.

—¿Gobernar tú en su lugar?

Kalona dirigió sus ojos de color ámbar hacia su hijo.

—Sí. Gobernaría por siempre. Y ahora vayamos a descansar. Cuando se ponga el sol partiré hacia Tulsa.

—¿Con nossotros? —preguntó el cuervo del escarnio.

—No. Tú te quedarás aquí. Sigue reuniendo a mis hijos. Debéis permanecer escondidos y esperar.

—¿Esperar?

—A que yo os llame. Cuando gobierne, aquellos que me hayan sido fieles estarán



a mi lado. Los que no, serán destruidos. No importa quiénes sean. ¿Has entendido, Nisroc?

—Sssí.

## Rephaim

—¡Tienes una piel tan suave!

Rephaim deslizó las yemas de sus dedos por la curvada pendiente de la espalda desnuda de Stevie Rae, maravillándose de la inmensa sensación de felicidad que le producía poder abrazarla y presionar su cuerpo, su cuerpo completamente humano, contra el suyo.

—Me gusta que pienses que soy tan especial —dijo Stevie Rae, esbozando una sonrisa algo tímida.

—Es que lo eres —dijo él. Luego suspiró y empezó a soltarse lentamente de su abrazo—. Está a punto de amanecer. Tengo que subir a la superficie.

Stevie Rae se sentó, abrazó el grueso edredón que cubría la cama de su pequeña y sorprendentemente acogedora habitación para cubrirse los pechos, y lo miró con sus enormes ojos azules. Su pelo rizado y despeinado le enmarcaba el rostro dándole el aspecto de una joven e inocente doncella. Rephaim se puso los vaqueros pensando que era la cosa más hermosa que había visto jamás y lo que dijo a continuación le partió el corazón.

—No quiero que te vayas, Rephaim.

—Sabes que yo tampoco quiero, pero tengo que hacerlo.

—¿P-por qué no te quedas aquí? ¿Conmigo? —le preguntó vacilante.

Él suspiró y, sentándose en el borde de la cama que acababan de compartir, le cogió la mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

—¿Me encerrarías en una jaula?

En ese momento sintió que su cuerpo se contraía como si hubiera recibido una desagradable sorpresa. ¿O se trataba de rechazo?

—¡No! ¡No me refería a eso! Simplemente pensaba que..., no sé, quizás podías intentar quedarte aquí durante un día. Quiero decir, ¿qué pasaría si nos quedáramos así, cogidos de las manos, hasta que termine la transformación?

Él le sonrió con expresión de tristeza.

—Stevie Rae, los cuervos no tienen manos. Dentro de poco estas —dijo presionando sus palmas contra las suyas—, se habrán convertido en garras. Yo mismo seré una bestia. No te reconoceré.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué me dices si te rodeo con mis brazos? Tal vez así no estarías tan asustado. Quizás te acurrucarías junto a mí y te quedarías quieto. Hasta puede que te durmieras. Al fin y al cabo, alguna vez tendrás que dormir, ¿no?

Rephaim recapacitó durante unos instantes antes de contestar, y entonces empezó

a intentar explicarle lo inexplicable.

—Sí, Stevie Rae, tengo que dormir, pero no recuerdo nada de lo que pasa mientras soy cuervo. *A excepción de la extrema agonía que me causa la transformación física y el gozo casi insoportable que me produce el viento contra mis alas.* Pero no podía decirle a Stevie Rae ninguna de las dos cosas. Una le habría partido el corazón. La otra podría asustarla. De manera que, en vez de contarle la cruda realidad, le dio una versión que resultaba más civilizada, más comprensible.

—Los cuervos no son mascotas, sino animales salvajes. ¿Qué pasaría si me dejara llevar por el pánico y, al intentar escapar, te causara algún daño?

—O te lo causarás a ti mismo —respondió Stevie Rae con solemnidad—. Lo he entendido. De verdad. Lo que pasa es que no me gusta demasiado.

—A mí tampoco. Pero creo que era esa la intención de Nyx. Estoy pagando las consecuencias de mis acciones pasadas. —En ese momento acarició con la palma de la mano una de sus tersas mejillas y la besó delicadamente en los labios, diciéndole en voz baja—: Es un precio que pago con mucho gusto porque tiene un lado bueno, y es que me permite disponer de las horas que le robamos para estar juntos cuando soy humano.

—¡No se las robamos! —protestó Stevie Rae encarecidamente—. Nyx te las regaló por las buenas decisiones que has tomado. Las consecuencias van en dos direcciones, Rephaim. Pueden ser buenas o malas.

Aquello supuso un cierto alivio para su apesadumbrado corazón y sonrió, besándola de nuevo.

—Intentaré recordarlo.

—Y hay algo más que deberías recordar. Hoy has hecho una buena cosa al no darles la espalda a tus hermanos. —En ese momento se enrolló uno de sus mechones rubios en un dedo. Este gesto le hizo comprender que le costaba mucho expresar lo que estaba a punto de decir de modo que, a pesar de que sentía la imperiosa necesidad de salir de los túneles, como si el cielo estuviera esperándolo, se quedó a su lado, cogiéndolo de la mano, mientras ella continuaba—. Siento que mataran a tu hermano.

—Gracias —respondió él quedamente, como si no se fiara de su propia voz.

—Vinieron a la Casa de la Noche para pedirte que te fueras con ellos, ¿verdad? —preguntó.

—En realidad no. Mi padre los envió a buscarme, pero no quería que me llevaran consigo. —Rephaim hizo una pausa. No sabía muy bien cómo explicarle el resto a Stevie Rae. Cuando por fin se habían quedado a solas, no habían hablado sobre sus hermanos. Estaban demasiado deseosos de tocarse, de estar cerca, de amarse.

Stevie Rae le apretó la mano.

—Me lo puedes decir. Confío en ti, Rephaim. Por favor, haz tú lo mismo conmigo.

—¡Si lo hago! —exclamó él, detestando el dolor que percibió en sus ojos—. Pero tú tienes que comprender que, aunque mi padre me haya repudiado, eso no cambia

nada aquí —dijo llevándose la mano al corazón—. Siempre seré su hijo. Recorreré el camino de la Diosa. Lucharé a favor de la Luz y de lo que es justo. Y te querré. Siempre. Pero debes entender que en algún lugar en mi interior, también lo seguiré queriendo a él y nunca dejaré de hacerlo. Convertirme en un humano me ha enseñando eso.

—Rephaim, tengo que decirte algo que puede sonar mezquino, pero creo que necesitas oírlo.

Él asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Dímelo.

—Antes de que me marcaran iba al colegio con una chica que se llamaba Sallie. Cuando tenía más o menos nueve años, su madre se marchó abandonándola a ella y a su padre, básicamente porque era una zorra que no quería cargar con la responsabilidad de criar una niña. El hecho de que su madre se fuera la marcó profundamente, a pesar de que su padre hizo todo lo que pudo por ella. No obstante, lo peor de todo fue que su madre volvió y, como solía decir la mía, no hizo más que remover la mierda.

Él la miró con expresión interrogante y Stevie Rae se excusó diciendo:

—Lo siento, quiere decir que cuando volvió lo único que hizo fue entrometerse en su vida y hacer un drama de todo porque era una egoísta, una mala persona y porque su vida era un completo desastre.

—¿Qué pasó con Sallie? —preguntó Rephaim.

—Cuando me marcaron y dejé el colegio, iba camino de convertirse en una perdedora como su madre, porque no era capaz de decirle que la dejara en paz. Sallie seguía queriendo que se convirtiera en una buena persona, que la quisiera y se preocupara por ella, incluso aunque no fuera posible. —Stevie Rae inspiró profundamente y soltó el aire exhalando un largo suspiro—. Lo que intento decirte, y probablemente no lo estoy haciendo muy bien, es que vas a tener que decidir si quieres acabar como tu padre o si de verdad deseas empezar una nueva vida.

—Ya he elegido una nueva vida —dijo él.

Stevie Rae lo miró fijamente a los ojos y sacudió la cabeza con expresión apenada.

—Una parte de ti no.

—No puedo traicionarlo, Stevie Rae.

—No te estoy pidiendo que lo hagas. Solo te pido que no le dejes que remueva la mierda.

—Quería que espicara para él. Por eso mandó a mis hermanos, para que me lo dijeran. Les respondí que no. —Rephaim lo soltó rápidamente, como si haciéndolo consiguiera librarse del regusto amargo.

Stevie Rae asintió con la cabeza.

—Ya veo. Los envió a remover la mierda.

—Yo también lo veo, aunque no resulta fácil mirarlo. Y ahora, ¿podemos dejar de

hablar de él durante un rato? Todo esto es nuevo para mí. Necesito averiguar cómo encontrar mi lugar en este mundo. —Rephaim miró a los ojos a Stevie Rae, que lo observaba con dulzura, deseoso de que lo entendiera—. He pasado cientos de años junto a mi padre. Me llevará un poco de tiempo acostumbrarme a no estar a su lado.

—Eso tiene sentido. Tengo una idea. ¿Qué te parece si les cuento a Zoey y al resto de la banda que tus hermanos habían venido a decirte que tu padre estaba dispuesto a aceptarte de nuevo si reconocías que habías cometido un error? Tú dijiste que no y ellos estaban a punto de marcharse cuando Dragon y el tal Aurox os vieron. Al fin y al cabo fue eso lo que pasó, ¿no?

—Sí pero ¿y lo demás? ¿Lo de que mi padre me pidió que espiera para él?

—Bueno, me juego lo que quieras a que todos dan por hecho que, si tú lo dejaras, Kalona intentaría utilizarte contra nosotros. Pero tú no lo estás dejando, y no me parece que sea tan importante proclamarlo a los cuatro vientos.

—Gracias Stevie Rae.

Ella sonrió.

—De nada. Como ya te he dicho antes, confío en ti.

Él volvió a besarla, pero justo en ese momento empezó a sentir un hormigueo recorriendo su piel que ya se había vuelto demasiado familiar, como si se estuvieran formando sus plumas, creciendo, presionando para salir al exterior.

—Tengo que irme. —Esta vez empezó a moverse rápidamente por la habitación. Oyó cómo ella empezaba a levantarse de la cama detrás de él y, cuando se dio la vuelta para mirarla, se estaba poniendo una camiseta y buscaba sus vaqueros—. No —dijo él con más firmeza de la que hubiera querido, pero el dolor empezaba ya a recorrer su cuerpo y sabía que no disponía de mucho tiempo—. No vengas conmigo. Tienes que ir a reunirte con Zoey.

—Puedo hacerlo después de que...

—¡No quiero que me veas convertirme en una bestia!

—Pero no me importa —dijo ella con una voz tan triste que parecía que iba a echarse a llorar.

—Pues a mí sí. Por favor, no me sigas.

Sin decir nada más se introdujo bajo la manta que servía como puerta para la habitación de Stevie Rae. Para cuando llegó a las escaleras de metal que conectaban los túneles con el sótano, Rephaim estaba corriendo. Tenía el cuerpo cubierto de sudor y tuvo que apretar los dientes para no soltar un chillido que lo liberara de la abrasadora agonía que se había apoderado de él. Entonces atravesó el sótano a toda prisa, abrió la trampilla justo en el mismo instante que los primeros rayos de sol asomaban por el horizonte y, con un alarido que se convirtió en el graznido de un cuervo, su cuerpo se transformó y el oscuro cuervo que no recordaba haber sido un chico se lanzó a los seductores y acogedores brazos del cielo matutino.

## Stevie Rae

Stevie Rae no lo siguió, pero sí que terminó de vestirse. También se enjugó las lágrimas y, acto seguido, abandonó la habitación, giró en dirección contraria a donde había ido Rephaim y se dirigió al centro de los túneles de la estación, la pequeña zona con aspecto de callejón sin salida que habían convertido en cocina y en sala de ordenadores. *Necesito un refresco*, pensó sofocando un bostezo. *Me hace falta un chute de cafeína y azúcar*.

Torció la esquina y sonrió con cara de sueño a Damien, Zoey, Aphrodite y Darius. Los cuatro estaban sentados alrededor de una mesa repleta de libros en el centro de la cocina.

—Hay un montón de refrescos en ese frigorífico —dijo Zoey señalando uno de los dos enormes refrigeradores.

—¿Solo marrones o también de otro color?

—Hay marrones, verdes y transparentes. ¡Ah! Y también un Crush de naranja porque Kramisha dice que, en su opinión, es sano —dijo Z.

—Chorradas —sentenció Aphrodite poniendo en vertical una botella de agua Fuji—. Elije agua. Todo lo demás te hará engordar. Bueno, excepto la sangre. —Entonces hizo una pausa y sus preciosos rasgos se contrajeron con una expresión de asco—. No sé cuantas calorías tiene y, desde que dejé de ser una iniciada, tampoco quiero saberlo.

Stevie Rae abrió la puerta del frigorífico y se quedó mirando el interior con la boca abierta.

—¿De dónde ha salido todo esto?

Zoey soltó un pequeño suspiro.

—Kramisha. Nos ha contado que en lugar de asistir a clase a tercera hora, ha hecho una «excursión» —la citó Zoey haciendo el gesto de las comillas con los dedos— a la plaza de Utica y por casualidad se topó con unos chicos del turno de noche que reponían las estanterías del Petty's Grocery Store.

Stevie Rae asomó la cabeza por detrás de la puerta del frigorífico y miró a Z.

—Oh, oh. ¿Utilizó el hecho de ser una vampiresa roja para someterlos?

—Es evidente que sí —intervino Damien—. Incluso les hizo que trajeran esta mesa de uno de sus expositores de comida.

—No se los comería, ¿verdad? —preguntó Stevie Rae cruzando los dedos por detrás de la espalda.

—No, pero tampoco les pagó —apostrofó Aphrodite—. Les obligó a hacer su voluntad y luego se marchó y se olvidó de todo. Creo que me la voy a llevar a Nueva York la próxima vez que Yoana Baraschi organice un pase privado.

—No —dijo Zoey—. De ninguna manera. —Entonces miró a Stevie Rae—. ¿Estás segura de estar despierta? Stark y todos los iniciados rojos incluida la señorita «haced lo que os ordeno» Kramisha están durmiendo a pierna suelta.

Stevie Rae agarró un refresco y se dejó caer sobre una de las sillas que rodeaban la mesa bostezando.

—Sí, pero poco. Aquí abajo resulta más fácil mantenerse despierta durante el día, pero he de reconocer que estoy hecha polvo. ¿Stark ya se ha quedado frito?

—Sí. —A Stevie Rae le pareció que Zoey parecía preocupada—. Le cuesta bastante dormir desde que... Bueno, ya sabes, desde que volvió del Otro Mundo. De manera que, cuando por fin consigue quedarse frito, procuro dejarlo en paz.

—Tardará un poco, pero al final volverá a ser el de antes —dijo Stevie Rae.

—Eso espero —opinó Zoey mordiéndose el labio.

—Hablando de novios, ¿el tuyo ya se ha convertido en pajarito? —preguntó Aphrodite.

—Sí —respondió Stevie Rae con mirada asesina—. Y no quiero hablar de ello.

—Pero necesitamos saber qué hacían exactamente los cuervos del escarnio en el colegio —dijo Darius sin ninguna mala intención—. Y dado que Rephaim no está en condiciones de responder a nuestras preguntas, esperábamos que lo hicieras tú.

—Creía que nos habíamos reunido para hablar de lo de la visión verdadera —respondió Stevie Rae adoptando de inmediato una actitud protectora hacia Rephaim.

—Así es, pero también para ponernos al día —dijo Damien—. Creo que nos hace falta, ¿no os parece?

Ninguno se atrevía a llevarle la contraria a Damien, especialmente cuando te hablaba con esa expresión dulce y preocupada. Stevie Rae lo miró a los ojos.

—Sí, creo que tienes razón. ¿Qué te parece si empezamos por ti? ¿Qué tal va todo?

Damien parpadeó varias veces, como si la pregunta lo hubiera pillado de sorpresa, lo que hizo que Stevie Rae se sintiera como una mierda. ¡Maldita sea! ¿Acaso se habían olvidado todos de que Damien había perdido a su novio hacía apenas unos días?

—Ir al colegio ha sido una buena cosa. Como dar un paso más en dirección a la normalidad —respondió Damien lenta y cuidadosamente, como si tuviera que pensarse todas y cada una de las palabras—. Sin embargo, hecho mucho de menos a Jack. Puede parecer una locura pero, en realidad, es como si esperara verlo aparecer por el pasillo en cualquier momento.

—No es ninguna locura —dijo Zoey—. A mí me pasa exactamente lo mismo con Heath. No es justo que la gente muera demasiado pronto, y resulta muy difícil hacerse a la idea. —Todos vieron las diferentes expresiones que pasaron por el rostro de Zoey, y luego añadió—: Me pasa lo mismo con mi madre. Sé que llevaba casi un año en la Casa de la Noche y hacía tiempo que ella y yo nos habíamos distanciado, pero es muy difícil aceptar que haya muerto. Así que entiendo perfectamente cómo te sientes respecto a Jack.

—Eso también ayuda —dijo Damien—. Me refiero al hecho de que tu gente comprenda lo que es perder a alguien a quien estabas muy unido. —A continuación

sonrió a Stevie Rae—. Resumiendo, la respuesta a tu pregunta es que todo va más o menos como cabía esperar.

—Bien. Pues pasemos a la siguiente pregunta, o mejor dicho, a la primera —dijo Aphrodite—. ¿Qué estaban haciendo los pajaritos en la Casa de la Noche?

—Los envió Kalona. Se suponía que tenían que decirle a Rephaim que su padre lo aceptaría de nuevo si reconocía que había cometido un error al elegirnos a la Diosa y a mí. —Stevie Rae sacudió la cabeza—. A veces tengo la sensación de que Kalona es tonto de remate.

—¿A qué te refieres?

—¡Jo! Pues que no hace ni un mes que Rephaim es mi novio oficial y su padre ni siquiera ha esperado a que tengamos nuestra primera pelea para ponerse en plan «hijo mío, has cometido un error».

—¿Y cuál fue la respuesta exacta de Rephaim? —preguntó Darius.

—¿Tú qué crees? ¡Por el amor de la Diosa! Sigue aquí ¿no? —Stevie Rae sentía como crecía su rabia—. Les dijo que le transmitieran a Kalona que no había cometido ningún error y que no pensaba volver. Punto y final.

—Vale, ¿pero realmente lo es? —preguntó Aphrodite.

—¿Es qué? —preguntó ella.

—El final. ¿Podemos estar seguros de que Kalona no seguirá merodeando por aquí intentando que Rephaim vea la luz o lo que quiera que esté haciendo?

—¿Y qué pasa si lo hace? Rephaim ya no está en su equipo. Hace mucho tiempo que no lo está.

—Eso es lo que dices tú.

—¡Y lo que dice él! —Stevie Rae se sentía como si estuviera a punto de explotar—. Y su padre. Y sus hermanos. ¡Incluso Nyx lo dice! La Diosa se le apareció y lo perdonó. ¿Qué demonios tiene que hacer Rephaim para demostraros que ha cambiado?

—¡Eh! Nadie ha dicho que Rephaim tenga que demostrar nada —dijo Zoey lanzándole una mirada a Aphrodite en plan «no estás siendo de mucha ayuda»—, pero necesitamos saber si a Kalona y a los cuervos del escarnio les pasa algo.

—Z, no les pasa absolutamente nada. Bueno, excepto que a Rephaim le dolió enormemente que ese condenado chico toro matara a uno de ellos. En serio chicos, sus hermanos no estaban haciendo nada excepto hablar con él. Entonces apareció Dragon, cabreado, por supuesto, pero todos sabemos que se debe a lo de Anastasia. Aun así, los cuervos del escarnio se limitaron a defenderse. Es sobre Aurox sobre el que tendríamos que estar haciéndonos preguntas.

—Sí, el problema es que en este momento no tenemos las respuestas sobre Aurox, pero deberíamos tener las de Rephaim —dijo Aphrodite.

—Ya te las he dado. —A pesar de lo débil y lo cansada que estaba por el hecho de que hacía ya un buen rato que había amanecido, Stevie Rae empezó a captar energía de la tierra. No es que tuviera intención de hacerle daño seriamente a Aphrodite, pero

sin duda se merecía un buen guantazo.

—¡Eh! Estás empezando a ponerte verde y brillante —dijo Z.

—¡Normal! ¡Estoy cabreada! —Stevie Rae vio que Darius se aproximaba a Aphrodite, lo que terminó de sacarla de quicio—. ¿Sabes qué, Darius? Deberías pensarte bien las cosas antes de actuar. Estamos todos en el mismo barco, pero eso no significa que no podamos cabrearnos los unos con los otros de vez en cuando.

—Creo que todos lo entendemos. ¿No es cierto, Darius? —preguntó Damien con su voz más calmada y amable.

—Por supuesto —respondió Darius.

Aphrodite soltó un bufido.

—Entonces, resumiendo, Rephaim le dijo que no a Kalona y los cuervos del escarnio actuaban solo como mensajeros —dijo Z—. ¿Es correcto?

—Correctísimo —respondió Stevie Rae.

—De acuerdo, entonces pasemos a lo de la visión verdadera —prosiguió Zoey mirando a Damien—. ¿Te importaría explicarnos brevemente lo que has averiguado?

—Claro, pero no es mucho. En el manual avanzado solo aparece una breve alusión. Básicamente dice que es bastante inusual y que hace mucho tiempo que no se daba ningún caso. Más o menos doscientos años. Es muy frustrante porque no hay mucha documentación al respecto pero, por lo que he podido encontrar, parece que los iniciados o vampiros dotados de este don, (y a propósito, suelen ser casi siempre vampiros) poseen la habilidad de percibir cómo es de verdad la gente.

—Un don de lo más útil —dijo Aphrodite.

—Aparentemente sí, el problema es que la exactitud de la «visión» depende de la habilidad de la persona que posee el don —dijo Damien.

—¿Cómo? —preguntó Zoey.

—A ver si me explico. A Shaylin tiene que dársele bien utilizar su don. Tiene que entender lo que ve e interpretarlo con exactitud —dijo Damien.

—Y si no lo hace, ¿se reduce simplemente a un puñado de colores? —preguntó Zoey.

—Peor —respondió Damien—, porque la visión verdadera nunca es un simple puñado de colores. Todos sabemos que ve el interior del alma de las personas. —En ese momento sacudió la cabeza—. En el manual aparecían algunos extractos de casos en los que la visión verdadera se malinterpretó o se hizo un uso inadecuado de ella. Y puede ser malo, muy malo.

—¿Y no había ninguna indicación o regla de lo que no se debe hacer? —quiso saber Z.

—Ninguna. En cada una de las personas con el don es diferente —aclaró Damien.

—O sea, que estamos dando palos de ciego —concluyó Stevie Rae, que se sentía completamente desbordada—. Una vez más.

—Creo que depende única y exclusivamente de qué tipo de persona es Shaylin —dijo Damien.



—De momento ha hecho buenas migas con Erik, lo que no es una buena señal —dijo Aphrodite.

—¡Oye! Algunos de nosotros hicimos buenas migas con Erik en el pasado y no me parece que hayamos salido tan mal —dijo Zoey—. Además, una chica capaz de ver cómo es realmente podría hacerle mucho bien.

Aphrodite soltó otro bufido.

—Si es que realmente sabe traducirlo correctamente, o como quieras llamarlo.

—Me gustaría pensar que sí —dijo Damien.

—Y a mí también —dijo Stevie Rae, aunque en realidad estaba pensando en Rephaim y en Kalona. *Por favor, Nyx, haz que Rephaim sea capaz de ver la verdad.* Mientras expresaba su sentida pero silenciosa oración, alzó los ojos y se topó con la mirada de su mejor amiga.

—Y a mí me gustaría que cuando salga de esta habitación y me dirija al vestíbulo me vea transportada inmediatamente a una suite del Hotel Ritz-Carlton de las islas Caimán. Entiendo que el resto de vosotros os encontréis bajo los efectos de la salida del sol, pero a mí no me vendría nada mal un poco de marcha. —Aphrodite hizo una pausa y sonrió a Darius con expresión pícaro—. ¿Qué me dices, cariño? ¿Te apuntas?

Stevie Rae se puso en pie y bostezó.

—Bueno, antes de que empecéis a poner os ordinarios, yo me voy dormir. Os veo al anochecer.

—¡Puf! Al final nada de Ritz. Colegio y basta. ¡La vida real es un asco! —protestó Aphrodite—. ¡Gracias a la Diosa mañana es viernes! —añadió levantándole a Zoey una de sus rubias cejas—. Te prometo que este fin de semana voy a dedicarme a ir de compras y a redecorar este cuchitril. La lucha contra el mal, la Oscuridad y demás tendrá que esperar.

—¡Eh! Hablando de habitaciones. ¿Sabe alguien dónde ha puesto Erik a Shaylin? —preguntó Stevie Rae con otro enorme bostezo.

—En la de Elizabeth sin apellido —respondió Damien.

—Da un poco de yuyu, ¿no? —dijo Stevie Rae.

—Ni que todavía la estuviera usando —replicó Aphrodite.

—Me voy a la cama —zanjó Z—. Buenas noches, chicos.

Todo ellos le dieron las buenas noches, pero Stevie Rae se quedó mirándola mientras se alejaba lentamente en dirección a la antigua habitación de Dallas, donde se habían instalado ella y Stark. Caminaba despacio, con los hombros caídos, como si le costara soportar una pesada carga.

Al verla así, Stevie Rae suspiró. Sabía exactamente cómo se sentía.



## Lenobia

Lenobia olfateó el aire. Mezclado con el olor a serrín, a cuero, a forraje y a caballo había algo más, algo humeante que le resultaba vagamente familiar. Dio un último golpe de cepillo a Mujaji, su yegua favorita, una cuarto de milla recia y de color de negro, y siguiendo su olfato, dejó el cubículo y accedió al amplio pasillo flanqueado a ambos lados por las espaciosas cuadras. Su olfato le llevó exactamente adonde había imaginado, el gran cubículo para los potros situado junto al cuarto de los aperos. Avanzando sigilosamente Lenobia se dijo a sí misma que no estaba husmeando. Simplemente se aseguraba de que su yegua no se asustara.

Travis se encontraba de espaldas a ella. El vaquero estaba en pie en medio del establo, con un grueso y humeante puñado de hierbas en una mano. Con la otra mano esparcía el humo por encima de su cabeza y a su alrededor. Bonnie, su enorme yegua percherón, estaba en pie frente a él, dormitando con una pata encogida. Apenas agitó levemente una oreja cuando él se le acercó y empezó a pasar las hierbas humeantes por el contorno de su enorme cuerpo. Luego se dirigió al catre que él mismo se había preparado en el rincón más lejano del establo, realizando el mismo procedimiento que le había aplicado a la yegua y a sí mismo. Finalmente, cuando empezó a girarse alejándose del catre, Lenobia dio un paso atrás para no ser vista. Reflexionando sobre lo que acababa de ver, la profesora de equitación salió por la puerta lateral de las caballerizas y recorrió unos metros hasta un banco donde se sentó, respiró el silencio de la fría noche, e intentó poner orden en sus pensamientos.

El vaquero había estado quemando salvia. De hecho, estaba bastante segura de que el olor se correspondía con el de la salvia blanca. *Excelente para limpiar espacios cerrados.* ¿Pero por qué iba a hacer algo así un vaquero de Oklahoma?

¿Se trataría de algún comportamiento típicamente humano? Su contacto con ellos había sido de lo más superficial y solo... Lenobia consideró la posibilidad de darle vueltas al delgado anillo de oro con una esmeralda en forma de corazón que adornaba su dedo anular. Sabía exactamente el tiempo que había pasado desde que había estado cerca de un humano, de un hombre humano para ser más exactos: doscientos veintitrés años.

Lenobia se miró el dedo anular. No había mucha luz. El amanecer empezaba a transformar el negro del firmamento en un azul grisáceo y casi podía ver el verde puro de la esmeralda. Con aquella luz, su belleza resultaba ilusoria, indefinida, como los recuerdos de los rostros de su pasado.

A Lenobia no le gustaba pensar en aquellos rostros. Hacía mucho que había

aprendido a vivir el presente. El día a día ya era lo suficientemente duro. Entonces miró hacia el este y guiñó los ojos por el efecto de la creciente luz.

—Pero el día a día también me proporciona felicidad. Caballos y felicidad. Caballos y felicidad. —Lenobia repitió aquellas tres palabras que habían sido su mantra durante más de doscientos años—. Caballos y felicidad...

—Para mí ambas cosas han estado siempre ligadas.

A pesar de que el cerebro de Lenobia procesó que había sido el vaquero el que había hablado y no una funesta amenaza, su cuerpo se giró rápidamente y se colocó en cuclillas, adoptando una actitud defensiva. Fue entonces cuando se oyó el estridente relincho del grito de batalla de una yegua desde el interior de los establos.

—¡Eh! Tranquila —dijo Travis levantando las manos para mostrarle que estaban vacías y dando un paso atrás—. No pretendía...

Lenobia lo ignoró, inclinó la cabeza, inspiró profundamente y dijo:

—No hay peligro. Estoy bien. Duerme, preciosa mía. —Seguidamente levantó la cabeza y atravesó al hombre con sus ojos grises—. Recuerde una cosa: no vuelva a espíarme. Nunca.

—Sí, señora. Lección aprendida, aunque no tenía intención de espíarla. A decir verdad no esperaba ver ningún vampiro por aquí a esta hora del día.

—No nos consumimos en llamas cuando nos exponemos a la luz del sol. Es una leyenda. —Lenobia se quedó pensando si debería explicarle que los iniciados y los vampiros rojos sí que lo hacían, pero su respuesta le hizo perder el hilo de sus pensamientos.

—Lo sé, señora. Pero también sé que la luz del sol les resulta molesta, por eso pensé que estaría solo si salía aquí fuera... Bueno, y si me fumaba esto —Travis hizo una pausa y sacó el delgado puro del bolsillo delantero de su cazadora de cuero con flecos— a solas mientras contemplaba el amanecer. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba ahí sentada hasta que ha hablado. —Tenía una sonrisa encantadora que hizo que la mirada se le dulcificara y adquiriera un brillo que le cambió el color, pasando de un marrón de lo más normal a un tono avellana mucho más claro, algo que Lenobia nunca había visto antes. Aquello hizo que se le formara un nudo en el estómago. Apartó la mirada rápidamente y tuvo que aclararse las ideas para centrarse en las palabras del vaquero—. Cuando la he oído decir «caballos y felicidad» he intervenido sin pensar. La próxima vez me aclararé la garganta, toseré o alguna otra cosa antes de decir nada.

Sintiéndose extrañamente desconcertada, Lenobia le hizo la primera pregunta que le vino a la cabeza.

—¿Cómo es que sabe cosas sobre los vampiros? ¿Alguna vez ha sido la pareja de alguno?

Su sonrisa se hizo más abierta.

—No. No se trata de eso. Sé un poco porque mi madre sentía una especial predilección por ustedes.

—¿Por nosotros? ¿Su madre y yo nos conocemos?

Él sacudió la cabeza.

—No, me refiero a los vampiros en general. Verá, mi madre tenía una amiga que fue marcada cuando ambas eran unas niñas. Permanecieron en contacto y se escribían muy a menudo. Siguieron haciéndolo hasta el mismo día de la muerte de mi madre.

—Siento lo de su madre —dijo Lenobia sintiéndose incómoda. Los humanos vivían muy poco tiempo. Perdían la vida muy fácilmente. Por extraño que pudiera parecer, casi se había olvidado de ello. Casi.

—Gracias. Fue el cáncer. Se la llevó muy rápidamente. Hace ya cinco años que nos dejó. —Travis apartó la vista y miró hacia el sol naciente—. Su parte favorita del día era el amanecer. En momentos como estos momentos me gusta recordarla.

—También es mi parte favorita del día —dijo Lenobia sorprendiéndose a sí misma.

—Qué bonita coincidencia —dijo Travis dirigiendo la mirada hacia ella y sonriéndole—. Señora, ¿puede hacerle una pregunta?

—Sí, supongo que sí —respondió Lenobia bajando la guardia más por la sonrisa que por la pregunta en sí.

—Su yegua la ha llamado cuando yo la he asustado.

—No me ha asustado. Me ha sobresaltado. Hay una gran diferencia entre las dos cosas.

—Puede que tenga razón en eso pero, como iba diciendo, su hembra la llamó. Entonces usted habló y ella se tranquilizó, aunque es completamente imposible que la oyera.

—Eso no es ninguna pregunta —dijo Lenobia secamente.

Él levantó las cejas.

—Es usted muy inteligente. Sabe perfectamente qué es lo que me estoy preguntando.

—Quiere saber si Mujaji puede oír mis pensamientos.

—Así es —respondió Travis examinándola y asintiendo lentamente.

—No acostumbro a hablar con humanos sobre los dones de nuestra Diosa.

—Nyx —dijo Travis. Cuando él vio que ella se quedaba mirándolo fijamente se encogió de hombros y continuó—: Es así como se llama su Diosa, ¿verdad?

—Sí.

—¿A Nyx le molesta que hablen de ella con los humanos?

Lenobia lo estudió concienzudamente. No parecía haber nada detrás de sus palabras excepto simple curiosidad.

—¿Qué habría respondido su madre a esa pregunta?

—Solía decir que Willow le escribía muchas veces sobre Nyx y que a la Diosa no parecía importarle. Por supuesto Willow y yo no nos escribimos y no he sabido nada de ella desde que vino al funeral de mi madre, pero me pareció que estaba muy bien de salud y era evidente que no había sido castigada por ninguna diosa.

—¿Willow?

—Eran hijas de los sesenta. Mi madre se llamaba Lluvia. ¿Va a contestarme o no?

—Le contestaré a cambio de que usted me responda a una pregunta.

—Trato hecho.

—El regalo que me concedió Nyx es una afinidad con los caballos. No es que pueda leer su mente en el sentido más estricto de la palabra, de la misma manera que ellos tampoco no pueden leer la mía, pero me transmiten imágenes y emociones, en especial los caballos con los que tengo una conexión más estrecha, como con mi yegua Mujaji.

—¿Y percibe imágenes y cosas por el estilo de Bonnie sobre mí?

Lenobia tuvo que esforzarse por no sonreír ante su curiosidad.

—Sí. Le quiere muchísimo. Ha cuidado muy bien de ella. Su yegua tiene una mente muy interesante.

—Lo sé. Pero a veces puede ser muy cabezota.

Esta vez Lenobia no pudo evitar sonreír.

—Pero no lo hace con mala intención. Incluso cuando se olvida de que pesa cuatrocientos kilos y que sería capaz de aplastar a cualquier humano corriente y moliente.

—Perdone señora, pero creo sinceramente que, si se diera el caso, Bonnie también sería capaz de aplastar a cualquier vampiro corriente y moliente.

—Lo tendré presente —dijo ella—. Y ahora me toca a mí preguntar. ¿Qué es lo que estaba quemando?

—¡Ah! ¿Me ha visto? Es muy sencillo, señora. Tengo sangre Muskogee por parte de padre, lo que ustedes suelen llamar indios creek. Conservo algunas de sus costumbres, entre las que se encuentra purificar los lugares nuevos con el humo que resulta de quemar algunas hierbas. —Entonces soltó una media carcajada—. ¡Pensé que iba a preguntarme por qué acepté este trabajo!

—Eso ya me lo ha respondido Bonnie.

El ver cómo abría los ojos sorprendido le agradó.

—Había dicho que no podía leer los pensamientos de los caballos.

—Lo que Bonnie me ha transmitido es que llevan un tiempo viajando sin descanso. Lo que me sugiere que somos solo la próxima parada de su recorrido vital.

—¿Y le parece bien? Quiero decir, no estará perjudicándola, ¿verdad?

Una pequeña parte de la ternura que transmitía el vaquero le penetró en las venas y se extendió por todo su cuerpo.

—Su yegua está bien. Será feliz mientras pueda seguir a su lado.

Él se echó el sombrero hacia atrás y se rascó la frente.

—Es un alivio. Me ha costado mucho asentarme en un lugar desde la muerte de mi madre. El rancho no era el mismo sin...

No muy lejos de donde se encontraban la tranquilidad de la mañana se vio alterada por un fuerte ruido de motores y un montón de gritos.

—¿Qué demonios es eso?

—No tengo ni idea, pero voy a averiguarlo. —Lenobia se puso en pie y empezó a caminar a grandes pasos hacia el lugar desde el que provenía el jaleo. Entonces se dio cuenta de que Travis permanecía a su lado y lo miró—. Cuando Neferet lo entrevistó, ¿por casualidad no haría alusión a algunas cosas muy fuertes que han sucedido últimamente en la Casa de la Noche?

—No, señora —respondió él.

—Pues tal vez quiera reconsiderar la decisión de aceptar este trabajo. Si estaba buscando un poco de tranquilidad, está claro que se ha equivocado de lugar.

—No, señora —repitió Travis—. Jamás he salido huyendo de una pelea. Tampoco las busco, pero cuando ellas me encuentran, no echo a correr.

—Es una lástima que ustedes los vaqueros ya no lleven revólver —dijo entre dientes.

Él dio unos golpecitos en el lateral de su abrigo y esbozó una sonrisa forzada.

—Algunos todavía lo hacemos. En el estado de Oklahoma somos lo suficientemente sensatos como para permitir llevar armas de fuego siempre que no estén a la vista.

Ella abrió los ojos ligeramente.

—Me alegra oírlo. Solo un pequeño consejo: si se topa con algo que tiene alas como un pájaro, pero unos ojos rojos que parecen humanos, prepárese para disparar.

—No está bromeando, ¿verdad?

—No.

Juntos rodearon el campus medio iluminado y, guiándose por el ruido, se acercaron a la zona central del colegio. Una vez llegaron al prado delantero, ambos redujeron el paso para acabar deteniéndose. Entonces Lenobia sacudió la cabeza.

—No me lo puedo creer.

—No querrá que les dispare, ¿verdad?

Ella frunció el ceño.

—No, todavía no.

A continuación se dirigió a grandes zancadas hasta el centro de la caravana de camiones, remolcadores, utensilios de jardinería y hombres (y era evidente que se trataba de hombres humanos), y se reunió con la furiosa vampira de ojos adormilados y pelo revuelto que los tenía a todos acobardados.

—¡No entiendo si es usted tonto o sordo! ¡Le he dicho que no quiero que toquen mis terrenos, y muchísimo menos a esta ridícula hora del día, cuando tanto los profesores como los alumnos están intentando dormir!

—Gaea, ¿qué está pasando aquí?

Lenobia agarró a la vampira por el brazo intentando contener su rabia porque daba la impresión de que fuera a abalanzarse sobre el pobre y confundido hombre que sujetaba en sus manos una carpeta con sujetapapeles y que había cometido la imprudencia de erigirse como líder del grupo. Miraba a Gaea con una mezcla de

pavor y asombro que Lenobia entendió perfectamente. Gaea era alta, esbelta y extraordinariamente atractiva, incluso para una vampira. Podría haber sido una espectacular modelo de éxito, si no hubiera sido porque siempre se había sentido satisfecha con su especial relación con la tierra.

—Estos hombres —dijo Gaea, enfatizando la palabra como si tuviera mal sabor— se han presentado aquí sin previo aviso y han empezado a destrozar mis terrenos.

—Mire, señora. Como ya le he dicho antes, ayer nos contrataron para ocuparnos del servicio de jardinería de la Casa de la Noche. No estábamos destrozando nada, tan solo cortábamos el césped.

Lenobia tuvo que contenerse para no soltar un grito de frustración. En vez de eso le preguntó al hombre:

—¿Y quién les contrató?

El humano echó un vistazo a su carpeta.

—El nombre que me dio mi jefe es Neferet. ¿Es usted?

Lenobia negó con la cabeza.

—No, se trata de nuestra alta sacerdotisa. —En ese momento se giró hacia la encargada de jardinería—. Gaea, ¿no te habían informado de que Neferet iba a contratar humanos para trabajar en la Casa de la Noche?

—Sí, me habían informado. ¡De lo que no me habían informado es de que iban a usurpar mi puesto!

*Por supuesto que no te informaron, se dijo Lenobia para sus adentros. Neferet no quería que ninguno de nosotros estuviera preparado para lo que estaba tramando. Tú eres tan protectora con tu césped, tus arbustos y tus flores como yo con mis caballos, y nuestra alta sacerdotisa es muy consciente de ello.*

Lenobia sacudió la cabeza, enfadada con la jugada de Neferet.

—No, Gaea —le explicó, intentando que su voz sonara lo más calmada posible—. Nadie te está usurpando nada. Están aquí para ayudarte.

Lenobia percibió en los ojos de Gaea la lucha que se estaba librando en su interior. Era obvio que, al igual que Lenobia, no quería ayuda de ningún humano, pero oponerse a un decreto dictado por la alta sacerdotisa y que gozaba del consentimiento del Alto Consejo de los Vampiros podría provocar desacuerdos en el colegio. Y la antigua verdad vampírica decía que nunca debían dar muestras de desacuerdo delante de los humanos.

—Sí, vale, tienes razón. —Lenobia se relajó un poco cuando Gaea decidió obedecer la antigua verdad vampírica y dejar a un lado el orgullo y la fuerza—. Es solo que me ha pillado desprevenida. Gracias, Lenobia, por ayudarme a ver la situación con mayor claridad. —Entonces se giró hacia el hombre y los trabajadores que se arremolinaban nerviosamente tras él. Gaea sonrió y Lenobia vio cómo sus rostros se relajaban y los ojos casi se les salían de las órbitas cuando la fuerza de su belleza les golpeó de lleno—. Les pido disculpas por la confusión anterior. Aparentemente se ha debido a un problema de comunicación. Si lo desean, podemos

empezar a discutir en qué consistirá su trabajo y cuál será la mejor manera...

Lenobia se retiró para no inmiscuirse mientras Gaea se embarcaba en una larga explicación sobre cuál era el momento más apropiado para cortar el césped y la importancia de las fases lunares. Travis, una vez más, no tardó en ajustar su paso al de ella.

Una vez a su lado, se aclaró la garganta.

Sin ni siquiera mirarlo, Lenobia dijo:

—Adelante. Suelte lo que sea que esté deseando decir.

—Mire señora, tengo la sensación de que en este colegio existe una terrible confusión en lo que respecta a la realización de ciertas tareas.

—Yo tengo la misma sensación —convino Lenobia.

—Parece que su jefa...

—Neferet no es mi jefa —lo interrumpió Lenobia.

—De acuerdo. Retiro lo dicho. Parece que mi jefa ha estado contratando un montón de gente sin decírselo a las personas a las que estas gestiones afectaban de manera más directa. Todo esto me hace preguntarme, ¿tiene eso algo que ver con los momentos difíciles que ha mencionado anteriormente?

—Podría ser —respondió Lenobia. Por aquel entonces ya habían llegado a la puerta principal que daba acceso a los establos. Entonces se detuvo y miró a Travis—. No debería sorprenderse por la confusión y el caos. Por aquí tenemos una buena cantidad de ambos.

—Pero no piensa entrar en detalles, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca —respondió Lenobia.

Travis se echó el sombrero hacia atrás.

—¿Qué le parecería profundizar un poco más en lo de los pájaros de ojos rojos?

—Los cuervos del escarnio —dijo Lenobia—. Es así como se llaman. A los caballos no les gustan y la antipatía es mutua. Últimamente han causado diversos problemas aquí.

—¿Qué son? —preguntó Travis.

Lenobia suspiró.

—Le puedo decir lo que no son. No son ni humanos, ni aves, ni vampiros.

—Pues a juzgar por sus palabras, señora, no deben ser muy buenos que digamos. Si los viera acercarse a los caballos, ¿quiere que les dispare?

—Si los atacaran, sí. Mi regla general es: primero protege a los caballos, después pregunta.

—Buena regla.

—Yo también lo pienso. —Lenobia señaló con la cabeza en dirección a los establos—. ¿Tiene todo lo que necesita ahí dentro?

—Sí, señora. Bonnie y yo nos arreglamos con poco. —A continuación hizo una pausa y después añadió—: ¿Quiere que cambie mis horas de sueño para que coincidan con las suyas?



—Pues sí, me gustaría que cambiara sus horas de sueño, pero para que coincidan con las del colegio, no solo con las mías —respondió ella rápidamente, preguntándose por qué lo que había dicho la había puesto violenta—. Y se sorprenderá de lo rápido que Bonnie se adaptará al cambio.

—Bonnie y yo estamos más que acostumbrados a viajar de noche.

—Bien, entonces les resultará aún más fácil. —En ese momento se produjo un silencio incómodo en el que los dos se quedaron allí en pie, sin decir nada—. ¡Ah! Mis dependencias están ahí arriba —dijo finalmente Lenobia, señalando al piso de considerable altura que se elevaba por encima de los establos—. Los demás profesores se alojan allí —añadió indicando con la barbilla el edificio principal del campus—. Yo prefiero estar cerca de los caballos.

—Por lo visto usted y yo tenemos algo en común.

Ella levantó las cejas con expresión inquisitiva.

—Los dos preferimos los caballos.

Seguidamente abrió la puerta del establo para cederle el paso y juntos recorrieron un pequeño trecho hasta llegar a la escalera que conducía al piso superior.

—Supongo que nos veremos al anochecer —dijo ella.

Travis se despidió tocándose levemente el ala del sombrero.

—Sí, señora. Así será. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Lenobia. Acto seguido subió las escaleras a toda prisa, consciente de que él no le quitaba los ojos de encima.



## Aurox

Siguiendo a su alta sacerdotisa, Aurox abandonó el edificio de los profesores y salió al exterior, iluminado por la menguante luz del atardecer. A pesar de que era invierno y de que los rayos del sol no solo no calentaban, sino que apenas daban luz, ella se encogió como si le hubiera hecho daño.

—¡Luz solar! —dijo Neferet haciendo que sonara como si las palabras tuvieran un regusto amargo—. Les haré pagar por haberme visto obligada a realizar este viaje a la luz del día. —Entonces lo miró a través de sus gafas de profesora con cristales de espejo—. Mejor dicho, serás tú el que se lo hará pagar.

—Sí, alta sacerdotisa —respondió él.

Con paso decidido y actitud altiva, Neferet se dirigió al vehículo negro que le había ordenado que aprendiera a manejar y se detuvo junto a la puerta en espera de que él se la abriera, algo que hizo rápidamente. A Aurox le llamó la atención que, a pesar de que todavía era de día, la alta sacerdotisa proyectaba una sombra oscura que desafiaba todas las leyes de la naturaleza. *La Oscuridad siempre viaja con ella*, pensó.

Una vez hubo arrancado el coche, ella presionó un botón que había en el espejo retrovisor y se escuchó una voz que decía:

—Sistema de navegación Onstar. ¿A dónde desea que la lleve, Neferet?

—Al instituto Will Rogers, en Tulsa, Oklahoma —respondió ella. Seguidamente le ordenó a él—: Sigue sus indicaciones al pie de la letra.

—Sí, sacerdotisa —respondió Aurox ateniéndose a la única frase que se espera de él.

Desde el mismo momento en que aparcaron delante, Aurox encontró que el edificio de piedra y ladrillos de color claro le resultaba muy agradable a la vista. Siguió a Neferet al interior, adentrándose en el amplio y luminoso vestíbulo que le produjo una sensación desconcertante. Era casi como si aquella estructura fuera capaz de sentir. Además tenía una acústica muy conseguida que a Aurox le resultó sorprendentemente apaciguadora.

Pero ¿cómo era posible? ¿Cómo podía un edificio hacerle sentir cosas?

La única persona que encontraron fue un anciano guardia de seguridad que se acercó a Neferet y a Aurox caminando lentamente, con una ligera cojera, con una actitud más curiosa y educada que precavida.

—¿Puedo ayudarles?

—Sí. ¿Tiene el colegio una zona subterránea? ¿Un sótano grande o un sistema de

túneles? —le había preguntado Neferet, retirándose la capucha y quitándose las gafas oscuras.

El vigilante había abierto los ojos sorprendido, en un principio por su belleza, para luego quedarse mirando fijamente su tatuaje de color zafiro.

—Tenemos unos viejos túneles en el sótano que en realidad no se han utilizado desde la época en que servían como refugio antiaéreo. Bueno, exceptuando alguna que otra ocasión en la que han servido como escondite cuando se acercaba un tornado. ¿Por qué quieren...?

—¿Cómo se accede a ellos? —lo interrumpió Neferet.

—Lo siento, pero hace falta un permiso administrativo para cualquier...

—No será necesario. —Esta vez acompañó sus palabras con una seductora sonrisa—. Simplemente estamos reuniendo información histórica sobre el edificio. Todavía es posible acceder a los túneles, ¿verdad?

El hombre la miró en parte sorprendido por la pregunta, en parte deslumbrado por su sonrisa.

—¡Oh, sí! Es muy sencillo. Hay seguir el pasillo principal hasta pasar la biblioteca —dijo indicando con la mano hacia la derecha—. En la esquina del pasillo que lo atraviesa perpendicularmente, hay unas escaleras. Se tiene que bajar hasta el primer rellano y cruzar una antigua sala de música. La puerta de acceso se encuentra más o menos a mitad del siguiente pasillo, a la derecha. Tengo aquí la llave maestra. Supongo que no hace daño a nadie que les deje echar un vistacillo. Al fin y al cabo, en este momento no hay nadie dando clase y...

—Incapacítalo, pero no lo mates —le había ordenado Neferet—. ¡Ah! Y dame esa llave.

Aurox lo golpeó con la suficiente fuerza como para dejarlo inconsciente. Imaginó que no estaba muerto, pero no estaba del todo seguro. No tenían tiempo de comprobarlo. Entregó a Neferet el manojito de llaves y esta echó a andar a toda prisa en la dirección que con tanta insensatez les había indicado el vigilante. Al llegar a la enorme sala situada a su izquierda, se detuvo y miró a través de los cristales de las puertas. Aurox hizo lo propio. Se trataba de una sala muy elegante, con enormes lámparas decorativas que colgaban sobre las mesas y las estanterías.

Extrañamente, Aurox percibió una sensación de espera que provenía de su interior.

—La biblioteca —dijo Neferet—. ¡Qué desperdicio! No sé qué sentido tiene toda esta arquitectura art decó en un instituto de adolescentes humanos. —Neferet hizo caso omiso de la belleza del edificio y de su majestuosidad e indicó con la barbilla el pasillo que cruzaba en perpendicular a pocos metros de donde se encontraban—. Es por aquí.

Casi a regañadientes, Aurox la siguió.

—¿Es un instituto? ¿Igual que el colegio de la Casa de la Noche? —preguntó Aurox, que necesitaba dar voz a las preguntas que le rondaban la cabeza.

Neferet ni siquiera se dignó a mirarlo.

—Se trata de un instituto humano. Un instituto público. Evidentemente, no es como la Casa de la Noche. —A continuación se estremeció delicadamente—. Casi puedo tocar las hormonas y la testosterona. ¿Por qué lo preguntas?

—Simple curiosidad —dijo él.

Esta vez sí que lo miró, aunque brevemente.

—No te está permitido sentir curiosidad.

—Sí, sacerdotisa —respondió él quedamente.

Conforme se adentraban en el silencioso edificio, el pasillo se tornó cada vez más oscuro. Entonces Neferet se detuvo delante de una puerta decorada con notas musicales y las sombras que la rodeaban se movieron.

—Es aquí —dijo abriendo la puerta con la llave y entrando en una zona sombría que olía a polvo y a dejadez. A su derecha había una habitación llena de sillas y atriles de metal y justo delante se extendía una zona plagada de trastos detrás de la cual la oscuridad se hacía aún más profunda. Neferet vaciló y emitió un pequeño gruñido de frustración.

—¡Qué pereza! ¡Ya me he cansado de buscar!

La alta sacerdotisa alzó la mano derecha y clavó la afilada uña del dedo corazón de la izquierda abriendo una brecha que empezó a teñirse de rojo.

*Vampiros rojos, os ordeno que me guíeis. Con la sangre de mis venas yo os pagaré.*

Aurox observó embelesado cómo la Oscuridad salía del interior de las sombras que se extendían no solo a los pies y alrededor de Neferet, sino también de las esquinas de la habitación, y empezaban a enrollarse en su cuerpo y trepar por su piel hasta llegar a la sangre que se acumulaba en su mano. Una vez allí, la Oscuridad se alimentó de ella, provocando que Neferet se retorciera y gimiera como si estuviera sufriendo un dolor insoportable. A pesar de ello, la sacerdotisa no ni cerró la mano y ni tan siquiera la apartó.

Aquello hizo que Aurox sintiera. Una parte de él sentía excitación, como si intuyera que estaba a punto de librarse una batalla y acogiera con los brazos abiertos la rabia y la fuerza que esta provocaría. Otra parte, sin embargo, sentía repulsión. La oscuridad palpitaba alrededor de Neferet, malévolamente, pegajosa y peligrosa. Mientras Aurox sopesaba las diferentes sensaciones, Neferet se sacudió los zarcillos y cerró la herida con un lametazo.

*Tú te has alimentado. Ahora yo seré guiada.*

La fuerza del soniquete cantarín del conjuro de Neferet pasó rozando a Aurox provocándole un escalofrío. Mientras tanto la Oscuridad se retorció y se marchó a toda prisa dejando tras de sí un rastro con forma de cinta más oscura que una noche de luna nueva que debía servirles de guía.

—Vamos —ordenó Neferet.

Aurox hizo lo que se le pedía y ambos siguieron el pasillo aparentemente

abandonado que iba descendiendo cada vez más como si fuera un túnel. Al final este se amplió formando un espacio cerrado. Una vez allí, Neferet se detuvo.

Antes ni siquiera de verlos, Aurox los olió. Apestaban a suciedad y a podredumbre. *A muerte, pensó. Huelen a muerte.*

—Intolerable —dijo Neferet entre dientes—. Absolutamente intolerable.

Seguidamente penetró en la habitación subterránea, se acercó a la pared y presionó un interruptor. La bombilla colgada del techo bañó el lugar con una luz mortecina de color amarillento.

A Aurox le pareció que recordaba a un nido.

El suelo estaba tapizado de colchones amontonados de mala manera y de cuerpos entrelazados entre sí cubiertos con mantas. Algunos estaban desnudos, otros vestidos. Era difícil discernir dónde acababa uno y empezaba otro. De pronto una cabeza se levantó. Los tatuajes del vampiro eran de color rojo y guardaban un parecido asombroso con los zarcillos de la Oscuridad que les habían guiado hasta él. Tenía cara de pocos amigos y su voz sonó enfadada.

—Kurtis, ocúpate de quien quiera que haya venido a molestarnos.

Un enorme bulto empezó a moverse lentamente y una espesa y amplia frente apareció en el extremo opuesto del nido. En el centro de esta había una luna creciente de color rojo. Era evidente que se trataba de un iniciado.

—¡Pero si apenas ha amanecido! Dale una descarga eléctrica o algo así y...

—¿Y qué? —La voz de Neferet sonó fría como un témpano de hielo—. Kurtis, antes de morir eras un estúpido y un inepto. Ahora no solo sigues siendo un estúpido y un inepto, sino que además apestas. —Neferet miró a Aurox—. Lánzalo contra la pared.

El joven se adelantó para cumplir órdenes, pero lo hizo despacio, dando tiempo a que el iniciado sintiera miedo. Aurox se alimentó de ese miedo y conforme su cuerpo cambiaba, se transformaba, se convertía en un ser diferente, un ser más poderoso, el miedo del iniciado también cambió, transformándose en un terror delicioso. Con un bramido, Aurox levantó el cuerpo del chico del nido y lo lanzó contra la pared.

—¡Eh, eh! ¡Espera un segundo, Neferet! ¡No sabía que eras tú!

El vampiro rojo, que no llevaba camisa, se puso en pie con las manos en alto, mirando de frente a Neferet.

Aurox percibió también su miedo. Era de lo más agradable. Entonces empezó a acercarse a él, golpeando con sus pezuñas el frío suelo de cemento.

—Basta, Aurox —le ordenó Neferet—. De momento es suficiente. —Luego le dio la espalda y se concentró en el vampiro y en su nido—. ¿De veras creías que podías esconderte de mí, Dallas?

—¡No me escondía de ti! ¡No sabía qué hacer! ¡Dónde encontrarte!

—¡No me mientas! —La voz de Neferet se había vuelto más suave, y en esa suavidad Aurox percibió un negro e infinito peligro—. No te atrevas a mentirme nunca.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo siento —se corrigió el vampiro rápidamente—. Imagino que, simplemente, no pensé.

El nido de iniciados se había estado removiendo, despertándose mientras su vampiro y Neferet discutían, y en ese momento Aurox pudo ver sus rostros aterrorizados que observaban tanto a él como a Neferet con ojos desorbitados.

Deseaba fervientemente aplastar aquellos rostros con sus pezuñas.

Entonces se oyó una tos productiva que provenía del nido.

Neferet los miró con desdén.

—¿Cuántos sois?

—Después de lo de la estación, cuando Zoey y los capullos de sus amigos se enfrentaron a nosotros, quedaron diez a mi lado. —Entonces miró a Kurtis—. Y él.

—Él no está muerto. Todavía —dijo Neferet—. Así que sois once iniciados y un vampiro. ¿Cuántos de los iniciados han empezado a toser?

Dallas se encogió de hombros.

—Dos, tal vez tres.

—Son demasiados. Necesitan estar con vampiros o morirán. Otra vez —añadió con una sonrisa cruel.

Desde el nido de iniciados a Aurox le llegó todavía más miedo y tuvo que apretar los dientes para reprimir el deseo de alimentarse de él.

—Entonces, ¿vas a venir a visitarnos? ¿Como hacías antes?

—No. He cambiado de planes. Ha llegado el momento de que os unáis a mí. Todos vosotros.

—¿Quieres decir en la Casa de la Noche? Eso es imposible. Ya no somos los de antes y no queremos...

—Me importa bien poco lo que vosotros queréis. Lo único que me importa es que me obedecáis. Y si no lo hacéis, moriréis.

El vampiro pareció erguirse levemente. La intensidad de su rabia aumentó, al igual la luz de la bombilla.

—Yo no moriré. Ya he cambiado. Algunos de ellos sí que lo harán —dijo indicando con un gesto de la cabeza a los iniciados acurrucados a sus pies—, pero como yo digo, se trata de la supervivencia del más fuerte.

—Eres mucho menos inteligente de lo que yo recordaba, Dallas. Lo explicaré de forma clara y concisa, de manera que incluso alguien como tú lo pueda entender: si tú y tus iniciados no me obedecéis, serás el primero en morir. Mi criatura te matará. Ahora mismo o cuando yo se lo ordene. Elige.

La luz de la bombilla se debilitó.

—Elijo obedecerte —dijo Dallas.

—Sabia elección. Y ahora quiero que os lavéis y que volváis a la Casa de la Noche a tiempo para las clases de esta noche.

—¿Pero cómo...?

—Utilizad las duchas del colegio para quitaros el hedor. Robad algo de ropa.

Ropa limpia. O compradla. A las siete y media, justo antes del comienzo de las clases, un autobús de la Casa de la Noche os estará esperando en la calle, en la entrada oriental de la universidad de Tulsa. Os subiréis a él y volveréis a clase. Dormiréis en la Casa de la Noche. —Neferet hizo un ademán de desprecio—. Ya me encargaré yo de que cubran las ventanas o de que os abran un sótano, pero viviréis en la Casa de la Noche.

—¿Y cómo saciaremos nuestro apetito?

—Con cautela. Y cuando no podáis satisfacerlo con cautela, tendréis que controlarlo, al menos hasta que el mundo cambie y acepte vuestras necesidades.

—No lo entiendo. ¿Por qué nos quieres allí?

—La Diosa ha regalado a Rephaim, el cuervo del escarnio que habéis intentado matar más de una vez sin conseguirlo, el don de convertirse en humano, y se ha emparejado con Stevie Rae. Ahora se le ha permitido asistir a clase en la Casa de la Noche, junto con Aphrodite y el resto de los iniciados rojos, los iniciados rojos de Stevie Rae.

—¿Y se supone que tengo que ir a clase con él? ¿Y con ella? ¿Juntos?

La intensidad de la luz de la bombilla aumentó de nuevo.

—Los odias, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Esa es la razón por la que os quiero allí. A todos vosotros.

—¿Porque les odiamos?

—No, por lo que vuestro odio, controlado por mí, provocará.

—¿Y qué es? —preguntó él.

Neferet sonrió.

—El caos.

Se marcharon poco después de que Neferet terminara de aleccionar al vampiro de nombre Dallas sobre la manera en que podían provocar el caos y la que no. Por lo visto su propósito era muy similar al de Aurox: Neferet ordenaba y controlaba su violencia y él le debía lealtad. No tenía que matarlo. Todavía. Y siempre, siempre, estaba la amenaza subyacente de sembrar el disentimiento, el descontento y el odio.

Aurox lo entendía. Aurox obedecía.

Cuando Neferet le ordenó que reprimiera a la bestia que llevaba dentro, Aurox acató órdenes y la siguió desde el nido de podredumbre por los frescos y limpios pasillos del instituto.

Al llegar a la entrada, encontraron el cuerpo del viejo vigilante donde Aurox lo había dejado.

—¿Está vivo? —preguntó Neferet.

Aurox lo tocó.

—Sí.

Neferet suspiró.

—Supongo que es lo mejor que podemos hacer, aunque resulta algo inoportuno.

Vas a tener que bajar y decirle a Dallas que quiero que borre los recuerdos de la mente de este hombre. Dile que le implante la convicción de que resultó herido durante un robo.

Luego se dio unos golpecitos en la barbilla con expresión pensativa y miró en dirección a las vitrinas llenas de recuerdos que flanqueaban el pasillo principal y hacia la biblioteca, con sus ordenadas hileras de libros y sus relucientes y recargados apliques de luz.

—No, tengo una idea mucho más divertida. Dile a Dallas que le haga creer que resultó herido cuando unos vándalos entraron a destrozar el colegio. Luego, cuando vuelvas, quiero que hagas trizas las vitrinas y arrases con la biblioteca. Y date prisa. Estaré esperándote fuera y no me gusta que me hagan esperar.

—Sí, sacerdotisa —dijo él.

—Como ya te he dicho, es una lástima que malgasten esta arquitectura con adolescentes humanos...

Luego abandonó el colegio entre carcajadas.

Recorrió a toda prisa el camino que conducía hasta la guarida subterránea. Tan pronto como Dallas lo vio, el vampiro se puso en pie y le plantó cara, interponiéndose entre Aurox y el grupo de iniciados.

El vampiro levantó su mugriento brazo y lo apoyó en una caja de metal atornillada a la pared de cemento. Aurox sintió la fuerza que vibraba en su interior, agazapada, esperando obedecer órdenes.

—¿Qué quieres? —preguntó Dallas.

—Neferet me ha enviado para que te transmita una nueva orden.

Dallas retiró la mano de la caja de metal.

—¿Qué quiere que haga?

—Hay un vigilante inconsciente cerca de la puerta de entrada. La sacerdotisa no quiere que recuerde nuestra presencia. En vez de eso quiere que crea que lo atacaron unos vándalos.

—Vale. De acuerdo. Será como ella quiera —respondió Dallas. A continuación, antes de que Aurox tuviera tiempo de darse la vuelta, le espetó—: ¡Oye! ¿Tú qué demonios eres?

La pregunta sorprendió a Aurox, que respondió de forma automática.

—Mi deber es obedecer las órdenes de Neferet.

—Sí, claro, pero ¿qué eres? —inquirió una iniciada de pelo negro que lo escudriñaba desde detrás de Dallas—. Te he visto. Te estabas convirtiendo en algo con cuernos y pezuñas. ¿Eres algún tipo de demonio?

—No, no soy un demonio. Mi deber es obedecer las órdenes de Neferet.

Dicho esto, Aurox se dio media vuelta y los dejó atrás, aunque no pudo hacer lo mismo con sus palabras, que lo persiguieron por todo el pasillo.

—Es un bicho raro —susurraron—. Ese tío no es normal.

Utilizó un pupitre hecho de madera y metal para hacer añicos y destrozar los



tesoros del limpio y amplio pasillo. A continuación rompió en pedazos los recargados apliques que colgaban del techo de la habitación llena de libros. Mientras lo hacía, Aurox se alimentaba del miedo y de la rabia que todavía quedaban en su cuerpo. Cuando las reservas se agotaron, canalizó el miedo que el vampiro rojo y sus iniciados suscitaban en el viejo vigilante mientras el iniciado al que había herido bebía su sangre y los demás lo observaban todo entre risas. Cuando hubieron acabado con el anciano y borraron los recuerdos de su mente, Aurox utilizó los vestigios del asco que los iniciados sentían por él como carburante para la fuerza que necesitaba hasta que esa emoción también se desvaneció. Luego desenterró las únicas que le quedaban. Las emociones de las que no se había alimentado, sino que de algún modo había conservado y que consideraba suyas. De manera que terminó de destrozar el colegio abrumado por la tristeza, la culpa y la soledad de Zoey, y después, una vez recuperado su disfraz de chico, Aurox se alejó arrastrando los pies de la destrucción que él mismo había causado y se aseguró de que Neferet no siguiera esperando.



## Stark

El sueño de Stark había empezado bien. Se encontraba en una playa fabulosa, rodeado de arena blanca, y un mar de aguas cristalinas se extendía delante de él. El sol no lo había quemado. De hecho, era exactamente igual que antes de que lo marcaran, cuando la sensación de los rayos sobre su rostro y sus hombros le resultaba tremendamente agradable. Estaba disparando flechas a una enorme diana redonda que, mágicamente, las absorbía y las hacía reaparecer en la arena junto a él para que pudiera seguir disparando una y otra vez.

Lo único en lo que pensaba era en lo realmente genial que habría sido el sueño si Zoey hubiera aparecido en la playa en bikini.

O que resultara ser una playa europea y se hubiera presentado en topless. Eso habría sido aún mejor.

Y entonces, como sucede en la mayoría de los sueños, se produjo un cambio de escena. De pronto Zoey apareció como por arte de magia, solo que no ya estaban en la playa. Estaba en sus brazos, hecha un ovillo, cálida y suave, y oliendo maravillosamente.

—¡Eh! —exclamó sonriéndole—. ¿Estás despierto? Pero si todavía no se ha puesto el sol.

—Sí —respondió él con una sonrisa burlona—, deja que te demuestre lo despierto que estoy.

Entonces la besó y descubrió que tenía un sabor dulce. Sus cuerpos encajaban perfectamente y ella emitió ese suave gemido que solía hacer cuando se sentía realmente bien.

Sin embargo, justo en el preciso instante en que empezaba a dejarse llevar por el sueño, Zoey se apartó. Él la miró con expresión inquisitiva, pensando que tal vez iba a ser uno de aquellos sueños todavía más alucinantes y que estaba a punto de hacerle un estriptis. Entonces lo vio en su cara. Era el terror más absoluto.

—¡Detenlos! —gritó—. ¡Stark! ¡Guardián! ¡Ayúdame!

Tenía el brazo estirado hacia él mientras unos oscuros zarcillos con forma de serpiente tiraban de ella y se la llevaban a rastras.

Stark se levantó de un salto y la Espada del Guardián apareció en su mano. Corrió hacia ella, saltó por encima de su cuerpo derribado y aterrizó justo en medio de los zarcillos de la Oscuridad. Blandiendo la Espada del Guardián, empezó a dar tajos a diestro y siniestro, pero cada vez que cortaba un zarcillo, brotaban dos más en el mismo lugar, y ambos se adherían al cuerpo de Zoey como si fueran velcro.

—¡Stark! ¡Oh, Diosa! ¡Ayúdame!

—¡Lo intento, Zoey! ¡Estoy haciendo todo lo que puedo!

Sin embargo, sus esfuerzos no servían de nada contra la Oscuridad. Por aquel entonces Zoey estaba completamente atrapada, envuelta en una especie de capullo, como el apetitoso bocado de una araña gigante, pero seguía consciente y no paraba de gritarle que la salvara.

Stark seguía luchando a brazo partido, pero no había nada que pudiera hacer, y mientras la Oscuridad la apartaba de él, vio a Neferet, la titiritera que manejaba las oscuras cuerdas. Estaba fuera del alcance de su espada y reía a carcajadas mientras estrechaba los hilos alrededor de Zoey hasta que su amada, su reina, moría estrangulada y acababa absorbida por su enemigo.

En el sueño Stark, se quedaba allí en pie, sollozando, perdido sin Zoey. Entonces escuchó una voz fuerte y clara dentro de su cabeza que decía: *Esto es lo que sucederá si Zoey Redbird no rompe públicamente con Neferet. Debe plantarle cara a la Tsi Sgili y romper la aparente tregua que existe entre ellas.*

Stark, que todavía no se había recuperado de la conmoción y de la pérdida de su reina, solo prestó atención a las palabras, pero no a la voz. No se preguntó de quién provenía el mensaje, sino solo en la advertencia en sí.

Entonces inspiró profundamente y se despertó. Zoey estaba entre sus brazos, a salvo, con una expresión cálida y afable, y en ese momento levantó la mirada y le sonrió diciendo:

—¡Eh! ¿Qué haces despierto? Todavía no se ha puesto el sol.

Un terrible y profético escalofrío lo recorrió de arriba abajo. Había sido mucho más que un sueño. Lo sabía. Lo que significaba que la advertencia era mucho más que palabras: se trataba de una premonición. Stark abrazó a Zoey con fuerza y la estrechó contra su cuerpo.

—Dime que estás bien. Dime que te no te pasa nada.

—Lo haré si dejas de asfixiarme —dijo con voz ahogada.

Stark la sujetó solo con un brazo mientras con el otro le tanteaba la espalda mirando por encima de su hombro para asegurarse de que no había zarcillos, de que no quedaba ningún pegajoso recuerdo de su sueño.

—¡Eh, Stark! ¡Ya basta! —dijo ella agarrándole la mano y mirándolo fijamente a los ojos—. ¿Qué demonios te pasa?

—He tenido un sueño espantoso. De proporciones apocalípticas. Y entonces me he despertado y tú has dicho exactamente las mismas palabras que decías en el sueño, justo antes de que la Oscuridad se apoderara de ti.

—¡Puaj! Primero, la idea de la Oscuridad atrapándome me resulta de lo más asquerosa. ¿Cómo pasaba?

—No creo que quieras saberlo —dijo él.

—¡Y tanto que quiero! Podría tratarse de un sueño premonitorio y en ese caso, necesito saber qué debo evitar.

—Sí, yo estaba pensando lo mismo. Mejor dicho, estaba intentando no pensar en ello, pero tienes razón. —A continuación se recostó y se pasó la mano por el pelo, intentando desembarazarse tanto del sueño como del presentimiento—. Podría tratarse de una premonición y es posible que necesites saberlo. La oscuridad te atrapaba como Ella-Laraña atrapaba a Frodo, solo que aún peor —explicó él.

Stark observó cómo el rostro de Zoey se demudaba.

—Teniendo en cuenta que soy una chica y que tengo fobia a las arañas, no me imagino qué podría hacer que el sueño fuera aún peor.

—Pues que la araña fuera Neferet y su telaraña la Oscuridad.

—De acuerdo. Tienes razón. Eso es mucho peor. —Entonces le sonrió, aunque Stark sabía que era una muestra de que intentaba armarse de valor—. Pero tú me salvabas, ¿no?

Él no respondió. No podía.

—¡Eh, mi fuerte y valeroso guardián! ¿Sigues ahí? Te he preguntado si me salvabas.

—No —admitió él—. Lo intentaba, pero la Oscuridad controlada por Neferet era demasiado para mí.

—¡Maldita sea! —dijo Zoey—. ¡Cómo odio cuando pasan esas cosas! —Seguidamente sacudió la cabeza y añadió con decisión—: ¡Eh! En realidad no pasó. Era solo un sueño. Al menos de momento.

—Lo malo es que muchas cosas que parecía que solo podían suceder en sueños han acabado haciéndose realidad —dijo con amargura—. Y hay algo más. Alguien me decía que lo que estaba soñando acabaría cumpliéndose si no le plantabas cara a Neferet.

Zoey frunció el ceño.

—¡Perdona! Yo ya le planto cara a Neferet. Continuamente. ¿Y a qué te refieres con que «alguien» te decía eso? ¿Era Nyx? ¿La Diosa te ha hablado?

Stark se quedó pensativo, intentando recordar la voz, pero aunque el terror todavía estaba reciente, los detalles empezaban a desvanecerse en su subconsciente.

—No lo recuerdo, pero no creo que fuera la voz de Nyx, al menos no la reconocí como suya.

—Creo que si hubiera sido la Diosa lo sabrías. Además, como ya he dicho antes, yo siempre le he plantado cara a Neferet, de manera que no sé a qué demonios se refería la voz.

—A decir verdad, en estos momentos existe una especie de tregua entre vosotras —dijo Stark con cautela.

—Supongo que eso depende de lo que entiendas por tregua. Si te refieres a que no puedo echarla a patadas de la Casa de la Noche porque el Alto Consejo la perdonó, entonces sí, existe una tregua entre nosotras.

—¡Oye! —dijo él acariciándole la mejilla—. No era mi intención cabrearte. El maldito sueño me ha metido el miedo en el cuerpo, eso es todo.

Ella se acurrucó entre sus brazos y Stark notó que la tensión de su cuerpo empezaba a disminuir.

—No me has cabreado, solo sorprendido. Me refiero a que creía que tú y yo pensábamos lo mismo respecto a Neferet.

—Y lo pensamos —dijo acuchándola con fuerza—. Los dos sabemos que Neferet es mala y que está pirada, y también que todos los que estamos del lado de Nyx tenemos que estar alerta porque en cualquier momento puede jugárnosla.

Zoey se encogió de hombros y enterró la cabeza en su hombro.

—Me entran ganas de volver corriendo a Skye.

—Y a mí de llevarte de vuelta hasta allí. —Entonces vaciló y estuvo a punto de no decir nada más, pero algo en el fondo de su corazón no se lo permitió—. En el sueño, Z, la Oscuridad se apoderaba de ti y yo no podía salvarte. Creo sinceramente que se trata de una advertencia y lo único que consigo sacar en claro de todo ello es que tienes que seguir plantándole cara a Neferet.

—Lo haré —dijo ella echando la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos—. Pareces cansado. Te has despertado demasiado pronto.

Él la miró con su sonrisa de guaperas creído.

—Me he despertado pronto para poder pasar un poco de tiempo a solas antes de coger el minibús, y puede que parezca cansado, pero en realidad no lo estoy tanto —añadió enfatizando la palabra «tanto» mientras introducía la mano por debajo de su amplia camiseta y le hacía cosquillas en el costado con una suave caricia. Zoey se echó a reír y él atrapó su dulce carcajada de felicidad con un sus labios y la convirtió en un largo y apasionado beso. Y entonces su mano dejó de hacerle cosquillas y mientras la amaba la preocupación por su sueño casi desapareció... Casi.

## Zoey

—¡Madita sea! —murmuré mientras Darius accedía con el autobús al largo camino asfaltado que serpenteaba por la parte posterior de la Casa de la Noche y que terminaba en el aparcamiento. Acabábamos de entrar en el campus y ya había visto a Neferet, a Dragon y a cinco hijos de Érebo allí en pie, como si fueran un extraño comité vampírico de bienvenida.

—No corras —le dije a Darius—. Necesitamos prepararnos para esto.

—Sí, no tiene buena pinta —dijo Kramisha.

—¡Uau! No os podéis imaginar la de colores que estoy viendo —exclamó Shaylin, que observaba a través de la ventana al grupo de profesores con expresión incrédula—. ¡Puaj! Y también está la mujer de los ojos de pez muerto. ¡Qué asco!

—¡La mujer de los ojos de pez muerto! ¡Me gusta! —opinó Aphrodite—. Le pega mucho.

—La mujer de los ojos de pez muerto es superintuitiva —les recordé a todos a

pesar de que hablaba más concretamente para Shaylin.

—Y hemos decidido entre todos que es mejor que no sepa demasiado sobre el don de Shaylin —explicó Stevie Rae levantándose con Rephaim de sus asientos en la parte trasera del autobús—. Z, ¿quieres invocar al espíritu y pedirle que nos ayude a proteger los pensamientos de Shaylin, al menos hasta que dejemos atrás a Neferet?

—Sí —dije—. Me parece una buena idea. —Entonces inspiré profundamente y susurré—: Espíritu, ven a mí. —Sentí el aire vibrar con la fuerza del elemento por encima de mi piel—. Protege a Shaylin. Impide que puedan acceder a sus pensamientos.

—¡Ohhhh! —exclamó Shaylin con una risita tonta mientras el elemento la cubría—. ¡Es superguay! ¡Y te vuelves supervioleta mientras lo haces!

—Gracias, supongo —dije. Estaba claro que la nueva era más rara que un perro verde, pero parecía simpática. Miré hacia la parte trasera del autobús y distinguí a las gemelas y a Damien—. Chicos, vosotros también deberíais tener a mano vuestros elementos.

—Creo que tener cerca a Neferet es siempre una oportunidad excelente para concentrarnos en nuestros estudios.

Todos nos quedamos mirándolo.

—¿Estudios? —preguntó Shaunee.

—¿Te refieres a los deberes y demás chorradas? —añadió Erin.

—¿O estás hablando del desfile de moda que realmente es el colegio para algunas de nosotras? —añadió Shaunee.

—Estamos confundidas —concluyó Erin.

Damien exhaló un suspiro con una expresión teatral.

—Cuando hablo de estudios me refiero a lo que aprendemos en el colegio. Por ejemplo, cuando Neferet está cerca deberíais aprovechar para memorizar las definiciones de las palabras de vuestro vocabulario. —Luego bajó la mirada y, observando a las gemelas por encima de su larga nariz, añadió—: En concreto vosotras dos deberíais empezar por la palabra «bellacas».

—No tengo ni la menor idea de lo que significa, gemela. ¿Y tú? —preguntó Erin.

—Es la primera vez que la oigo, gemela —respondió Shaunee.

—Cerrad la boca, comparte-cerebros. La reina Damien tiene cierta razón. Hace mucho que no tenemos que ver a Neferet con tanta frecuencia. Todos deberíamos concentrarnos en mantener nuestra mente ocupada, pero no con nuestras cosas, sino con las estupideces que estudiamos en el colegio. —Aphrodite miró a Rephaim—. ¿Sabes si Neferet puede leer tu mente?

Rephaim pareció sorprendido por la pregunta, pero respondió sin apenas vacilar.

—No, no puede.

—¿Estás seguro? —le pregunté yo.

—Sí.

—¿Y cómo lo sabes? —inquirió Aphrodite.

—No me parece que tenga por qué explicártelo a ti —dijo Stevie Rae.

—Pues a mí sí —intervino Stark antes de que me diera tiempo a decir nada—. Vas a tener que dejar de ponerte a la defensiva cada vez que se habla de Rephaim, Stevie Rae. Anteriormente estaba del lado de Neferet y podría tener información útil para nosotros.

—Nunca estuve del lado de Neferet —replicó Rephaim con un tono de voz tan duro como la mirada que le lanzó a Stark—. Estaba del lado de Kalona. Igual que vosotros.

El comentario dejó a Stark sin palabras y yo aproveché para interponerme entre los dos diciendo:

—Independientemente de los detalles, lo que queremos decir es que estabas en el lado opuesto, y que eso puede ayudarnos ahora.

Rephaim me miró y su expresión se suavizó, a pesar de que todavía se mostraba desconfiado.

—Sé que Neferet no puede leerme la mente porque no sabía nada sobre lo que había entre Stevie Rae y yo —dijo cogiendo la mano de su amada—. Intenté no pensar en ti cuando ella estaba cerca, pero no podía evitarlo. Y lo hice. Muy a menudo.

Stevie Rae sonrió y se puso de puntillas para besarlo.

—Puaj —exclamó Aphrodite—. Bueno, salgamos de aquí cuanto antes o empezaré a potar. Lo que está claro es que Neferet no puede leer ni mi mente, ni la de Zoey, ni la del chico pájaro. Los demás tendréis que estar atentos a no meter la gamba.

—Acabo de ver entrar otro autobús en el camino asfaltado. Está justo detrás de nosotros —dijo Darius mirando por el espejo retrovisor—. A juzgar por lo que pone en el lateral, pertenece a la Casa de la Noche.

Desde uno de los asientos traseros Johnny B exclamó:

—Y es de los grandes. ¿Por qué nosotros no podemos tener un autobús de tamaño normal?

—Tú sí que no eres normal —dijo Kramisha.

—Ni tu madre tampoco...

—De acuerdo. Ha llegado el momento de prepararse para entrar en el colegio —los corté yo.

—Lo que significa prepararse para la batalla —dijo Stark.

—Aparca —le ordené a Darius.

Una vez hubo terminado de estacionar, Stark y Rephaim fueron los primeros en bajar del autobús, seguidos del resto de nosotros. Imaginé que lo mejor que podía hacer era afrontar cuanto antes lo que fuera que estuviera pasando, así que, flanqueada por Stevie Rae y por Stark, caminé con paso firme hasta Neferet, la saludé inclinando la cabeza en un gesto semirespetuoso, luego saludé de una manera más respetuosa a Dragon y finalmente hice lo propio con los guerreros. Después dije

formalmente:

—Feliz encuentro.

—¡Oh, Zoey! ¡Stevie Rae! Me alegro de que vosotras y vuestros estudiantes hayáis llegado a la vez que el otro autobús. Así nos ahorraremos tiempo en explicaciones —dijo Neferet enigmáticamente.

Antes de que tuviera tiempo de mostrar mi extraordinaria inteligencia con un «¿ehh?» el otro autobús aparcó cerca del nuestro y con el característico pero extraño ruido que recordaba a las películas de Star Trek, las puertas se abrieron.

En ese momento mi piedra vidente empezó a calentarse.

El primero en salir fue Aurox.

Justo detrás de él apareció Dallas. Escuché a Stevie Rae ahogar un grito de sorpresa y más o menos en el mismo momento me quedé mirando con la boca desencajada. Detrás de Dallas salió un grupo entero de iniciados rojos, «los malos», que incluía a la horrible Nicole y a un Kurtis lleno de magulladuras, aunque seguía estando igual de gordo.

Tanto Aurox como los iniciados rojos se colocaron en hilera frente a nosotros. Extrañamente la situación me recordó a la escena del baile de *West Side Story*. Por raro que parezca, todos permanecemos callados hasta que Stevie Rae preguntó, con una voz inusualmente chillona:

—¡Por el amor de Sam Hill! ¿Qué estás haciendo aquí, Dallas?

El vampiro hizo una mueca de desprecio.

—Yo no hablo contigo.

Entonces miró a Neferet y lentamente, ceremoniosamente, se llevó el puño al corazón, inclinó la cabeza y dijo:

—Feliz encuentro, alta sacerdotisa.

Todos los iniciados rojos que estaban detrás de él imitaron el saludo.

Neferet sonrió con elegancia. Su voz sonó cálida y engañosamente amable.

—¡Qué maravilloso saludo! Gracias, Dallas. —Cuando sus ojos de color esmeralda se giraron hacia Stevie Rae, su voz y su mirada se volvieron más severos—. Yo contestaré a tu pregunta, Stevie Rae. Lo que están haciendo aquí es lo mismo que vosotros, asistir a clase. ¡Oh, espera! Hay una pequeña diferencia. Dallas y sus iniciados rojos se alojarán aquí, y yo seré su alta sacerdotisa.

—¿Es ese de ahí? —Dallas tenía la mirada puesta en Rephaim, que se encontraba en pie junto a Stevie Rae. El odio que emanaba su cuerpo casi se podía tocar.

—Permitidme que os presente. Dallas, este es Rephaim. Aunque, ahora que lo pienso, ya os conocéis, ¿verdad?

Neferet hizo las presentaciones como si estuviéramos en un baile de graduación. Os juro que la situación resultaba tan jodidamente friki que tuve que reprimir las ganas de pedirle a Stark que me diera un guantazo para comprobar que no estaba soñando.

Entonces miré a Dallas y el miedo que me provocó me hizo comprender que no



existía posibilidad alguna de que estuviera durmiendo. Sus ojos emitían un débil destello rojo. Tenía un aspecto salvaje y muy, pero que muy peligroso. En ese momento recordé cuando solía parecerme un chico dulce y encantador. Era evidente que aquel chico dulce y encantador había muerto en el mismo momento en que había cambiado para convertirse en aquel nuevo vampiro con tatuajes con forma de látigo.

A mi lado, Stark se removió inquieto y se acercó aún más a mí.

Al lado de Dallas, Aurox, al que había intentado no mirar, también se removió inquieto y se acercó aún más a mí.

—Sí, como bien has dicho, ya nos conocemos —dijo Dallas.

—Así es. —La voz de Rephaim sonó tan dura y fría como la de Dallas y recordé que no debía infravalorarlo solo porque mirara a Stevie Rae con ojos de corderito.

—Aprovecho que os tengo a todos juntos para aclararos algo —dijo Neferet, haciendo que todos los ojos se giraran hacia ella. ¡Parecía tan normal! Era tan regia y hermosa, y hablaba con un tono de voz tan razonable que por un momento sentí una gran tristeza por la pérdida de la persona que podría haber sido—. En los últimos tiempos ha habido un cierto malestar entre vosotros. Eso se ha acabado. No quiero conflictos aquí. Me da lo mismo que provengan de vampiros, iniciados, rojos o azules.

—¿Cierta malestar?! —preguntó Stevie Rae incrédula—. Intentaron matarnos a Zoey y a mí.

—¿Zoey sí que mató a algunos de nosotros! —gritó Dallas, y estoy segura de haber oído el zumbido de la electricidad en los cables que cruzaban por encima de nuestras cabezas y que alimentaban la escuela.

—¡Espera un momento! ¡No era mi intención! Nicole, Kurtis y esos tíos de ahí me atacaron y entonces...

—¡Basta! —La orden de Neferet estaba cargada de una fuerza aterradora que vibró alrededor de todos nosotros y que pareció lixiviar incluso la luz plateada de la luna creciente—. He dicho que el pasado se ha acabado. Stevie Rae y Zoey, si no podéis controlaros, tendré que expulsaros de la escuela. Dallas, lo mismo vale para ti. Aurox y los guerreros hijos de Érebo patrullarán los pasillos y las clases. Si se produce algún estallido de violencia, se encargarán de sofocarlo. De inmediato. ¿Me he explicado bien? —Nadie dijo ni una palabra y Neferet sonrió con frialdad—. Bien. Y ahora, entrad en clase. —Luego se dio la vuelta y, con su característica forma de caminar como si estuviera flotando, se dirigió al edificio principal y a la clase que la esperaba allí.

—Está rodeada de Oscuridad —dijo Stark en voz baja, aunque no lo suficiente.

—Está completamente sumergida en ella —añadió Rephaim.

—No podría estar más de acuerdo —concluyó Stevie Rae. A continuación miró a Dragon y al resto de guerreros—. ¿Es que no lo veis? Son como pegajosas telas de araña. —Entonces señaló a Dallas y al resto de iniciados rojos con un movimiento del pulgar—. Me juego el cuello a que ellos sí que lo ven.

—No sé de qué demonios estás hablando —le soltó Dallas.

—¿Seguís celebrando meriendas imaginarias en el sótano para tomar el té con vuestras muñequitas? —preguntó Nicole sarcásticamente.

Dallas y sus iniciados rojos rompieron a reír.

—Dallas, Neferet quiere que te presentes en el centro de telecomunicaciones. Han tenido algunos problemas con los ordenadores y quiere que les ayudes a solventarlos —intervino Dragon colocándose entre los dos grupos. El guerrero Hijo de Érebo se unió a él, y también Aurox.

—Shaylin, aquí tienes tu horario. Stevie Rae te puede acompañar a lo largo del día para enseñarte dónde está todo —dijo entregándole a la nueva iniciada una hoja de papel—. Stark, Darius —continuó Dragon—. Id a los establos y empezad a prepararlo todo para vuestra clase. El resto de vosotros haced lo que la alta sacerdotisa os ha ordenado. La primera hora está a punto de empezar.

—Todo lo que quiera la alta sacerdotisa me parece bien —dijo Dallas pasando junto a Rephaim con un empujón y mirándolo con desprecio.

Me di cuenta de que Rephaim se mantuvo en su sitio. No perdió los estribos ni se comportó como el típico chico descerebrado que se ponía a darle puñetazos a su taquilla o cosas por el estilo, sino que permaneció junto a Stevie Rae con actitud protectora como una persona fuerte y responsable.

—Vámonos a clase y pasemos de esos idiotas —dije, cogiendo de la mano a Stark.

—No quieren que pasemos de ellos —dijo Rephaim mientras caminábamos lentamente hacia el edificio principal—. Están aquí para causar problemas.

—En definitiva, para remover la mierda —dijo Stevie Rae y, por alguna extraña razón, aquella frase hizo sonreír a Rephaim.

Rephaim transmitía de tal manera la imagen del típico adolescente que sonreía con cara de tonto a su novia que tuve que recordarme a mí misma que no era exactamente lo que parecía. Estaba recordando que había visto a luchar a los cuervos del escarnio, y que sabía que eran malvados y peligrosos y preguntándome si, en el caso de que acabara peleándose contra Dallas, se despertaría en él una brecha de Oscuridad, cuando vi que la expresión de su rostro cambiaba. Un segundo antes estaba sonriendo a Stevie Rae y de repente su cara se puso seria, como si pudiera oír un sonido que los demás no oíamos. Entonces parpadeé y volvió a parecerme normal.

—Una cosa, ¿de verdad tengo que montar a caballo a sexta hora? —preguntó Shaylin mirando su horario mientras intentaba no quedarse atrás.

—Si dice «estudios ecuestres», sí —respondió Stevie Rae—. Os veo a la hora de comer —añadió sonriendo una vez más a Rephaim y despidiéndose de los demás con las manos mientras se acercaba a la nueva—. Déjame ver. —A continuación, leyó el horario de Shaylin y exclamó—: ¡Bien! Tienes hechizos y rituales a primera hora. Te gustará. Tengo entendido que el nuevo profesor es muy guay.

—¡Eh! ¿Qué te pasa? —me preguntó Stark.

—No estoy segura —respondí quedamente—. Probablemente lo único que sucede es que tengo sociología a primera hora, y que la enseña Neferet. Por lo que hablábamos del estrés.

—Te irá todo bien. Ya verás. En este momento está fingiendo ser una profesora y una alta sacerdotisa —dijo él.

—Sí, lo que significa que solo me humillará un poquito, en lugar de arrancarme la cabeza con sus garras —murmuré.

—Si lo intenta, asegúrate de correr todo lo que puedas y de asustarte mucho para que me dé tiempo a salvarte —dijo, mostrándome su sonrisa de guaperas creído. Era evidente que estaba intentando, sin éxito, hacerme sentir mejor.

—Intentaré recordarlo. Nos vemos a la hora de comer.

A continuación me besó y, después de mirarme una vez más con expresión preocupada, se encaminó hacia los establos con Darius. Todos los demás se dispersaron, dejándonos a Damien, a Rephaim y a mí caminando hacia nuestras clases.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté a Rephaim.

—Sí, estupendamente —respondió.

Yo no lo creí, y supongo que mis miradas de reojo le resultaron superobvias, porque al final se paró, suspiró y me sorprendió diciendo:

—Oye, Damien. Necesito hablar a solas con Zoey. ¿Nos vemos en clase?

Damien lo miró intrigado, pero era demasiado educado como para protestar.

—Claro, no pasa nada. Pero date prisa. A los profesores les molesta enormemente que lleguemos tarde.

—Ya me encargo yo de que no se retrase —le aseguré a Damien. Después reduje el paso para que Rephaim y yo nos quedáramos fuera del edificio mientras todos los demás entraban.

—¿Qué pasa?

—Mi padre está aquí. Puedo sentir su presencia.

—¿Kalona? ¿Dónde?

Era perfectamente consciente de que tenía los ojos como platos y cara de pasmarote mientras miraba a mi alrededor como si esperara que el inmortal surgiera de entre las sombras como por arte de magia.

—No sé exactamente donde, pero quiero que sepas que yo no lo he contactado, ni lo he visto, ni he hablado con él desde que me liberó. —Rephaim sacudió la cabeza—. No... No quiero que tus amigos y tú penséis que os estoy ocultando cosas.

—Bueno, eso dice mucho a tu favor. ¿Tienes alguna idea de lo que quiere?

—¡No!

—Vale, vale. No te estoy acusando de nada. Has sido tú el que ha venido a mí con esta historia, ¿recuerdas?

—Sí, pero yo... —Su rostro volvió a ponerse serio. Entonces me miró a los ojos con una tristeza tan profunda que hizo que me doliera el estómago.

—Me está llamando.



## Zoey

—¿Te está llamando? ¿De qué demonios hablas? Yo no oigo nada —dijo sin dejar de mirar a mi alrededor con la boca abierta como si el demonio de Tasmania fuera a saltarme encima de un momento a otro.

—No —dijo él sacudiendo la cabeza—. Es imposible que lo oigas. De hecho, ni siquiera yo lo oigo. Mi padre puede llamarme a través de la sangre inmortal que nos une. No creía que fuera capaz de hacerlo después de que Nyx me cambiara —dijo mirando a la lejanía con expresión de desconsuelo—. Pero no soy un humano de verdad. Sigo siendo una mezcla de bestia, hombre e inmortal. Y sigo compartiendo su sangre.

—¡Eh! No pasa nada. Lo estás haciendo lo mejor que sabes. Lo veo en la forma en que miras a Stevie Rae. Sé que la quieres. Y la propia Nyx te perdonó.

Él asintió con la cabeza y se pasó la mano por la frente, lo que me hizo darme cuenta de que había empezado a sudar. Y mucho.

Evidentemente, él también se dio cuenta de que me había dado cuenta.

—Resulta difícil no responder a su llamada —se justificó—. Nunca antes me había resistido a él.

—Mira, quédate aquí sin moverte. Voy a buscar a Stark, a Darius y Stevie Rae. Entonces podrás seguir la llamada de Kalona. Iremos todos contigo y le demostraremos que eres uno de los nuestros y que tiene que dejarte en paz.

—¡No! No quiero que todos sepan que está aquí. Y mucho menos Stevie Rae. Cree que le he dado la espalda por completo, ¡pero es tan difícil! —exclamó juntando las manos como si me suplicara que lo entendiera—. ¡Sigue siendo mi padre!

A pesar de que hubiera deseado no hacerlo, empecé a entender lo que estaba diciendo.

—Mi madre era un auténtico desastre, y prefirió a un tío en vez de a mí, pero en el fondo yo seguía queriéndola y deseaba con todo mi corazón que ella también me quisiera. Pero de verdad. Creo que lo más difícil de soportar del hecho de que haya muerto es que ya no existe ninguna posibilidad de que vuelva a ser mi madre.

—Entonces me entiendes.

—Sí, en cierto modo creo que sí. Pero también estoy de acuerdo con Stevie Rae. Mira, Rephaim, es posible que te sientas como cualquier niño con un padre que ha perdido el norte, pero el problema con tu situación es que el tuyo no es un padre cualquiera. Se trata de un peligroso inmortal que se encuentra del lado equivocado en una batalla real en la que se enfrentan el bien y el mal.

Rephaim cerró los ojos como si lo que acababa de decir le hubiera causado un dolor físico, pero luego los abrió y asintió mirándome con una determinación inquebrantable.

—Tienes razón. Tengo que plantarle cara y hacerle entender que hemos elegido caminos muy diferentes. Me gustaría que estuvieras conmigo mientras lo hago. Por favor, Zoey.

—De acuerdo. Deja que vaya a buscar a Stark y...

—Solo tú. Sé que puede parecer estúpido, pero no quiero humillar a mi padre, y hacerlo con Stark delante sería un grave insulto.

—Rephaim, no puedo venir sola contigo. ¿Te has olvidado de que tu padre intentó matarme?

—Neferet había recluido su cuerpo y lo había obligado a seguirte hasta el Otro Mundo. No quería hacerlo. Nunca quiso hacerte daño. Zoey, mi padre me dijo que nunca te mataría, ni a ti ni a ninguna alta sacerdotisa de la Diosa.

—En serio, no puedo creer que no te entre —dije sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Kalona no dudaría ni un instante en matar a cualquiera que se interpusiera en sus planes.

—Tú has estado muy cerca de él desde que escapó de la tierra. ¿De veras puedes decirme que nunca has visto un atisbo del guerrero de Nyx que todavía habita en su interior?

Yo vacilé. No quería recordar lo ingenua que había sido antes de la muerte de Heath. Entonces levanté la barbilla.

—Kalona mató a Heath porque yo fui lo suficientemente estúpida para bajar la guardia con él.

—Heath no era una alta sacerdotisa al servicio de Nyx. Y no has contestado a mi pregunta. Quiero que seas sincera. ¿Has vislumbrado alguna vez al que solía ser, o no?

Por millonésima vez en mi vida, deseé que se me diera mejor mentir.

—Sí, sí, de acuerdo. Una vez me pareció ver al que solía ser, al guerrero de Nyx —dije con toda sinceridad—, pero me equivocaba —añadí.

—No lo creo, al menos no del todo. Creo que el guerrero sigue ahí, en su interior. Al fin y al cabo, me dio la libertad de elegir mi propio camino.

—Pero no deja que te liberes de él. Está aquí, llamándote.

—¿Y si me estuviera llamando porque me echa de menos?! —gritó Rephaim. Acto seguido se pasó de nuevo la mano por su tensa y sudorosa cara y en un tono de voz más controlado, continuó—: Por favor, Zoey. Te doy mi palabra de que no dejaré que mi padre te haga daño, de la misma manera que no permitiría que le hiciera daño a Stevie Rae. Te lo ruego, ven conmigo y sé testigo de que he roto con él para que nadie en la Casa de la Noche pueda poner en duda mi lealtad. —Lo que dijo a continuación fue lo que me dio el empujoncito final para convertirme en la reina de país de los imbéciles—. No me ha visto desde que me convertí en un chico. Tal vez,

cuando vea las pruebas del perdón de Nyx, el guerrero que hay en él terminará de despertarse. ¿No crees que Nyx querría que le dieras otra oportunidad a su guerrero?

Entonces lo miré y vi lo que seguramente había hecho que Stevie Rae se enamorara de él: básicamente, que era un chico supermono que quería que su padre lo quisiera.

—¡Maldita sea! —dije—. ¡Está bien! Iré contigo siempre que no salgamos del campus. Y deberías saber que si me pongo nerviosa, o me cabreo, o me asusto, Stark lo sentirá y vendrá corriendo con su arco, el que nunca falla el tiro. Y te prometo que disparará y que no podré hacer nada por evitarlo.

Rephaim me agarró del brazo y prácticamente comenzó a llevarme a rastras hasta la parte este del muro.

—No te pondré en peligro. No sentirás ninguna de esas cosas.

Por supuesto, enseguida supe adónde nos dirigíamos. Realmente daba repelús.

—El estúpido árbol junto al estúpido muro —dije con la lengua fuera—. Esto no me gusta un pelo.

—Es fácil llegar a él y no suele haber nadie —explicó Rephaim—. Por eso lo ha elegido.

—Peor me lo pones —respondí.

Cruzamos el prado a toda prisa mientras yo miraba por encima de mi hombro. Podía ver las lámparas de gas de los establos que proyectaban su luz hasta aquella zona del campus mientras pensaba que probablemente debería abdicar de mi cargo como reina del país de los imbéciles y mandar un enorme SOS mental a Stark, cuando de pronto Rephaim redujo el paso para luego detenerse.

Giré la cabeza para concentrarme en lo que ocurría delante de mí, y vi a Kalona en pie junto al árbol destrozado. Se encontraba de espaldas a nosotros. Más tarde tuve tiempo de pensar en que lo normal habría sido que estuviera mirando hacia el lugar desde el que se sabía que aparecería Rephaim, pero en ese momento su presencia lo eclipsaba todo, exactamente como sabía que sucedería. Era alto y fuerte, y como era habitual en él, estaba desnudo de cintura para arriba. Sus increíbles alas negras estaban plegadas en posición de descanso, y parecía que un dios las hubiera fabricado personalmente con fragmentos del cielo estrellado.

Me había olvidado de lo hermoso, majestuoso y poderoso que resultaba. Entonces apreté la mandíbula y me obligué a mí misma a recuperar el sentido. Si había algo que no había olvidado era lo peligroso que podía llegar a ser.

—Padre, estoy aquí —dijo Rephaim con una voz tan pequeña e infantil que sentí la necesidad de poner mi mano sobre la suya, en el lugar por el que todavía me tenía sujeta por el brazo.

Kalona se dio la vuelta y sus ojos de color ámbar se abrieron sorprendidos. Por un momento su rostro se quedó paralizado y después se mostró terriblemente desconcertado.

—Rephaim, ¿eres tú de verdad, hijo mío?

Al sentir el temblor que recorrió el cuerpo de Rephaim, le apreté la mano con fuerza.

—Sí, padre. —Su voz se volvía más fuerte conforme hablaba—. Soy yo, Rephaim, tu hijo.

Sabía que el inmortal había fingido muchas cosas. Sabía que había hecho tratos con la Oscuridad y que había sido un asesino, un mentiroso y un traidor. Aun así, creo que jamás olvidaré la expresión del rostro de Kalona cuando vio a su hijo aquel día. Por un instante esbozó una sonrisa y una alegría inmensa inundó de tal manera todo su ser que solté la mano de Rephaim. Me quedé allí en pie, con la boca abierta, maravillada por la felicidad de Kalona, y me di cuenta de que lo que vi en su rostro era el mismo amor que había visto cuando contempló a Nyx en el Otro Mundo.

—Nyx me perdonó —dijo Rephaim.

Aquellas tres palabras dieron al traste con la alegría de Kalona.

—¿Y después te regaló la posibilidad de adoptar forma humana? —dijo el inmortal en un tono privo de emoción.

Percibí la indecisión de Rephaim y me di cuenta de que estaba a punto de hacer lo que yo solía hacer en esos casos, decir toda la verdad cuando debía tener la boca cerrada, de manera que, de buenas a primeras, respondí a su pregunta, proporcionándole la versión corta de los hechos.

—Sí, ahora es un chico y está con nosotros.

La mirada color ámbar de Kalona se concentró en mí.

—Zoey, tienes buen aspecto. Creía que mi hijo era el compañero de la Roja. ¿Acaso lo comparte contigo?

—¡Oh, no! Este no es esa clase de colegio. Soy su amiga, eso es todo —dije desembarazándome por completo del recuerdo de lo emocionado que había visto a Kalona cuando se había reencontrado con su hijo. *Este es el verdadero Kalona*, me dije a mí misma—. Y no hace falta que seas tan capullo. Has sido tú el que ha llamado a Rephaim, no al revés.

—Así es, he llamado a mi hijo. No a una alta sacerdotisa iniciada.

—He sido yo el que le ha pedido que me acompañara a hablar contigo —explicó Rephaim.

—Se lo has pedido a Zoey y no a la Roja. ¿Ya te has cansado de ella?

—No, y se llama Stevie Rae, no la Roja. Soy su compañero y pienso seguir siéndolo. —Me gustó darme cuenta que toda aquella mierda del chico que idolatra a su padre había desaparecido por completo de la voz de Rephaim—. Es por eso por lo que he respondido a tu llamada, porque necesitaba decírtelo, del mismo modo que se lo dije a Nisroc. He elegido recorrer el camino de la diosa junto a Stevie Rae. Es lo que quiero y lo que siempre querré.

—Siempre es mucho tiempo —respondió Kalona.

—Lo sé, pasé una buena parte de ese tiempo cumpliendo tu voluntad.

—¡La pasaste siendo mi hijo!



—No, padre. No fue así. Estoy empezando a entender que la diferencia entre la Luz y la Oscuridad radica en una sola cosa, la capacidad de amar. Cuando obedecía tus órdenes, nuestra relación se basaba en la obligación, el miedo y la intimidación, pero no en el amor.

Estaba convencida de que Kalona iba a estallar, pero en vez de eso encogió los hombros y apartó la vista, como si ya no pudiera soportar la penetrante mirada de Rephaim.

—Tal vez las circunstancias no hicieron de mí la persona más apta para ser padre —dijo arrastrando las palabras—. Fuiste el fruto de la rabia, la desesperación y la lujuria. Creo que dejé que eso determinara nuestra relación.

En ese momento percibí la esperanza en Rephaim. Era como si me la estuviera telegrafinando a través de su piel y de su voz.

—No tiene por qué seguir determinándola —dijo con la misma lentitud que su padre. De pronto me sorprendió descubrir que los dos hablaban de un modo increíblemente similar. Entonces miré de reojo a Rephaim y reconocí la forma de sus ojos, su boca, su mandíbula, y después de ver el parecido familiar, me pregunté cómo demonios no me había dado cuenta antes. ¡Con razón Rephaim estaba tan bueno! ¡Se parecía a su padre!

—Deseas que empecemos nuestra relación desde cero de la misma manera que has hecho con tu vida —dijo Kalona.

A pesar de que no le había dado la entonación de una pregunta, Rephaim le contestó de todos modos.

—Sí, padre.

Kalona se me quedó mirando.

—¿Y qué me dices de tus nuevos amigos? No creo que acepten nunca el hecho de que tú y yo no estemos enemistados.

—Bueno, no puedo hablar en nombre de todos sus nuevos amigos pero, por lo que a mí respecta, me importa bien poco el tipo de relación que tenga contigo mientras nos dejes en paz a los demás —dije—. De quien tendrías que preocuparte es de Neferet. Si es verdad que ya no estás de su parte, te prometo que ella sí que aceptará que Rephaim y tú no seáis enemigos.

—¡Neferet no tiene ningún control sobre mí! —La voz de Kalona recorrió mi piel y la familiaridad de su tacto helado me produjo un escalofrío.

—Vale, lo que tú digas —dije esforzándome por sonar lo más despreocupada posible—. Pero no estoy hablando de control. Estoy hablando de que ella y tú estáis del mismo lado, y de que ella hace tiempo que se pasó al lado de la Oscuridad. No va a permitir que nadie con tu poder se mantenga al margen.

—Neferet perdió toda posibilidad de aliarse conmigo cuando recluyó mi cuerpo y utilizó mi espíritu. Deberías saber, Zoey Redbird, que Neferet tiene un nuevo consorte.

Yo puse los ojos en blanco.

—Aurox no es su consorte. Es solo uno de sus peones.

—No me refería a su nueva criatura. Me refería al toro blanco.

Yo me quedé mirándolo fijamente.

—Estás hablando en serio.

—Sí —intervino Rephaim.

—¿Y por qué ibas a contarme algo así? No somos amigos. Ni tampoco aliados — dije con firmeza.

—Podríamos serlo. Tenemos un enemigo común —dijo Kalona.

—No creo. Tú estás cabreado con Neferet, al menos en esta fracción de segundo. Yo lucho contra la Oscuridad en general. Precisamente el lugar donde sueles posicionarte.

—Te está preguntando si podéis empezar de cero —dijo Rephaim.

Entonces levanté la vista y miré al esperanzado, adorable y sobre todo ingenuo chico que estaba en pie junto a mí.

—Rephaim, Kalona no se ha vuelto bueno de repente. —La única cosa en que podía pensar era: *Stevie Rae me matará si se lo devuelvo en plan «entre mi padre y yo todo es perfecto y maravilloso»*—. No podemos hacer que los demás se conviertan en lo que nos gustaría solo porque queremos que entren a formar parte de nuestra pandilla.

—No tengo ninguna intención de volverme bueno —dijo Kalona—. De la misma manera que no tampoco tengo ningún interés especial en ser malo. Simplemente deseo la caída de la Tsi Sgili. Me ha herido y quiero vengarme.

—De acuerdo, ¿y qué significa eso exactamente? —pregunté.

—Significa que tenemos un enemigo común. Te ayudaré a liberar a la Casa de la Noche de la Tsi Sgili, que se está haciendo pasar por una alta sacerdotisa de Nyx, y de Aurox.

—Padre, ¿estarías dispuesto a presentarte ante el Alto Consejo para decirle lo que sabes de Neferet?

—¿Y de qué serviría? —inquirió Kalona con aspereza—. No tengo pruebas que apoyen mis palabras. La acusaría de haber elegido al toro blanco como consorte y ella lo negaría. Me imagino que ha presentado a su criatura como un regalo divino, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas —respondí—. Se supone que Aurox es un regalo de Nyx.

—Déjame adivinar: la Diosa no se ha aparecido para denunciar ni a Neferet ni a la criatura.

—Sabes perfectamente que eso no ha sucedido —dije.

—Por supuesto que no —dijo Kalona sacudiendo la cabeza con evidente desprecio—. Y dado que vuestra Diosa permanece en silencio, no tenemos pruebas de Nyx. Sería mi palabra contra la de Neferet, y el Consejo ya cree que me expulsó de su lado. Pensarían que estoy mintiendo para vengarme.

—¿Y no es así? —pregunté—. Quiero decir, ¿no es eso lo que dices que quieres?

¿Venganza?

—No quiero que el Consejo vigente la reprenda, le den un tirón de orejas y que la condenen a la soledad para, supuestamente, servir a la Diosa. Quiero acabar con ella.

El odio helado de su voz volvió a producirme un escalofrío, pero no podía poner ningún pero a su razonamiento. Yo no quería matar a Neferet. ¡Maldita sea! No quería matar a nadie. Sin embargo, en lo más profundo de mi corazón, sabía que a menos alguien acabara con ella, terminaría por causarnos un dolor y un sufrimiento inimaginable a todos nosotros.

—De acuerdo, mira. Necesito que me lo digas claramente. ¿Estás hablando de matar a Neferet?

—No puedo matarla, se ha vuelto inmortal. —Entonces me miró fijamente a los ojos—. La única que puede acabar con Neferet es ella misma.

Sentía como si el cerebro me fuera a explotar en mil pedazos.

—No tengo ni idea de cómo conseguir que haga algo así.

—Puede que yo sí —dijo Kalona—. Ha elegido como consorte al toro blanco, convencida de poder controlarlo. Pero está muy equivocada.

—¿Es él la llave para su destrucción? —preguntó Rephaim.

—Tal vez. Tendríamos que observar y esperar el momento oportuno. Descubrir lo que está tramando y ver cuál será su siguiente paso —explicó Kalona—. No os resultará difícil conviviendo con ella en la Casa de la Noche. No le quites ojo, hijo mío.

—No vivimos aquí —dijo él antes de que pudiera impedirselo—. Estoy con Zoey, Stevie Rae y los demás en la estación.

—¿En serio? ¡Qué interesante! ¿Y todos los iniciados rojos están en la estación con vosotros?

—No, Neferet se ha traído a los otros iniciados rojos, a los que no forman parte del grupo de Stevie Rae, a la Casa de la Noche. Ahora se alojan aquí —dijo Rephaim.

—Eso podría ser importante. Su presencia mantendría el equilibrio entre la Luz y la Oscuridad en esta escuela.

—Sí —convino Rephaim—. Y además hay una iniciada que...

—Que sabe tener la boca cerrada y no contarle nuestras cosas a todo el mundo —lo interrumpí mirándolo con cara de asesina.

Kalona sonrió como si de pronto hubiera entendido muchas cosas.

—No te fíes de mí, ¿verdad, pequeña A-ya?

Sentí que el corazón se me helaba.

—No, no me fío de ti. Y no vuelvas a llamarme así. Yo no soy A-ya.

—Está en tu interior —dijo él—. Puedo sentirla.

—Es solo una pequeña parte de quién soy hoy en día, así que déjame en paz. Tu tiempo con ella ha terminado.

—Tal vez un día aprenderás que las vidas pasadas giran siempre alrededor del presente —sentenció.

—¿Qué te parece si contienes la respiración hasta que eso suceda? —le pregunté con fingida dulzura.

Kalona soltó una carcajada.

—Todavía consigues divertirme.

—Y tú todavía me produces náuseas.

—¿No podríamos acordar una especie de paz entre nosotros? —preguntó Rephaim.

—Podríamos acordar una tregua —dije mirando a Rephaim y obligándolo a mirarme a los ojos—. No es lo mismo. Implica también que no puedes confiar en él ni contarle nuestras cosas. Y más te vale que te lo metas en la cabeza de una vez por todas, Rephaim, de lo contrario tendrás que marcharte con él ahora mismo.

—Me quedo con Stevie Rae —dijo él.

—Entonces recuerda de qué parte estás —le dije.

—Ten la plena seguridad de que no dejaré que lo olvide —dijo Kalona.

—Sí, claro. Y deberías saber que Rephaim cuenta con un montón de gente que se preocupa por él y que no dejaremos que lo utilices.

Kalona me ignoró y se dirigió a su hijo.

—Si me necesitas, mira hacia el oeste y sigue nuestra sangre. —Seguidamente empezó a extender las alas—. Recuerda que eres mi hijo, porque te puedo asegurar que los que están a tu alrededor no lo olvidarán nunca.

A continuación se elevó en el cielo y, batiendo sus alas poderosamente, desapareció en la noche.



## Zoey

Al final acabé saltándome la primera hora. En serio, después de la historia de Rephaim y Kalona, lo último que se me pasaba por la cabeza era quedarme allí sentada aguantando que Neferet se pasara el tiempo soltándome indirectas con su típica actitud pasivo-agresiva. En vez de eso envié a Rephaim a clase diciéndole que le contara al profesor que había ido al servicio y me busqué un lugar a la sombra, no muy lejos de los establos. Necesitaba sentarme un rato y pensar. A solas.

Kalona había dicho que quería que acordáramos una tregua, pero a mí me parecía que se trataba de una trola. Lo más probable es que quisiera utilizar a Rephaim para infiltrarse en nuestras filas y descolocarnos, y eso sonaba como si la panda de los raritos empollones y yo nos estuviéramos convirtiendo en una especie de grupo paramilitar formado por paletos y marginados. En ese momento exhalé un suspiro. ¿Por qué esos grupos no podían ser un poco más atractivos? Aquello me hizo pensar en el endogámico grupo de hombres pantera de *True Blood* y en lo estúpido que era Jason. ¡Dios! Tenía que volver a ver la temporada tres. Ya me había perdido varios capítulos de la cuarta y...

—¡Eh, Zoey! ¡Céntrate! —me dije a mí misma.

¡Con que Kalona quería hacernos creer que estaba a favor de una tregua! Por supuesto, Rephaim se lo había tragado porque el pobre chaval era un caso grave de «quiero que mi papá me quiera». Stevie Rae se iba a cabrear de lo lindo cuando se enterara de que había estado hablando con Rephaim, y con razón. Quería proteger los sentimientos de su chico y si a Kalona le sumábamos un nuevo y mejorado Rephaim, el resultado solo podía ser un choque de trenes.

Y luego estaba lo de la vuelta al colegio de los iniciados rojos malos fingiendo que no eran una panda de chalados y de asesinos. Uf y más uf. Solo pensar en las peleas en los pasillos que su presencia iba a provocar me daba dolor de cabeza.

Por si no bastaba, el hecho de que Stark siguiera sin dormir bien, que el nuevo consorte de Neferet fuera un toro (puaj, esperaba de veras que eso no quisiera decir lo que parecía querer decir) y lo de ese chico o lo que fuera llamado Aurox, que me transmitía sensaciones superextrañas, me sentía como si la escuela al completo se hubiera convertido en una bomba de relojería a punto de explotar.

En ese momento levanté la vista y me quedé mirando la luna, que estaba en fase creciente.

—Para colmo —dije en voz baja, como si estuviera hablando directamente con el brillante astro—, dentro de seis días tendré que ir a llevar a cabo un ritual de

purificación a los terrenos de mi abuela, porque fue allí donde mataron a mi madre.

Entonces parpadeé con fuerza. No iba a llorar. Otra vez no. Simplemente me iba a quedar allí sentada, bajo la luna, hasta se hiciera la hora de asistir a la clase de arte dramático.

¡Cómo si mi vida no fuera ya lo bastante dramática!

—Bueno —le dije a la luna—. Al menos mi alma ya no está hecha añicos y no soy un medio fantasma insomne vagando sin rumbo por el Otro Mundo. Inmediatamente después de ese alegre pensamiento expresé en voz alta lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Echo muchísimo de menos a Heath.

Mis palabras flotaban todavía en el aire cuando empecé a sentir calor en esa pequeña región en mitad de mi pecho. De pronto, con la misma terrible sensación de cuando no puedes evitar curiosear cuando se ha producido un accidente, aparté la vista de la serena luna, la dirigí hacia el muro que rodeaba la Casa de la Noche y descubrí a Aurox corriendo por la parte interior. A pesar de que me encontraba a cierta distancia, resultaba evidente que estaba al acecho, buscando posibles problemas, examinando a conciencia la zona a su alrededor y por encima de él. Incluso parecía que olfateara el aire. Se dirigía hacia mí, aunque no directamente. El banco en el que me encontraba estaba a varios metros del muro, más cerca de la escuela, oculto por las sombras de los grandes árboles, y no me había visto. Pero él no se mantenía en las sombras, sino que corría a cielo descubierto, y aunque no había luna llena, estaba despejado y la luna creciente estaba lo suficientemente avanzada como para iluminar su rostro conforme se acercaba.

Había que reconocer que Aurox era lo que cualquier chica consideraría un tío bueno. Bueno, cualquier chica que no supiera que era una criatura asesina oculta bajo la piel de un adolescente. Entonces recordé la devoción con la se habían quedado mirándolo un puñado de iniciados después de que matara al cuervo del escarnio. Imagino que no les importaba demasiado lo que se ocultaba bajo aquella piel. De pronto sentí como si algo me trepara por la espina dorsal y me estremecí. A mí sí que me importaba. Me importaba mucho lo que había bajo aquella piel.

Tenía unos ojos superextraños. Pero de eso ya me había dado cuenta antes. Irónicamente, con aquella luz, me recordaban a la luna, o al menos a una de esas rocas conocidas como piedras de luna, solo que sus ojos brillaban casi como si tuvieran luz propia.

Lentamente, me llevé la mano a la piedra vidente. Podía sentir cómo el latido de mi corazón se aceleraba. ¿Qué era lo que tenía Aurox que me atemorizaba de aquel modo? No lo sabía, pero lo que tenía claro era que necesitaba librarme de aquel miedo. Tenía que mirar a través de la piedra vidente y ver lo que quiera que esta me revelara, ya fuera Luz u Oscuridad, bueno o malo. Entonces levanté la piedra y justo en ese instante me di cuenta.

Su sombra, proyectada sobre el muro de piedra de la escuela, no reflejaba el

cuerpo alto musculoso de un chico humano. La sombra de Aurox era la de un toro.

Lo más seguro es que emitiera un grito ahogado, o al menos algún tipo de sonido, porque sus brillantes ojos me encontraron inmediatamente. El caso es que cambió la dirección de su carrera y vino directamente hacia mí.

Introduje la piedra vidente bajo mi camisa, intenté respirar con calma y conseguir que el corazón dejara de latir como si estuviera a punto de salirse del pecho.

Entonces, cuando se encontraba a solo unos metros, no pude contenerme. Me puse en pie y me coloqué detrás del banco de hierro forjado. Sabía que era una estupidez, pero de algún modo me hacía sentirme mejor el que hubiera algo entre nosotros, lo que fuera.

Él se detuvo y se quedó mirándome en silencio durante unos segundos. Extrañamente, la expresión de su rostro era de curiosidad, como si fuera la primera vez que veía a una chica e intentara averiguar qué demonios era aquello, a pesar de que la analogía era ridícula.

—Esta noche no estás llorando —dijo finalmente.

—No.

—Deberías estar en clase —dijo—. Neferet ha ordenado que todos los iniciados asistan a las lecciones.

—¿Por qué proyectas la sombra de un toro? —le solté como una imbécil. Inmediatamente después sentí ganas de golpearme con la mano en la boca. ¿Qué demonios me pasa?

Él frunció el ceño y se quedó mirando al suelo, al lugar donde se proyectaba su sombra, una sombra de lo más humana y normal, que giraba la cabeza al mismo tiempo que él.

—Mi sombra no es la de un toro —dijo.

—Lo era, antes, mientras corrías cerca del muro. Lo he visto —dije preguntándome cómo conseguía que mi voz sonara tan calmada y segura de mí misma cuando incluso para mis propios oídos la explicación era de lo más absurda.

—El toro es parte de mí —respondió y luego pareció tan sorprendido por su respuesta como yo por mi pregunta.

—¿El toro blanco o el negro? —pregunté.

—¿De qué color era mi sombra? —inquirió él a su vez.

Yo fruncí el ceño y miré su oscura sombra humana.

—Negra, por supuesto.

—Entonces mi toro es negro —dijo—. Deberías volver a clase. Son órdenes de Neferet.

—¡Zoey! ¿Va todo bien por ahí?

La voz de Stark me hizo dar un respingo. Entonces me giré y lo vi caminando a toda prisa hacia mí, sujetando en su mano un arco con una flecha preparada con engañosa despreocupación.

—Sí —respondí yo—. Aurox me estaba diciendo que tengo que volver a clase.

Stark miró a Aurox con cara de pocos amigos.

—No sabía que te hubieran hecho profesor de la escuela.

—Obedezco órdenes de Neferet.

Hablaba con el mismo tono de voz con el que lo había hecho antes de la aparición de Stark, a pesar de que su lenguaje corporal había cambiado por completo. Parecía más grande, más agresivo, más peligroso.

Por suerte en ese momento sonó la campana que indicaba el final de la primera hora.

—¡Oh, vaya! Por lo visto no llego a tiempo de asistir a la primera clase. Será mejor que me vaya o llegaré tarde a la segunda. —Acto seguido le di la espalda a Aurox, me acerqué a Stark y, cogiéndolo por el brazo, dije—: ¿Me acompañas a clase de arte dramático?

—Y tanto —respondió.

Ninguno de los dos se despidió de Aurox.

Cuando estuvimos lo suficientemente lejos como para que no nos oyera, Stark dijo:

—Te da miedo.

—Sí.

Stark abrió la puerta que conducía al edificio principal y al amplio pasillo en el que se encontraban la mayoría de las aulas. Estaba a rebosar, lleno de iniciados que cambiaban de clase, pero él bajó la voz y se mantuvo lo suficientemente cerca de mí para que solo yo pudiera oírlo.

—¿Por qué? ¿Ha hecho algo?

—Ha proyectado...

De pronto me mordí la lengua al ver una vampira alta y de pelo oscuro que salía de la clase de Neferet justo delante de nosotros. Stark y yo nos detuvimos. Al principio me costó creer lo que estaba viendo y quería frotarme los ojos para comprobar que no me equivocaba. Entonces Stark se colocó el puño cerrado en el pecho e hizo una profunda reverencia que me hizo caer del guindo. A continuación seguí su ejemplo mientras él decía:

—Feliz encuentro, Tánatos.

—¡Ah, Stark, Zoey! ¡Feliz encuentro! Me alegro de veros con tan buen aspecto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté de un modo mucho más directo de lo que habría debido.

Ella alzó sus oscuras cejas, pero parecía más divertida que ofendida.

—He venido porque el Alto Consejo ha decidido que hay algunos iniciados especiales —en ese momento hizo una pausa y miró a Stark—, así como ciertos vampiros, que merecen algo más de atención.

—¿Qué significa eso? —le pregunté. Los chicos que pasaban a nuestro lado nos miraban con la boca abierta y cuchicheaban. En ese momento Damien asomó la cabeza por la puerta del aula de su segunda clase y su boca dibujó una enorme «o» al



ver a Tánatos.

—Significa que si el lunes que viene vuelves a saltarte la primera hora, estarás faltando a la clase de Tánatos —dijo Neferet apareciendo por la puerta y dirigiéndose a mí con la misma severidad que habría usado cualquier profesor con un alumno que se ha saltado su clase. Desgraciadamente sus ojos no decían lo mismo. Sentí que el cuerpo de Stark se ponía tenso, e imaginé que estaba rodeada de Oscuridad.

—Me gustaría creer que Zoey es lo suficientemente madura como para tener una excelente razón para no asistir a la clase de hoy —dijo Tánatos mirándola con una sonrisa y un tono claramente paternalista.

El rostro de Neferet pareció congelarse y respondió a sus palabras con una sonrisa quebrada.

—A mí también me gustaría creerlo. En cualquier caso, el lunes tendrás a tu cargo a Zoey y a todos los alumnos «especiales» que quieras incluir. Hay una clase vacía al final del pasillo a la derecha. Y ahora, si me disculpáis, tengo que encargarme de que preparen una habitación para tu estancia indefinida.

—Por supuesto. Estás disculpada. Y como ya te he dicho antes, siento mucho haberme presentado sin avisar y sin poder decirte cuánto tiempo exactamente me quedaré con vosotros en esta maravillosa Casa de la Noche. Estamos viviendo un periodo fuera de lo común. Feliz encuentro, feliz partida y feliz reencuentro, Neferet —dijo Tánatos.

Neferet se llevó la mano al corazón e inclinó levemente la cabeza pronunciando entre dientes la fórmula de despedida mientras se alejaba a toda prisa.

—No le agrada mi presencia aquí —dijo Tánatos.

—Eso ya lo sabías —dije quedamente. Durante el tiempo que pasamos en Skye, Stark me había dicho que Tánatos había sido su aliada, hasta el punto que tanto él como el resto de sus amigos se habían confiado con aquella vampira que tenía una afinidad con la muerte y le habían contado todo lo que sabían de Neferet.

Tánatos asintió con la cabeza.

—Tienes razón, pero aun así me presenté voluntaria para esta misión, y con mucho gusto. El equilibrio entre el bien y el mal en este mundo está en entredicho, y creo que la razón se puede encontrar aquí, en la Casa de la Noche.

La campana empezó a sonar.

—¡Maldita sea! —exclamé. A continuación añadí rápidamente—: Lo siento. Es que voy a llegar tarde a clase.

—Termina tus clases de hoy, Zoey. Estoy deseando verte en mi clase el próximo lunes. —Tánatos sonrió a Stark—. Joven guerrero, tengo unas cuantas bolsas en mi coche. ¿Podrías ayudarme con ellas?

—Faltaría más —respondió él. Luego me sonrió y se despidió con un gesto de la mano mientras yo me llevaba la mía al corazón y le hacía una reverencia a Tánatos. Justo después eché a correr por el pasillo y asomé la cabeza por la puerta de la clase de teatro mirando a Erik con cara de «lo siento muchísimo».

Él entrecerró los ojos como si quisiera estrangularme, pero por suerte no dijo nada. Es más, se podría decir que me ignoró por completo y dejó que me sentara y me quedara con la mirada perdida, preguntándome si deseaba que el tiempo pasara volando y se acabaran las clases, o si tenía que vivir atemorizada por lo que nos deparaba el futuro.

En cierto modo, me inclinaba más por lo de vivir atemorizada...

Me quedé mirando el plato de comida y, a pesar de lo estúpidamente estresada que me sentía, sonreí.

—¡Espaguetis! —exclamé con un suspiro de auténtica felicidad—. Y pan de ajo, queso y refresco de cola. ¡Me encanta!

—Lo sé. No sabes cuánto echaba de menos las comidas —dijo Stevie Rae con una sonrisa de oreja a oreja, echándose a un lado para que pudiera sentarme junto a ella y Rephaim. Me di cuenta de que él tenía la boca llena hasta los topes y que masticaba a toda velocidad. Él me miró, sonrió y, enseñándome demasiada cantidad de espaguetis para mi gusto, masculló:

—Están muy buenos.

—No sabía que los pájaros comieran espaguetis —dijo Aphrodite, acomodándose en el banco que estaba justo enfrente de nosotros cuatro.

—No es un pájaro —respondió Stevie Rae secamente.

—Bueno, en este preciso momento, no —dijo Aphrodite.

Justo entonces apareció Damien, que venía corriendo, y le pegó un codazo a la borde de nuestra amiga. Ella lo miró con cara de asesina, pero se movió para dejarle un sitio.

—¡Dios mío! ¡Me moría de ganas de hablar con vosotros! ¿Qué está haciendo aquí Tánatos?

—¡Eh! ¡Despierta! ¿Hace cuánto que no miras tu buzón? —dijo Aphrodite agitando en el aire un trozo de papel con una pinta de lo más oficial que sugería que se trataba de algún comunicado de la escuela—. Imagino que a ti también te habrán cambiado el horario. A mí y a las comparte-cerebros nos lo han hecho.

En ese momento las gemelas se unieron a nosotros.

—Deja de llamarnos así —dijo Shaunee.

—Sí. No compartimos cerebro, compartimos alma. Es muy diferente —añadió Erin.

—No me lo puedo creer. ¿Estás sugiriendo que compartir el alma está bien? —preguntó Aphrodite sacudiendo la cabeza y poniendo los ojos en blanco.

—A partir del lunes, Tánatos impartirá una clase especial a primera hora —interrumpí antes de que se estallara una guerra mundial—. Lo más probable es que nos cambien el horario a todos.

—A mí ya me lo han hecho —dijo Rephaim con la boca todavía llena—. Lo he comprobado esta mañana, antes de empezar las clases.

—¡Ah! ¡Por eso has llegado tan tarde! —dijo Damien—. No me atrevía a

preguntarte.

—¿Has llegado tarde? —inquirió Stevie Rae—. Sabes que los profesores se cabrean mucho cuando lo haces.

Rephaim se me quedó mirando.

Yo lo miré a él.

A continuación se tragó lo que tenía en la boca y dijo:

—Mi padre ha estado aquí.

—¿Qué? ¿Kalona? ¿Aquí? —preguntó Stevie Rae prácticamente chillando y haciendo que los chicos de las mesas de alrededor nos miraran con curiosidad.

—¡Como lo oyes! —dijo Aphrodite levantando la voz y poniendo su característica cara de cabreo—. Las mejores zapaterías están en Barcelona, no aquí. A ver si te enteras de una vez, paleta. —A continuación bajó la cabeza y susurró—: No es buena idea hablar de estas cosas en público, lo que incluye cualquier lugar excepto los túneles.

—Rephaim, ¿te encuentras bien? —preguntó Stevie Rae en un tono de voz mucho más calmado.

—Sí. No estaba solo. Zoey me ha acompañado —respondió con dulzura.

Stevie Rae parpadeó sorprendida.

—¿Z?

—Tiene razón. No me separé de él en ningún momento. La cosa fue bien. Es decir, todo lo bien que podía ir cuando «el que no podemos nombrar» está implicado —susurré.

—Joder, tía. ¡Esto no es Hogwarts! —dijo Aphrodite.

—¡Ojalá lo fuera! —apuntó Erin.

Entonces Shaunee hizo algo que me sorprendió aún más que la visita de Kalona. No se hizo eco de la opinión de su gemela. En vez de eso, en un tono de voz dulce y casi tímido, impropio de ellas, preguntó:

—Todavía sientes algo por él, ¿verdad?

Rephaim asintió brevemente con la cabeza, una sola vez.

—¿Cómo has dicho, gemela? ¿¡Hogwarts!?! —inquirió Erin, que parecía un poco perdida.

—Gemela, esto es más importante —dijo Shaunee mirando a Rephaim a los ojos—. Los padres son importantes.

—No sabía que tuvieras una relación estrecha con tu padre —dijo Stevie Rae.

—Y no la tengo —respondió Shaunee—. Precisamente por eso entiendo lo importantes que son. No tener a alguien que te preste atención no significa que no te hubiera gustado que las cosas fueran de otro modo.

—¡Vaya! —exclamó Erin, que seguía pareciendo bastante confundida—. No sabía que eso te afectara tanto.

Shaunee se encogió de hombros con expresión incómoda.

—No me gusta mucho hablar de ello.

—¿Ha sido muy borde contigo? —preguntó Erin a Rephaim.

Rephaim me miró.

—No. No mucho.

—Creo que Aphrodite tiene razón. Será mejor que hablemos de esto en otro momento. Cuando no tengamos que preocuparnos por la posibilidad que alguien pueda oírnos. Ahora deberíamos acabar de comer e ir a mirar los buzones para comprobar a cuántos nos han cambiado el horario, incluidos los iniciados rojos —dijo.

—Al grupo de Dallas ya se lo han comunicado —dijo Aphrodite—. Les he oído hablar del tema durante la clase de arte.

Yo miré a Stevie Rae. Se había puesto blanca como la pared.

—No te preocupes. Estaremos todos contigo —dije—. Y Tánatos es una vampiresa muy poderosa, miembro del Alto Consejo. No permitirá que suceda nada.

—Shekinah era la líder del Alto Consejo y la mataron el mismo día que llegó, ¿recuerdas? —dijo Stevie Rae.

—Pero fue Neferet, no cualquier iniciado rojo chulo y prepotente —la tranquilicé.

—Las chicas también me sacan de quicio —intervino Aphrodite—. A la zorra de Nicole habría que arrancarle el pelo desde las raíces, que probablemente son de un color diferente del resto de las espantosas greñas que le cubren la cabeza.

—No sabes cuánto odio reconocerlo, pero estoy de acuerdo contigo —convino Stevie Rae.

—No te preocupes, pueblerina. Incluso tú puedes tener razón algunas veces.

—¿Qué os parece si lo dejamos ya y nos acabamos de una vez los espaguetis? —pregunté—. Dos horas más y podremos volver a la estación. Después tendremos todo el fin de semana para decidir cómo debemos afrontar este asunto.

—Buena idea —convino Damien—. Dedicaré la próxima hora a consultar en libros y archivos algunas de las respuestas a las preguntas que todavía tenemos que resolver. La Garmy me ha dado permiso para ir al centro de comunicaciones durante la clase de español. Se me da muy bien conjugar los verbos, y hoy había pensado concentrarse en eso.

—¡Puf! —exclamé. Todos los de la mesa (a excepción de Damien) asintieron con la cabeza mostrando su conformidad con mi «puf», a pesar de que las gemelas parecían haberse desincronizado y Erin seguía lanzándole miradas a Shaunee que alternaban una y otra vez la irritación y el desconcierto.

Y precisamente esos sentimientos habrían servido para resumir el resto de nuestro día: irritación, desconcierto y un simple y llano «puf».



## Zoey

—Me gusta su caballo —le dije a Lenobia.

—A mí también —convino ella, a pesar de que parecía molestarle enormemente reconocerlo.

Estábamos en pie en el corral, a poca distancia del grupo que se arremolinaba alrededor de Travis y de su gigantesco percherón, Bonnie. El vaquero había estado demostrando a una atentísima audiencia de iniciados rojos, a los que se habían unido Darius, Rephaim y Stark, como utilizar la lanza y el arco a lomos de un caballo.

—Entonces —dijo Johnny B—, ¿es lo único que sabe hacer? ¿Trotar hacia delante y hacia atrás en línea recta?

El vaquero, que estaba encaramado sobre Bonnie, lo miró desde una altura de un trillón de metros. En aquel momento tenía en ristre una larga lanza, y por un breve instante me pregunté si iba a clavársela al musculitos sabelotodo de Johnny B. Sin embargo Travis se limitó a echarse atrás el sombrero, colocarse la lanza en la cadera y decir:

—Mi chica es capaz de hacer exactamente lo mismo que cualquier otro caballo de menor tamaño. Domina todos los aires básicos: el paso, el trote, el galope y el galope largo. —Luego miró a Lenobia y su sonrisa desenfadada se convirtió en una mueca—. Evidentemente no gira con la misma velocidad que un cuarto de milla ni corre tan rápido como un purasangre, pero puede competir contra los mejores de ellos. No olvides que es capaz de llevarme a mí, una pila de armas y armaduras y derribar una casa. Y todo ello al mismo tiempo. Cualquiera que infravalore sus capacidades estaría cometiendo un error. —A continuación volvió a lanzarle una mirada de reojo a Lenobia y añadió—: Además, chaval, infravalorar a las hembras nunca es una buena idea.

Yo tuve que disimular mi risa con una tos fingida.

Lenobia se me quedó mirando.

—No le des coba. Se ha pasado el día rodeado de iniciados que lo idolatran. Las chicas querrían salir con él, mientras que a los chicos les gustaría ser como él. Me está poniendo la cabeza como un bombo.

—Entonces, ¿te gusta al menos un poquito?

Mientras me estremecía por la mirada helada de Lenobia, Travis levantó la voz y dijo:

—Eso tendréis que preguntárselo a vuestra profesora, pero si accede a que salgáis de excursión, podéis contar conmigo.

¿Cómo? ¿De excursión? De repente agucé el oído.

—¡Ah!, ¿pero en esta escuela salimos de excursión?

—Desde que empezamos a enfrentarnos con el mal, no —dijo Lenobia por lo bajo. A continuación levantó la voz y se dirigió hacia el vaquero y su caballo diciendo—: Lo siento, Travis. No estaba escuchando. ¿Qué es lo que me ha preguntando?

—A uno de los chicos le gustaría salir a dar un paseo a caballo para ver a Bonnie en acción. Yo no tendría ningún inconveniente en llevarme a algunos de ellos una de estas noches, siempre que haga bueno. Crecí a las afueras de Sapulpa y conozco los antiguos senderos petrolíferos de aquellas cumbres como la palma de mi mano.

Lenobia tomó aire y me di cuenta de que se estaba preparando para lanzar al vaquero a la estratosfera, cuando Hormiga, el más pequeño de los iniciados rojos, se acercó a Bonnie con cara de fascinación y le dio unas palmaditas en el hocico diciendo:

—¡Uau! ¡Un paseo a caballo! ¡Como hacían los antiguos vaqueros! ¡Eso sería una auténtica pasada! —A continuación, con evidente adoración, miró a Lenobia—. Profesora Lenobia, ¿de verdad podríamos?

Creo que la pregunta me pilló tan de sorpresa como a Lenobia. Hormiga tan solo estaba pidiendo hacer las típicas cosas que hacen los estudiantes, salir de excursión y comportarse como niños normales, en lugar de ocuparse de cuestiones como estar o no muertos, luchar contra los inmortales y los monstruos asquerosos traían con ellos o salvar el mundo.

—Es posible. Tengo que ver si puedo incluirlo en mi programa de estudios. Últimamente ya se han producido varios cambios —dijo Lenobia poniendo voz de profesora.

Johnny B suspiró.

—Cambios. Se refiere al hecho que no hayamos muerto y de que hayamos vuelto aquí a alterar los horarios.

—En realidad, creo que la profesora está hablando más de mí que de vosotros —dijo Rephaim—. Yo soy la razón por la que Stark y Darius han tenido que empezar una nueva clase aquí, en los establos.

—Los dos estáis equivocados —dijo Lenobia secamente—. Es cierto que habéis cambiado cosas en la Casa de la Noche, pero eso no tiene por qué ser necesariamente algo malo. Me gusta considerar los cambios como algo positivo. Evitan el estancamiento. Y me gusta la idea de que las clases de los guerreros se desarrollen en mis establos. Como Travis os ha demostrado hoy muy acertadamente, los guerreros y los caballos comparten una larga y rica historia juntos.

Me di cuenta de que Rephaim la miraba sorprendido y esbozaba una tímida sonrisa. Entonces sonó la campana y, antes de que nadie tuviera tiempo de salir pitando hacia la puerta, Travis los llamó.

—¡Eh, eh! ¡Un momento, chicos! Nadie puede salir de los establos hasta que no

vea todo en su sitio. ¡Vosotros! ¡Ayudad a Stark y a Darius a colgar las lanzas y las dianas! —Luego señaló con el dedo a Rephaim y a Hormiga—. ¡Tú y tú! Ayúdame a quitarle los arreos a Bonnie y a limpiarla un poco. Hoy ha sido un día muy duro para ella.

Todo el mundo se puso en marcha sin pensárselo dos veces. Lenobia vaciló, pero luego hizo un gesto de asentimiento como si hablara consigo misma, cambió de dirección y se metió en su despacho.

¡Vaya! De manera que, de pronto, con el apoyo de una de las vampiras más duras que conocía, un hombre humano se permitía decirles a un antiguo cuervo del escarnio, a algunos no muertos y a un puñado de iniciados rojos lo que tenían que hacer. ¡Vaya!

Para cuando conseguimos reunir a todos los chicos, subirnos al autobús y volver a la estación, eran poco más de las seis de la mañana. Incluso yo estaba cansada, y también extremadamente feliz de que fuera fin de semana. Juro que lo único que quería hacer era dormir, ver telebasura y, tal vez, dedicar un poco de tiempo a decorar los túneles. Solo pensaba en mi gruesa manta azul (con la que había arramblado a correprisa cuando me había visto obligada a meter en una caja de cartón todas las cosas de mi dormitorio) y en lo genial que sería acurrucarme allí abajo junto a Stark y Nala cuando Stevie Rae decidió aguarne la fiesta.

—De acuerdo, tenemos que darnos prisa —dijo haciendo un gesto con la mano que me incluía a mí, a Rephaim, a Stark, a Darius, a Aphrodite, a las gemelas y a Damien—. Dentro de una hora y media amanecerá, y Zoey y Rephaim tienen que contarnos lo de Kalona.

Yo suspiré.

—Vale. Vamos a la cocina.

Nos llevó mucho más tiempo del previsto vaciar la cocina de iniciados hambrientos y mandarlos a sus habitaciones.

—Esto no puede seguir así. Necesitamos un sitio donde celebrar las reuniones del consejo sin un montón de imbéciles cotilleando a nuestro alrededor —dijo Kramisha mirando con cara de pocos amigos a Johnny B, que se recalcaba la boca de Cheetos como si intentara descubrir cuántos le cabían.

—Muh uh mu —masculló Johnny B a través de los Cheetos.

—Limítate a sacar tu culo de aquí. Tenemos asuntos que tratar —le espetó, sacudiendo la cabeza y, finalmente, echándolo junto al resto de iniciados rojos que todavía pululaban por la cocina. Cuando hubo terminado, Kramisha nos miró a los demás—. No. Yo no me voy.

—¡Joder! No nos vengas con que tienes otro poema —protestó Aphrodite.

—He leído en la revista *People* que la negatividad favorece la aparición de arrugas prematuras —le dijo Kramisha—. Deberías reconsiderar tu actitud cuando te miras al espejo. Porque sé que te encanta pasarte horas delante del espejo. —Luego emitió un gesto en plan «¿has entendido?» y dirigió la mirada primero a Stevie Rae y

luego a mí—. Se me ocurrió durante la clase de latín.

—¿En clase de latín? ¿En serio? —preguntó Aphrodite—. ¡Pero si todavía no dominas el inglés!

—*Non scholae sed vitae discimus* —recitó Kramisha con soltura.

Durante unos segundos se produjo un silencio sepulcral. Entonces Stevie Rae dijo:

—¡Caramba! El latín suena increíblemente inteligente. Buen trabajo, Kramisha.

—Gracias. Es un placer sentir que tu alta sacerdotisa valora lo que haces. En cualquier caso... —En ese momento se puso a escarbar en su gigantesco bolso hasta que encontró su bloc de notas de color morado, se acercó a la mesa y lo soltó delante de mí—. Esto es para ti.

—¿Por qué? —pregunté antes de que tuviera tiempo de pensar que debía mantener la boca cerrada.

Kramisha se encogió de hombros.

—No lo sé, pero se supone que tienes que leerlo.

—En serio, Kramisha. Sería de gran ayuda que nos dieras un poco más de información sobre cómo «se te ocurren» esos poemas —dijo Aphrodite citando sus palabras con sarcasmo.

—Arrugas —dijo Kramisha sin ni siquiera mirarla.

—De acuerdo. Lo leeré. —Luego cogí el papel y miré al grupo, que me observaba atónito—. Sí. En voz alta.

A continuación comencé:

La línea divisoria toma forma a partir de:  
lágrimas de dragón,  
años perdidos,  
miedos superados,  
la paradoja del hielo y del fuego,  
vista con la visión verdadera.  
La Oscuridad no siempre es lo mismo que el mal  
y la Luz no siempre trae el bien.

Mientras leía las dos últimas líneas el estómago se me hizo un nudo. Levanté la vista y miré a Kramisha.

—Tenía razón. Se suponía que tenía que leer esto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Stark.

—Los dos últimos versos, los que empiezas con «la Oscuridad», es lo que me dijo Nyx justo antes de besarme en la frente y llenar mi luna creciente el día en que fui marcada.

—¿Te dice algo el resto del poema? —quiso saber Damien.

—La verdad es que no lo sé. Todos sabemos por qué llora el dragón. —Rephaim



escondió la cabeza entre los hombros y yo le miré como si le pidiera disculpas por lo que acaba de decir—. La parte de los años y de los miedos podría tener que ver también con Dragon. Está claro que tendremos que implicar a Shaylin debido a la parte de la visión verdadera. En cuanto a lo de la paradoja, ni siquiera estoy muy segura de lo que significa la palabra. —Entonces suspiré—. En otras palabras: no. No tengo ni idea de lo que quiere decir el resto del poema.

—Una paradoja es una afirmación o una situación contradictoria pero cierta —explicó Damien.

—¿Cómo? —dije yo.

—De acuerdo. Te pondré un ejemplo: la paradoja de la guerra es que tienes que matar a gente para que se deje de matar gente.

—¡Dios! Odio el lenguaje figurativo —protestó Aphrodite.

—Pero tú eres muy inteligente, preciosa mía. Cuando te concentras en algo, lo resuelves de inmediato —dijo Darius.

—La paradoja podría tener que ver con Kalona y Rephaim —intervino de repente Shaunee.

—¿A qué te refieres? —preguntó Stevie Rae.

—¿Gemela? —preguntó Erin—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, me encuentro perfectamente —respondió esta antes de proseguir—: Me refiero a que se trata de una situación paradójica, ¿no? Para que Rephaim demuestre que ha cambiado de bando y que ahora es bueno, tiene que darle la espalda a su padre, y eso es algo que en una situación normal se consideraría malo.

—Puede que tengas razón —dijo Damien.

—Ella es el fuego —dijo Aphrodite.

Yo parpadeé sorprendida.

—Y Kalona el hielo.

—Pero mi gemela no tiene nada que ver con Kalona —dijo Erin.

—Sí que lo tiene —opinó Rephaim—. Entiende cómo me siento con respecto a él, especialmente después de lo que ha pasado hoy.

—Rephaim, entiendo que quieras que tu padre se convierta en un buen tipo y que te quiera, pero tienes que dejarlo de una vez —le recriminó Stevie Rae. Pude percibir la frustración en el tono de su voz.

—Por favor, cuéntale lo de hoy —me suplicó Rephaim.

Yo reprimí un suspiro.

—Kalona quiere que acordemos una tregua. —Después de la conmoción y de los comentarios del tipo «de ninguna manera» y «oh, por favor» por parte de todos menos de Shaunee y de Rephaim, procedí a explicarles exactamente lo que había sucedido entre Kalona, Rephaim y yo. Cuando hube acabado, lo resumí diciendo—: De manera que no, no creo que podamos confiar en él, pero acordar una tregua no tiene por qué ser algo malo.

—Rephaim tiene que aprender a no ir largando nuestras cosas por ahí —añadió

Kramisha mirándolo con severidad.

—Sí, ya hemos hablado de eso. ¿Has entendido, Rephaim? —pregunté.

—No volveré a contarle a mi padre nuestros secretos —dijo.

—No se trata solo de eso —intervino Stark—. No es un secreto que estemos viviendo aquí, pero Kalona no tiene por qué saberlo.

—Si no es un secreto, mi padre podría haberse enterado por algún otro —dijo Rephaim.

—Sí, puede ser. ¿Pero no se te ha ocurrido pensar que tal vez, si realmente hubiera dejado Tulsa y se hubiera trasladado a algún lugar al oeste pensando que tú estabas en la Casa de la Noche rodeado de hijos de Érebo, hubiera seguido volando hacia el oeste y nos habríamos librado de él? —preguntó Stark.

—Eso no sucedería jamás. Mi padre nunca me abandonará.

—¡Pero si ya lo hizo! —le espetó de repente Stevie Rae. A continuación se puso en pie y cruzó los brazos como si intentara retener sus emociones físicamente—. Te dejó cuando optaste por el bien. El único motivo por el que ha vuelto es porque tus hermanos no consiguieron que espieras para él. Lo ha hecho solo pensando en él.

—¿Espiarlos? —preguntó Darius.

Rephaim miraba a Stevie Rae como si acabara de propinarle un guantazo, pero aun así respondió a Darius.

—Sí. Era eso lo que mis hermanos querían pedirme. Yo me negué justo antes de que Dragon y esa criatura llamada Aurox me encontraran.

—De acuerdo, mirad. Como ya he dicho antes, está claro que no podemos fiarnos de Kalona, pero creo sinceramente que lo que ha dicho hoy tiene sentido. Si Neferet es inmortal y la única que puede destruirla es ella misma, vamos a necesitar ayuda para descubrir cómo empujarla en esa dirección. —Seguidamente hice una breve pausa y añadí—: También creo que podemos fiarnos de Rephaim, a pesar de que todavía quiera a su padre.

—Kalona es una bomba de relojería —dijo Stark.

—En su momento tú también lo fuiste. Igual que yo —dijo Rephaim.

Stevie Rae descruzó los brazos y cogió la mano de su amado.

—Yo también fui una bomba de relojería, Rephaim, como vosotros. Pero los tres elegimos la Luz, mientras que tu padre no. Te ruego que no lo olvides.

—Una vez más, estoy de acuerdo con la paleta —dijo Aphrodite.

—Y yo también —convino Erin.

En ese momento se produjo una comprensible pausa que Erin aprovechó para mirar a Shaunee que, a diferencia de lo que solían hacer siempre las gemelas, no le devolvió la mirada.

—Vaya, acaba de producirse un milagro. Que alguien llame al Vaticano —dijo Aphrodite con sequedad.

Rephaim alargó la mano que no sujetaba Stevie Rae por encima de la mesa y agarró el poema de Kramisha. Después de mirarlo durante unos segundos, leyó:

—«La Oscuridad no siempre es lo mismo que el mal. La Luz no siempre trae el bien». Tal vez sugiera que las cosas no son exactamente lo que parecen.

—Yo conozco una cosa que es exactamente lo que parece —dije yo—. Fue en el Otro Mundo, cuando Kalona le pidió a Nyx que lo perdonara. La Diosa le respondió que solo lo haría cuando se ganara el derecho a pedírselo. Y no se lo ha ganado, Rephaim.

—Todavía —dijo Shaunee quedamente.

—Todavía —repitió Rephaim.

—¿Todavía? —preguntó Erin sacudiendo la cabeza.

—De acuerdo. Os propongo un trato. Hasta que Kalona se gane el derecho de pedirle a Nyx que lo perdone, no nos fiaremos de él. Podemos acordar una tregua, pero bajo la premisa que el enemigo de mi enemigo es mi amigo —dije con la esperanza de haberlo dicho correctamente—. Punto y final.

—Pero no confiar en él no significa perder la esperanza —puntualizó Shaunee.

—No, no significa eso —dije lentamente, detestando la mirada triste y resignada de los ojos de mi mejor amiga mientras miraba a Rephaim.

—No te defraudaré —sentenció Rephaim mirando a Stevie Rae. Acto seguido, dirigiéndose al resto al resto de nosotros, añadió—: Ni a vosotros tampoco. Es como ha dicho Shaunee: puedo seguir teniendo esperanza, pero no confiaré en él.

—Te romperá el corazón —dijo Stevie Rae.

—Es demasiado tarde para preocuparse por eso —opinó él—. Ya lo ha hecho. —En ese momento un escalofrío recorrió el cuerpo de Rephaim de arriba abajo. Podría jurar que vi su piel vibrar—. Está amaneciendo —dijo. Seguidamente se puso en pie y besó a Stevie Rae con dulzura—. Tengo que irme. Te quiero.

—Voy con... —empezó a decir Stevie Rae. Sin embargo, se interrumpió a sí misma—. No. No quieres que vaya. No pasa nada. Sé que es algo que tienes que hacer solo. —A continuación se puso de puntillas y le dio un pico—. Vete antes de que te pille aquí abajo.

Rephaim asintió con la cabeza y salió a toda prisa de la habitación.

—¡Vaya! ¿Va a convertirse en pájaro? ¿Así, sin más? —preguntó Aphrodite.

—Exceptuando el hecho de que le duele horrores y que le resulta de lo más humillante, sí, así sin más —respondió Stevie Rae con un débil sollozo antes de salir disparada de la cocina.

—¡Joder, tía! Era solo una pregunta. No hace falta que se lo tome tan a la tremenda.

—¿Cómo te sentirías tú si Darius se convirtiera en pájaro todos los días? —le pregunté intentando, sin éxito, que sintiera cierta empatía por Stevie Rae.

—Cabreada —respondió—. Me gusta acurrucarme en sus brazos. —Aphrodite pareció estar considerando algo, y luego añadió—: ¿Sabes? Podría intentar encerrarlo en una jaula muy, muy grande justo antes del amanecer. Tal vez eso lo amansaría.

Los demás la miramos sin poder dar crédito.

—¿Qué? Era solo una idea.

—Pues la próxima vez te la guardas para ti —dijo Damien.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué debo o que no debo añadirla a la lista de cosas que tengo que comprar este fin de semana para mejorar nuestro hogar?

—Yo diría que la añadirías si me dejas que te ayude a elaborar el resto de la lista —dijo Kramisha.

—Me voy a hablar con mi mejor amiga —dije—. Y vosotras dos, comprad lo que queráis, pero sin borderías.

—¿Te molesta si me voy a la cama? —me preguntó Stark—. Estoy empezando a sentir los efectos del sol.

Yo me esforcé por esbozar una sonrisa y lo besé.

—Por supuesto que no. Yo iré enseguida.

—Tómate el tiempo que quieras. Asegúrate de que Stevie Rae está bien —dijo sin apenas mirarme antes de despedirse con la mano del resto de los chicos y salir de la habitación arrastrando los pies.

El hecho de que fuera a estar dormido cuando me fuera a la cama me producía una sensación extraña, como si de pronto tuviera una relación con un hombre mayor que no conseguía mantenerse despierto. No obstante, me esforcé por quitarme aquella idea de la cabeza, le dije adiós al grupo y corrí hacia la acogedora y ordenada habitación de Stevie Rae.

La encontré sentada en la cama, abrazada a Nala y llorando como una magdalena.

—¡Eh, chiquitina! —dije sentándome a su lado y dándole unas palmaditas a Nala—. ¿Estás cuidándome a Stevie Rae?

Aquello hizo que mi mejor amiga sonriera a través de las lágrimas.

—Sí, ya estaba aquí cuando he llegado. Al principio ha fingido estar supergruñona, pero enseguida ha saltado sobre mi regazo y después de estornudarme encima me ha puesto las pezuñas sobre el pecho, ha acercado su cara a la mía y ha empezado a ronronear.

—Nal hace muy bien su trabajo —dije.

—¿Su trabajo? —preguntó Stevie Rae, sonándose la nariz después de agarrar un pañuelo de papel de la caja que estaba junto a la cama.

—Terapia gatuna. Cuando entra en el «modo trabajo» me gusta pensar en ella como la doctora Nal.

—¿Te cobra por horas? —preguntó dándole unas palmaditas a Nala, que había puesto a tope la máquina de los ronroneos.

—Sí. Le pago con menta de gato. A montones.

Stevie Rae sonrió y se enjugó las lágrimas.

—Me aseguraré de tener un buen puñado a mano.

—¿Quieres llamar a tu madre? ¿Crees que te ayudaría a sentirte mejor?

—No, estará ocupada preparándole el desayuno a mis hermanos. Estoy bien.

Yo la miré con cara de «¿a quién pretendes engañar?».

—De acuerdo, no estoy bien, pero lo estaré. Es solo que estoy preocupada por Rephaim. Ya sé que no podéis olvidar que es un cuervo del escarnio, pero me gustaría que comprendierais que ya no es malo. Desde que Nyx lo transformó, durante las horas nocturnas no es más que un chico normal y corriente. Y no sabe gran cosa de lo que significa ser un chico. Z, tengo miedo de que Kalona haga algo que lo meta en un lío y que pueda perder su humanidad —dijo rompiendo a llorar amargamente.

Yo la abracé con fuerza, provocando las quejas de Nala.

—¡No, tesoro! Eso no sucederá jamás. Una vez que la Diosa te hace un regalo, ya no te lo quita, aunque el libre albedrío te haga fastidiarlo todo. Neferet es el ejemplo perfecto. No podría estar más zumbada y aun así conserva un porrón de poderes que le regaló la Diosa. Rephaim seguirá siendo un chico por las noches. Lo que tienes que decidir es si estás dispuesta a vivir con las debilidades que conlleva el hecho de que sea humano.

—¡Pero el amor no es una debilidad! —protestó Stevie Rae.

—Amar a la persona equivocada, sí —dije yo.

Ella me miró con los ojos muy abiertos y una vez más se llenaron de lágrimas.

—¿Crees que estoy cometiendo un error amándolo?

—No, tesoro. Creo que él comete un error queriendo a Kalona, y que eso hace de él una persona débil. —Entonces hice una pausa y admití en voz baja—. Sé de lo que estoy hablando. He pasado por ello. Sabes muy bien que creí querer a Kalona y que eso me hizo pensar que estaba cambiando.

—Sí, me lo figuré.

—Hizo falta que matara a Heath para que abriera los ojos —dije.

—¿Y si hiciera falta algo tan terrible como eso para que Rephaim deje de creer que va a cambiar?

Yo solté un suspiro.

—Tal vez el problema no es que Rephaim crea que va a cambiar, sino que espera que lo haga.

—¿Hay alguna diferencia?

—Sí, creo que existe una gran diferencia entre creer que algo va a suceder y esperar que así sea —dije—. Dale una oportunidad para gestionar esto. No es nada fácil y, como tú misma has dicho, es nuevo para él. Tú sigue queriéndolo durante un tiempo y espera a ver qué pasa. De veras creo que nunca te haría daño deliberadamente.

—De acuerdo —dijo ella—. Seguiré queriéndolo y esperaré a ver qué pasa.

Acto seguido, inspiró profundamente y me abrazó con fuerza, haciendo que Nala se retorciera quejiqueándose.

Stevie Rae y yo nos reímos de ella y pasamos un poco de tiempo tranquilizando a la gata.

—Bueno, me voy a la cama, de lo contrario acabaré cayéndome redonda aquí mismo. —Luego besé a Nala en la cabeza y se la entregué a Stevie Rae—. Quédate a

la doctora Nal. Es genial cuando tienes ganas de achuchar a alguien.

—Gracias, Z. Eres la mejor.

Salí de la habitación apartando la manta que hacía las veces de puerta y recorrí lentamente el túnel hasta que llegué a la pequeña manta rosa de Mi Pequeño Pony que había pedido a Stark que colgara para tapar la entrada de nuestra habitación. Pasé la mano delicadamente por la suave parte delantera y sonreí al recordar lo mucho que me gustaba jugar a disfrazar a mi pequeño pony y cómo mamá le había cortado el pelo a algunos de los ponys para que supiera cuáles eran los chicos y cuáles las chicas.

Mamá...

Cerré los ojos intentando centrarme.

—Espíritu, te necesito —dije quedamente. Casi de inmediato sentí que el espíritu empezaba a llenarme—. ¿Esta vez podrías quedarte un poco? Solo hasta que me quede dormida. —El espíritu respondió a mi pregunta insuflándome una sensación de calidez que hizo que me entrara un sueño enorme.

Entonces pasé por debajo de la manta rosa y caminé lentamente hasta la cama. Sabía que me lo encontraría dormido. Me tumbé junto a él, tiré de la manta azul de forma que nos cubriera a los dos y me quedé mirando a Stark durante unos minutos mientras dejaba que el espíritu me arrullara. Tenía el ceño fruncido y por encima de los párpados pude ver que movía los ojos como si estuviera siguiendo un partido de ping-pong. En ese momento le acaricié suavemente la frente con la yema de los dedos intentando liberarlo de la tensión.

—No pasa nada —susurré—. No tengas pesadillas.

Aparentemente, mis palabras surtieron efecto, porque exhaló un largo suspiro, su rostro se relajó y me rodeó con uno de sus brazos permitiendo que me acurrucara junto a él mientras, finalmente, me dejaba llevar por un sueño dulce y profundo.

## Kalona

Al principio le había resultado muy sencillo seguir el hilo del espíritu inmortal compartido que lo unía con Stark. Casi se podría decir que había sucedido de forma accidental. Se había introducido en la mente del joven vampiro con suma facilidad. Sin embargo, conforme avanzaban los días y su experiencia en el Otro Mundo se desvanecía poco a poco en el pasado, a Kalona le fue resultando cada vez más difícil invadir el subconsciente de Stark.

La mente del chico se estaba rebelando.

El espíritu invasor de Kalona tenía que permanecer en silencio y limitarse a observar al guerrero guardián de Zoey Redbird o, como mucho, hacerle solo pequeñas insinuaciones, de lo contrario el subconsciente de Stark oponía resistencia y, con más frecuencia de la que le hubiera gustado, cortaba el hilo que los unía y

expulsaba al espíritu de Kalona con muy malos modos.

Evidentemente, le resultaba mucho más fácil si el chico estaba distraído, bien porque estaba haciendo el amor con Zoey, bien porque estaba dormido y soñando.

Al principio Kalona prefería entrar en Stark cuando este entraba en Zoey. De hecho, resultaba bastante placentero. Pero el sexo también era una distracción que el alado inmortal no necesitaba. De manera que, con el pasar de los días y las noches, Kalona había retomado una técnica que había perfeccionado muchos siglos atrás: entrar en los sueños de Stark.

Sin embargo, el inmortal no manipulaba los sueños de Stark, como había hecho con Zoey y con otros muchos.

Eso habría sido demasiado obvio. Stark se habría dado cuenta de lo que estaba pasando. Si hubiera percibido la presencia de Kalona, habría podido coger prestada la fuerza de los elementos de Zoey y bloquearlo. O, como mínimo, se habría puesto en guardia y en ese caso observar el subconsciente de Stark le habría aportado muy poco y habría supuesto una aburrida pérdida de su tiempo inmortal. Tenía que permanecer oculto y actuar de forma muy sutil. Sí, era mucho mejor permanecer al acecho en los recovecos más oscuros de la mente de Stark para susurrarle oscuros pensamientos y escuchar a escondidas.

Fue una feliz coincidencia descubrir que a la mente del joven vampiro le gustara hablar consigo misma. La verdad es que resultaba muy extraño que el subconsciente del guerrero tuviera siempre el mismo sueño recurrente en el que se encontraba a sí mismo en un trozo de tierra rodeado de nada y hablar con una imagen de sí mismo reflejada en un espejo, más dura y más malvada que el verdadero Stark y a la que el vampiro llamaba «el otro». Stark no visitaba al otro todas las noches, pero cuando lo hacía, Kalona a menudo escuchaba interesantes fragmentos de lo que le había sucedido a Stark aquel día.

Aquella noche, Kalona estaba a punto de romper el hilo que los unía, asqueado por un sueño absolutamente banal en el que Stark recordaba escenas de su infancia, cuando de pronto el sueño cambió y el chico creció, se transformó y se desdobló. Kalona se quedó callado y observó cómo las imágenes del espejo empezaban a hablar.

*Ha sido un día de mierda, ¿verdad, capullo?*

*Sí, y tú eres el zurullo que faltaba para rematar este día de mierda.*

*¡Eh, Stark! Tranquilo. Sabes que puedes contar conmigo para mantenerte con los pies en el suelo, así que ¿por qué no hablamos de lo fácil que hubiera sido todo si hubieras tenido dos cojones en lugar de ser tan jodidamente amable?*

*Sí, Otro. Eso es algo que sé que nunca me faltará de ti, los malos modos.*

*Efectivamente, capullo, mi actitud es la que es, pero al menos no me pongo a lloriquear porque he tenido un mal día. Puedes contar con ello.*

*También puedo contar con que Zoey está en peligro por culpa de gente que está demasiado cerca de ella como para sentirme tranquilo.*

*Será mejor que me lo cuentes todo con pelos y señales. Sabes que me encanta hacer de abogado del diablo.*

*Ese maldito Rephaim está empezando a tocarme las narices.*

*Dile que deje de tomarte por tonto y que no confías en él.*

*Soy amable, no estúpido.*

*¡Eh, mariquita! ¿No se te ha ocurrido que si no puedes confiar en Rephaim tampoco puedes fiarte de los que están cerca de él?*

*Como, por ejemplo, Stevie Rae. Lo sé. Pensaba que tendría que vigilarla muy de cerca para asegurarme de que no ponía en peligro a Zoey, pero parece que está sucediendo exactamente lo contrario. Stevie Rae no deja de presionar a Rephaim para que espabile, se mantenga alejado de Kalona y pase olímpicamente de su padre.*

*Entonces, ¿dónde está el problema?*

*Shaunee.*

*El Otro soltó una carcajada.*

*¿Te refieres a una de las mitades del dúo de gemelas? Así que la parejita te está causando quebraderos de cabeza. ¿Por qué, en lugar de lloriquear por los rincones, no le das la patada a Zoey, coges a las gemelas y os hacéis juntos un sándwich? Esas zorras están para comérselas.*

*Eres un auténtico cabrón. No pienso darle la patada a Z. Estoy enamorado de ella. Y el problema no son las gemelas, solo Shaunee. Por lo visto tiene una especie de complejo de Electra y no hace más que darle coba a Rephaim, sugiriendo que al final Kalona cambiará.*

*La cosa no pinta muy bien que digamos. Será mejor que estés al loro, capullo, o al final la mierda acabará esparciéndose...*

De repente, una hermosa pluma blanca apareció sobre la cabeza de Stark y la escena comenzó a desvanecerse.

*No pasa nada... No tengas pesadillas.*

Al mismo tiempo que se escuchaban la voz susurrante, la pluma se deslizó suavemente, dulcemente, por el rostro de Stark, haciendo desaparecer el ceño fruncido como habría hecho una escoba con un puñado de arena, arrastrando consigo la imagen del Otro.

En el lugar más oscuro y recóndito de la mente de Stark, Kalona sonrió y, por esta vez, interrumpió la conexión nocturna que existía entre ellos.





## Shaunee

—En serio, gemela. Vete con Kramisha y Aphrodiky. Todavía tengo el estómago revuelto por culpa del sándwich de jamón y queso que me he tomado para desayunar. Necesito quedarme aquí, cerca del baño —dijo Shaunee.

—Puaj. Mira que te lo he dicho, gemela, los sándwiches envasados no son lo más adecuado para tomar con el estómago vacío —contestó Erin.

—Decídate, ¿te quedas aquí amamantando a Shauneedy o te vienes con nosotras? La paleta y el pájaro están esperando arriba, calentando el coche. Tenemos unos dos minutos y medio para llegar a la puerta de atrás de Miss Jackson y para que Kramisha y Stevie Rae «convenzan» al segurata para que nos deje entrar antes de que acabe el turno y cierre la tienda a cal y canto —dijo Aphrodite—. Ya sabes que tengo paciencia cero con vuestras chorradas de gemelas. Ya me toca mis maravillosas narices toda la historia del viaje porque sé que Stevie Rae me va a obligar a dejar mi número de tarjeta de crédito.

—Es lo más correcto —dijo Shaunee.

—Vale, lo que tú digas. El caso es que tenemos que irnos —dijo Aphrodite.

—Gemela, ¿estás...? —empezó a decir Erin.

Kramisha la cortó de raíz.

—Sabes que detesto darle la razón a la señorita «odio a todo el mundo», pero o cagas, o te levantas de la taza.

—¡Me encanta lo fina que puedes llegar a ser! —dijo Shaunee—. Especialmente teniendo en cuenta cómo tengo el estómago.

—No podría estar más de acuerdo —convino Erin.

—Entonces, ¿vienes o no? —preguntó Kramisha.

—Vete —insistió Shaunee—. Y cógeme algo que tenga cashmere y piel. Rojo, porque ya sabes que soy muy apasionada. Y ocúpate de que lo pague Aphrodite.

Erin esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Trato hecho, gemela.

—¿Os vais a dar un besito de despedida o qué? —protestó Aphrodite.

Erin puso los ojos en blanco.

—Vamos, señorita «odio a todo el mundo». Tenemos que hacer la compra.

—Ya era hora —dijo Kramisha entre dientes mientras las tres salían a toda prisa de la cocina.

Shaunee se sintió un poco culpable cuando Erin la miró por última vez con expresión preocupada y la saludó con la mano. Es por eso que, cuando Zoey entró

con un Stark con el pelo más revuelto que de costumbre, la encontró con la mirada baja y el ceño fruncido.

—¡Eh, Shaunee! —dijo Z—. ¿Te encuentras mejor?

—¿Dónde está Erin? —preguntó Stark.

—No, y se ha ido de compras —respondió Shaunee. No le gustó nada el modo en que la miró Stark, en plan adulto y con gesto de desaprobación.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Nada —dijo él, encogiéndose de hombros con aire despreocupado mientras metía la cabeza en el frigorífico—. Solo que necesito un poco de cafeína para despertarme.

A pesar de que el tono de su voz daba a entender que realmente no le pasaba nada, seguía mirándola de un modo que no le gustó un pelo, y a Shaunee no le apetecía soportar su mal humor.

—Voy a tomar un poco de aire y a tumbarme. Además, como diría Damien, tengo deberes que hacer.

A continuación comenzó a caminar hacia la salida de la esquina que llevaba a la estación abandonada y que era el camino más corto para acceder al exterior.

—¡Eh! ¿Estás segura de que te encuentras bien? No me parece...

—¡No! —la cortó Shaunee, sintiéndose todavía más culpable por el tono de voz preocupado de Z—. No tengo tos ni nada parecido. De verdad. Simplemente tengo el estómago revuelto. Han sido el sándwich. Creo que estaba caducado. Sabía que el jamón no estaba bueno, pero es que me encanta.

—Luego me paso por tu habitación para ver cómo vas —dijo Z.

—De acuerdo. Gracias —dijo Shaunee subiendo a toda prisa las escaleras que conducían a la antigua taquilla donde se vendían los billetes.

Una vez allí, respiró más tranquila. La estación estaba hecha un asco, pero le había gustado desde el primer momento, a pesar de que era vieja, sombría y de que, sin duda, necesitaba algunas reformas. Aun así, había algo en ella que le recordaba a la época en que viajaba con su familia, antes de que sus padres decidieran que no era lo bastante interesante o vete tú a saber qué, y dejaran de llevarla de vacaciones con ellos.

En realidad, tampoco podía decirse que su vida hubiera sido una auténtica mierda antes de que la marcaran. Su familia tenía dinero, la habían mandado a un colegio privado de lo más guay en Connecticut, era popular, estaba siempre ocupada y... y...

Y sola.

Entonces la habían marcado. Había sucedido durante una escala en el aeropuerto internacional de Tulsa, cuando se dirigía a una especie de escuela de arte para hacer un curso de verano. Su profesora se había olvidado de ella mientras los pasajeros de su avión estaban embarcando.

Muerta de miedo y sin parar de llorar, había llamado por teléfono a su padre. Aquella fue la razón por la que su asistente personal le había pasado la llamada. En

los cinco años que llevaba trabajando para su padre, jamás había oído llorar a la hija del señor Cole.

Shaunee le suplicó a su padre que le mandara un billete para volver a casa para que pudiera verlos antes de ingresar en una Casa de la Noche en la Costa Este, a poder ser en los Hamptons.

Su padre le había dicho que se quedara en Tulsa, que allí había una Casa de la Luna. Adiós y buena suerte.

Desde entonces no había vuelto a ver a sus padres.

Eso sí, le habían abierto una cuenta bancaria con un porrón de dinero. Sus padres eran de los que pensaban que el dinero podía resolver cualquier problema. Y, de hecho, Shaunee era de las que fingían pensar lo mismo.

Comenzó a deambular por la estación. En su interior hacía frío y estaba oscuro y, casi sin pensar, se detuvo delante de un montículo de tejas rotas amontonadas allí en medio, en el suelo.

—Fuego, ven a mí —dijo. A continuación se llenó los pulmones de aire para luego expulsarlo, absorbiendo el calor que fluía por su cuerpo sin causarle ningún daño, dirigiéndolo hacia sus manos extendidas. Los dedos se le iluminaron con unas llamas centelleantes. Entonces tocó el montón de tejas—. Calientálas. —Estas se embebieron del fuego y, en un abrir y cerrar de ojos, empezaron a brillar con un intenso color rojo.

—Hay que reconocer que, como afinidad, resulta muy útil.

Shaunee se giró en redondo, con las manos en alto, dispuesta a lanzar una llamarada.

—No pretendo hacerte ningún daño —dijo Kalona, levantando a su vez los brazos como para indicar que venía en son de paz—. He venido para hablar con mi hijo, pero no puedo entrar en los túneles subterráneos sin causarme a mí mismo un dolor insoportable.

Shaunee se aseguró de no mirar al inmortal a los ojos. Recordaba muy bien que su potente mirada podía ser tremendamente seductora. En vez de eso miró por encima de uno de sus hombros y se concentró en un trozo de azulejo que quedaba en las maltrechas paredes, intentando mantener lo más cerca posible su elemento. Luego, con una voz que esperaba con todas sus fuerzas que sonara enérgica, dijo:

—¿Me estás diciendo que simplemente estabas escondiéndote?

—Escondiéndome no, esperando. Llevo aquí desde el atardecer, con la esperanza de que Rephaim suba a la superficie.

—Pues lo siento, pero es poco probable que lo encuentres en esta zona, a menos que suba a darse una ducha a los antiguos vestuarios de los empleados. No solemos entrar y salir por aquí —dijo Shaunee sin pensar y, apenas terminó la frase, cerró la boca. *¡Qué tonta! Se suponía que no teníamos que contarle nuestras cosas.*

—No podía saberlo. Daba por hecho que esta sería vuestra principal vía acceso —dijo, indicando con un gesto de la barbilla las amplias y desvencijadas puertas de

entrada, que estaban cubiertas de polvo y a las que les faltaban la mitad de las bisagras.

—Rephaim no está —explicó Shaunee—. Ha salido de compras con Stevie Rae y con otras compañeras.

—¡Ah, vale! Entonces será mejor que... —Kalona hizo una pausa, como estuviera incómodo, y Shaunee le echó un breve vistazo. No la estaba mirando. Tenía los hombros caídos y la mirada puesta en el suelo. Saltaba a la vista que se sentía fuera de lugar.

De pronto, se llevó un pequeño sobresalto al darse cuenta de que se parecía mucho a Rephaim. Salvando las distancias, claro está. En lugar de tener la piel oscura y un cierto aspecto cheroqui, Kalona era tirando a rubio. Y también más alto. Por no hablar de sus gigantescas alas negras. Pero la boca era la misma. Y también la forma de la cara. En ese momento Kalona levantó la vista y la miró.

Excepto por el hecho de que eran color ámbar, los ojos también eran iguales.

Shaunee apartó la mirada rápidamente.

—Puedes mirarme sin miedo —dijo él—. Hemos acordado una tregua. No pretendo hacerte ningún daño.

—Nadie se fía de ti —dijo rápidamente, dándose cuenta de que le faltaba un poco el aliento.

—¿Nadie? ¿Ni siquiera mi hijo?

Daba la sensación que se sentía totalmente derrotado.

—A Rephaim le gustaría poder confiar en ti.

—Lo que significa que no es así —dijo Kalona.

Esta vez Shaunee no lo miró a los ojos. Simplemente se quedó allí quieta, esperando, pero Kalona no se la cargó ni nada parecido. De hecho, su aspecto era el de un hombre mayor, bastante cañón por cierto, que estaba apenado. Muy apenado.

—Debería irme —dijo dándose media vuelta.

—¿Quieres que le diga algo a Rephaim de tu parte?

Él vaciló unos instantes y al final dijo:

—Había venido hasta aquí porque he estado reflexionando sobre nuestro enemigo común, la nueva criatura de Neferet.

—Aurox —dijo ella.

—Sí, Aurox. Por lo que me dijo mi hijo, la criatura tiene la habilidad de cambiar de forma y convertirse en un ser que se asemeja a un toro.

—Yo no lo he visto, pero Zoey sí —dijo Shaunee—. Y también Rephaim.

Kalona asintió con la cabeza.

—Entonces debe ser cierto. Eso significa que Aurox ha sido imbuido con la fuerza de un inmortal, y para que esta se manifieste como lo ha hecho, con un disfraz tan completo y complejo, la energía utilizada para crearlo debió ser extremadamente poderosa.

—¿Es eso lo que quieres que le diga a Rephaim?

—En parte sí. También me gustaría que le dijeras a mi hijo que una fuerza de tal magnitud debió requerir un importante sacrificio. Quizás la muerte de alguien cercano a vuestro grupo.

—¿La de Jack, quizás?

—No. Ese chico fue sacrificado por Neferet para pagar su deuda con la Oscuridad por recluirme y obligar a mi espíritu a viajar al Otro Mundo. —La voz de Kalona sonaba gélida, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por controlar su rabia—. Esa es la razón por la que creo que la concepción de Aurox debe haber sido consecuencia de una muerte. Y esta idea lleva un tiempo atormentándome. Si descubrimos el sacrificio podríamos utilizarlo como prueba contra Neferet. Tendríamos más posibilidades de provocar su destrucción si está enemistada con el Alto Consejo.

—Se lo diré a Rephaim.

—Gracias, Shaunee —dijo Kalona vacilante, arrastrando las palabras, como si no estuviera acostumbrado a su sabor—. Y dile que le deseo todo lo mejor.

—De acuerdo. Lo haré. ¡Ah, espera! Creo que deberías hacerte con un móvil.

El alado inmortal alzó las cejas sorprendido.

—¿Un móvil?

—Sí. ¿Cómo se supone que te va a llamar Rephaim cuando necesite hablar con su padre?

A Shaunee le pareció que Kalona casi esbozaba una sonrisa.

—No tengo móvil.

—Ya. E imagino que acercarte a la tienda de AT&T no es una opción.

—No —respondió haciendo una mueca con la boca y sacudiendo la cabeza—. No estoy seguro de qué podría hacer con mis alas.

—En eso tienes toda la razón —convino ella—. ¿Y qué me dices de un portátil? Podrías conectarte a Skype.

—Tampoco tengo portátil. Mi querida y joven iniciada, vivo en el bosque, en una sierra al suroeste de Tulsa con una bandada de criaturas que no deberían existir en el mundo moderno. Y tampoco tengo, como diríais vosotros, acceso a internet.

Shaunee estaba totalmente desconcertada.

—Yo podría conseguirte un portátil. Lo único que necesitarías para tener acceso a la red es una de esas conexiones por satélite y una fuente de energía. Te podrías conectar en cualquier sitio, incluso en los bosques al suroeste de Tulsa. Puedes conseguir electricidad, ¿no?

—Sí.

—Entonces, ¿si te consiguiera un ordenador, llamarías a tu hijo?

A Shaunee no le pareció percibir ninguna duda en su respuesta.

—Sí —dijo.

—De acuerdo. Pues de momento, toma esto. —A continuación metió la mano en su bolsito de redecilla metálica de Rebecca Minkoff que en aquella época era su

favorito, sacó su Iphone y se lo lanzó a Kalona. El inmortal lo cogió al vuelo sin ni siquiera parpadear—. Te llamaré cuando tenga el ordenador.

—Es muy generoso por tu parte.

—No hace falta que te lo tomes tan a pecho —dijo Shaunee con voz queda—. Mis padres tienen dinero. Simplemente me limito a gastar una pequeña parte. Tampoco es para tanto.

—No me refería al dinero, sino al generoso gesto de amistad que muestras hacia mi hijo.

Shaunee se encogió de hombros.

—Es el amigo de una amiga. Eso es todo. Y no me malinterpretes. Quiero que me devuelvas el teléfono.

—Por supuesto —respondió Kalona. Seguidamente le sonrió con expresión sincera y Shaunee pensó que jamás había visto nada tan maravilloso ni tan hermoso—. Gracias. Esta vez lo digo de todo corazón. Y te aseguro que no es algo muy habitual en mí.

—De nada. Y sé amable con Rephaim. Se merece un buen padre.

Kalona la miró a los ojos y sintió como si pudiera ver a través de su alma y de su corazón.

—Tú también, mi querida amiga. Que te vaya bien. —Kalona se dio media vuelta y se marchó, saliendo por las maltrechas puertas. Segundos después, Shaunee escuchó el batir de sus enormes alas mientras se elevaba y se adentraba en el oscuro cielo nocturno.

Después se quedó allí un buen rato, calentando el montón de tejas rotas con su llama, pensativa...

—Dime la verdad, gemela. ¿Estás segura de que no has tosido sangre? ¿De que no te estás muriendo? —La piel de Erin, ya de por sí del color de la porcelana, se había vuelto aún más pálida hasta parecer nieve cristalizada.

—Gemela, en serio. Estoy bien.

—Perdona pero no. Si no te estás muriendo, ¿se puede saber qué demonios te pasa? ¡Le has dado tu Iphone a Kalona!

En ese momento se produjo un silencio sepulcral. Shaunee había conseguido reunir al grupo al completo, y tanto Erin como Zoey, Stevie Rae, Rephaim, Damien, Aphrodite, Darius y Kramisha se quedaron callados, dejando que el eco de las palabras de Erin, que habían sonado casi como un chillido, rebotara en las paredes de la cocina.

—Mira, gemela —empezó a decir Shaunee con una voz que sonó tremendamente pequeña y calmada en comparación con la rabieta de Erin—, como ya os he explicado antes, estaba en la parte de arriba cuando descubrí al padre de Rephaim, que merodeaba por ahí porque intentaba ver a su hijo. Me dijo que le contara todo lo que os he dicho. Le di mi teléfono para que pudiera llamarlo mientras le consigo el portátil porque no puede presentarse en la tienda de Apple con esas alas. Luego se

marchó volando, como siempre. Eso es todo. Estoy perfectamente. Fin.

—¿Y no podría ocultar sus alas en una de esas gabardinas de cuero negro como las que llevan los vaqueros y los góticos? —preguntó Kramisha.

—No creo. Lo más probable es que asomaran por debajo. Además, parecería una especie de tullido, con bultos por todas partes, lo que llamaría bastante la atención de la gente —sentenció Damien.

—Seamos sinceros, en mi opinión lo que de verdad llamaría la atención de la gente es ponerse una de esas gabardinas, típicas del siglo pasado y que además sientan fatal —opinó Aphrodite con expresión distraída, dándole una patadita a la bolsa de Miss Jackson que tenía a sus pies.

—Bueno, independientemente de que sea por mal gusto o por miedo, si pensamos con un poco de lógica, es evidente que necesita que Shaunee le compre un portátil —concluyó Damien.

—¿De verdad te dijo que me deseaba todo lo mejor? —preguntó Rephaim. Era la primera vez que intervenía desde que Shaunee les había salido con el sorprendente anuncio de que Kalona había estado allí.

—Sí —le respondió Shaunee sonriéndole.

—Kalona también tiene información sobre Aurox, o al menos te dio una idea de por dónde deberíamos empezar para averiguar su origen —dijo Darius—. Zoey, creo que...

—Lo sé. Que el sacrificio podría haber sido mi madre.

Shaunee parpadeó perpleja y sintió ganas de vomitar. Ni siquiera se le había ocurrido pensar en la madre de Zoey cuando Kalona había hecho alusión al sacrificio de alguien cercano a ellos. La primera persona que le había venido en mente había sido Jack, y después había tenido otro montón de cosas en qué pensar. Entonces sacudió la cabeza e interrumpió a Darius, que estaba hablando sobre rituales y cosas de esas.

—¡Oh, Z!, lo siento muchísimo.

La cara de Zoey parecía un enorme signo de interrogación.

—No tienes por qué sentirlo. Simplemente nos has contado lo que ha sucedido. No has hecho nada malo.

—Sí que lo he hecho. Ni siquiera me he acordado del hecho de que tu madre fue asesinada hace tan solo unos días. Estaba pensando en toda la historia con mi padre y todo ese rollo. Lo siento mucho —repitió.

La sonrisa de Zoey fue tan amable y compasiva como siempre.

—No pasa nada, Shaunee. No es culpa tuya que lo que pasa entre Rephaim y Kalona te esté afectando tanto.

—Zoey tiene razón, Shaunee. Todos estamos intentando hacer las cosas lo mejor que podemos, pero a veces no resulta fácil —intervino Stevie Rae cogiendo de la mano a su novio—. Gracias por apoyar a Rephaim y preocuparte por él. Significa mucho para mí.

—También para mí —dijo Rephaim.

—¡Eh! ¡Tampoco es para tanto! Es solo que... —empezó a decir Shaunee. Justo en ese momento Erin la interrumpió con lo que pareció una versión sarcástica de la costumbre de las gemelas de acabar las frases de la otra.

—Sí, es solo que tengo que guardar todo lo que hemos traído de Miss Jackson y colgar la cortina de abalorios que he comprado en Pier 1. Nos vemos luego, chicos.

A continuación agarró un puñado de bolsas del suelo y salió de la cocina a toda prisa.

Shaunee la observó mientras se marchaba, completamente confundida, sin saber si ponerse a gritar o a llorar.

—Ve. —Zoey se había puesto a su lado y le hablaba en voz baja mientras Damien y Darius empezaban a discutir la diferencia entre un ritual funerario y uno de purificación y si existía alguna manera de modificar alguno de los dos para convertirlo en un ritual tipo «dinos quién la mató».

—¿Cómo?

—Que vayas a hablar con Erin. Si alguien tiene alguna otra pregunta sobre lo que ha sucedido, ya vengo yo a buscarte. No quiero que toda esta historia eche a perder vuestra amistad —dijo Z mirando a Stevie Rae—. Las mejores amigas son superimportantes. Todos deberíamos tenerlo muy presente.

—De acuerdo. Gracias.

Shaunee se escabulló de la habitación y empezó a recorrer a paso ligero el túnel que conducía a la gélida habitación que compartía con Erin. Pero no hubiera hecho falta que se diera prisa. Erin iba tan cargada que se había visto obligada a pararse a pocos metros de la cocina porque se le había caído una gigantesca bolsa de Pier 1.

—¡Eh, gemela! —dijo Shaunee agachándose para recoger un almohadón de lentejuelas del suelo—. Parece como si se hubiera producido una explosión de brillos.

Erin no sonrió. Le quitó a Shaunee el almohadón de las manos, lo metió a empujones en una bolsa que parecía a punto de reventar y se limitó a decir:

—Lo tengo todo controlado.

Shaunee le puso la mano en el hombro, sintiéndolo frío y duro, como sin vida.

—Espera un momento, gemela. ¿Por qué estás tan cabreada?

—Ni siquiera me contaste lo mucho que te afectaba lo de no tener relación con tu padre. Me lo ocultaste —respondió Erin apartando el hombro con brusquedad para que Shaunee la soltara.

—No. No lo hice —dijo Shaunee sacudiendo la cabeza, sintiéndose como si Erin acabara de darle una bofetada—. Intenté contártelo, pero tú te pusiste en plan «¡eh! Eso forma parte del pasado. Vámonos de compras». Así que lo dejé. ¿No te acuerdas?

—Vale, lo que tú digas. ¿Y a qué viene toda esta historia? Sinceramente, no lo entiendo. Somos amigas íntimas desde que nos marcaron. El mismo día, para ser exactas. Todo iba de maravilla hasta que empezó toda esta mierda del «papaíto» de Rephaim y de repente ya no somos mejores amigas.



—Espera. No ha cambiado nada. Es solo que yo comprendo cómo se siente Rephaim y tú no. Nunca he dicho que ya no fuéramos mejores amigas.

—Sí, tienes razón. No lo comprendo. —Erin se cruzó de brazos—. ¿Puedes explicarme a cuento de qué viene?

Shaunee se sintió como si el mundo entero pesara sobre sus hombros y su mejor amiga se hubiera convertido en una extraña.

—Erin, a veces echo de menos a mi padre. Eso es todo.

—¿A tu padre? ¡Pero si antes de que te marcaran jamás le importaste una mierda! ¿Cómo puedes echarlo de menos?

Shaunee vaciló. Entonces la miró detenidamente y de pronto vio a la verdadera Erin.

—¡Vaya! De verdad no te importa lo más mínimo, ¿verdad?

—¿El qué? ¿El montón de cosas superguays que ni siquiera estaban rebajadas que he cogido en Pier 1 y que he pagado con la tarjeta oro de Aphrodikey? Pues sí, maldita sea. ¿Todo lo que he enganchado del *afterhours* de Miss Jackson? Sí y otra vez sí. Alice + Olivia va a ser el no va más esta primavera. ¡Incluso te he cogido uno de esos fulares rojos de cashemere con un ribete de piel de zorro que es para morirse! ¡Ah! Y me cogido otro para mí, solo que en azul. Para que fuéramos conjuntadas. Vamos a estar tremendas con ellos. Perfectas. Porque tú y yo somos perfectas. Eso es lo que me importa. Y tú también, gemela. Tú me importas, y a ti te importan nuestras cosas. Siempre ha sido así. —La diatriba de Erin llegó a su fin y ella se quedó allí en pie, con expresión triste y confundida. Entonces se enjugó los ojos y el rímel Wonder Woman de MAC se le corrió.

—No —respondió Shaunee lentamente—. Nada de eso es real. Y una cosa más, gemela, nadie es perfecto. Y mucho menos tú y yo.

—¿De qué demonios hablas?! ¡¿Cómo es posible que el padre de Rephaim lo haya cambiado todo?! —gritó Erin.

—Hace mucho que le doy vueltas a la cabeza, pero no se lo había dicho a nadie.

—¿A qué? ¿A la historia del padre de Rephaim o a la del tuyo? —preguntó Erin.

—A ninguna de las dos, Erin. No estoy hablando de ellos. Estoy hablando de todo en general. Como por ejemplo, de la muerte de Jack.

Shaunee se sentía muy pero que muy cansada.

—¡A mí también me afectó la muerte de Jack! No sé si recuerdas que lloramos juntas y todo lo demás.

—No. Es cierto que lloramos juntas, pero luego recibiste un e-mail de Danielle con un enlace con la página web de Rue La La y nos liamos a comprar cosas —dijo Shaunee.

—¿Y? Me compré unos zapatos negros. ¡No! ¡Espera! Para ser más exactos, las dos nos compramos unos zapatos negros. De plataforma. Con lazos rosas y cristales de Swarovski en los tacones. Estuvimos de acuerdo en que eran muy apropiados para el luto y que Jack se habría sentido agradecido. Entonces lloramos un poco más. Me

acuerdo perfectamente de que lo hicimos. Las dos. ¿Por qué te crees mejor que yo si hicimos exactamente lo mismo?

Shaunee se preguntó cómo conseguía Erin tener una expresión suplicante y cabreada al mismo tiempo.

—No me creo mejor que tú. En ningún momento he dicho eso. De hecho, tú eres mejor que yo, porque te sientes bien y yo no. Al final todo se reduce a eso. Ya no me siento a gusto. Me refiero a conmigo misma, y creo que eso significa que tampoco con nosotras, pero no estoy muy segura...

—Te diré una cosa, gemela —le espetó Erin enjugándose con rabia las lágrimas de color azul que surcaban sus mejillas—. Cuando vuelvas a sentirte bien, ven a verme. Hasta entonces, búscate otro cuarto y consíguete tus propias cosas. No quiero una compañera de habitación o una gemela que no se siente a gusto conmigo.

Llorando en silencio e ignorando las cosas que seguía cayéndosele de las bolsas de la compra, Erin se marchó de malos modos dejando a Shaunee rodeada por un montón de almohadones de lentejuelas y mallas de terciopelo.

En ese momento, oyó a alguien aclarándose la garganta y Shaunee dio un respingo. Hasta que Zoey no le puso en la mano un puñado de clínex semiusados no se dio cuenta de que estaba berreando.

—¿Quieres hablar de ello?

—La verdad es que no —respondió Shaunee.

—De acuerdo. Entonces, ¿quieres estar sola? —preguntó Zoey.

—No estoy muy segura. Pero hay algo que sí tengo muy claro y que va a sonar fatal —dijo Shaunee entre hipidos.

—Bueno, pues dilo rápido porque cuando te deshaces de ello te das cuenta de que no era para tanto.

—Quiero volver a vivir en la Casa de la Luna.

En ese momento se hizo el silencio y luego Zoey preguntó:

—¿Erin quiere irse contigo?

—No —dijo Shaunee enjugándose la última lágrima—. Me voy sola.



## Zoey

Al igual que el sábado, el domingo también acabó siendo una auténtica mierda. Cuando, pasado un tiempo, volví la vista atrás, me di cuenta de que fue a partir de la ruptura entre Shaunee y Erin que todo empezó a desenmarañarse. El hecho de que ellas dejaran de hablarse produjo un extraño efecto en el resto de nosotros. Era como si el cabreo entre ellas nos desequilibrara a todos.

—No sé a ti, pero a mí las comparte-cerebros me están sacando de quicio.

Aphrodite se sentó de golpe junto a mí en el bordillo de la acera que rodeaba la rotonda de delante de la estación. Yo suspiré y me dije a mí misma: *eso me pasa por querer estar sola unos segundos*. A continuación me aparté un poco para dejarle sitio.

—Sí, lo sé. Resulta extraño no verlas siempre juntas, y ahora Shaunee parece que va a romper a llorar de un momento a otro y Erin se pasa el día de morros sin decir una palabra. La situación ahí abajo es para volverse loca.

—Fuego y hielo —masculló Aphrodite.

Yo me quedé mirándola con los ojos muy abiertos.

—¿Sabes? Puede que tengas razón.

—No sé cuándo coño te vas a dar cuenta de que yo casi siempre tengo razón. — En ese momento sacó una lima de fantasía con brillantitos y empezó a limarse las uñas—. No tengo ni idea de lo que significa el resto de ese estúpido poema, pero estoy convencida de que una parte habla de las comparte-cerebros.

—¿Por qué te estás limando las uñas?

Ella me miró con cara de «¿qué mierda de pregunta es esa?».

—Porque en esta estúpida ciudad no hay suficientes spas que estén abiertos toda la noche. Bueno, exceptuando algunos antros terroríficos, pero yo quiero hacerme las uñas, no depilarme el pubis. O peor aún, que me peguen el sida.

—Aphrodite, algunas veces no entiendo ni palabra de lo que dices.

—En ese caso, creo que deberías ir pensando en ampliar tus horizontes. Bueno, como iba diciendo, ¿qué piensas hacer con las frikimelas?

—Pues nada. Son amigas, y a veces las amigas se cabrean entre ellas. Tendrán que encontrar la manera de resolverlo por sí mismas.

—¿En serio? ¿Me estás diciendo que no se te ha ocurrido nada mejor?

—¿Y qué carajo quieres que haga?

—¡No me lo puedo creer! ¿Acabas de decir una palabrota? Que yo sepa, «carajo» —dijo haciendo el gesto de las comillas con los dedos— es una palabrota.

—¿Sabes lo que te digo? ¿Por qué no te vas al ídem y lo compruebas? —le solté

mirándola con cara de asesina—. Y por millonésima vez, ¡no tiene nada de malo no hablar como una verdulera!

—Gritando y diciendo palabrotas. Dentro de poco nos enteraremos de que se ha producido una pelea de bolas de nieve en el infierno.

—Eres odiosa —le dije apretando los dientes y pronunciando las palabras lentamente.

—Gracias. Y ahora en serio, ¿qué piensas hacer a propósito de las gemelas?

—¡Dejarlas respirar! —No había sido mi intención gritar, pero al escuchar el eco de mi voz rebotando en las paredes de piedra del edificio me di cuenta de que no había sido así. Entonces respiré hondo e intenté reprimir mis ganas de estrangular a Aphrodite—. No tengo por qué sentirme responsable cada vez que uno de mis amigos tiene problemas con otro. Ni siquiera tiene sentido.

—Está en el poema. Es estúpido, pero profético —dijo sin dejar de limarse las uñas.

—Sigo sin entender que tiene eso que ver con que yo...

De repente cerré la boca al ver un Lincoln Town Car entrando en la rotonda y deteniéndose delante de nosotras. Mientras mirábamos con la boca abierta y cara de idiotas, un Hijo de Érebo bajó del lado del conductor e, ignorándonos por completo, abrió la puerta trasera.

A continuación, tendió la mano y ayudó a bajar a la alta y estilizada Tánatos, que descendió elegantemente del coche vestida con un traje de terciopelo azul oscuro. Ella nos sonrió e hizo un gesto con la cabeza en señal de reconocimiento a nuestra reverencia, a pesar de que era evidente que lo que realmente le interesaba en ese momento era el edificio.

—¡Qué maravilloso ejemplo de arquitectura art decó de los años treinta! —dijo con la mirada puesta en la fachada de la estación—. No os podéis imaginar cuánto lamento que la gente haya dejado de viajar en ferrocarril. Cuando finalmente acabó de desarrollarse, era una forma maravillosamente relajante de moverse por este enorme país. En realidad, lo sigue siendo. Es una pena que queden muy pocas rutas ferroviarias modernas donde elegir. Deberíais haber visto una estación de trenes en los años cuarenta: la tragedia, la esperanza, la desesperación y el valor, todos ellos concentrados en un único y vibrante espacio vital —dijo sin apartar la vista del antiguo edificio—. No como los espantosos aeropuertos de hoy en día. Es como si los hubieran privado por completo de alma, vida y romanticismo. Especialmente después de la tragedia del 11 de septiembre. ¡Qué pena...!

—Esto... Tánatos. ¿Podemos ayudarte en algo? —le pregunté finalmente cuando me di cuenta de que, a menos que hiciéramos algo, se quedaría allí en pie, mirando el edificio, por los siglos de los siglos.

Entonces hizo un gesto con la mano al guerrero para que volviera al coche.

—Espérame al otro lado de la calle, en el aparcamiento. Enseguida me reúno contigo. —Este la saludó con una reverencia, subió al coche y se marchó. Ella se giró

hacia Aphrodite y hacia mí—. Señoritas, creo que ha llegado el momento de hacer un cambio.

—¿Qué tipo de cambio?

—Por lo visto, en la puerta de entrada —respondió Aphrodite secamente—. Teniendo en cuenta que tanto Kalona como Tánatos han venido por aquí, vamos a tener que poner algún tipo de felpudo de bienvenida, porque está claro que toda esta historia de «entrad por el puto sótano» no está funcionando.

—Yo no lo hubiera expresado de ese modo, pero tienes razón —convino Tánatos—. En realidad, es una de las razones por las que os he comprado el edificio. En nombre del Alto Consejo, claro está.

Yo parpadeé sorprendida y, mientras intentaba encontrar una forma apropiada para responder, Aphrodite dijo:

—Espero que ese signifique que se harán reformas.

—Así es.

—Espera —dije yo—. Esta no es una Casa de la Noche. ¿Por qué motivo el Alto Consejo habría decidido implicarse en el lugar en el que vivimos?

—Porque somos especiales, y guays y no quieren que sigamos viviendo en tugurio de mala muerte —dijo Aphrodite.

—O porque quieren controlar dónde vivimos y lo que hacemos —dije yo.

Tánatos alzó las cejas, sorprendida.

—Hablas con la autoridad de una alta sacerdotisa.

—Pues no lo soy —le aseguré—. Sigo siendo una iniciada. La única alta sacerdotisa aquí es Stevie Rae.

—¿Y dónde está?

—Con Rephaim. Falta poco para que amanezca y le gusta estar con él antes de que se convierta en ave —dije sin más rodeos.

—¿Y tú qué eres?

Yo fruncí el ceño.

—No sé a qué viene esa pregunta. Sabes tan bien como yo que en el Otro Mundo se me asignó un guardián con espada, lo que significa que, en cierto modo, soy una reina, porque él es mi guerrero y mi guardián.

—¿A qué vienen todas estas preguntas? Creí que estabas de nuestra parte —dijo Aphrodite.

—Estoy de parte de la verdad —respondió Tánatos.

—Sabes perfectamente que Neferet es una zorra mentirosa. Te lo dijimos en la isla de San Clemente, cuando Z estaba en el país de las maravillas.

—Se refiere al Otro Mundo —dije mirando a Aphrodite y poniendo los ojos en blanco.

—Vaaale, lo que tú digas, en el Otro Mundo —dijo Aphrodite—. El caso es que te contamos lo que se traía entre manos Neferet, y tú nos creíste. Incluso nos ayudaste a resolver todo el asunto de Skye junto con Stark. Por eso no entiendo qué diantres te

pasa ahora.

De repente se hizo una pausa superlarga, lo que significa que tuve tiempo de sobra para preguntarme si tal vez Aphrodite y yo habíamos ido demasiado lejos. Me refiero que, al fin y al cabo, Tánatos era una poderosa y antigua vampira miembro del Alto Consejo cuya afinidad, regalo de la Diosa, era la muerte. Probablemente no era una buena idea coserla a preguntas, y mucho menos hacer que se cabreara.

—Creo que lo que me contasteis cuando el alma de Zoey estaba hecha añicos era lo que tú y todos vosotros considerabais la verdad —dijo finalmente Tánatos.

—Ahora he vuelto, y no estamos en Italia, pero la verdad no ha cambiado. Ni tampoco Neferet —dije yo.

—Sin embargo ella insiste en que Nyx la ha perdonado y que le regaló a Aurox como muestra de favor divino —explicó Tánatos.

—Eso una trola como una casa —protesté—. Neferet no ha cambiado y Aurox no es ningún regalo de Nyx.

—Lo que sí creo es que Neferet está ocultando una verdad —sentenció Tánatos.

—Es una forma de expresarlo —dije yo.

—Pero nosotras no lo habríamos expresado así —añadió Aphrodite.

—No queremos ser irrespetuosas —empecé a decir yo—, es solo que llevamos ya mucho tiempo enfrentadas con Neferet y hemos visto cosas que se ha cuidado mucho de ocultar al Alto Consejo, y en general, a la mayor parte de los vampiros.

—Pero cuando intentamos desenmascararla nadie nos cree porque consideran que somos unos mocosos —dijo Aphrodite—. Un puñado de mocosos patéticos y defectuosos, para ser más exactos.

Yo miré a Aphrodite con cara de alucinada y ella se corrigió:

—Bueno, yo no. Me refería al resto del grupo.

—Esa es una de las razones por las que estoy aquí —explicó Tánatos—. Para ser los ojos y los oídos del Alto Consejo.

—Entonces, ¿qué significa exactamente que el Alto Consejo ha comprado este edificio? —pregunté.

—Espero que signifique que puedo darle un respiro a la tarjeta oro de mi madre y que algunos de nosotros, como por ejemplo los que no tienen que arrastrarse hasta un ataúd cuando sale el sol, puedan tener unas habitaciones decentes aquí arriba una vez hayan renovado el edificio —dijo Aphrodite.

—Sí, significa eso. Pero también significa que este lugar podría convertirse en una Casa de la Noche por derecho propio, y completamente independiente, sin ningún lazo que la una a la originaria Casa de la Noche de Tulsa —aclaró Tánatos—. El Consejo considera que sería aconsejable que existiera una Casa de la Noche para los iniciados rojos que se mantuviera, en su mayor parte, separada de la original.

—Perdona pero no. Esa es exactamente la razón por la que BA decidió no construir dos institutos. Habría supuesto demasiada rivalidad para un solo distrito —dije—. Ya tenemos bastante con el odio que se profesan la Union y la Jenks, y BA se

ve obligada a hacerlo con dos frentes abiertos.

—¿Se puede saber de qué demonios estás hablando? —preguntó Aphrodite.

—Pues de Broken Arrow, la Union, la Jenks —expliqué—. Son institutos. Demasiados en una misma ciudad es un asco.

—¿Acaso eras la presidenta del Consejo Escolar u ostentabas algún otro cargo socialmente inaceptable? En Tulsa hay más o menos un trillón de institutos y que yo sepa el infierno todavía no se ha congelado —dijo Aphrodite—. Tener en un mismo instituto a un porrón de alumnos que van a clase en autobús es una gilipollez y permite que al final se llene de poligoneros. Puaj.

Afortunadamente Tánatos se interpuso entre las dos.

—Los comportamientos habituales de los jóvenes humanos nunca han tenido ningún peso en la elaboración de las leyes de los iniciados vampíricos. Tulsa es un punto central en la nación y podría perfectamente mantener una segunda Casa de la Noche. El número de alumnos aumenta cada vez más, especialmente con la afluencia de los iniciados rojos, que han empezado a aparecer también en otras zonas.

—¿Hay más iniciados rojos? Quiero decir, ¿además de los nuestros? —pregunté.

—Sí.

—¿Pero alguno ha sido marcado en rojo directamente, o todos han muerto para luego volver a la vida con la marca de color rojo? —preguntó Aphrodite antes de que pudiera lanzarle una mirada asesina para que callara la boca.

—Que se sepa, hasta la fecha la vuestra es la única iniciada que ha sido marcada en rojo —dijo Tánatos.

—¿Así que has oído hablar de Shaylin? —pregunté conteniendo la respiración.

—Sí. Neferet nos informó de que antes de que la marcaran era ciega y de que ahora puede ver. Dedujo que la pobre chica estaba rota, y que por eso no tuvo que morir para que su marca se volviera roja.

Me hubiera gustado defender a Shaylin y explicar que no estaba rota, sino que era especial, pero mi instinto me dijo que era mejor que mantuviera la boca cerrada y no dijera nada sobre la visión verdadera.

—Zoey, no hay ningún motivo para ocultarle nada a alguien que está buscando la verdad, a menos que seas partidaria de las mentiras y el engaño —dijo Tánatos, sorprendiéndome con su respuesta.

Yo la miré a los ojos.

—No soy partidaria de las mentiras y del engaño, pero hay una cosa muy importante que he aprendido de Neferet, y es que tengo que elegir con mucho cuidado en quién confío. —Entonces, dado que mi instinto seguía hablándome, solté el resto de las cosas que tenía en mente—. He oído que Neferet tiene un nuevo consorte. ¿Has oído algo al respecto?

—Sinceramente, no. ¿No estarás confundiendo a Aurox con un consorte? Sea o no un regalo de Nyx, Neferet no nos ha informado de que existiera ningún tipo de relación sentimental entre ellos. Por lo que parece, es solo una especie de siervo.

—No estoy hablando de Aurox —continuó, a pesar de que solo pronunciar su nombre me revolvía el estómago—. Me refería al toro blanco.

La expresión de Tánatos dio a entender que se había quedado absolutamente de piedra.

—Zoey, la adoración a los toros, tanto al blanco como al negro, es muy antigua y hace ya muchos siglos que no se practica. Mis conocimientos sobre esa religión y su pasado son muy rudimentarios, pero te puedo asegurar que ninguna alta sacerdotisa de Nyx se ha entregado jamás al toro blanco. Lo que estás diciendo es una acusación muy grave y podría suponer un gran escándalo. —Mientras hablaba, Tánatos se iba poniendo cada vez más pálida, hasta que finalmente se la vio tan afectada que el aire que la rodeaba le levantó el pelo y lo agitó con pequeñas ráfagas.

*Posee una afinidad con el aire además de con la muerte. Interesante, pensé.*

—No la estoy acusando —dije en voz alta—. Solo estoy preguntando si has oído algo al respecto.

—¡No! Tanto el Alto Consejo como la comunidad vampírica en su totalidad creen que Kalona, la criatura a la que Neferet convenció de que era la reencarnación de Érebo en la tierra, era y sigue siendo su consorte, a pesar de que se le ha prohibido que se acerque a ella en los próximos cien años.

Aphrodite soltó un bufido.

—Eso no son más que chorradas. Estaba con ella porque creía que controlaba su alma. Sin embargo, algo se torció en el país de los locos y Neferet perdió el dominio que tenía sobre Kalona. —Pensé que iba a largar lo último que habíamos sabido sobre Kalona, para ser más exactos, que se había presentado aquí diciendo que quería firmar una tregua para destruyéramos juntos a Neferet, pero en vez de eso dijo algo mucho más inteligente—. Esto... ¿Te importaría que te hiciera una pregunta muy rápida?

Con una cara como si estuviera sufriendo los efectos de un fuerte estrés postraumático, Tánatos asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pongamos que Aurox no es un regalo de Nyx sino, digamos, algo supermaligno que el toro blanco y Neferet cocinaron juntos porque se están comportando de manera inapropiada. ¿Qué tipo de ingredientes se necesitarían para crear un ser semejante?

—Un gran sacrificio —explicó Tánatos.

—¿Quieres decir que tendría que haber matado a alguien a propósito para engendrar a Aurox? —preguntó Aphrodite.

—Sí, aunque solo pensar en la posibilidad de que se haya tenido un comportamiento tan psicopático me provoca escalofríos.

—Sí. A nosotras también —dijo Aphrodite mirándome a los ojos con una expresión triste, pero de complicidad—. Últimamente hemos perdido a demasiada gente de nuestro círculo más íntimo.

—Sí —repetí yo, sintiéndome como si fuera a caer enferma—. Demasiados.



## Aurox

El interés de la chica le pilló por sorpresa. Estaba haciendo su habitual ronda nocturna, siguiendo órdenes de Neferet, según las cuales tenía que asegurarse de que ningún cuervo del escarnio traspasara los límites de la Casa de la Noche, cuando pasó cerca del edificio donde se alojaban las chicas. Estaba en pie bajo uno de aquellos enormes árboles y cuando él se acercó, se interpuso en su camino a propósito.

—¡Hola! ¿Qué tal? —Su sonrisa era de lo más dulce—. Me llamo Becca. Aún no nos conocemos, pero he estado observándote.

—Hola, Becca. —Intrigado, dejó que lo entretuviera. No era hermosa, ni tenía nada especial como algunas de las otras iniciadas, *como por ejemplo Zoey*, le susurró su mente, aunque él rehuyó el pensamiento, asustado. Aquella Becca tenía cierto encanto y tanto su lenguaje corporal, como el modo en que ladeaba la cadera y se apartaba de la cara su larga y rubia melena, daban a entender que lo encontraba atractivo—. Me llamo Aurox.

Ella soltó una carcajada y se lamió sus lisos labios rosas.

—Sí, lo sé. Como ya he dicho antes, he estado observándote.

—¿Y qué es lo que has averiguado «observándome»? —preguntó, utilizando la misma expresión que ella.

La iniciada se le acercó aún más y volvió a apartarse la melena de la cara.

—Que sabes defenderte durante una pelea, y eso es muy importante en los tiempos que corren.

Entonces lo tocó, deslizando una de sus uñas pintadas de rosa por su pecho. Fue entonces cuando las emociones de ella lo asaltaron. Podía sentir su deseo. Estaba mezclado con un poco de desesperación y también con cierta maldad. Aurox inspiró profundamente, inhalando el embriagador olor de la lujuria no exenta de una pizca de crueldad. Un escalofrío provocado por lo que estaba a punto de suceder lo recorrió de arriba abajo y la fuerza en su interior empezó a crecer.

—¡Oooh! ¡Qué duros! —Becca se rio suavemente, acercándose todavía más—. Me refiero a tus músculos.

El deseo de la chica aumentó considerablemente cuando sus senos entraron en contacto con el pecho de Aurox mientras se inclinaba sobre él, le daba un lametazo en el cuello y después le mordía, y aunque no lo hizo con la fuerza suficiente como para extraerle sangre, tampoco fue tan delicado como para considerarlo un simple jueguito.

Aquello agradó enormemente al toro que habitaba en su interior, y la criatura se removió.

—¿Te gusta el dolor? —preguntó Aurox mientras deslizaba la mano toscamente por su espalda. A continuación inclinó la cabeza hasta que sus dientes encontraron la curva de su cuello. Entonces la mordió, extrayendo sangre de forma deliberada, aunque el sabor de la chica no le dijo absolutamente nada—. ¿Te gusta el dolor? —

repitió con la boca llena de sangre, a pesar de que podía percibir la respuesta en el arrebato de lujuria que la hizo estremecer.

—Me gusta todo —gimió Becca—. Vamos, deja que te de un mordisquito. Sé mi consorte. Quiero que seas mi hombre.

Aurox no pensó en detenerla. De hecho, no pensó absolutamente en nada. Simplemente sintió. Sintió el deseo sexual intensificado por un espíritu malvado y desesperado. Aurox dejó que este se apoderara por completo de él. Entonces empezó a frotar su cuerpo contra el de ella, cerró los ojos y se entregó pronunciando las palabras que surgieron de lo más profundo de su subconsciente, tan instintivas y automáticas que ni la razón ni la comprensión guardaban ninguna relación con ellas.

—Sí, Zo. Muérdeme.

—¡Serás capullo! ¿Zoey? Ahora te enseñaré algo que hará que Zoey Redbird parezca un dulce corderito.

En ese momento Becca lo mordió. Con fuerza. Aurox sintió el dolor punzante y el calor de la sangre brotando de su interior. Ella hizo presión con la boca sobre la herida de su cuello, pero solo por un instante. Apenas probó la sangre se produjo un cambio en ella. El deseo y la desesperación se esfumaron y fueron reemplazados por un miedo atroz.

—¡Oh, Diosa! ¡No! ¡Esto no me gusta nada! —Becca intentó apartarse de él, pero Aurox la levantó, dio dos grandes zancadas y la puso de espaldas contra un árbol—. ¡Espera! ¡No! —insistió Becca intentando que su voz sonara calmada a pesar de que estaba muerta de miedo y que este penetraba en él, alimentándolo, cambiándolo—. ¡Para! ¡No me gusta cómo sabes!

La criatura que habitaba en su interior empezó a vibrar, retorciéndose, buscando la forma de liberarse para poder embestir y desgarrar. Entonces Aurox soltó un bufido y el toro se hizo eco en su interior.

—¡En serio! ¡Para! ¡No quiero estar con alguien que está colado por Zoey!  
Zoey...

Su nombre retumbó dentro de él, haciendo que el toro se desvaneciera como un fuego al que le habían arrojado un cubo de agua.

—¿Qué está pasando aquí?

Apenas oyó la voz de Dragon Lankford, Aurox dio un paso atrás y soltó a Becca. La chica se dejó caer contra el árbol y se quedó mirando a Aurox aterrorizada.

—¿Aurox? ¿Becca? ¿Hay algún problema entre vosotros? —preguntó Dragon.

—No. Solo un pequeño malentendido. Creí que la iniciada tenía claro lo que deseaba —explicó Aurox mirando al profesor de esgrima e ignorando a Becca—. Me equivocaba.

Ella se alejó rápidamente del árbol y se colocó de manera que Dragon quedara entre ella y Aurox, mientras su miedo se veía reemplazado por la rabia y una gran seguridad en sí misma.

—Lo que tengo muy claro es lo que no quiero, y es otro tipo colado por Zoey

Redbird. Espero que te guste hacer cola, porque hay una larga lista de chicos por delante de ti.

—Becca, no es necesario ser cruel. Sabes que los vampiros creemos en la libertad de elección y en el deseo mutuo. Cuando el deseo no es mutuo, lo mejor es retirarse con elegancia —dijo Dragon con rotundidad.

—Me parece una idea estupenda —respondió Becca lanzando una mirada burlona a Aurox—. Que te den, capullo —añadió antes de marcharse pisando fuerte.

—Aurox —empezó a decir Dragon lentamente—. La sociedad vampírica permite la elección de muchos caminos diferentes para llegar hasta el deseo y la satisfacción de la pasión, pero tienes que saber que algunos de esos caminos es mejor no tomarlos a menos que exista un consentimiento explícito de todos los implicados y un cierto nivel de experiencia. —El suspiro de Dragon hizo que pareciera viejo y cansado—. ¿Entiendes lo que estoy tratando de explicarte?

—Sí —respondió Aurox—. Esa iniciada, Becca, tiene un espíritu malvado.

—¿Ah, sí? Supongo que no me había dado cuenta.

—Pero no creo que Zoey Redbird tenga un espíritu malvado —añadió.

Dragon lo miró sorprendido.

—No. Yo tampoco lo creo. Sabes que Neferet y Zoey no se llevan bien, ¿verdad?

Aurox lo miró a los ojos.

—Son enemigas.

La mirada de Dragon no perdió su aplomo.

—Sí, podría expresarse de ese modo, aunque me gustaría que las circunstancias fueran otras.

—No eres seguidor de Neferet —dijo Aurox.

El rostro del maestro de esgrima se paralizó y su expresión cansada pero abierta se cerró de golpe.

—Yo no sigo a nadie excepto a mí mismo.

—¿Tampoco a Nyx?

—Nunca me enfrentaría a la Diosa, pero tampoco tomo partido por nadie excepto por mí mismo. El único camino que me queda es el del dragón.

Aurox lo examinó atentamente. Sus emociones parecían ocultas tras un velo. El vampiro no transmitía nada: ni rabia, ni desesperación, ni miedo. Nada. Resultaba desconcertante. Tal vez fue precisamente el desconcierto lo que hizo que desvelara el misterio que lo atormentaba.

—Dije el nombre de Zoey en lugar del de Becca.

Dragon volvió a mirarlo sorprendido, y, por la expresión de su rostro, aquello le resultaba en cierto modo divertido.

—Mira, Aurox. A las mujeres, independientemente de que tengan o no un espíritu malvado, no les gusta que pronuncies el nombre de otra cuando estás con ellas.

—Pero no sé por qué lo hice.

Dragon se encogió de hombros.

—Lo más probable es que Zoey ocupe tus pensamientos.

—No me había dado cuenta.

—A veces pasa.

—Entonces, ¿es normal? —preguntó Aurox.

—Hace más de cien años descubrí una de las pocas cosas que realmente puedo afirmar con rotundidad, y es que, cuando se trata de mujeres, la normalidad no existe —dijo Dragon.

—Maestro de esgrima, ¿puedo pedirle un favor?

—Adelante —respondió Dragon.

—No le cuente a Neferet nada de lo que ha sucedido esta noche.

—Mira, chico. Tengo por costumbre guardarme las cosas para mí mismo. Y tú deberías aprender a hacer lo mismo. —Seguidamente el maestro de esgrima le dio unos golpecitos en el hombro y se alejó, dejando a Aurox confundido, preocupado y, como siempre, solo.



## Zoey

—¡Joder! Se va a liar una bien gorda —me susurró Aphrodite el lunes por la mañana a primera hora, mientras estábamos allí en pie, delante de la puerta de la clase que había sido designada como la clase de Tánatos. De hecho, a excepción de la clase de arte dramático, que era una especie de salón de actos en miniatura, y el verdadero salón de actos, era el aula más grande de todas las clases «normales» del colegio. *Genial, pensé. Cuanto más espacio tengamos, mayor será la explosión que está a punto de producirse.*

—Por desgracia, no es una clase que podamos saltarnos —le respondí en voz baja a Aphrodite. A continuación, dirigiéndome a todo el grupo, dije—: De acuerdo, entremos. No os preocupéis. Estamos juntos, así que no puede ser tan malo. —Mi grupo de raritos junto con Stevie Rae, Rephaim y todos los iniciados rojos se colocaron a mi lado y asintieron con la cabeza con cara de resignación, dispuestos a afrontar lo que quiera que fuera a provocar que la mierda se esparciera por todos lados. Entonces abrí la puerta y entré.

Mi piedra vidente comenzó a emitir calor de inmediato.

Dallas y su grupo ya estaban en la clase, como era de esperar, ocupando los pupitres de la última fila.

Aurox estaba en la primera, en uno de los extremos, lo que daba a entender que no quería estar cerca del grupo de Dallas. Yo me pregunté por qué no se juntaba con los chicos malos puesto que, al igual que ellos, pertenecía al grupo de Neferet pero, por mi propio bien, aparté la vista de él e decidí no volver mirarlo.

—Voy a intentar mantener una actitud positiva —declaró Stevie Rae ignorando las miradas burlonas que le lanzaba Dallas y la risa malvada de Nicole que flotaba en el aire como un perfume barato. Entonces agarró la mano de Rephaim, sonrió y le dio un beso en la mejilla—. No dejes que se acerquen a ti.

—Te deseo suerte con ello. Vas a necesitarla —dijo Erin.

Shaunee, que se encontraba a cierta distancia de su gemela, separada por varios chicos, no dijo nada.

—Es de color rojo. Y no me refiero a un rojo bueno, como el de Shaunee —dijo asomándose por encima de mi hombro para mirar a Dallas.

Yo me quedé mirándola.

—¿A qué te refieres?

—¿Yo soy de color rojo? —preguntó Shaunee.

—Sí —respondió Shaylin—. Se trata de un color muy definido y fácil de

interpretar. Eres como un fuego de campamento: cálido y agradable.

—Eso ha sido muy amable por tu parte —apuntó Stevie Rae.

—Sí, gracias —dijo Shaunee—. Me ha encantado lo que has dicho.

—¿Y qué nos dices de Dallas? —preguntó Rephaim.

—Su rojo es como el de una bomba. Como la rabia. Como el odio —explicó.

—Entonces sugiero que nos sentemos delante, lo más lejos posible de él —propuso Stevie Rae.

—De algunas cosas es más fácil huir que de otras —dijo Erin. Sin embargo no estaba mirando a Dallas. Estaba mirando a Shaunee «fuego de campamento», que estaba estudiándose las uñas de las manos.

—No me seas tan negativa —dijo Stevie Rae a Erin, rompiendo con elegancia el incómodo silencio que se había creado. Seguidamente me miró con dulce y encantadora sonrisa y dijo—: ¡Vamos! ¡Sentémonos delante!

—De acuerdo. Te sigo —dije a pesar de que tenía ganas de salir corriendo de allí gritando como una loca.

—Tengo ganas de salir corriendo de aquí gritando como una loca —dijo Aphrodite haciéndose eco de mis pensamientos y provocando que se me pusieran los pelos de punta mientras me seguía a mí, que a mi vez seguía a Stevie Rae y a Rephaim.

Estuve a punto de contestar «yo también», pero al final decidí callármelo y, por defecto, me senté en el pupitre al otro lado de Stevie Rae, que se encontraba en la primera fila, en el centro del aula. En ese momento sonó la campana y Tánatos hizo su aparición por una puerta que comunicaba con un pequeño despacho y que se encontraba justo en la parte delantera de la clase, que estaba elevada, casi como un escenario, y tenía un estrado justo en medio con una pizarra digital interactiva detrás.

—¡Ooooh! ¡Qué colores tan bonitos! —exclamó Shaylin desde el asiento situado justo detrás del mío.

—Feliz encuentro —dijo Tánatos. Todos respondimos a su saludo. Me pareció que tenía una apariencia regia y poderosa. Llevaba un vestido color noche decorado solo con los hilos plateados del bordado que representaba a Nyx con los brazos en alto sujetando una luna creciente—. Bienvenidos a la primera sesión de esta nueva asignatura. En toda nuestra historia nunca ha existido una clase compuesta por diferentes tipos de iniciados, chicos y chicas cambiados al nacer, humanos e incluso vampiros. Me presento ante vosotros como representante del Alto Consejo Vampírico que es, mientras pertenezcáis a nuestra sociedad, el organismo regulador. —Tánatos se me quedó mirando durante la última parte de la frase y yo le sostuve la mirada. ¡Maldita sea! Estaba completamente de acuerdo con ella.

De lo que no estaba segura al cien por cien es de que mi grupo y yo quisiéramos seguir perteneciendo a la sociedad de los vampiros.

—Soy consciente de que os estáis preguntando en qué consistirá exactamente esta clase, pero solo puedo responderos de forma parcial. Estoy aquí para prepararos y ser

vuestra guía en un viaje tan peculiar y único como cada uno de vosotros. Dado que la clase tendrá lugar durante la hora de sociología vampírica, plantearé algunos temas que todos los iniciados y vampiros deberán intentar comprender antes o después, como la muerte y la Oscuridad, las relaciones con guardianes y consortes, la luz y el amor. No obstante, debido a las características peculiares de esta asignatura, surgirán también algunas cuestiones que querréis consultar conmigo y, por ende, con todos nosotros. Os doy mi palabra de que mi único objetivo será la búsqueda de la verdad y que si no tengo respuesta a vuestras preguntas haré todo lo que esté en mi mano para que la descubramos juntos.

Pensé que de momento la clase no pintaba tan mal, y de hecho estaba empezando a relajarme y a sentir cierta curiosidad cuando la mierda empezó a salpicarnos.

—Entonces, empecemos nuestra búsqueda de la verdad. Quiero que todos vosotros dediquéis unos minutos a reflexionar y luego, en un trozo de papel, escribáis al menos una pregunta cuya respuesta os gustaría conocer a lo largo de este curso. Dobladlo y, cuando os hayáis marchado, las leeré. Quiero que seáis honestos con vuestra consulta, y que no os dejéis influenciar por el miedo, la censura o lo que puedan pensar los demás. Si queréis permanecer en el anonimato, no es necesario que escribáis vuestro nombre.

En ese momento se hizo una pausa y Stevie Rae levantó la mano.

—¿Sí, Stevie Rae? —dijo Tánatos.

—Solo quería asegurarme de que hemos entendido bien lo que nos pides. ¿Podemos preguntar sobre cualquier cosa? ¿Lo que sea? ¿Sin miedo a meternos en un lío?

Tánatos sonrió con dulzura a Stevie Rae y empezó a responder diciendo:

—Es una excelente...

De pronto, se escuchó a Dallas susurrar en un tono demasiado alto, que permitió que todos los oyéramos alto y claro:

—Yo quiero preguntar qué es lo que tiene un pájaro que no tengamos los tíos y qué es lo que le da para que le guste tanto.

Stevie Rae agarró la mano de Rephaim y supe que lo hacía para evitar que se levantara y se enfrentara a Dallas. Entonces dejé de prestar atención a mi mejor amiga y a su novio porque Tánatos reaccionó. El cambio que se produjo en ella fue increíblemente rápido y terrorífico. Daba la sensación de que había aumentado de tamaño y el viento se levantó a su alrededor agitando su pelo. Cuando finalmente habló, me recordó a la escena de *El señor de los anillos* en la que Galadriel permitía a Frodo echar un vistazo al tipo de reina oscura en que se convertiría si le quitaba el anillo.

—¿Me estás tomando por un ser inferior, Dallas? —El poder de su presencia hizo que todos nos estremeciéramos. Tánatos estaba tan gloriosamente enfadada que costaba mirarla, de manera que giré la cabeza y miré a Dallas. Se había echado atrás y tenía la espalda pegada al respaldo de la silla y la cara blanca como la nieve.

—N-no, profesora —dijo con voz temblorosa.

—¡Llámame sacerdotisa! —le gritó Tánatos, que parecía tener la capacidad de lanzar rayos e invocar truenos.

—No, sacerdotisa —se corrigió rápidamente—. N-no pretendía faltarle al respeto.

—Pero sí que pretendías faltarle al respeto a una de tus compañeras, y eso es algo que no pienso tolerar aquí, en mi clase. ¿Te ha quedado claro, joven vampiro rojo?

—Sí, sacerdotisa.

El viento que se había levantando a su alrededor se apaciguó y Tánatos volvió a adoptar su porte regio en lugar del letal.

—Excelente —dijo. A continuación, volvió a concentrarse en Stevie Rae—. En respuesta a tu pregunta, siempre que te comportes con una actitud respetuosa, puedes preguntarme todo lo que quieras sin miedo a que te reprenda.

—Gracias —respondió Stevie Rae con una voz ligeramente jadeante.

—De acuerdo, entonces podéis empezar a escribir vuestras preguntas. —Tánatos hizo una pausa, miró primero a Rephaim y luego a Aurox, e hizo una pregunta dirigida a ambos—. No se me había ocurrido preguntároslo antes, pero dado que los dos sois nuevos en, digamos, el mundo académico, ¿necesitáis ayuda para leer o escribir?

Rephaim sacudió la cabeza y tomó la palabra.

—Yo no. Sé leer y escribir en varios idiomas de los hombres.

—¡Uau! ¿En serio? ¡No lo sabía! —exclamó Stevie Rae.

Él sonrió con cara de cordero degollado y se encogió de hombros.

—A mi padre le parecía útil.

—¿Y tú, Aurox? —preguntó Tánatos, animándolo a responder.

Me di cuenta de que tragaba saliva y parecía nervioso.

—Sé leer y escribir, pero desconozco cómo adquirir esas habilidades.

—¡Vaya! ¡Qué interesante! —dijo Tánatos. Seguidamente, como si el hecho de saber leer y escribir mágicamente fuera lo más normal del mundo, continuó como si nada—. Zoey y Stevie Rae, visto que os habéis sentado juntas, os rogaría que dividierais la clase en dos y procedierais a recoger las preguntas de sendos lados.

Stevie Rae y yo mascullamos «de acuerdo» y después me quedé allí sentada mirando el papel en blanco que había arrancado de mi bloc de notas. ¿Debía hacer una pregunta inofensiva, como algo sobre las afinidades y cuándo es «normal» que se manifiesten o debería ser sincera y preguntar algo que realmente quería saber?

Entonces eché un vistazo a mi alrededor. Stevie Rae estaba escribiendo con una expresión extremadamente seria. Rephaim acababa de dejar el lápiz sobre la mesa y estaba doblando el papel por la mitad. Intenté echarle un vistazo, pero lo único que conseguí ver es que había firmado la pregunta con su nombre.

*Voy a ser sincera*, me dije a mí misma y a continuación escribí: «¿Cómo se supera la muerte de uno de tus padres?». Luego vacilé y, finalmente, escribí mi nombre. Seguidamente intenté ver lo que estaba escribiendo Stevie Rae, pero ya había



terminado y tenía el papel en la mano. Luego se levantó de su pupitre de un salto y empezó a recorrer los pasillos de su lado de la clase, recogiendo papeles como una profesional.

Yo suspiré y comencé a caminar por el mío como si fuera un campo de minas. Por supuesto, Aurox estaba allí. Era el primer chico justo después de Damien y Shaunee. No quería mirarlo a los ojos de manera que opté por concentrarme en el papel que me entregaba. En él, con grandes letras mayúsculas, se leía la pregunta: «¿Qué soy?», acompañada de su nombre.

Completamente alucinada, lo miré a los ojos. Él me devolvió la mirada sin vacilar. Entonces, en un tono de voz tan bajo que solo yo pude oírlo, dijo:

—Me gustaría saberlo.

No pude apartar la vista de sus inusuales ojos del color de las piedras de luna. Por alguna estúpida razón, escuché mi voz que respondía también en un susurro:

—A mí también.

Entonces le arrebaté el papel de las manos y me alejé rápidamente intentando no pensar, limitándome a hacer lo que se me había pedido. Dallas y su grupo estaban de lo más sumisos y apenas nos miraron, ni a mí ni a Stevie Rae, pero me di cuenta de que no habían escrito nada en los papeles que me entregaron, una clara señal de que había decidido adoptar una actitud pasivo-agresiva. Yo los coloqué debajo del montón y regresé a la parte delantera de la clase.

Tánatos nos cogió los papeles, nos dio las gracias y luego dijo:

—Estudiaré vuestras preguntas esta noche y mañana mismo empezaremos a discutir algunas de ellas. Y ahora me gustaría dedicar el resto de la clase a hablar sobre una cuestión que en mi opinión la mayoría de vosotros considerará relevante, la de la relación con una pareja o consorte.

Imaginé que Tánatos nos soltaría el típico sermón oficial de «hay que saber decir que no» que nos habían repetido una y otra vez desde el primer día, pero me equivoqué. Habló abiertamente sobre el placer y lo maravilloso que podía ser cuando salía bien y lo trágico que resultaba cuando no era así. Se comportó de una manera interesante y divertida, aunque con la actitud fría y distante de los británicos, y antes de que quisiera darme cuenta, sonó la campana que indicaba que la clase había terminado.

Aun así me quedé por allí, esperando a Aphrodite que, sorprendentemente, estaba teniendo una respetuosa discusión con Tánatos acerca de las conexiones. Mi amiga sostenía que estas no estaban basadas en la sexualidad. Tánatos, en cambio, insistía en que la sexualidad y las conexiones iban siempre de la mano, lo que provocaba la consternación de Aphrodite, que durante un tiempo había estado conectada con Stevie Rae, aunque la cosa no se había prolongado mucho.

Tánatos concluyó la discusión diciendo:

—Aphrodite, el hecho de que no quieras reconocer una cosa, no hace que sea más o menos verdad.

—Voy a asegurarme de que Zoey llega a tiempo a la segunda clase —se excusó mi amiga con expresión desconcertada.

—Muy bien, joven profetisa —dijo Tánatos con un tono de voz que sonó como si estuviera sonriendo, a pesar de que su rostro no decía lo mismo—. Y gracias por la animada discusión. Estoy deseando tener otra igual mañana.

Aphrodite asintió con la cabeza, frunció el ceño y, apenas estuvimos lo suficientemente lejos de Tánatos para que no pudiera oírla, dijo:

—Animada discusión, y una mierda. No pienso volver a debatir sobre relaciones lésbicas. Nunca más.

—No creo que quisiera decir eso, Aphrodite —le comenté intentando no sonreír, como había hecho Tánatos—. Pero tiene razón. Ha sido una clase muy interesante, mucho más que los típicos rollos sobre la sociedad vampírica que nos suelta Neferet.

Aphrodite abrió la puerta.

—Me enorgullece enormemente mi capacidad para entretener a las masas y...

Apenas salimos nos encontramos en mitad del caos.

—¡Venga, chico pájaro! —gritaba Dallas—. No puedes esconderte detrás de Stevie Rae para siempre.

El musculitos de Johnny B lo tenía sujeto por los brazos, inmovilizándolo, pero él luchaba con todas sus fuerzas por liberarse.

—¡No me estoy escondiendo, estúpido arrogante! —le chilló Rephaim. Stevie Rae lo agarraba con fuerza por un brazo intentando apartarlo de la acera y alejarlo de Dallas.

—Voy a por Darius y Stark —dijo Aphrodite echando a correr.

—¡Eh, chicos! ¡Basta ya! —dije, colocándome entre ambos y entre sus dos grupos, que cada vez eran más numerosos.

—¡Aparta tu culo de aquí, Zoey! ¡Esta no es tu pelea! —dijo Dallas dirigiendo su veneno hacia mí—. Te crees mejor que nadie, pero para nosotros no vales una mierda —añadió indicando con un gesto brusco de la cabeza a los iniciados rojos que estaban allí en pie, observándolo todo con una sonrisa.

Sorprendida por lo mucho que me hirieron sus palabras, le espeté:

—¡No me creo mejor que nadie!

—No entres en sus provocaciones, Zoey. No es nadie. Solo un chaval insignificante y borde disfrazado de vampiro —dijo Stevie Rae.

—¡Y tú no eres más que una puta! —le gritó Dallas.

—¡Te dije que dejaras de llamarla así! —chilló Rephaim intentando zafarse de su chica.

—¡Todo el mundo sabe que estás cabreado porque ya no estáis juntos! —le dije a Dallas, pensando en lo gilipollas y capullo que se había vuelto.

—¡No! Estoy cabreado porque está con un bicho raro producto de una anomalía de la naturaleza —me contestó con muy malos modos y me di cuenta de que a pesar de que gritaba y forcejeaba, desviaba la mirada una y otra vez a un punto en la parte

inferior de la pared y al que se iba acercando poco a poco de manera casi imperceptible. Miré hacia el lugar que tanto parecía interesarle y descubrí una toma de corriente, de esas industriales con tres orificios.

¡Maldita sea!

—¡No soy ningún bicho raro! —Rephaim parecía a punto de estallar—. ¡Soy humano!

—¿Ah, sí? ¿Qué te parece si esperamos a que salga el sol y comprobamos lo humano que eres? —le soltó Dallas con una mueca burlona acercándose aún más a la pared.

Como quien no quiere la cosa, di un par de pasos hacia la toma de corriente, intentando dilucidar lo más rápido posible qué elemento debía invocar en caso de tener que luchar contra un ataque eléctrico.

—Me parece genial —respondió Rephaim—. Ya sea con los ojos de un humano o con los de un cuervo, será un placer contemplar cómo te abrasas.

—¡Eso será en tus sueños, capullo! —le gritó Dallas, avanzando hacia la toma de corriente y a punto de zafarse de Johnny B, haciéndome tropezar y caer hacia atrás.

Justo en ese momento sentí unas fuertes manos que me agarraban y evitaban que acabara con el culo en el suelo. Con un solo movimiento Stark me ayudó a recuperar el equilibrio y me colocó detrás de él, de espaldas a la pared. Entonces se encaró con Dallas.

—Lárgate de aquí. —Stark no levantó la voz, sino que habló en un tono frío y calmado que sonó de lo más amenazante.

—Tú no tienes nada que ver en esta pelea —dijo Dallas sin dejar de forcejear con Johnny B.

—Sí Zoey está implicada, tengo mucho que ver. Y quiero que quede claro que ganaré. Siempre gano. Así que será mejor que te largues.

—¡Se acabó! —La voz de Dragon Lankford sonó como la de un general dando órdenes a unas tropas desbocadas y varios guerreros hijos de Érebo, entre los que se encontraba Darius, irrumpieron en escena desplegando un gran espectáculo mientras se situaban entre Dallas y Rephaim. El rostro del maestro de esgrima parecía una tormenta a punto de estallar—. ¡Dallas, ponte aquí! —ordenó indicando un lugar delante de él. A continuación, mirando de soslayo a Rephaim, añadió señalando un espacio vacío junto a Dallas—: ¡Y tú ahí! —Los dos chicos hicieron lo que se les pedía, aunque el vampiro seguía mirando a Rephaim como si quisiera estrangularlo. Rephaim, en cambio, no le quitaba ojo a Dragon, que empezó a hablarles a ambos con severidad.

—¡No pienso tolerar peleas en este colegio! Esto no es un instituto de humanos. Espero de vosotros un comportamiento muy por encima de esas chiquilladas primitivas. —A continuación miró a ambos a los ojos—. ¿Me habéis entendido?

—Yo sí —respondió rápidamente Rephaim, alto y claro—. No quiero ser la causa de ningún problema.

—Entonces lárgate, porque mientras estés aquí, seguirá habiendo problemas —le acusó Dallas.

—¡No! —gritó Dragon violentamente, como si pegara un latigazo—. En este colegio no habrá más problemas o tendrás que responder ante mí.

—No es de los nuestros. No debería estar aquí —dijo Dallas, aunque su voz sonó mucho más sometida y tenía más el aspecto de un niño gordito que la de un joven peligroso.

—Estoy de acuerdo contigo, Dallas —dijo Dragon—, no así Nyx. Y mientras la Casa de la Noche esté al servicio de Nyx, tendremos que soportar sus decisiones, incluso si decide perdonar cuando nosotros no podemos hacerlo.

—¿No podéis o no queréis? —Todo el mundo se giró hacia Stevie Rae, que se acercó con paso firme hasta donde se encontraba Rephaim, le cogió la mano y se encaró con Dragon. Pensé que se movía como una poderosa alta sacerdotisa lo suficientemente cabreada como para escupir llamaradas por la boca, y me alegré de que su elemento fuera la tierra y no el fuego—. Rephaim ni siquiera ha empezado toda esta mierda. Lo único que ha hecho es defenderme cuando Dallas me ha llamado zorra, puta y otras cosas que no me siento capaz de repetir. Si no fuera porque se trata de Rephaim, nunca habrías tomado partido por Dallas.

—Entiendo que tanto a Dallas como a otros muchos estudiantes les resulte difícil aceptarlo —respondió Dragon con toda naturalidad.

—Eso es algo que tendrás que discutir con la Diosa. —Todos los allí presentes nos giramos al oír la voz dulce y calmada de Neferet, que estaba en pie al principio del pasillo, acompañada de Tánatos.

—Todo indica que la Diosa se ha pronunciado sobre la cuestión de la aceptación de Rephaim —dijo Tánatos—, de manera que tanto Dallas, como tú, maestro de esgrima, tenéis que limitaros a acatar su decisión.

—¡Pero si se está integrando perfectamente! —protestó Stevie Rae, que parecía superenfadada—. Como estaba intentando explicar, es Dallas el que está causando problemas, no Rephaim.

—Y como ya he dejado bien claro, los problemas no cesarán —dijo Dragon.

—También has dejado bien claro que no quieres a Rephaim aquí —dijo Stevie Rae.

—Nuestro maestro de esgrima no está obligado a que le gusten todos y cada uno de los estudiantes de esta escuela —dijo Neferet sacudiendo la cabeza con gesto paternalista—. Su función es protegernos, no comportarse como una madre.

—Pero entre sus funciones está el de ser justo y comportarse de manera digna —dijo Tánatos—. Dragon Lankford, ¿crees que puedes ser justo y comportarte de manera digna con Rephaim y dejar a un lado tus sentimientos personales hacia él?

La expresión del rostro de Dragon era tensa y su voz sonó tirante, pero respondió sin dudar.

—Sí.

—En ese caso, confío en que cumplirás tu palabra —dijo Tánatos—, y todos deberíais hacer lo mismo.

—Y también deberíamos volver a clase —dijo Neferet secamente—. Esto ya nos ha ocupado demasiado tiempo.

Seguidamente les lanzó una mirada de desdén a Rephaim y a Stevie Rae y se marchó caminando con paso regio, instigando a algunos chicos para que echaran a andar por delante de ella. Dragon se unió a ella, y empezó a azuzar a los boquiabiertos estudiantes por todo el pasillo como si estuviera arreando ganado.

—¿Puedes ver la Oscuridad que la rodea, así como a los otros iniciados rojos? —Yo parpadeé sorprendida. Stark había dirigido su pregunta directamente a Tánatos.

La miembro del Alto Consejo vaciló unos instantes y después negó lentamente con la cabeza.

—Nunca he tenido tratos con la Oscuridad. No es visible para mí.

—Yo sí puedo —dijo Rephaim—. Y Stark tiene razón.

—Y yo también —dijo Stevie Rae en voz baja—. Pulula a su alrededor como un montón de insectos, tocándola y sin abandonarla en ningún momento. —Entonces se estremeció—. Es asqueroso.

—¿Y qué me dices de Dragon? —pregunté yo—. ¿También él está rodeado? Fue Rephaim el que me contestó.

—Sí y no. Lo sigue, pero no lo impregna como sucede con los demás. —En ese momento exhaló un largo suspiro—. Al menos no todavía.

—No es culpa tuya —le dijo Stevie Rae encarecidamente—. Tú no tienes nada que ver con las decisiones que está tomando en este periodo.

—Me lo creeré el día que consiga perdonarme —respondió Rephaim—. Vamos, te acompaño a tu clase.

A continuación nos despedimos hasta la hora de la comida, aunque Stark y yo no fuimos a ninguna parte, sino que nos quedamos allí en pie, mirando a Stevie Rae y Rephaim mientras se alejaban.

—Ese chico tiene conciencia —dijo Tánatos.

—Sí —convine yo.

—Entonces todavía existe una esperanza para él —dijo.

—¿Podrías decírselo a Dragon? —preguntó Stark.

—Por desgracia, es algo que tendrá que descubrir por sí mismo, siempre que la muerte de su compañera no haya provocado que se haya perdido por completo la persona que era.

—¿Crees que podría haber pasado? ¿Que Dragon esté completamente perdido? —le pregunté.

—Sí, lo creo —respondió Tánatos.

—Lo que significaría que la Oscuridad podría apoderarse de él —dijo Stark—. Y si nuestro maestro de esgrima se pasa a la Oscuridad, todos nosotros tendremos problemas.

—Así es —convino Tánatos.  
¡*Maldita sea!*, pensé yo.



## Lenobia

Había días en los que Lenobia no necesitaba la hora no lectiva que les correspondía a todos los profesores conocida como «hora de planificación», lo que significaba que disponía de una hora entera sin alumnos a los que dar clase.

Aquel no era uno de esos días.

Apenas sonó la campana que indicaba el inicio de la quinta hora, abandonó a toda prisa el ruedo, un ruedo que todavía estaba medio lleno de alumnos luchando entre ellos espadas en ristre y disparando flechas a las dianas.

—La próxima hora deje descansar a Bonnie. Pero no les quite ojo a esos estudiantes. No quiero que molesten a los caballos.

—Descuide, señora. Algunos los tratan como si fueran perros grandes —dijo el vaquero mirando al grupo de iniciados con expresión implacable—. Y no lo son.

—Yo también necesito tomarme una pausa. Estoy cansada de tener que vigilarlos constantemente. No tenía ni idea de la fascinación que despertaban los caballos entre los iniciados que no montan —dijo sacudiendo la cabeza con desgana.

—Váyase tranquila. Hablaré con Darius y Stark. Tienen que controlar mejor a esos chicos.

—No podría estar más de acuerdo —murmuró y, sintiéndose sorprendentemente agradecida por el hecho de que fuera Travis el que aleccionara a los dos guerreros, se alejó adentrándose en la fría calma de la noche.

Su banco estaba tan vacío como lleno estaba el ajetreado edificio. Se había levantado una suave brisa, inusualmente cálida teniendo en cuenta que estaban a finales de invierno. Lenobia lo agradeció, así como la posibilidad de pasar un rato a solas. Entonces se sentó y empezó a hacer girar los hombros, inspirando y expirando profundamente.

No es que se arrepintiera de haber aceptado que los guerreros utilizaran sus dominios para impartir clase, pero le estaba costando acostumbrarse a la afluencia de iniciados, en concreto los que no montaban. Tenía la sensación de que cada vez que se daba la vuelta descubría a otro estudiante por ahí suelto que abandonaba el ruedo en dirección a los establos. En lo que llevaba de día ya había pillado a tres mirando con cara de besugo a una joven yegua que estaba a punto de parir y que, en consecuencia, se mostraba inquieta e irascible, y no estaba de humor para pesados. De hecho, había intentado pegarle un bocado a uno de los chicos, que se había justificado diciendo que «solo pretendía acariciarla».

—Exactamente como si fuera un perro grande —gruñó Lenobia en voz baja.

No obstante, era mejor que el estúpido alumno de tercero al que le había parecido una buena idea apostar con un amigo a que era capaz de levantar uno de los cascos de Bonnie para ver «cuánto pesaba realmente». Bonnie se había asustado cuando el otro había gritado «menuda pata tiene la condenada» y la yegua, desconcertada, había perdido el equilibrio y había caído de rodillas.

Afortunadamente, había aterrizado sobre el serrín del ruedo, y no sobre el cemento, que podría haberle causado serias contusiones o incluso romperle algún hueso.

Travis, que en ese momento estaba enseñando a dar cuerda a un grupo de alumnos habituales, se había ocupado de ellos en menos que canta un gallo. Lenobia sonrió recordando cómo les había agarrado por el cogote y los había lanzado directamente sobre un montón de estiércol de la propia Bonnie y les había dicho que era casi tan grande y pesado como uno de sus cascos. Luego había tranquilizado a su yegua con unas cuantas caricias apaciguadoras, le había dado una de esas galletas de manzana que siempre parecía llevar en el bolsillo y había vuelto con el grupo al que enseñaba las técnicas básicas de la doma como si nada hubiera pasado.

*Se le dan bien los estudiantes, pensó. Casi tan bien como los caballos.*

A decir verdad, Travis Foster se estaba convirtiendo en una persona muy valiosa para sus establos. Lenobia se rio en voz baja. Cuando se enterara Neferet, se iba a llevar un buen disgusto.

No obstante, su risa se desvaneció rápidamente y fue reemplazada por la tensión en el estómago que le había estado rondando desde que había conocido a Travis y a su caballo.

*Se debe al hecho de que sea un humano, se dijo a sí misma Lenobia. No estoy acostumbrada a tratar con ellos.*

Se había olvidado de cómo eran, de lo espontánea que podía resultar su risa, de su capacidad para disfrutar de cosas nuevas que para ella ya no suponían ninguna sorpresa, como un simple amanecer, y de la intensidad con que vivían sus breves existencias.

*Veintisiete, señora.* Esos eran los años que había pasado en este mundo. Había experimentado veintisiete años de amaneceres, mientras que ella había presenciado más de doscientos cuarenta. Y probablemente experimentaría solo unos treinta o cuarenta más, y luego moriría.

¡Sus vidas eran tan breves!

Unas más que otras. Algunos ni siquiera vivían más de veintiún veranos, lo que significaba que los amaneceres no llegaban para llenar una vida.

¡No! Lenobia intentó apartar aquel recuerdo de su mente. No iba a permitir que el vaquero despertara aquellos recuerdos. Les había cerrado la puerta el día en que había sido marcada, aquel terrible y maravilloso día. Y no pensaba volver a abrirla, ni en ese momento ni nunca.

Neferet conocía algunas cosas del pasado de Lenobia. Antiguamente, la alta



sacerdotisa y ella habían sido amigas. Hablaban a menudo y en su momento, Lenobia solía pensar que compartían confidencias. Por supuesto, había sido una falsa amistad. Incluso antes de que Kalona hubiera surgido de la tierra para ponerse de parte de Neferet, Lenobia había empezado a darse cuenta de que había algo en la alta sacerdotisa que no le gustaba nada, algo oscuro e inquietante.

—Está rota —susurró Lenobia en la oscuridad de la noche—. Pero no permitiré que me rompa a mí.

La puerta permanecería cerrada. Para siempre.

En ese momento oyó las potentes pisadas de Bonnie golpeando con fuerza la hierba seca por el frío del invierno y sintió el suave roce de la mente de la enorme yegua. Lenobia se aclaró las ideas y le transmitió un caluroso saludo de bienvenida, a lo que Bonnie respondió con un relincho tan grave que casi pareció que provenía de un dinosaurio que, curiosamente, era como la llamaban muchos de los estudiantes. Aquella idea hizo reír a Lenobia. Todavía estaba riéndose cuando Travis condujo a Bonnie hasta su banco.

—No, lo siento. No tengo galletas —dijo una sonriente Lenobia acariciando el amplio y suave hocico de la yegua.

—Aquí tiene, jefa —dijo Travis pasándole un barquillo a Lenobia mientras se sentaba en el extremo opuesto del banco de hierro forjado.

Lenobia cogió la chuchería y se la tendió a Bonnie, que la agarró con una sorprendente delicadeza teniendo en cuenta su tamaño.

—¿Sabe que un caballo normal se hundiría en la cantidad de esas cosas que le da?

—Es una chica grande, y de vez en cuando le gusta tomar alguna de sus galletas.

Apenas pronunció la palabra «galleta», la yegua levantó las orejas apuntando hacia ella, y él le pasó otra a Lenobia.

—Eres una niña malcriada —dijo esta sacudiendo la cabeza, aunque por el tono de su voz resultaba evidente que estaba sonriendo.

Travis encogió sus anchos hombros.

—Me gusta malcriar a mi chica. Siempre lo he hecho y siempre lo haré.

—A mí me pasa lo mismo con Mujaji —dijo Lenobia acariciando la amplia frente de Bonnie—. Algunas yeguas requieren un trato especial.

—¡Ah! ¿Cuando se trata de su yegua es un «trato especial» y en cambio yo malcrío a la mía?

Ella lo miró a los ojos y descubrió que estaba sonriendo.

—Sí. Por supuesto.

—Por supuesto —dijo él—. En momentos como este me recuerda usted a mi madre.

Lenobia alzó las cejas sorprendida.

—He de decirle que eso suena muy raro, señor Foster.

—Es un cumplido, señora. Mi madre insistía en que las cosas eran siempre como ella decía. Siempre. Era terriblemente testaruda, pero también equilibrada, porque

casi siempre tenía razón.

—¿Casi siempre? —preguntó ella con mordacidad.

Él se rio de nuevo.

—¿Lo ve? Eso es exactamente lo ella hubiera dicho.

—La echa mucho de menos, ¿verdad? —preguntó Lenobia estudiando su bronceado rostro de marcadas facciones. *Parece mayor de veintisiete años, pero de un modo agradable*, pensó.

—Sí —respondió quedamente.

—Eso dice mucho de ella —dijo Lenobia—. Y todo bueno.

—Lluvia Foster tenía muchas cosas buenas.

Lenobia sonrió y sacudió la cabeza.

—Es verdad, me dijo que se llamaba Lluvia. Es un nombre muy poco común.

—No cuando nació ella —respondió Travis—. Lenobia sí que es un nombre poco común.

Lenobia respondió sin pensárselo, como si su lengua hubiera hablado por sí misma.

—No cuando eres hija de una muchacha inglesa del siglo XVIII con grandes aspiraciones.

Apenas terminó la frase, Lenobia apretó con fuerza los labios cerrando su descuidada boca.

—¿No se cansa de vivir tanto tiempo?

Su pregunta la desconcertó. Estaba convencida de que se quedaría pasmado al oír que tenía más de doscientos años. En lugar de eso, solo parecía intrigado. Y por alguna extraña razón aquella sincera curiosidad la relajó de tal modo que respondió con honestidad y sin rodeos.

—Si no fuera por mis caballos, creo que acabaría cansándome de vivir.

Él asintió con la cabeza, como si aquellas palabras tuvieran sentido para él, pero lo único que dijo fue:

—El siglo XVIII. Eso es bastante tiempo. Las cosas han cambiado mucho desde entonces.

—Los caballos no.

—La felicidad y los caballos —dijo él.

Él la miró con una expresión sonriente en sus ojos, y esta volvió a sorprenderse por el color, que parecía haber cambiado, volviéndose más claro.

—Sus ojos —dijo—. Cambian de color.

Las comisuras de sus labios se curvaron levemente.

—Lo sé. Mi madre solía decir que podía saber lo que pensaba por su color.

Lenobia no conseguía apartar la vista de él, a pesar de que estaba cada vez más nerviosa.

Por suerte, Bonnie eligió aquel momento para arrimarle el hocico cabeceando. Lenobia acarició la frente de la yegua mientras intentaba calmar el torbellino de

sentimientos que la presencia humana despertaba en ella. *No. No pienso dejarme llevar por este sinsentido.*

Con una retomada frialdad, Lenobia apartó la vista de la yegua y miró al vaquero.

—Señor Foster, ¿qué está haciendo aquí fuera? Se supone que debería estar vigilando que ningún iniciado metomentodo entre en mis caballerizas.

Sus ojos se oscurecieron de inmediato, recuperando su habitual e inofensivo color marrón y el tono de su voz dejó de ser cordial para volverse profesional.

—He tenido una charla con Darius y Stark y creo que sus caballos estarán a salvo durante lo que queda de clase porque hay dos vampiros muy cabreados instruyendo a sus estudiantes en las técnicas de combate cuerpo a cuerpo, concentrándose especialmente en enseñarles como derribarse mutuamente. —En ese momento se echó atrás el sombrero—. Por lo visto a esos chavales les gusta tan poco como a usted que sus iniciados se dediquen a husmear por ahí, así que van a tenerlos muy ocupados a partir de ahora.

—¡Oh! ¡Vaya! Es una gran noticia —dijo Lenobia.

—Pues sí. Yo también lo creo. Así que se me ocurrió acercarme para ofrecerle algo realmente placentero.

¿Era posible que aquel tipo estuviera coqueteando con ella? Lenobia aplastó el estremecimiento nervioso que le provocó aquella propuesta y lo miró fijamente con expresión fría y serena.

—No se me ocurre de qué manera puede usted proporcionarme ningún tipo de placer.

Habría jurado que sus ojos volvían a aclararse, pero su mirada era tan fría como la suya.

—Bueno, señora. He dado por hecho que habría entendido a qué me refería. Le estoy proponiendo dar un paseo. —A continuación hizo una breve pausa y añadió—: Con Bonnie.

—¿Con Bonnie?

—Sí, con Bonnie. Mi caballo. La chica grande y gris que tiene a su lado, acariciándola con el morro. Esa a la que le gustan las galletas.

—Sé perfectamente quien es Bonnie —le espetó Lenobia.

—Pensé que le gustaría dar un paseo con ella. Por eso la he traído hasta aquí. Y se la he ensillado. —Al ver que Lenobia no decía nada, Travis se echó el sombrero hacia atrás. Parecía ligeramente incómodo—. Cuando necesito relajarme, recordarme a mí mismo que tengo que sonreír o respirar, me subo encima de Bonnie y salimos a galopar un poco. Se mueve bastante deprisa para su tamaño, pero es como cabalgar sobre una montaña, y eso me hace sonreír. Pensé que podría tener el mismo efecto sobre usted. —Entonces vaciló y añadió—: Pero si no le apetece, me la llevo y punto.

Bonnie agachó la cabeza como si también ella le estuviera ofreciendo dar un paseo.

Y entonces Lenobia se decidió. Nunca había dicho que no a un caballo, y ningún

humano, por muy incómoda que le hiciera sentir, iba a conseguir que empezara a hacerlo.

—Creo que podría tener razón, señor Foster.

Acto seguido se levantó, cogió las riendas que sujetaba el vaquero, y las pasó por encima del arqueado cuello de Bonnie.

A juzgar por la reacción de Travis, poniéndose en pie de golpe, Lenobia se dio cuenta de que lo había sorprendido.

—Espere. Le daré el pie.

—No hace falta —respondió ella.

Lenobia le dio la espalda y chasqueó la lengua animando a la yegua a situarse detrás del banco. Moviéndose con una ágil elegancia fruto de décadas de práctica, Lenobia se encaramó primero en el asiento y después en el respaldo de hierro, puso el pie en el estribo y con un suave balanceo, subió a lomos de Bonnie. Una vez arriba se dio cuenta de que Travis había acortado los estribos de la amplia silla vaquera para ajustarla a la longitud de sus piernas, mucho más cortas, de manera que aunque el asiento era demasiado grande, no se sentía extraña, sino bastante cómoda. Entonces bajó la mirada hacia el vaquero y no pudo evitar sonreír, porque le pareció que estaba lejísimos.

Él le devolvió la sonrisa.

—Lo sé.

—Se ve todo muy diferente desde aquí —dijo ella.

—Y tanto. Vaya a dar un paseo con mi chica. Le recordará que tiene que respirar y sonreír. ¡Ah! Y una cosa más, Lenobia. Le agradecería que dejara de llamarme señor Foster. —Travis la saludó tocándose ligeramente el ala del sombrero y, con una sonrisa, añadió lentamente—: Si no le importa, señora.

Lenobia se limitó a levantar una ceja y a continuación dio a Bonnie un ligero apretón con las rodillas y emitió con la boca el ruido similar a un beso que le había oído a Travis. La yegua respondió sin dudar y ambas empezaron a desplazarse lentamente. El viento había seguido aumentando y, junto con la calidez de la noche, a Lenobia le recordó a la primavera. Entonces sonrió.

—Parece que este largo y frío invierno está llegando a su fin, Bonnie. Es posible que se esté acercando la primavera.

La yegua echó las orejas hacia atrás, escuchando, y Lenobia le dio unas palmaditas en el cuello. Luego la situó en dirección norte y empezaron a bordear el muro de piedra, pasando por delante del árbol en el que tantas desgracias habían tenido lugar, y dejando atrás las caballerizas y el ruedo. Luego, alternando el paso con el trote, se dirigieron hacia el lugar donde el este se juntaba con el norte, a la esquina del rectángulo que abarcaba todo el campus. Para cuando llegaron allí, Lenobia era consciente de que había conseguido cogerle el ritmo a Bonnie y de que se había ganado su confianza. Entonces giró a la yegua y la situó en dirección al lugar del que habían partido.

—De acuerdo, preciosa, vamos a ver de qué pasta estás hecha.

Lenobia se inclinó hacia delante, apretó las rodillas, la golpeó con los talones y emitió un fuerte ruido con los labios mientras le azotaba sus enormes nalgas con los extremos de las riendas.

Bonnie echó a correr como si se creyera un cuarto de milla al que acababan de abrir el cajón de salida.

—¡Ja! —gritó Lenobia—. ¡Eso es! ¡Vamos!

Los enormes cascos de Bonnie entraron en la zona verde. Lenobia podía sentir el poderoso latido del corazón de la yegua. El aire cálido de la noche hacía ondear su melena, y la profesora de equitación se inclinó aún más hacia delante, animando a Bonnie a dejarse llevar, a darlo todo.

La yegua respondió aumentando bruscamente la velocidad, algo que no parecía posible para una criatura que pesaba casi una tonelada.

Mientras el viento silbaba a su alrededor, agitando la larga cabellera plateada de Lenobia al mismo tiempo que las crines del percherón, creando una mágica danza en la que se fundían el caballo y el jinete, Lenobia pensó en el antiguo dicho persa: «El aliento del cielo ha de buscarse entre las orejas de un caballo».

—¡Así me gusta! ¡Sí, señora! —chilló Lenobia aferrándose al lomo de la yegua.

El cuerpo de Lenobia se movía libremente, lleno de júbilo, como si ella y Bonnie fueran solo una. No se dio cuenta de que había estado riéndose en voz alta hasta que llegaron a su destino y obligó a la yegua a girar sobre sí misma hasta que finalmente se detuvo, resoplando y cubierta de sudor, junto a Travis y su banco.

—¡Es magnífica! —exclamó Lenobia entre risas inclinándose para abrazar el cuello húmedo de Bonnie.

—Sí. Ya le dije que se sentiría mejor después de montarla —dijo Travis agarrando las bridas de Bonnie y contagiándose de la risa de Lenobia.

—¡Es imposible no sentirse mejor! ¡Ha sido divertidísimo!

—¿Como cabalgar sobre una montaña?

—Exactamente. Como cabalgar sobre una hermosa, inteligente y maravillosa montaña. —Lenobia abrazó de nuevo a Bonnie—. ¿Sabes qué? Que realmente te mereces todas esas galletas —le dijo a la yegua.

Travis se limitó a reír.

En ese momento Lenobia pasó la pierna por encima de la silla para bajar de Bonnie, pero el suelo estaba mucho más lejos de lo que había calculado y se tambaleó. De no ser porque Travis la cogió con fuerza por el codo, se habría caído.

—Cuidado... Con calma, chica —murmuró como si hablara con una potrilla asustada—. El suelo está muy lejos. Si no vas cuidado, podrías hacerte mucho daño.

Sintiendo todavía la adrenalina de la carrera con la yegua, Lenobia se rio.

—¡No me importa! Hubiera valido la pena después de una carrera como esta. ¡Por una carrera así, todo merece la pena!

—Como por algunas chicas... —dijo Travis.

Lenobia levantó la vista y miró al espigado vaquero. Sus ojos se habían aclarado tanto que ya no eran de color avellana. Presentaban unas características motas verde oliva que iluminaban su mirada y que le resultaban inequívocamente familiares.

Lenobia no pensó sino que, dejándose llevar por el instinto, se acercó a él para que la abrazara. Aparentemente, Travis también había dejado de pensar, porque soltó las riendas de Bonnie y rodeó a Lenobia con sus brazos atrayéndola hacia sí. Sus labios se encontraron con una especie de desesperación, en parte pasión y en parte pregunta.

Lenobia podría haber parado, pero no lo hizo. Permitted que sucediera. No, hizo mucho más que eso. Respondió a la pasión de él con la suya propia y respondió a su pregunta con deseo y necesidad.

El beso duró lo suficiente como para que Lenobia reconociera su sabor, y para que se reconociera a sí misma que lo había echado de menos, desesperadamente.

Y entonces empezó a pensar de nuevo.

Solo tuvo que empujarlo ligeramente para que él dejara que se desembarazara de su abrazo.

Lenobia sentía que su cuello daba cabezadas hacia delante y hacia atrás y su corazón latía a toda velocidad.

—No —dijo intentando mantener la respiración bajo control—. No puede ser. No puedo hacerlo.

Sus hermosos ojos con manchas verde oliva la miraron desconcertados.

—Lenobia, cariño. Háblémoslo. Hay algo entre nosotros que no podemos ignorar. Es como si...

—¡No! —Lenobia hizo uso del férreo control al que llevaba siglos recurriendo, enmascarando su deseo, sus necesidades y su miedo con rabia y frialdad—. No supongas cosas que no son. Los humanos se sienten atraídos por los de nuestra especie. Lo que has sentido es lo que habría sentido cualquier hombre si yo me hubiera dignado a besarlo —dijo obligándose a sí misma a reírse—. Y esa es precisamente la razón por la que no acostumbro a besar humanos. No volverá a suceder.

Sin mirar a Travis o a Bonnie, Lenobia se alejó a grandes zancadas. Estaba de espaldas a ellos, de manera que no pudieron ver cómo se tapaba la boca para no dejar escapar un sollozo. Entonces abrió la puerta de las caballerizas con tal fuerza que golpeó el edificio de piedra. Aún así, no se detuvo. Se fue directa a la habitación que tenía encima de la cuadra y, una vez dentro, cerró la puerta con llave.

Entonces, y solo entonces, Lenobia se permitió romper a llorar.



## Neferet

Las cosas estaban yendo a pedir de boca.

Los iniciados rojos estaban causando problemas.

Dallas odiaba a Rephaim con una intensidad simplemente encantadora.

Gaea estaba de los nervios por los humanos que trabajaban en los jardines, hasta el punto que había olvidado cerrar con llave la puerta lateral por la que entraba el servicio y uno de los mendigos que solían frecuentar la calle Cherry, «vete tú a saber cómo», había sentido el impulso de adentrarse en la calle Utica y había accedido al campus.

—Y a punto estuvo de que Dragon, que ve cuervos del escarnio por todas partes, lo cortara en dos —dijo Neferet casi ronroneando.

En ese momento se dio unos golpecitos en la barbilla con expresión pensativa. Detestaba que Tánatos se hubiera instalado en la Casa de la Noche. Pero el lado positivo de que el Alto Consejo se metiera donde no lo llamaban era que obligaban a todos esos alumnos «especiales» a que asistieran a la misma clase, y eso no hacía más que añadir ramas secas a las brasas.

—¡El caos! —rio Neferet—. Va a provocar que salten chispas.

La Oscuridad, su inseparable compañera, se le acercó aún más, enroscándose en sus piernas como una dulce caricia.

Una hora antes, durante el descanso entre clase y clase, había oído a dos de los ridículos amigos de Zoey hablando entre sí. Por lo visto la relación entre las gemelas, Shaunee y Erin, se había enfriado, y aquello estaba afectando a todo la piara.

Neferet soltó un bufido sarcástico.

—Normal. Ninguno de ellos es lo suficientemente fuerte para valerse por sí mismo. Van siempre juntos, como los borregos que son, intentando mantenerse alejados del lobo. —Se iba a divertir de lo lindo observando cómo se desarrollaba aquel pequeño drama—. Tal vez debería hacerme amiga de Erin. En momentos de necesidad... —caviló en voz alta.

Neferet sonrió y descorrió las pesadas cortinas que solían cubrir los enormes ventanales de sus aposentos, divididos por un parteluz, y que la protegían de los ojos curiosos de algunos miembros de la escuela. A continuación abrió las ventanas e inspiró profundamente, llenándose los pulmones de la suave y cálida brisa. Luego cerró los ojos y abrió los sentidos, olfateando el viento en busca de algo más que el olor a incienso del templo y a hierba recién cortada. Abrió la mente para saborear los aromas de las emociones que manaban de la Casa de la Noche y de sus habitantes,

enturbiando el aire.

Era intuitiva, tanto en el sentido literal de la palabra como en el menos literal. De hecho, en ocasiones era capaz de leer los pensamientos, aunque en otras solo podía paladear las emociones. Si dichas emociones eran lo bastante fuertes, o la mente de la persona en cuestión lo suficientemente débil, incluso podía vislumbrar imágenes mentales, representaciones visuales de los pensamientos que habitaban en sus mentes.

Era más sencillo cuando se encontraba cerca de la persona, tanto desde el punto de vista físico como emocional, pero no era imposible tamizar la noche intentando recabar pequeños atisbos, especialmente en una noche tan cargada de emociones como aquella.

Neferet se concentró.

Sí, percibía cierta tristeza. Ahondando aún más reconoció las banales emociones de Shaunee, de Damien, e incluso de Dragon, aunque los sentimientos de los vampiros eran siempre más difíciles de leer que los de los iniciados o de los humanos.

En ese momento pensó en los humanos e intentó inhalar a Aphrodite, tocar al menos una pequeña brizna de las emociones de la joven, pero sin éxito. Aphrodite siempre le había resultado tan inaccesible como Zoey.

—No importa —dijo reprimiendo su frustración—. Hay otros muchos humanos en juego en mi Casa de la Noche.

La alta sacerdotisa se concentró en Rephaim, en sus marcadas facciones que recordaban enormemente a las de su padre y en el enamoramiento que lo había llevado a tomar forma humana...

Nada.

No conseguía dar con Rephaim, aunque estaba convencida de que debía estar lleno de emociones perfectamente legibles. ¡Qué extraño! Los humanos solían ser víctimas extremadamente fáciles. Humanos...

Entonces sonrió y focalizó la atención en un humano mucho más interesante. Se trataba del vaquero, el que había elegido cuidadosamente para la pobre y reprimida Lenobia.

¿Qué era lo que había dicho la profesora de equitación el día que se habían conocido, cuando Lenobia había pensado que eran amigas? ¡Ah!, recordó Neferet. Habían estado hablando de la posibilidad de emparejarse con un humano y del hecho de que ninguna de ellas lo deseaba. Neferet no había admitido que en realidad le revolvió en estómago y que jamás permitiría que uno de ellos la tocara sin reaccionar violentamente. Nunca más. En vez de eso se limitó a escuchar la confesión de Lenobia: «Cuando lo perdí, casi pierdo la razón. No dejaré que vuelva a sucederme, de manera que prefiero mantenerme alejada de todos los humanos, sin excepción».

La alta sacerdotisa cerró los ojos, inspiró profundamente y se clavó sus largas y afiladas uñas en la palma de su mano izquierda. Luego, mientras la sangre brotaba y



después empezaba a gotear, la ofreció a las sombras escrutadoras, pensando en el vaquero que había plantado en la tierra del ruedo de Lenobia, que apestaba a estiércol.

*Fuerzas oscuras, llenad mi ser,  
para que sus emociones pueda ver.*

El dolor que sentía en la palma de la mano no fue nada comparado con el chute de energía que recibió en aquel momento. Neferet la controló y la dirigió hacia las cabellerizas. El sacrificio fue justamente recompensado. Podía sentir la calidez y la compasión del vaquero humano, su alegría y su deseo. Y entonces se rio en voz alta porque percibió también su dolor y su confusión junto con una corriente inversa que solo podía corresponder a la congoja de Lenobia.

—¡Qué delicia! Todo está saliendo según lo planeado.

Distraídamente, se desembarazó del más agresivo de los hilos de la Oscuridad y se lamió las heridas de la mano, cerrándolas.

—Eso es todo por ahora. Si queréis más, tendréis que esperar un poco.

Entonces se rio al comprobar su reticencia a dejar de alimentarse de ella. Aún así, le resultó muy fácil someterlas. *Saben muy bien que mi verdadera lealtad, mi auténtico sacrificio, es solo para él, el toro blanco.* Solo pensar en él y en su extraordinario poder hizo que Neferet se estremeciera de añoranza. *Tiene todo lo que cualquier dios o diosa debería tener. ¡Tengo tanto que aprender de él!*

Entonces lo decidió. Le pondría una excusa a la entrometida de Tánatos y dejaría el colegio antes del amanecer. Tenía que estar con el toro blanco. Necesitaba absorber un poco más de su energía.

Seguidamente cerró los ojos e inspiró el aire nocturno, regodeándose con la idea de encontrarse con su consorte, la Oscuridad en persona. Y, por un momento, Neferet creyó ser casi feliz.

Justo en aquel momento, ella se entrometió. Ella siempre se entrometía.

—En serio, Shaunee. No puedes quedarte aquí.

Neferet hizo una mueca de asco, abrió los ojos y se asomó a la ventana para ver lo que sucedía en la acera de abajo. Zoey tenía a la chica negra cogida por el brazo, como si intentara evitar que se dirigiera al aparcamiento.

—Te aseguro que lo he intentado, pero el día de hoy ha sido una pesadilla. Una auténtica pesadilla. Así que voy a coger la bolsa con mis cosas que cogí de la estación y que dejé en el minibús y voy a instalarme en mi antigua habitación en el ala de las chicas.

—Por favor, no —dijo Zoey.

—Tengo que hacerlo. Erin hiere mis sentimientos una y otra vez. —A Neferet le pareció que la chica estaba a punto de llorar. Su debilidad repugnó a la Tsi Sgili—. Además, ¿qué importancia tiene?

—¡Tiene mucha importancia! Eres una de los nuestros. —Neferet detestó el afecto sincero que se percibía en la voz de Zoey—. Puedes estar cabreada con Erin, incluso podéis dejar de ser mejores amigas, pero no puedes permitir que toda tu vida explote por ese motivo.

—No soy yo la que explota. Es ella —protestó Shaunee.

—Entonces demuéstrole que eres mejor persona que ella. Sé quien quieras ser. Tal vez así le demostrarás que podéis volver a ser amigas.

—Pero no gemelas. —Shaunee habló en un tono de voz tan bajo que Neferet apenas pudo oírla—. No quiero volver a ser la gemela de nadie. Solo quiero ser yo misma.

Zoey sonrió.

—Eso es precisamente lo que tienes que hacer. Ve a la sexta hora y te prometo que hablaré con Erin. Las dos sois parte de nuestro círculo, y eso tiene que contar algo.

Shaunee asintió lentamente con la cabeza.

—De acuerdo, pero solo si hablas con ella.

—Lo haré.

Neferet hizo otra mueca de desagrado cuando Zoey abrazó a la chica negra que empezó a desandar el camino que conducía al edificio principal del colegio. Se había imaginado que Zoey la acompañaría, pero en vez de eso la joven dejó caer los hombros y se frotó la frente como si le doliera. *Si esa pequeña zorra dejara de inmiscuirse en los asuntos de sus superiores, no tendría tantas preocupaciones*, pensó Neferet mientras observaba a Zoey bajar de la acera y pegar un sonoro puntapié a una lata que, sin lugar a dudas, los malditos humanos encargados del cuidado del jardín habían olvidado. Consciente del efecto que tendría en la quisquillosa Gaea el hecho de que hubieran dejado restos de basura por ahí tirados, Neferet sonrió.

La lata de Zoey rodó hasta chocar con la raíz de uno de los enormes robles que salpicaban los terrenos del colegio. Las ramas desnudas se agitaron con otra fuerte ráfaga de viento cálido, casi ocultándola a su vista, casi como si la rodearan para protegerla mientras la joven se agachaba para recoger la lata.

*Protegerla...*

Neferet abrió mucho los ojos. ¿Qué pasaría si Zoey realmente necesitara protección? Ciertamente, los árboles no lo harían, no sin que esa chica insoportable invocara a las fuerzas de la tierra. Y Zoey no caería en la cuenta de que tenía que invocar al elemento si una repentina ráfaga de viento, un repentino «accidente», provocara la rotura de una rama y cayera sobre ella.

Zoey no se daría cuenta de lo que estaba pasando hasta que fuera demasiado tarde.

Sin inmutarse lo más mínimo, Neferet introdujo sus uñas en los cortes rosados, que todavía no se habían cerrado y, levantando la palma de la mano rebosante de sangre dijo:

*Bebed y obedeced. La rama debe hacer algo más que agitarse. Arrancadla, rompedla, arrojadla al suelo. Aplastad, herid, matad a la chica llamada Zoey.*

Neferet se preparó psicológicamente para el dolor que conllevaba el que la Oscuridad se alimentara de ella, y se sorprendió al darse cuenta de que no sentía nada. Entonces echó un vistazo a las ramas y a continuación se miró la palma de la mano. Los pegajosos zarcillos de la Oscuridad se agitaban y retorcían a su alrededor, pero no se alimentaban.

*Lo que pides tienta al destino.*

*Es por eso que el sacrificio ha de ser grande.*

El sonsonete fluyó en el interior de su mente, y Neferet reconoció en él el eco de su poderoso consorte.

—¿Qué necesitas de mí? ¿Cuál debe ser el sacrificio?

La respuesta retumbó en la cabeza de la alta sacerdotisa.

*Su fuerza vital requiere que el sacrificio sea equiparable a tu orden.*

La rabia se apoderó de Neferet. ¡Zoey siempre causándole problemas! Con un esfuerzo enorme, Neferet rebajó el tono para que sus palabras no ofendieran a su consorte.

*Cambio mi petición. No matarla será mejor. Asústala. Lastímalas. Pero deja su línea vital intacta y pura.*

Entregándose al dolor, los hilos de la Oscuridad cayeron sobre la sangre acumulada en la mano de Neferet. Ella no se estremeció, ni gritó, sino que sonrió y apuntó hacia el árbol.

*Mi sangre es para ti. Yo te lo ordeno: hágase mi voluntad.*

La Oscuridad fluyó a chorros a través de la ventana de Neferet e, imitando al viento, empezó a girar alrededor de las poderosas ramas del roble formando remolinos. Neferet lo observó todo obnubilada. Zoey había recogido la lata y se alejaba lentamente del árbol en dirección a la acera.

No obstante, el viejo roble era enorme y la joven seguía debajo.

Como si se tratase de un látigo, los zarcillos de la Oscuridad rodearon la más baja de sus ramas. A continuación se oyó un terrible y maravilloso crujido, y la madera se quebró y cayó mientras Zoey miraba hacia arriba con los ojos y la boca muy abiertos, completamente paralizada.

A pesar de lo que su consorte había dicho, por un delicioso momento Neferet creyó que Zoey había muerto.

Y entonces, inesperadamente, una especie de borrón plateado irrumpió en la escena. Zoey cayó al suelo, quedando fuera de la trayectoria de la rama, que se estrelló contra el suelo sin causar ningún daño. Mientras Neferet lo observaba, incrédula, Aurox y Zoey empezaron a moverse lentamente, desenrollándose de la maraña en la que se habían convertido sus cuerpos cuando la había salvado del «accidente».

Emitiendo un ruido de absoluto desprecio, Neferet se apartó de la ventana y

corrió las pesadas cortinas.

—Decidle a mi consorte que, en mi opinión, podría haberle causado alguna que otra magulladura más —dijo dirigiéndose a los retorcidos hilos que le acompañaban permanentemente, a sabiendas que, aunque no le transmitirían sus palabras exactas, al menos haría llegar su intención al toro blanco—. Creo que mi sangre merece algo más que un revolcón, aunque soy consciente de que ha sido muy astuto por su parte enviar a Aurox a rescatarla. Eso hará que prospere la idea entre esos estúpidos iniciados de que la criatura es un héroe.

Los ojos color esmeralda de Neferet se abrieron aún más cuando cayó en la cuenta de algo que no había considerado hasta ese momento.

—¡Qué maravilloso sería que uno de los estúpidos iniciados que consideran al recipiente como una figura heroica fuera la propia Zoey Redbird!

La Oscuridad se replegó alrededor de sus piernas mientras abandonaba la habitación y, con una sonrisa maliciosa, fue en busca de Tánatos.

## Zoey

De manera que acababa de realizar una buena acción, mejor dicho, dos. Había convencido a Shaunee para que desistiera de su idea de abandonar la estación, y había recogido restos de basura tirada por el suelo. Tenía la lata en la mano pensando en lo mucho que me apetecía tomarme un refresco cuando el viento, que llevaba toda la noche haciendo cosas raras, se levantó y ¡crac!, la gigantesca rama que tenía justo encima se rompió, desprendiéndose del árbol. No tuve tiempo de hacer nada excepto quedarme mirando con la boca abierta, paralizada por el miedo, y entonces me asestó un golpe bajo y fuerte por un lateral, como había visto hacer un trillón de veces en los partidos de fútbol americano. El impacto me dejó sin aire y sentí como si me fuera a ahogar bajo un chico que pesaba, al menos, una tonelada.

—¡Aparta! —acerté a decir jadeando, intentando liberarme de su pesada pierna. Después de un rato forcejeando, finalmente conseguí que se quitara de encima con un gruñido. Una vez me liberó de su peso, por fin pude tomar un poco de aire e incorporarme ligeramente, apoyándome sobre los hombros. Mi mente trabajaba lentamente. Entonces, por el rabillo del ojo, vi la enorme rama, que todavía temblaba debido al fuerte impacto contra el suelo. *Podría haberme matado*, pensé levantando la vista hacia la persona a la que debía un enorme «gracias».

Unos ojos del color de las piedras de luna me observaban fijamente. En el mismo instante en que nuestras miradas se cruzaron, levantó las manos y dio un paso atrás, como si esperara que me abalanzara sobre él dispuesta a atacarlo.

La piedra vidente que reposaba entre mis pechos empezó a emitir calor, inundando mi cuerpo de una sensación de calidez que parecía haberse acentuado por el contacto con la piel de Aurox. Debía de ser fruto de mi imaginación, pero el caso

es que el calor de la piedra persistía por todo mi cuerpo a pesar de que ya no nos estábamos tocando.

—Estaba haciendo la ronda.

—Sí, claro —dije apartando la mirada de él, fingiendo que estaba demasiado ocupada sacudiéndome la hierba y las hojas de la falda mientras intentaba poner un poco de orden en mis confusos pensamientos—. Lo haces mucho.

—Te vi debajo del árbol.

—Ajá. —Sin dejar de sacudirme la hierba y demás cosas por el estilo, de pronto caí en la cuenta: ¡Aurox te ha salvado la vida!

—No pensaba acercarme a ti, pero entonces oí el ruido de la rama al romperse. Creí que no llegaría a tiempo —explicó con voz temblorosa.

Entonces levanté la vista y lo miré. Parecía superincómodo. Mientras lo observaba detenidamente, allí en pie, como un pasmarote, de repente me di cuenta de que, independientemente de quién fuera realmente, en aquel momento era solo un chico inseguro que se sentía fuera de lugar, como cualquier otro adolescente.

Una parte del agobio y de la terrible ansiedad que sentía desde que lo había visto por primera vez empezó a desvanecerse.

—Bueno, pues me alegro de que al final lo consiguieras —dije intentando sonar lo más calmada posible y mantener mis emociones bajo control. Solo me faltaba que apareciera Stark dispuesto a atacar a quien se le pusiera por delante—. Y puedes bajar los brazos. No voy a morderte ni nada parecido.

Él los bajó y se metió las manos en los bolsillos.

—No era mi intención tirarte al suelo. No pretendía lastimarte —se justificó.

—Esa rama podría haberme hecho mucho más daño. Además, ha sido un buen placaje. Heath le habría dado el visto bueno.

Apenas terminé la frase, cerré la boca de golpe. ¿Por qué demonios le estaba hablando de Heath?

Aurox miró a su alrededor con expresión confundida.

—Lo que quiero decir es que me alegro de que me salvaras.

Él parpadeó, aturdido.

—De nada.

A continuación empecé a levantarme y él me tendió una mano. Yo me quedé mirándola. Era una mano de lo más normal. No había nada en ella que recordara a una pezuña. Entonces deslicé la mía entre sus dedos y nuestras palmas se juntaron. En ese momento supe que no me lo había imaginado. Su piel irradiaba el mismo calor que la piedra vidente.

Apenas me puse en pie, retiré mi mano de la suya.

—Gracias —dije—. Una vez más.

—De nada. —A continuación hizo una pausa y sonrió—. Una vez más.

—Será mejor que vuelva a clase. Está a punto de empezar la sexta hora —dije, rompiendo el silencio que se había instalado entre nosotros—. Tengo que terminar de

acicalar una yegua.

—Y yo tengo que continuar con la ronda.

—Entonces, ¿solo tienes clase a primera hora?

—Sí. Son órdenes de Neferet —dijo.

Me pareció percibir algo extraño en su voz. No se trataba exactamente de tristeza, sino más bien de resignación, además de un cierto embarazo.

—Bien, entonces te veo mañana a primera hora.

No estaba segura de qué más decir. Él asintió y ambos nos dimos la vuelta y empezamos a caminar en dirección contraria, pero había algo referente a la clase que teníamos a primera hora que me rondaba por la cabeza y que me no me dejaba en paz.

—¡Aurox! ¡Espera! —Con expresión intrigada, el joven regresó sobre sus pasos y se reunió conmigo junto a la rama rota—. Respecto a la pregunta que has escrito hoy, ¿lo decías en serio?

—¿En serio?

—Quiero decir... ¿de verdad no sabes qué eres? —le pregunté.

Él vacilo antes de responderme durante lo que me pareció una eternidad. Me di cuenta de que estaba pensando, y tal vez sopesando, lo que debía o no debía decir. Me estaba preparando para soltar algún cliché del tipo «no te preocupes, no se lo diré a nadie» (y, que además era mentira), cuando finalmente respondió.

—Sé lo que se supone que soy. Lo que desconozco es si soy solo eso.

Nuestros ojos se encontraron y esta vez pude percibir claramente la tristeza en ellos.

—Espero que Tánatos te ayude a encontrar la respuesta.

—Yo también. —Entonces me sorprendió añadiendo—: Tú no tienes un espíritu malvado, Zoey.

—Bueno, no soy la chica más maja del mundo, pero intento no ser una mala persona —dije.

Él asintió con la cabeza como si lo que había dicho tuviera sentido para él.

—Bueno, ahora tengo que irme. Buena suerte con el resto de la ronda.

—Ten cuidado cuando pases debajo de los árboles —dijo él antes de echar a correr.

Yo levanté la vista y me quedé mirando el árbol. Él viento, que hacía un momento soplaba con una fuerza inusitada, se había convertido en una suave brisa casi imperceptible. El viejo roble parecía fuerte, firme y totalmente inquebrantable. Mientras caminaba de vuelta al edificio principal para asistir a la sexta hora, pensé en lo engañosas que pueden resultar las apariencias.



## Zoey

Os aseguro que mi intención era volver a clase. Directa a la sexta hora. De verdad. En contra de lo que mi comportamiento de los últimos días pudiera dar a entender, no soy una de esas que se salta las clases. Al fin y al cabo, los deberes seguirían ahí cuando volviera al día siguiente. A lo que habría que añadir el bonus extra de meterme en líos.

Sinceramente, la idea de que me obligaran a quedarme horas extra o que me infligieran cualquier otro castigo totalmente ineficaz de los que se suelen utilizar en los institutos y que implican encerrar a los buenos chicos en una sala de estudio con un montón de gamberros y delincuentes habituales me ponía la carne de gallina. ¿Acaso no se dan cuenta de que eso causará aún más problemas?

En cualquier caso, cuando había recorrido aproximadamente la mitad del camino que me separaba de los establos, Tánatos pareció materializarse de entre las sombras junto a la acera, haciéndome dar un salto y llevarme la mano al corazón para asegurarme de que no se me saliera del pecho.

—No pretendía sobresaltarte —dijo ella.

—Sí, bueno. He tenido un día algo espeluznante —respondí. De pronto recordé el modo en que el viento se había levantando a su alrededor cuando se había cabreado con Dallas y añadí—: Oye, ¿tienes una afinidad con el viento? —Ella se me quedó mirando con una ceja levantada y, recordando lo poderosa y terrorífica que podía llegar a ser y dije—: A no ser que pienses que no es asunto mío. No pretendo ser maleducada ni nada de eso.

—No estás siendo maleducada, y mi cercanía con el viento no es ningún secreto. En realidad no se trata de una afinidad propiamente dicha. No puedo invocar el elemento, aunque a menudo se manifiesta cuando lo necesito. Llevo mucho tiempo pensando que el aire se mantiene cerca de mí debido a mi verdadera afinidad.

—¿La muerte? —Aquello sí que despertó mi curiosidad—. Pensaba que era el espíritu el que permanecía cerca de ti debido a tu afinidad.

—Parece lógico, pero mi afinidad solo guarda relación con ayudar a los muertos a pasar al otro lado, y en ocasiones con apaciguar a vivos que se han quedado solos. —Mientras hablábamos, caminábamos lentamente, la una junto a la otra, dejándonos llevar por un ritmo pausado—. Los muertos se mueven como el viento, o al menos es así como se me manifiestan. Son etéreos, diáfanos. Parece como si carecieran de sustancia, pero son muy reales.

—Como el viento —dijo, entendido a lo que se refería—. Es real. Puede

desplazar cosas, pero no se ve.

—Exacto. ¿Por qué me preguntas sobre el aire?

—Bueno, hoy se está comportando de forma extraña. Me preguntaba si habías notado algo extraño en su forma de actuar.

—¿Como si alguien lo estuviera manipulando?

—Sí, exacto —respondí.

—No, yo no diría que el aire esté siendo manipulado. —En ese momento levantó la vista y se fijó en las ramas de los árboles más cercanos, que se balanceaban suavemente, con indolencia, como si siguieran una lenta y silenciosa melodía—. Parece que ahora se ha calmado.

—Así es. —Entonces me pregunté si tal vez no había sido el aire el responsable de que la rama estuviera a punto de aplastarme. *No me seas paranoica*, me recordé a mí misma con firmeza. Justo en ese momento, las palabras de Tánatos borraron de mi mente cualquier idea sobre el extraño comportamiento del viento y sobre la paranoia:

—Zoey, debo comentar un par de cosas contigo. Lo primero es una petición, y lo segundo es una solicitud de perdón.

—Puedes pedirme lo que quieras. —*Pero tendré mucho cuidado de cómo te respondo*, añadí para mis adentros—. Y no sé por qué necesitas que te perdone.

—Primero la pregunta, y luego ya te lo explicaré. Me gustaría pedirte que te unas a mí en una discusión que tendremos en clase mañana. —En ese momento levantó la mano para interrumpirme cuando abrí la boca para contestar «vale, como quieras»—. Deberías saber que tratará sobre cómo sobreponerse a la muerte de un progenitor.

De pronto sentí que se me secaba la garganta. Tragué saliva y dije:

—Me va a resultar muy difícil, la muerte de mi madre es demasiado reciente.

Tánatos asintió con la cabeza, y luego, con mucho tacto, añadió:

—Sí, soy consciente de ello. Pero hay varios estudiantes que tampoco se han recuperado de la pérdida de uno de sus padres, aunque la tuya es la única, de momento, que se debe a la muerte.

—¿Cómo?

—Otros tres estudiantes hicieron la misma pregunta que tú.

—¿En serio?

—Sí. Has de saber que se trata de una experiencia universal para todos lo que completamos el Cambio. No somos inmortales, pero sobreviviremos a nuestros padres humanos. Muchos de nosotros optamos por cortar los lazos con los mortales de nuestra infancia al inicio de nuestras vidas como vampiros. Hace que parezca que la irremediable pérdida sea menos dolorosa. Otros seguimos manteniendo relaciones con las personas de nuestro pasado, aparentemente, porque hace que la pérdida sea menos dolorosa.

—Pero mi caso es diferente. No soy una vampira, y a mi madre la mataron. No murió porque era anciana y le había llegado la hora.

—¿Tenías una relación muy estrecha con ella?



Yo apreté los ojos con fuerza. No quería echarme a llorar.

—No. Durante los últimos tres años, no.

—Entonces, ¿lo que más te tortura es la forma en que murió?

Pensé cuidadosamente en la pregunta antes de contestar a Tánatos.

—En parte sí. Creo que saber exactamente lo que le sucedió me ayudaría a pasar página. Pero también está el hecho de que ahora que ya no está, no existe ninguna posibilidad de que recuperemos nuestra relación.

—Efectivamente esa posibilidad ya no existe en esta vida, pero si te espera en el Otro Mundo, podréis reencontraros —dijo Tánatos—. ¿Conocía a la Diosa?

Yo sonreí, esta vez a través de las lágrimas.

—Mamá no conocía a Nyx, pero Nyx conocía a mamá. La Diosa me envió un sueño la noche que murió, y vi cómo mi madre era bien recibida en el Otro Mundo.

—Bien. En ese caso tu espíritu debería sentirse aliviado y desembarazarse de la tristeza. Lo único que queda por resolver es la incertidumbre que rodea a su muerte.

—Su asesinato —la corregí—. A mamá la mataron.

A continuación se hizo un largo silencio y luego me preguntó:

—¿Cómo la mataron exactamente?

—La policía dice que fueron unos drogatas que entraron en casa de mi abuela para desvalijarla. Mamá estaba allí y se cruzó en su camino. —Mi voz sonaba tan vacía como me sentía yo.

—No, me refiero a «cómo» la mataron. ¿Qué tipo de heridas le infligieron?

En ese momento recordé que mi abuela me contó que había habido ensañamiento, pero que mamá no había sufrido. También recordé la expresión sombría de su rostro mientras me lo contaba. Entonces volví a tragar saliva.

—Lo único que sé es que fue muy violento.

—¿Tu abuela vio el cadáver?

—Sí, lo encontró ella.

—Zoey, ¿hay alguna posibilidad de que tu abuela hable conmigo sobre el asesinato de tu madre?

—Estoy segura de que no tendría ningún inconveniente. ¿Por qué? ¿De qué serviría?

—No quiero que te hagas demasiadas ilusiones, pero cuando se produce una muerte violenta, queda impresa en el tejido mismo de la tierra, y en ese caso podría acceder a las imágenes de la muerte.

—¿Podrías ver como mataron a mamá?

—Tal vez. Solo tal vez. Pero primero tendría que hacer una serie de preguntas a tu abuela para saber si existe alguna posibilidad.

—No puedo garantizarte cuánto puede contarte mi abuela. En este preciso momento está llevando a cabo los siete días de ritual de purificación después de una muerte. —En respuesta a la mirada interrogante de Tánatos, le expliqué—: La abuela es una mujer sabia de la tribu de los cheroquis. Observa la antigua religión y practica

sus ritos.

—Entonces es importante que hable con ella inmediatamente para comprobar si existe alguna posibilidad de resucitar las imágenes de la muerte de tu madre. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde su muerte?

—La asesinaron el jueves pasado, por la noche.

Tánatos asintió.

—Mañana se cumplirán cinco días. Necesito hablar con tu abuela hoy mismo.

—De acuerdo. Te llevaría a su granja de lavanda, pero sé que no quiere que nadie se acerque allí hasta que haya concluido el ritual de limpieza.

—Zoey, ¿tu abuela no tiene móvil?

—Pues sí... ¿Quieres llamarla?

Tánatos hizo una mueca.

—Aunque no lo parezca, yo también vivo en el siglo XXI.

Sintiéndome como una imbécil, le di el número de mi abuela mientras Tánatos lo memorizaba en su iPhone.

—La llamaré, pero prefiero hacerlo a solas.

Por la expresión de su rostro, supe que no quería que escuchara el tipo de preguntas que iba a hacerle a la abuela, y asentí rápidamente.

—Sí, lo entiendo. No me importa. Además, tengo que ir a clase.

—¿Puedo pedirte perdón primero?

—Sí, claro. ¿Pero, por qué?

—Antes dije una mentira. Me gustaría pedirte perdón por ello, y también rogarte que no le cuentes a nadie lo que estoy a punto de revelarte. Ni siquiera a tu guerrero ni a tu mejor amiga.

—De acuerdo. Te guardaré el secreto.

—Cuando Stark me preguntó si veía la Oscuridad que rodea a Neferet y a los iniciados rojos de Dallas, respondí con una falsedad.

Yo parpadeé sorprendida.

—¿Quieres decir que puedes ver la Oscuridad?

—Así es.

Yo sacudí la cabeza incrédula.

—Entonces también tendrás que pedir perdón a Stark, a Rephaim y a Stevie Rae. Son ellos los que pueden ver la Oscuridad junto contigo y los que se sentirían más ofendidos por tu mentira.

—No pueden saberlo. Necesito que me des tu palabra de que no se lo contarás.

—¿Por qué? ¿Cuál es la razón por la que yo debería saberlo y ellos no?

En vez de darme una respuesta clara, se limitó a empezar a divagar.

—He vivido durante más de cinco siglos y durante la mayor parte de ese tiempo he tenido que tratar con la muerte diariamente. He visto la Oscuridad. He presenciado sus carnicerías, lo que deja a su paso y cómo se cobra sus favores. Reconozco demasiado bien sus hilos y sus sombras. Quizás por el hecho de que la haya

observado durante tanto tiempo, también puedo ver su contrario, lo que debilita su fuerza y le hace flaquear.

—¿De qué estás hablando? —exclamé, aunque en realidad solo tenía ganas de ponerme a chillar.

—De ti, Zoey Redbird. Hay algo en ti que la Oscuridad no puede tocar. Por lo tanto, tu destino es permanecer en la Luz y liderar la batalla contra la maldad.

—No, no quiero liderar ninguna batalla. Hazlo tú. O pídeselo a Darius. O incluso a Stark. ¡Maldita sea! Díselo a Sgiach y a los guardianes. Son todos líderes, guerreros que saben cómo luchar. Yo no sé nada. ¡Ni siquiera sé qué hacer sin mi madre! —concluí con voz entrecortada y con la mano en el pecho porque me faltaba el aliento. Tánatos no dijo nada y, cuando vi que se limitaba a mirarme fijamente con sus ojos oscuros, me esforcé por controlar mi voz para que no sonara tan desquiciada y añadí —: Yo no quiero esto. Solo quiero ser una chica normal.

—Puede que esa sea una de las razones por la que esto ha recaído sobre tus hombros, joven alta sacerdotisa, porque no lo quieres. Tal vez así el poder que conlleva la reivindicación no conseguirá corromperte.

—Como Frodo —susurré, más para mí misma que para Tánatos—. Él nunca quiso el maldito anillo.

—J. R. R. Tolkien. Buenos libros, excelentes películas.

Yo la miré sorprendida y luego dije:

—Ah, sí. Entiendo. Estamos en el siglo XXI. Probablemente tienes televisión por cable.

—Sí, por supuesto que la tengo.

—Me alegro mucho por ti, pero volvamos a la cuestión del portador del anillo. Si no recuerdo mal, y estoy convencida de que no porque he visto la versión extendida de la película más o menos un trillón de veces, Frodo acaba prácticamente desquiciado por culpa de ese anillo que no quería portar.

—Y gracias a eso salva al mundo de la Oscuridad —sentenció Tánatos.

En ese momento, un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

—Pero yo no quiero morir. Ni siquiera quiero salvar el mundo.

—La muerte nos llega a todos antes o después —respondió Tánatos.

Yo volví a negar con la cabeza.

—Yo no soy la portadora de ningún anillo. Solo soy una adolescente.

—Una adolescente que ya ha conseguido recuperar su vida de la Oscuridad, y no solo una vez, sino varias.

—De acuerdo, si sabes eso, y si sabes que Neferet está del lado de la Oscuridad porque puedes verlo, ¿por qué finges que no es así?

—Estoy aquí para resolver la cuestión de Neferet y de a quién ha jurado realmente lealtad de una vez por todas.

—Entonces, cuéntale al Alto Consejo lo de la Oscuridad que la rodea.

—¿Y que simplemente le impongan un pequeño castigo, para que regrese luego,

quizás con más fuerza, y siga haciendo el mal? ¿Y si de verdad fuera la consorte de la Oscuridad? Si así fuera, tendrá que vérselas con todo el poder del Alto Consejo, y para que esto suceda tendríamos que tener pruebas irrefutables de que ha abandonado para siempre el camino de la Diosa.

—Para eso estás tú aquí. Para conseguir esas pruebas.

—Sí.

—No le contaré a nadie que puedes ver la Oscuridad. Y voy a ser muy sincera contigo, prepárate para ver un montón. Y prepárate también para conseguir esas pruebas, porque estoy absolutamente convencida de que Neferet se ha pasado al otro lado. —Estuve a punto de añadir que incluso había dejado de ser mortal, pero decidí callármelo. Era algo que Tánatos tendría que averiguar por sí misma—. ¡Ah! Y estás perdonada, pero tienes que prometerme que tendrás los ojos bien abiertos y que, cuando llegue el momento, te asegurarás de que el Consejo haga lo correcto.

—Te doy mi palabra.

—Bien —dije. Y después, mientras Tánatos llamaba por teléfono a la abuela, finalmente regresé a clase para asistir a la sexta hora.

## Shaunee

Hasta aquel momento no se le había ocurrido pensar en lo difícil que iba a resultar dejar de ser la gemela de Erin. Era como si ese simple hecho, el que Erin ya no fuera su mejor amiga, hubiera cambiado por completo su proyecto vital.

¡Era todo tan confuso!

¿En qué momento había dejado de ser Shaunee para convertirse en «una gemela»? En realidad no lo sabía con exactitud. Las habían marcado el mismo día y habían llegado a la Casa de la Noche de Tulsa exactamente a la misma hora. Y en ese preciso instante se hicieron amigas. Shaunee pensó que se debía a que eran hermanas del alma porque no había tenido ninguna importancia el hecho de que una fuera negra y la otra blanca o que ella fuera de Connecticut y Erin de Tulsa. Y una vez se hicieron amigas, Shaunee nunca más volvió a sentirse sola. Sobre todo porque nunca había tenido que estar sola. En el sentido literal de la palabra. Ella y Erin eran compañeras de habitación, tenían el mismo horario de clases, iban a las mismas fiestas y solo salían con chicos que eran amigos entre sí.

Sentada allí, sin compañía, Shaunee sacudió la cabeza. Desde donde estaba, oía a Erin riendo con Kramisha desde algún lugar en la parte trasera del autobús. Por un breve instante se le pasó por la cabeza una idea de lo más perversa: *imagino que ha decidido que dejemos de ser mejores amigas para buscarme una sustituta de color*. Pero Shaunee la rechazó de inmediato. No tenía nada que ver con el color de la piel. Nunca lo había tenido. Tenía que ver con el hecho de que no podía estar sola. Lo que resultaba superirónico, porque el haberlo descubierto en cierto modo la había puesto

en una situación en la que debía estar sola.

—¡Hey! ¿Puedo sentarme aquí?

Shaunee apartó la vista de la ventana y del cielo diáfano previo al amanecer y miró a Damien, que estaba en pie en el pasillo del autobús.

—Sí, claro.

—Gracias —dijo tomando asiento junto a ella y dejando caer la pesada bolsa llena de libros entre sus pies—. Me han puesto un porrón de deberes, ¿y a ti?

—Bueno, sí —respondió Shaunee—. Supongo que sí. Oye, ¿has visto a Zoey en la sexta hora?

—No, durante la sexta hora no. Tenía estudios ecuestres y yo economía, pero la he visto justo después de acabar las clases. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—¿Te pareció que estaba bien?

—¿Bien? ¿Te refieres a bien físicamente o a bien en plan «no-estresada»?

—Zoey siempre está estresada. Me refiero a físicamente.

—¡Ah, sí! ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada —dijo Shaunee—. Es solo que... ummm... La he visto al principio de la sexta hora. Hemos estado hablando aquí, junto al aparcamiento, y luego hemos vuelto a clase. —En ese momento examinó a Damien preguntándose si debía contarle la verdad—. ¿Has notado algo extraño en el aire esta noche?

Damien ladeó la cabeza.

—¿Extraño? No. Bueno, hacía viento, pero eso no tiene nada de extraño aquí, en Oklahoma. Ya sabes, este es el estado donde «el viento desciende por las colinas» —canturreó.

—Lo sé, señor «musical de Broadway». Solo sugiero que el viento soplaba con una fuerza fuera de lo común cuando Zoey y yo nos hemos separado y me ha parecido oír que han caído algunas ramas...

—Es verdad, se ha roto la rama de un árbol —interrumpió Stark mientras Zoey y él se acomodaban en el asiento de delante de Damien y Shaunee.

—Sí. El viento estaba un poco loco hoy —añadió Stevie Rae sentándose junto a Rephaim en los asientos situados al otro lado del pasillo—. ¡Pero, qué te voy a decir a ti! Sería como explicarte que el arroz es blanco.

—¿Qué se supone que significa esa chorrada? —intervino Aphrodite, obligando a Zoey a hacerse a un lado y metiéndose como podía junto a ella mientras Darius hacía un rápido recuento, se situaba en el asiento del conductor y arrancaba el coche.

—Significa, señorita Odiosa, que Damien sabe de sobra que hoy hacía viento porque su afinidad es con el viento. Del mismo modo que el arroz es blanco. No entiendo qué tiene la analogía para que te resulte tan difícil de entender —dijo Stevie Rae.

—Cierra la boca —respondió Aphrodite.

—El arroz también puede marrón —dijo Shaunee.

Aphrodite levantó una ceja.

—¿Acabas de hacer un comentario sarcástico por ti misma, sin ayuda de tu gemela?

—Sí —respondió Shaunee, mirándola fijamente a los ojos.

Aphrodite soltó un bufido y apartó la vista, no sin antes decir:

—Pues ya era hora.

—Volviendo al tema del viento —dijo Zoey—, es cierto que estaba un poco loco hoy, e incluso rompió una rama de uno de los viejos robles —dijo encogiéndose de hombros—. Pero, como bien ha dicho Damien, en Oklahoma suele hacer viento. Por cierto, Daimen, hablando del viento, ¿sabías que Tánatos tiene una pequeña afinidad con él?

—¡Oh, Dios mío! ¡No me sorprende en absoluto! ¿Habéis visto el miedo que daba hoy cuando Dallas soltó esa estupidez en clase? No podía creer...

Shaunee desconectó por completo de lo que se estaba diciendo, pero sin quitarle ojo a Zoey, esperando que dijera algo, cualquier cosa, sobre lo que realmente había pasado cuando se había roto la rama. Ella lo sabía. Lo había visto todo.

Mientras recorrían el camino de vuelta a la estación entre baches y botes, Shaunee se dio cuenta de que Zoey no iba a decir nada. *Bueno, seguramente habrá preferido decírselo solo a Stark, contarle que, de no ser porque Aurox la había salvado, la rama la habría aplastado.* Durante la siguiente pausa en la conversación, que se produjo mientras esperaban en un paso a nivel como un montón de superpringados en un minibús, Shaunee soltó:

—¿A nadie le resulta raro que Aurox solo asista a una clase y se pase el resto del tiempo patrullando el colegio como si fuera un androide?

—Todo lo que tiene que ver con este tío es raro de narices —opinó Aphrodite—. Pero no debería sorprendernos, al fin y al cabo, se trata del amante de Neferet.

—No creo que esté liados —dijo Zoey.

Shaunee estudió a Zoey detenidamente.

—¿Por qué no?

—No sabría decirte —respondió Z con un tono extrañamente despreocupado—. Supongo que por la forma en que se comporta Neferet. Lo trata más bien como a un esclavo.

Stark soltó una risita.

—Neferet trata a todo el mundo como si fueran sus esclavos.

—Apuesto a que la mujer de los ojos de pez muerto lleva fatal que nos hayan sacado a todos de su clase —dijo Aphrodite.

—Puedes estar bien segura, especialmente porque Tánatos es una profesora realmente buena —dijo Stevie Rae—. Y a propósito, no me ha gustado nada la forma en que te has referido a nuestra cortísima y prácticamente asexual relación en la clase de hoy. Yo tampoco me lo pasé como un pitbull en una fiesta de gatos.

—Por favor, dime que no se trata de otra de esas analogías de marginados —dijo Aphrodite.

Shaunee se mantuvo al margen de la discusión, que se prolongó hasta que se detuvieron delante de la estación. En vez de participar, prefirió seguir observando a Zoey. Y también a Stark. Para cuando hubieron bajado del autobús, estaba segura de dos cosas. La primera era que Stark no tenía ni la menor idea de que Aurox le había salvado la vida a Zoey aquella noche, y la segunda, que jamás se habría enterado de lo de Zoey, Aurox y Stark si hubiera seguido siendo una gemela. Como gemela habría estado demasiado ocupada en ser la otra mitad de alguien para prestar atención a nada ni a nadie.

No sabía qué demonios estaba pasando entre Aurox y Zoey, pero estaba decidida a mantener los ojos y la mente bien abiertos y, si existía alguna posibilidad de averiguarlo, lo haría. Sin ayuda de nadie. De pronto no le pareció tan terrible estar sola y, por primera vez desde que había dejado de completar los pensamientos de Erin, Shaunee sonrió.



## Zoey

Sí, lo reconozco, no le había contado a Stark la historia de Aurox, la rama y demás pero ¿qué necesidad había? Stark ya llevaba una vida lo suficientemente estresante. Ni siquiera dormía bien porque seguía teniendo esas terribles pesadillas de las que se negaba a hablarme pero cuya existencia yo conocía perfectamente, entre otras cosas porque dormía a su lado y, sobre todo, porque no soy tonta. Además, lo del árbol había sucedido muy deprisa, nadie se había hecho daño y la cosa no había pasado de ahí. Punto pelota.

Bueno, excepto por un pequeño detalle, el hecho de que hubiera decidido mirar a Aurox a través de la piedra vidente. Bueno, no es que fuera a hacerlo en ese preciso momento. Al fin y al cabo, Aurox ni siquiera estaba allí. Pero lo tenía claro. En el mismo instante en que me había tocado, había tomado una determinación.

En el mismo instante en que me había tocado, había dejado de tenerle miedo.

Aún así, todavía me daba un poco de yuyu.

Estaba discutiendo conmigo misma sobre la conveniencia de decirle o no a Stark que había decidido mirar a Aurox a través de la piedra vidente, cuando escuché a Stevie Rae y a Aphrodite discutiendo sobre los detalles de la renovación de los túneles (Aphrodite quería un montón de obreros y que todo fuera superostentoso, mientras que Stevie insistía en no dejar entrar a nadie que no fuera de «los nuestros». Uf.), cuando el autobús se detuvo delante de la estación y Darius abrió la puerta.

—Voy a llamar a Andolini para hacer un pedido de proporciones bíblicas —dijo Stevie Rae mientras ella y Rephaim bajaban del autobús.

—Por una vez estamos de acuerdo en algo —convino Aphrodite, apartándose para sentarse en el regazo de Darius mientras los demás empezábamos a salir del vehículo—. A mí pídemme una Santino. Es una bomba de calorías, pero merece la pena. Además, combina de maravilla con esa botella de *chianti* que he cogido de la cafetería cuando me he saltado la quinta...

Sucedió así, de repente. Aphrodite estaba contándonos con total normalidad que se había saltado la clase cuando el cuerpo se le agarrotó. Se quedó completamente rígida. Los ojos se le pusieron en blanco y empezó a llorar lágrimas de sangre. De golpe y porrazo dejó de ser la chica despampanante y perfecta que conocíamos para convertirse en un ser que a duras penas podía considerarse humano y que incluso daba la sensación de estar muerto.

Darius no lo dudó ni un instante. Agarró el cuerpo rígido de ojos ciegos y ensangrentados y la bajó del autobús. Yo, por mi parte, dejé a un lado mi reacción en



plan «¡oh, Dios mío!» y me giré hacia el resto de los chicos que, o bien miraban absortos con la boca abierta, o se tapaban los ojos con las manos como si estuvieran a punto de echarse a llorar.

—Aphrodite está teniendo una visión —dije con una voz que parecía salir de la boca de algún otro. Alguien que conseguía mantener la calma. Stark me cogió de la mano para darme fuerzas—. Se pondrá bien —añadí aferrándome a él.

—De hecho, se va a cabrear de lo lindo cuando vuelva en sí, porque odia con toda su alma que le pase en público —dijo Stevie Rae, que había vuelto a entrar y se encontraba a mitad de las escaleras del autobús. Me di cuenta de que tenía los ojos superabiertos, pero su voz sonaba de lo más tranquila y relajada.

—Sí, Stevie Rae tiene razón —dije yo—. De manera que será mejor no le demos demasiada importancia. Ni ahora ni cuando recupere el conocimiento. —A continuación hice una pausa y, sintiéndome como una auténtica imbécil, añadí—: De acuerdo, no estoy diciendo que tener visiones sea lo más normal del mundo, solo que no le va a hacer mucha gracia que todo el mundo empiece a preguntarle «¿cómo estás?», «¿te encuentras bien?» y todo ese rollo.

—Yo voy entrando y empezaré a pedir las pizzas. Imagino que Aphrodite tendrá hambre cuando termine ¿no crees? —preguntó Stevie Rae.

Yo recordé la última vez que había tenido una visión y lo mal que se había sentido después. Me hubiera gustado contestar que Aphrodite habría preferido un tranquilizante y una botella de vino, pero pensé que habría dado mal ejemplo, de manera que respondí:

—¡Oh, sí! ¿Por qué no le pides una y la metes en el congelador? Si tiene hambre, podemos calentársela en el microondas. En este momento tengo que asegurarme de que esté bien. Querrá un poco de agua y estar tranquila durante un rato.

—A sus órdenes, jefa —respondió Stevie Rae con una sonrisa y, actuando con absoluta normalidad, dijo al resto del autobús—: Voy a pedir unas pizzas antes de bajar. La cobertura en los túneles es una mierda así que, antes de desperdigaros por ahí, necesito que me digáis lo que queréis. Y no os vayáis antes de tiempo. Tengo que asegurarme de que no se me escapa nada. A propósito, Kramisha, ¿podrías encargarte de anotar lo que quiere cada uno? Me sería de gran ayuda. —Acto seguido miró a Shaunee, que parecía especialmente perdida, y le dijo—: ¡Eh! ¿Te importa que demos tu tarjeta de crédito por esta vez? Z y yo nos aseguraremos de que recuperes tu dinero.

Shaunee frunció el ceño.

—¿Me lo prometes? La última vez acabé pagando yo solita la cuenta de Quennies. Esos sándwiches de ensalada de huevo serían la bomba, pero doscientos dólares me parece una clavada.

—Te lo prometo —dijo Stevie Rae guiñando los ojos y mirando al resto del autobús con gesto amenazante—. Que no me entere yo que alguien se queda sin pagar.

—¡Vaaale! ¡De acuerdo! —respondió un coro de voces desde la parte trasera.

Me entraron ganas de darle un beso a mi mejor amiga. Había conseguido distraer a todo el mundo de la horripilante y poco atractiva visión de Aphrodite y se había encargado de que se entretuvieran en decidir qué pizza iban a pedir y en pagar su parte proporcional en lugar de bajar a los túneles hablando de lo que le había pasado a Aphrodite con cara de pasmarotes.

Mientras tanto, yo tiré de Stark para que bajara conmigo del autobús.

—Nosotros tomaremos una combo grande —dijo cuando pasábamos junto a Stevie Rae.

—¿En serio estás pensando en la pizza? —le susurré sintiéndome como si acabara de decir «¡pues que coman pasteles!» o lo que quiera que hubiera dicho hace tiempo la desconsiderada de la Maria Antonieta esa refiriéndose al hambriento pueblo francés, cuando lo realmente importante era sobrevivir.

—Pensaba que querías que actuáramos con normalidad —me respondió en voz baja.

Yo suspiré. La verdad es que tenía razón, así que le dije a Stevie Rae:

—Con extra de olivas y queso. —A continuación, bajando la voz añadí—: Y gracias.

—Estaré en la cocina cuando estéis listos para hablar —dijo en el mismo tono. Luego, alzando de nuevo la voz preguntó con toda naturalidad—: Entonces, ¿cuántas con *pepperoni*?

—Entremos por la estación. De ese modo podremos coger unas botellas de agua de la cocina de camino a la habitación de Aphrodite —dije a Stark cuando vi que se dirigía automáticamente a la entrada que conducía a los túneles. Él cambió de dirección, pero aún así le expliqué (probablemente más por escuchar mi voz calmada que por ninguna otra cosa)—: Tendrá sed. Y deberíamos coger también unos paños. Los empaparé en agua y se los pondré sobre los ojos.

—¿Siempre le sangran de ese modo?

—Sí. Desde que le desapareció la marca, sí. La última vez que tuvo una visión me dijo que el dolor y la cantidad de sangre eran cada vez mayores. —En ese momento le miré a los ojos—. Tenía muy mal aspecto, ¿verdad?

—Se pondría bien. Darius está con ella. No permitirá que le suceda nada malo —dijo apretándome la mano con fuerza antes de dejarme bajar primero por la vieja entrada de la taquilla.

—Creo que ni siguiera un guerrero puede protegerla de algo así.

Él me sonrió.

—Yo ideé la manera de protegerte en el Otro Mundo. Estoy seguro de que Darius puede arreglárselas con unas cuantas visiones y un poco de sangre.

Mientras recorríamos la cocina a toda prisa, agarrando las botellas y los paños, no dije nada más.

Deseaba que Stark tuviera razón. Lo deseaba con todo mi corazón, pero tenía un

mal presentimiento, y detestaba cuando me pasaba. Siempre significaba que iba a pasar algo terrible, aterrador y espantoso.

—¡Eh! —Stark me cogió del brazo y tiró de él con cuidado, obligándome a detenerme justo al otro lado de la cortina de cuentas doradas que servía como puerta a la habitación de Aphrodite—. Necesita que estés bien.

—Lo sé, tienes razón. Es solo que las visiones la dejan hecha polvo y eso me preocupa.

—Pero también son un regalo de Nyx, y nos proporcionan información importante ¿no?

—En eso también tienes razón —dije.

Su sonrisa se volvió un poco chulesca.

—Me encanta cuando me dices que tengo razón.

—Pues no te acostumbres. Eres un chico, así que te corresponde un número muy limitado de «tienes razón» —dije haciendo el gesto de las comillas con los dedos.

—¡No te preocupes! Intentaré conseguir todos los que pueda —dijo. A continuación, se puso serio de nuevo—. Recuerda que en momentos como este no debes actuar como una amiga, sino como una alta sacerdotisa.

Yo asentí con la cabeza, inspiré hondo y pasé a través de la cortina.

La habitación de Aphrodite cambiaba de un día para otro y cada vez que entraba, me recordaba más a una mezcla entre la casa Kim Kardashian y los decorados de *Conan el Bárbaro*. En esta ocasión había añadido una *chaise longue* en tonos dorados. No, no tenía ni idea de dónde la había sacado ni de cómo la había llevado hasta allí. En la tosca pared de cemento del túnel que había detrás había colgado parte de la colección de cuchillos de Darius como decoración. Y también había puesto unas borlas con cuentas que colgaban de cada una de las empuñaduras. En serio. La cama era grande. Increíblemente grande. Aquella noche el edredón era de terciopelo morado con un bordado de flores doradas. Tenía millones de almohadones de plumas y su terrible gata persa, Maléfica, tenía una cama para gatos a juego con la de ella. Solo que en aquel momento Maléfica no estaba en su cama. Estaba acurrucada sobre el regazo de Aphrodite con actitud protectora. Mi amiga estaba recostada sobre el millón de almohadones con la cara tan pálida que daba miedo. Darius le había puesto un toallita de papel doblada sobre los ojos, que ya habían recuperado su color. Me sentí un poco más aliviada al ver que estaba dándole unas palmaditas cariñosas a Maléfica, lo que significaba que estaba consciente. Pero la sensación de alivio se desvaneció cuando me acerqué a la cama y la insostenible gata empezó a aullarme.

—¿Quién es? —La voz de Aphrodite sonó muy débil y asustada, algo impropio de ella.

Darius le tocó la cara.

—Son Zoey y Stark, preciosa mía. Sabes de sobra que no dejaría entrar a nadie más.

Stark me apretó la mano con fuerza y luego la soltó. Yo dirigí una breve plegaria

a Nyx para mis adentros, *por favor, ayúdame a ser la alta sacerdotisa que Aphrodite necesita*, y adopté el papel que, en mi opinión, seguía quedándome demasiado grande.

—Te he traído un poco de agua fresca y unos paños —dije rápidamente, situándome a un lado de la cama y humedeciendo uno de ellos—. No abras los ojos. Voy a quitarte esta toallita.

—De acuerdo —dijo ella.

Sus ojos siguieron cerrados, pero no por ello dejaron de sangrar. El olor me invadió, y por un momento pensé que iba a tener una reacción del tipo «¡oh, Dios mío! ¡Cuánto me gustaría tomármela toda!», pero no fue así.

El olor de Aphrodite no era como el de los humanos. Intenté recordar cómo olía su sangre la última vez que había tenido una visión, y no lo conseguí, lo que significaba que probablemente tampoco en aquella ocasión había sido normal.

Aparté a un lado esa idea y me senté en la cama, junto a ella.

—También te he traído una botella de agua. ¿O prefieres ya algo más fuerte?

—Sí. Vino. Tinto. Darius lo tiene.

—Preciosa mía, bebe un poco de agua primero.

—Darius, el vino me ayuda a soportar el dolor. Y ya que estás, tráeme un tranquilizante de mi bolso. Eso también ayuda.

Darius no se movió. Tan solo se me quedó mirando.

—Esto... Aphrodite, ¿qué te parece si eliges entre la pastilla y el vino? Las dos cosas juntas no parecen muy apropiadas —dije.

—Mi madre siempre las toma juntas —me soltó. Luego apretó los labios con fuerza, inspiró profundamente y dijo—: Tienes razón. Me decanto por el vino. No soy mi madre.

—Efectivamente. No podría estar más de acuerdo —convine. Con expresión de alivio, Darius empezó a abrir la botella—. Mientras tu chico te sirve un poco de vino para que lo huelas, me gustaría que bebieras un poco del agua de la que te he traído.

Ella hizo una mueca que se parecía mucho a su característico gesto de desprecio.

—¿Y tú cómo sabes que hay que oler el vino? Ni siquiera bebes.

—Pero veo la tele. ¡Dios! Todo el mundo con al menos un dedo de frente sabe que el vino hay que olerlo —dije, ayudándola a colocar las manos alrededor de la botella de agua ya abierta y a beber—. ¿Cómo ha sido esta vez? ¿Tan mala como la última?

Cuando resultó evidente que no tenía intención de contestar, Darius lo hizo en su lugar.

—Peor —dijo—. Tal vez deberías volver más tarde. Cuando haya descansado.

La Zoey amiga de Aphrodite no podía estar más de acuerdo, pero la Zoey alta sacerdotisa en prácticas sabía que no era una buena idea.

—Se pasará el resto de la noche borracha y agotada, y lo más probable es que le dure hasta mañana. Necesito que me hable de la visión antes de que esté demasiado

grogui para articular palabra.

—Z tiene razón —dijo Aphrodite antes de que Darius tuviera tiempo de protestar—. Además, esta vez ha sido bastante corta. —Me alegró ver que se había liquidado toda el agua, pero entonces extendió la mano tanteando ciegamente y dijo—: El agua se ha acabado. ¿Dónde está mi vino?

Darius le acercó una copa de vino supersencilla, toda de cristal con una forma especialmente bonita, pero entonces me di cuenta de que tenía una pequeña marca de Riedel en la base y supe que se trataba de una exclusiva pieza de cristalería de Williams-Sonoma. Lo reconocí porque Aphrodite me había dado una charla al respecto cuando había estado a punto de romper una apenas unos días antes (¡Cómo si a mí me importaran esas cosas!). En cualquier caso, Aphrodite bebió un largo trago de la copa de cristal con ayuda de Darius, y luego exhaló lentamente.

—Prepárame otra botella. Necesitaré más. —Esta vez el guerrero ni siquiera me miró en busca de una confirmación. Parecía derrotado—. Y dile a Stark que deje de mirar tus cuchillos con cara de tonto. Él es «arcoman», no «cuchilloman».

—¿Ahora son superhéroes? —pregunté intentando, probablemente sin éxito, sonar graciosa.

Las comisuras de sus labios se curvaron con un gesto de satisfacción, y por un instante me recordó demasiado a su gata como para sentirme tranquila.

—Bueno, el mío es un superhéroe en muchos sentidos, pero el tuyo no lo sé. Eso tendrás que decirlo tú.

—¡La visión! —dijo Stark desde el otro lado de la habitación articulando la palabra con los labios para que Aphrodite no lo oyera mientras, efectivamente, examinaba los cuchillos decorativos.

—Vale, y ahora cuéntame de qué se ha tratado esta vez.

—Era una de esas malditas visiones mortales. Una de esas en las que estoy dentro del tío al que matan.

—¿El tío? —De pronto sentí que una oleada de pánico se apoderaba de mí. ¿Acaso se trataba de Stark?

—Relájate. No era ni el tuyo ni el mío. Era Rephaim. Estaba dentro de él cuando lo mataban. Y, a propósito... —En ese momento vaciló y bebió otro largo trago de vino—. El chico pájaro tiene algunas mierdas extrañas en la cabeza.

—Ahora dime solo lo más importante. Los cotilleos ya me los contarás luego —dije.

—Bueno, como suele pasar cuando estoy dentro de la persona a la que se están cargando, la visión era confusa —dijo apoyando la mano encima del paño y haciendo una mueca de dolor.

—Tú límitate a contarme lo que recuerdas —la apremié—. ¿Cómo lo mataban?

—Con una espada. Prácticamente lo cortaban por la mitad. Ha sido de lo más asqueroso, pero la cabeza no se le separaba del cuerpo, como sucedía con la tuya en aquella otra visión.

—Bueno, me alegro por él —dije, aunque ni yo misma sabía si lo decía en serio o estaba siendo sarcástica—. ¿Y quién lo cortaba en dos?

—Es precisamente ahí donde entra en juego la confusión. No estoy segura de quién lo mataba. Lo único que sé es que Dragon estaba allí.

—¿Dragon lo mata? ¡Vaya! Eso es espantoso.

—Bueno, como ya te he dicho antes, no estoy segura de que sea así. Lo que puedo decirte es que recuerdo perfectamente la expresión del rostro de Dragon justo antes de que la espada me partiera en dos. Se mostraba absolutamente derrotado. Su aspecto era mucho peor del que ha tenido últimamente. Es como si la esperanza, la luz y la felicidad hubieran desaparecido por completo su vida. Y estaba llorando, berreando, con mocos y todo.

—Entonces a Rephaim lo matan con una espada —dije.

—Así es —confirmó Aphrodite—. Lo sé, eso significa que era uno de los cabezas de chorlito. Aparentemente es Dragon quien lo hace, pero no estoy segura al cien por cien, especialmente si tenemos en cuenta los berridos y todas las demás cosas confusas.

—¿Otras cosas confusas?

—Sí. Se sucedían un montón de imágenes de lo más extrañas. Había algo blanco que parecía muerto. Había hielo ardiendo en un círculo. Se veía sangre y tetas por todas partes. Y después yo, es decir, Rephaim, me moría. Fin.

Yo me froté las sienes. Estaba empezando a dolerme la cabeza.

—¿Tetas? —La palabra pareció despertar el interés de Stark.

—Sí, arcoman. Tetas. Como si hubiera una mujer desnuda dando vueltas por ahí. Literalmente. No le vi la cara porque, como era de esperar, estaba fascinado por sus tetas, pero no sé si tenía algo que ver con la sangre y con la cosa blanca muerta.

—¡Eh! Espera un momento —dije—. ¿No decía algo el último poema de Kramisha acerca de fuego y hielo?

—Ummm, se me había olvidado. Aunque no me extraña. No soporto toda esa mierda de la poesía.

—No me seas tan negativa —dije—. Y no se trata solo de poesía. Tiene un componente profético.

—Sí. Yo sí que me acuerdo. El poema también decía algo sobre las lágrimas de un dragón —intervino Stark.

—Quizás llora porque está matando a Rephaim a pesar de que se le había asignado la tarea de protegerlo porque es el maestro de esgrima de nuestra Casa de la Noche —dijo Darius.

—Pero eso no es exactamente así —dije yo—. Nosotros tenemos aquí nuestra propia Casa de la Noche así que, técnicamente, no es nuestro maestro de esgrima. Tal vez se agarra a eso para justificar el hecho de matar a Rephaim.

—Todo esto suena bastante lógico, pero sigue faltándome una pieza. Eso es lo que me dice mi instinto. Solo que no consigo averiguar qué pieza es. En mi visión,

todas las imágenes excepto la de Dragon aparecían y desaparecían continuamente, principalmente porque Rephaim estaba superconcentrado en Stevie Rae y en el ritual que estaba llevando a cabo.

—¿Un ritual? ¿Y yo estaba allí?

—Sí, toda la panda de pringados estaba allí. Alguien había invocado un círculo. Tú lo dirigías todo, pero el ritual se centraba en la tierra, de manera que Stevie Rae realizaba la mayor parte. —En ese momento inspiró profundamente—. ¡Oh, mierda! Acabo de caer en la cuenta de dónde estábamos: en el campo de lavanda de tu abuela.

—¡Oh, no! ¡Maldita sea! ¡El ritual de purificación que se supone que debo realizar en un par de días! O quizás no. Tánatos iba a llamar a mi abuela para que hiciéramos algo antes, algo que podría revelarnos qué le pasó exactamente a mi madre. —En ese momento hice una pausa, sintiéndome sobrepasada por la idea de la cosa blanca muerta, la sangre y las tetas, y todo ello en el contexto del asesinato de mi madre—. ¿Significará esto que no debería indagar y que no tendría que hacer nada?

Aphrodite se encogió de hombros.

—Z, sé que te costará creerlo porque normalmente eres la «estrella principal» en la mayor parte de mis visiones, pero en esta apenas apareces. Sinceramente, no creo que tenga nada que ver contigo.

—Pero sucede en la granja de mi abuela.

—Lo sé, pero al que se cargan esta vez es a Rephaim, no a ti —dijo ella.

—Espera, a mí me parece que son buenas noticias —dijo Stark acercándose hasta mí y cogiéndome de la mano.

Aphrodite soltó un bufido.

—Sí, claro, a menos que seas Rephaim.

Stark ignoró el comentario y continuó:

—Has visto como matan a Rephaim. Sabes dónde sucede y quién estará allí, de manera que, ¿qué pasaría si nos cercioráramos de que esos elementos no se encuentren? Eso impediría la muerte, ¿no?

—Tal vez —dijo Aphrodite.

—Ojalá —dije yo.

—Necesitamos asegurarnos de que Dragon no se acerca a Rephaim —dijo Darius—. Incluso aunque no sea él el que acaba con su vida, al menos sabes con certeza que está presente cuando lo matan.

—Sí, de eso estoy segurísima —dijo Aphrodite.

—Entonces, ya está. Mantendremos alejados a Dragon y a Rephaim, aunque eso implique que Rephaim no venga con nosotros cuando vayamos a la granja de la abuela.

—Si yo voy, Rephaim también.

Stark, Darius y yo nos giramos y descubrimos a Stevie Rae y a su chico asomando por debajo de la manta y entrando en la habitación. Aphrodite frunció el

ceño, pero no se quitó el paño de los ojos.

—La visión ha sido sobre Rephaim.

Stevie Rae no lo planteó como una pregunta, pero yo le respondí de todos modos.

—Sí. Lo matan.

—¿Cómo? ¿Quién lo hace? —La voz de Stevie Rae sonó firme. Parecía dispuesta a comerse el mundo.

—No estoy segura —intervino Aphrodite—. Era desde el punto de vista del chico pájaro, lo que significa que toda la maldita visión fue muy confusa.

—Pero sabemos que sucede en la granja de mi abuela y que Dragon está allí —expliqué—. Por eso estábamos diciendo que Rephaim debería quedarse aquí cuando vayamos. Si es que al final vamos.

—Lo haremos —dijo Stark—. No podemos permitir que esto cancele el ritual que ibas a llevar a cabo por tu madre.

—No es por ella —dije completamente abatida—. Ella está muerta y eso no va a cambiar.

—Tienes razón —respondió él—. Lo haces por ti y por tu abuela, que es más importante que hacer algo por una persona que ya está muerta. —En ese momento miró a Stevie Rae y a Rephaim—. El ritual tiene que llevarse a cabo, pero no hace falta que Rephaim esté presente poniéndose en peligro. Sería más sensato que, como ha dicho Z, se quedara aquí.

—Sí, claro. ¿Para que alguien, como por ejemplo Dragon, se acerque a él sigilosamente aprovechando que está solo? Sinceramente, no me parece la mejor solución —dijo Stevie Rae.

—No entiendo nada —dijo Rephaim.

Yo suspiré.

—Aphrodite tiene visiones en las que la gente muere. En ocasiones son realmente claras y resulta fácil evitar que suceda. Pero en otras son confusas.

—Porque estoy dentro de la persona a la que matan. Eso es precisamente lo que ha pasado en la tuya. Y por cierto, volar da mucho miedo. No me importa lo que piense tu cerebro de pájaro.

—No cuando tienes alas —respondió Rephaim con total naturalidad.

—Oh, oh —dije yo.

—No —intervino Stevie Rae—. Guárdate para ti lo que quiera que encuentras dentro de su cabeza. No le interesa a nadie.

—¿Estaba dentro de mi cabeza? —Como era de esperar, Rephaim se había quedado a cuadros.

—En una de las visiones, sí. Pero no volverá a suceder. Espero. Y había algo más pululando por ahí además de Dragon. Me refiero a un toro, o al menos a la sombra de un toro.

—¿La sombra de un toro? —De pronto sentí ganas de vomitar—. ¿Era eso la cosa muerta que has visto?



—No. Eso era otra cosa completamente distinta.

—¿Has visto de qué color era?

—Zoey, las sombras son siempre del mismo color —respondió ella.

—Aurox —dijo Stark.

—¿Viste a Aurox? —pregunté rápidamente.

—No. Solo la sombra del toro. Y para que conste en acta, estoy de acuerdo contigo, Stark y Darius; el chico pájaro debería mantenerse alejado de Dragon. Y ahora, ¿os importaría rellenarme la copa y dejarme descansar un poco?

—No creo que sea bueno beber cuando estás sangrando de ese modo —dijo Stevie Rae.

—No deberías dudar de mí. Soy una profesional —respondió Aphrodite.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —pregunté.

—Significa que mi amada ha terminado de hablar y necesita descansar —dijo Darius.

—Las pizzas deben estar a punto de llegar —dijo Stevie Rae—. Te he pedido una.

—Si sigo despierta cuando las traigan, me la comeré —dijo Aphrodite. A continuación se quitó el paño de los ojos y, tras parpadear lentamente, los abrió. Yo estaba preparada. Lo había visto antes. Pero Rephaim no.

—¡Por todos los dioses! ¡Realmente estás llorando sangre! —exclamó.

Ella lo miró con los ojos teñidos de rojo.

—Así es. Incluso yo sé que se trata de un terrible simbolismo. Chico pájaro, necesito que recuerdes una cosa. Si he tenido esta maldita visión, es porque en ella había un mensaje para ti. Tienes que hacer lo que sea por salvarte el culo. Aléjate de objetos punzantes, y si eso significa que tienes que guardar las distancias con Dragon Lankford, tendrás que hacerlo.

—¿Durante cuánto tiempo? —le preguntó—. ¿Cuánto tiempo tengo que esconderme de ese vampiro?

Ella sacudió la cabeza.

—Se supone que la visión es una advertencia, no llevaba fecha límite.

—Preferiría no tener que esconderme.

—Pues yo preferiría que no te mataran —dijo Stevie Rae.

—Y yo preferiría echar una cabezadita —añadió Aphrodite.

—De acuerdo, vámonos —dije, entregando a Darius la última botella de agua—. Intenta que beba un poco entre copa y copa de vino.

—No sé si sabes que sigo aquí. No hace falta que hables de mí como si no te oyera.

En ese momento levantó la copa como si hiciera un brindis y se la bebió de un trago.

—He decidido ignorarte porque estás bajos los efectos del alcohol —dije—. Descansa un poco. Ya hablaremos luego.

Seguidamente abandonamos la habitación de Aphrodite, con Stevie Rae y

Rephaim cogidos de la mano y hablando en voz baja, mientras recorríamos los túneles hacia el exterior, donde esperaríamos a un desconcertado repartidor que sin duda iba a recibir una succulenta propina.

—¿Qué opinas de la visión? —preguntó Stark rodeándome con el brazo y acercándose a él.

—Creo que Stevie Rae va a tener un problema. Intentará proteger a Rephaim con tanto ahínco que al final acabarán matándolo.

Stark asintió con gesto sombrío.

—Así es como trabaja la Oscuridad. Hace que el amor acabe convirtiéndose en algo malo.

Sus palabras me pillaron por sorpresa. Sonaba tan cínico, tan viejo.

—Stark, la Oscuridad no puede convertir el amor en nada. El amor es lo único que perdura más allá de la Oscuridad, la muerte y la destrucción. Tú lo sabes, o al menos lo sabías.

Entonces se detuvo en seco y, de repente, me encontré entre sus brazos mientras me abrazaba con tanta fuerza que casi me corta la respiración.

—¿Qué pasa? —le pregunté en un susurro—. ¿Qué te sucede?

—A veces pienso que debería haber sido yo el que muriera y que Heath se quedara contigo. Él creía en el amor mucho más que yo.

—No creo que lo importante sea cuánto crees, sino en lo que crees.

—Entonces todo irá bien, porque creo en ti —dijo él.

Yo lo rodeé con mis brazos y me quedé así un buen rato, intentando infundirle confianza a través del tacto, dado que las palabras no parecían ser suficiente.



## Neferet

*¿Cómo prosigue la consecución del caos, desalmada mía?*

La voz del toro blanco retumbó en su mente.

Neferet se giró sobre sí misma hasta casi dar una vuelta completa antes de descubrir su pelaje mágico y luminoso, sus enormes cuernos y sus pezuñas hendidas. Se aproximaba a ella desde detrás de la tumba sobre la que se alzaba la estatua de una niña angelical que miraba hacia abajo con la cabeza inclinada. El paso del tiempo había desmoronado una de sus manos de piedra y Neferet pensó que su expresión parecía como si el ángel hubiera entregado parte de sí mismo a modo de oferta, tal vez al toro blanco.

La idea hizo que Neferet se consumiera de celos.

Comenzó a caminar para encontrarse con el toro, moviéndose lenta y lánguidamente. Neferet sabía que era preciosa, pero aun así se sintió obligada a extraer energía de las sombras que la circundaban para realzar su hermosura. Su larga y espesa cabellera brillaba tanto como la seda de su vestido negro. Lo había elegido porque le recordaba a la Oscuridad, y sobre todo a su toro.

Neferet se detuvo delante de él y se dejó caer elegantemente sobre ambas rodillas.

—La consecución del caos prosigue muy bien, mi señor.

¿Así que ahora soy tu señor? ¡Qué interesante!

Neferet echó la cabeza hacia atrás y miró al enorme dios con una sonrisa seductora.

—¿Preferirías que te llamase consorte?

¡Ah, los nombres! ¡Cuánto poder hay en ellos!

—Sí, tienes razón —dijo Neferet levantando la mano y tocando uno de sus espesos cuernos. Relucía como el ópalo.

*Me gusta el nombre que has elegido para el recipiente. Aurox, por los uros, los toros de la antigüedad. Me parece de lo más adecuado.*

—Me alegra contar con tu aprobación, mi señor —respondió ella, pensando que todavía no le había dicho si podía o no llamarlo consorte.

*¿Y cómo te sirve esta criatura engendrada a partir de un sacrificio imperfecto?*

—Me sirve bien. Y cuando lo miro no veo ninguna imperfección, solo un gracioso regalo de parte tuya.

*Aun así, espero que no olvides mi advertencia. El recipiente puede romperse.*

—El recipiente en sí no tiene ninguna importancia —dijo Neferet con desdén—. Simplemente es el medio para la consecución de un fin. —Acto seguido se puso en

pie y se acercó a él—. No necesitamos perder un tiempo tan precioso en hablar de Aurox. Me sirve y me servirá bien, de lo contrario dejará de existir.

¡Con qué facilidad desechas mis regalos!

—¡Oh, no me malinterpretes, mi señor! —lo tranquilizó—. Me limito a escucharte y a tener en cuenta tu advertencia. Y ahora, ¿no podríamos hablar de algo más agradable que un recipiente vacío?

*Has mencionado la palabra consorte. Eso me ha hecho recordar algo que me gustaría enseñarte y que, tal vez, sea de tu interés.*

—Sabes que estoy a tu completa disposición —dijo Neferet, realizando una reverencia.

La enorme encarnación de la Oscuridad se arrodilló, ofreciéndole su lomo.

*Ven conmigo, desalmada mía.*

Neferet se colocó sobre él a horcajadas. Su pelaje era como el hielo: liso, frío e impenetrable. Él la condujo a través de la noche, deslizándose a una velocidad sobrehumana a través de las sombras, cabalgando sobre las corrientes de la noche, utilizando esas horribles cosas ocultas que siempre, siempre, hacían su voluntad, hasta que al final se detuvo en las sombras más espesas bajo unos antiguos árboles desnudos en una sierra al suroeste de Tulsa.

—¿Dónde estamos? —preguntó Neferet con un escalofrío, aferrándose a él.

*No digas nada, desalmada mía. Observa en silencio. Contempla. Escucha.*

Neferet observó, escuchó y, unos instantes más tarde, lo que le pareció un hombre alto y musculoso descendió de uno de los tres refugios de madera situados en la colina que se alzaba delante de ellos. A continuación se acercó al borde de la cordillera y se sentó en un enorme y liso peñasco de piedra arenisca.

Hasta que no se hubo sentado no le vio las alas.

¡Kalona! No pronunció su nombre, tan solo lo pensó, pero el toro le respondió igualmente.

*Sí, se trata de tu antiguo consorte, Kalona. Acerquémonos un poco más y observémoslo.*

La oscuridad que los rodeaba se removió ondeante a su paso, envolviendo al toro y a Neferet de una forma tan sobrecogedora que parecía que formaban parte del tejido de las sombras y de la perezosa neblina que de pronto había empezado a levantarse por encima de las montañas.

Neferet contuvo la respiración mientras el toro se acercaba lentamente a Kalona, tanto que incluso pudo mirar por encima de sus anchos hombros y descubrir que sostenía entre sus manos un teléfono móvil. Entonces empezó a tocar la pantalla y Neferet la vio iluminarse. El alado inmortal vaciló, planeando con el dedo índice por encima como si no supiera que hacer.

*¿Sabes lo que estás viendo?*

Neferet se quedó mirando fijamente a Kalona. Había dejado caer los hombros con actitud de derrota y se frotaba la frente con la cabeza gacha. Al final, a regañadientes,

dejó el teléfono sobre la roca con sumo cuidado.

*No, pensó Neferet. No sé lo que estoy viendo.*

*Kalona, el guerrero caído de Nyx, suspira por alguien que ya no está a su lado. Alguien con quien le gustaría contactar, pero no tiene valor suficiente.*

¿Yo?, se dijo Neferet, incapaz de reprimir sus pensamientos.

La risa carente de humor del toro retumbó en su mente.

*No, desalmada mía. Tu antiguo consorte echa de menos la compañía de su hijo.*

¡Rephaim! Neferet sintió que la rabia se apoderaba de ella. ¿Suspira por ese chico?

*Así es, aunque todavía no ha puesto nombre a sus sentimientos. ¿Sabes lo que eso significa?*

Neferet reflexionó antes de hablar y descartó los celos, la envidia y todas las trampas del amor mortal. Entonces, y solo entonces, lo entendió.

*Sí. Significa que Kalona tiene un importante punto débil.*

*Así es.*

Acto seguido comenzaron a desvanecerse, descendiendo por la ladera de la colina, saltando de sombra en sombra mientras cabalgaban la noche. Neferet acarició el cuello del toro, pensó en las nuevas posibilidades que se le abrían, y sonrió.

## Rephaim

—Tenemos que hablar de la visión de Aphrodite —dijo Stevie Rae.

Él cogió uno de sus rizos y empezó a enrollárselo alrededor de un dedo. Una vez lo hubo capturado por completo, tiró de él con actitud juguetona.

—Tú habla, yo te tocaré el pelo.

Ella sonrió, pero le apartó la mano delicadamente.

—Ya basta, Rephaim. Tienes que ser serio. La visión de Aphrodite es espeluznante.

—¿No decías que Aphrodite había predicho la muerte de Zoey? En dos ocasiones, para ser más exactos. Y que yo sepa, también la de su abuela. Y en los tres casos la premonición de estas muertes permitió que la evitaran. —Rephaim le acarició la mejilla y la besó con dulzura antes de decir—: Utilizaremos esta visión para evitar también mi muerte.

—De acuerdo, eso tiene sentido —respondió ella acariciándole la mano con su mejilla—. Pero tenemos que tener bien clara una cosa. Dragon es una pieza clave en toda esta historia, de manera que tienes que mantenerte alejado de él.

—Sí, lo sé. —Rephaim apoyó la mano en el lateral de su cabeza, pensando en lo mucho que adoraba su pelo, mientras deslizaba los dedos por su cuello y su hombro.

—Por favor, escúchame. —Stevie Rae le cogió la cara entre las manos obligándolo a dejar de tocarle el pelo y la piel.

—Te estoy escuchando —dijo él concentrándose de mala gana en lo que decía su chica.

—He estado pensado que tal vez estaba equivocada. Quizás es mejor que te quedes aquí, lejos de la escuela, y por supuesto no deberías asistir al ritual que llevaremos a cabo en la granja de la abuela de Z, o al menos tendrás que mantenerte al margen hasta que conozcamos mejor los detalles de la visión de Aphrodite.

Rephaim le apartó las manos de su rostro y se las sujetó con fuerza.

—Stevie Rae, si empiezo a esconderme ahora, ¿cuándo acabará?

—No lo sé. Lo que sí sé es que estarás vivo.

—Hay cosas peores que la muerte. Estar atrapado por el miedo es una de ellas. — En ese momento sonrió—. De hecho, toda esta historia me parece curiosamente positiva. La visión significa que realmente soy humano.

—¿De qué demonios estás hablando? ¡Por supuesto que eres humano!

—Tengo apariencia humana, al menos hasta que sale el sol, pero ser mortal hace que sea verdaderamente lo que parezco.

—¿Pero no te entristece saber que tu sangre inmortal ha desaparecido?

—No, hace que me sienta un poco más normal.

Los ojos azul claro de Stevie Rae lo miraron.

—¿Sabes qué más hace? Hace que ya no formes parte de la sangre de Kalona.

Rephaim intentó entender el rechazo de Stevie Rae hacia su padre. A decir verdad, lo comprendía, pero no conseguía reprimir la actitud defensiva, la rabia que le provocaba el hecho de que intentara apartarlo del alado inmortal.

—¿Crees que hace falta algo más que la sangre para convertirse en padre? —le preguntó lentamente, intentando razonar a través de sus sentimientos y encontrar la verdad que se escondía detrás de ellos.

—Sí, por supuesto que sí —respondió ella.

—En ese caso estarás de acuerdo en que la ausencia de sangre común no hace automáticamente que alguien deje de ser tu padre. —Antes de que ella pudiera rebatirle sus argumentos, continuó—: Kalona es inmortal, pero yo estuve a su lado el tiempo suficiente para percibir un atisbo de humanidad dentro de esa inmortalidad.

—Mira, Rephaim, no quiero discutir contigo sobre tu padre. Sé que piensas que lo odio, pero no es así. Lo que odio es que te haga daño.

—Eso lo entiendo —dijo él, atrayéndola hacia sus brazos y besándola en la cabeza, inspirando el dulce y familiar olor femenino mezclado con el del jabón y el champú—. Pero tienes que dejar que encuentre mi propio camino en este asunto. Kalona es mi padre y eso no cambiará jamás.

—Vale, intentaré dejar de insistir en que te mantengas alejado de tu padre, pero quiero que me prometas que considerarás la idea de apartarte del camino de Dragon, al menos durante un tiempo.

—Es una promesa muy fácil de hacer. Ya intento evitar al maestro de esgrima porque sé que verme le causa dolor, pero no me esconderé. No puedo esconderme de

Dragon del mismo modo que no puedo esconderme de mi padre.

Ella dio un paso atrás y lo miró a los ojos.

—Estamos juntos en esto, ¿verdad?

Él hizo lo propio.

—Por supuesto. Siempre.

—De acuerdo, entonces sigamos juntos, aunque sea peligroso. Yo te protegeré — dijo ella.

—Y yo te protegeré a ti —añadió él. A continuación Rephaim la besó, larga y lentamente, y luego la retuvo un rato más entre sus brazos dejando que su aroma y su dulzura lo envolvieran.

—¿Tienes que irte ya? —preguntó ella con la cara enterrada en su pecho.

—Sabes que sí.

—Voy a dejar de preguntarte si quieres que te acompañe porque sé que no quieres que lo haga, pero quiero que sepas que si alguna vez cambias de opinión permaneceré contigo hasta el final porque, aunque seas un pájaro, eres mi pájaro.

El comentario le provocó una risa ahogada.

—No se me había ocurrido verlo de ese modo, pero sí, soy tu pájaro, y tu pájaro necesita salir al aire libre a estirar un poco las alas.

—Vale.

Rephaim agradeció que fuera ella la primera en soltarse y que lo mirara con una sonrisa entusiasta, aunque no del todo creíble.

—Estaré aquí cuando vuelvas a casa.

—Bien, porque siempre volveré a donde tú estés.

A continuación la besó brevemente, se puso la camiseta y abandonó la habitación. Se alegró de haber salido antes de que la piel empezara a vibrar de aquel modo tan desagradable. Detestaba la sensación de pánico que le provocaba el tener que recorrer los túneles a toda prisa, deseando ardientemente subir a la superficie y surcar el cielo que parecía llamarlo a gritos.

Cuando apenas le faltaban unos metros para llegar a la última intersección antes de la salida del sótano, vio algo que se movía en las sombras y, automáticamente, se puso a la defensiva.

—¡Tranquilo! Solo soy yo.

Efectivamente se tranquilizó cuando reconoció la voz de Shaunee, seguida muy de cerca por la dueña de esa voz que surgía del ala derecha del túnel. Llevaba el pelo revuelto y una enorme bolsa de plástico.

—Hola, Shaunee —dijo—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, supongo que sí. Todavía tengo que sacar un bulto más del cuarto de Erin para terminar de llevarme todas mis cosas a mi nueva habitación. —Luego señaló con el pulgar a la oscuridad que se extendía detrás de ella y añadió—: Y sí, sé que voy a tener que instalar algunas luces.

—¿Tú necesitas luz?

Ella sonrió, levantó una mano con la palma extendida hacia arriba y sopló encima, provocando la aparición de una pequeña llama que empezó a bailar alegremente.

—Bueno, yo no, pero si viene alguien a visitarme probablemente sí.

—Si quieres, mañana puedo ayudarte —dijo Rephaim casi sin pensar, y de pronto deseó no haberlo hecho. ¿Y si le pasaba como al resto de los iniciados y no quería tener mucho que ver con él?

Pronto se demostró que no había necesidad de preocuparse. Shaunee no lo rechazó. De hecho, su sonrisa se volvió aún más abierta.

—Eso sería genial. Iba a intentar instalar algunas cuando terminara de traer la última bolsa, pero mudarse es un verdadero asco y lo único que me apetece es acurrucarme en mi nueva y confortable cama y volver a ver el último episodio de *Juego de tronos* en mi iPad. Tengo unas ganas tremendas de ver un rato a Daenerys.

—Stevie Rae y yo también hemos estado viendo la serie. Como sabes, salen cuervos.

—Sí, y dragones, y muertos, y un gnomo superguay que debería estar loco y hacer un montón de chorradas, y en realidad es así, pero de buen rollo. —En ese momento se mordió el labio y a Rephaim le dio la impresión de que estaba intentando decidir si decir algo más, así que el joven se quedó allí en pie, esperando, a pesar de que empezaba a sentir un hormigueo bajo la piel. Finalmente Shaunee dijo en un tono casi inaudible—: A Erin nunca le gustó. Decía que era como *Dragones y mazmorras* pero para tontos, y yo le daba la razón, aunque luego la veía a escondidas cuando se quedaba dormida.

Rephaim no estaba seguro de cómo responder a aquello. Jamás había entendido por qué las dos chicas habían sentido siempre la necesidad de comportarse como si fueran una sola persona, así que también le costaba entender por qué de pronto las dos, cada una a su manera, parecían tan disgustadas y perdidas.

—Quizás podríamos verla juntos cuando empiece la nueva temporada —le propuso.

—¿Crees que Stevie Rae accedería a preparar palomitas con mantequilla? Recuerdo que le salían buenísimas.

—Las sigue preparando, así que en principio sí. Yo diría que no tendría inconveniente en prepararlas. Con mantequilla.

—¡Ummm! ¡Genial! Trato hecho. Y gracias, Rephaim.

—De nada. Lo siento pero ahora tengo que irme... —dijo mientras empezaba a alejarse de ella hacia la salida del sótano que le permitiría salir al exterior.

—¡Eh! Me he enterado de lo de la visión de Aphrodite. Solo quería decirte que espero que no te maten.

—Yo también lo espero. —Entonces hizo una pausa y añadió—: Si me pasara algo, ¿me harías el favor de llamar al teléfono que le diste a mi padre y contárselo?

—Sí, claro. Pero no te pasará nada. Espero. Además, no hace falta que te maten,



puedes llamar al teléfono siempre que quieras. Ya sabes, para hablar con él.

Rephaim se dio cuenta de que hasta ese momento no se le había ocurrido algo tan simple, tan mundano y tan normal como llamar por teléfono a su padre.

—Lo haré. Pronto —dijo sintiéndolo de verdad—. Nos vemos después del atardecer.

—¡Hasta luego! —respondió ella.

Una vez se hubieron despedido, Rephaim tuvo que recorrer a toda prisa la última parte del túnel y subir corriendo la escalera de hierro que llevaba a la salida, pero no le importó. Su último pensamiento antes de que el cuervo y el cielo se apoderaran de su mente humana fue que se alegraba de que Shaunee y Erin hubieran dejado de ser una sola persona porque Shaunee, por sí misma, era una chica muy maja. Y junto con Damien y, tal vez, incluso Zoey, podrían convertirse en los primeros amigos de verdad que había tenido jamás...

## Kalona

Había algo en el aire aquella noche que no lo dejaba descansar. Sus hijos dormían tranquilamente, a salvo del frío y de los peligros en los tres refugios de caza. Él también debería estar durmiendo, pero en vez de eso se encontraba fuera, en la cumbre de la montaña, sentado en un enorme risco con la parte superior plana, pensando.

Tenía el iPhone en la mano y reflexionó sobre el mundo moderno y la extraña magia que había desarrollado. No sabía decir si le parecía mejor o peor que el mundo antiguo. Desde luego, era más cómodo. Y sin duda alguna, también más complicado. ¿Pero mejor? Kalona decidió que no.

En ese momento se quedó mirando el teléfono. La iniciada se lo había dado para que pudiera ponerse en contacto con Rephaim, pero el nombre del chico no aparecía en la lista de contactos. *Menuda cosa más estúpida e inútil*, pensó. Y entonces, tras pensarlo mejor, se dio cuenta de que Stevie Rae sí que estaba en la lista. Bastaba contactar con la Roja para contactar con su hijo.

Pero no quería hablar con la Roja. Ella era la causante de todos sus problemas. Si no se hubiera metido donde no la llamaban, Rephaim estaría allí, junto a él, como era ley de vida.

*O quizás Rephaim habría muerto desangrado, roto y solo, aquella noche terrible. ¿Y acaso ese no habría sido un final mejor, más apropiado para mi hijo, que vivir encadenado a una joven vampira y a su inclemente diosa?*

Apenas la idea tomó forma en su cabeza, Kalona la rechazó.

No, no hubiera sido mejor que Rephaim hubiera muerto.

Y Nyx no era inclemente. Había perdonado a su hijo. Al único al que se negaba a perdonar era a él.

Kalona dirigió su voz a los cielos.

—Es irónico que, teniendo un gesto de bondad con mi hijo, hayas cometido una crueldad conmigo. Me has arrebatado a la última criatura de este mundo que me amaba de verdad.

Su voz se perdió rápidamente en la noche y se quedó completamente solo. ¡Oh, Diosa! ¡Estaba tan cansado de estar solo!

Echaba de menos la compañía de Rephaim.

Kalona dejó caer los hombros.

Fue entonces cuando percibió la presencia de la Oscuridad. Era muy sutil y estaba bien camuflada, pero Kalona conocía la Oscuridad desde hacía demasiado tiempo, tanto batallando contra ella como luchando a su favor, para dejarse engañar.

Kalona dejó el teléfono a un lado y se esforzó por controlar la expresión de su rostro para convertirla en una máscara impasible y neutral. No tenía ni idea de por qué el toro blanco lo estaba acechando aquella noche, pero sabía que su presencia auguraba grandes problemas y tribulaciones a este mundo y, quizás, también a él.

Él sabía algo que Neferet era incapaz de entender debido a lo embriagada que estaba por el poder: la encarnación de la Oscuridad nunca podría ser un verdadero aliado. El toro blanco tenía un único objetivo: la destrucción y completa desaparición del toro negro. Utilizaría cualquier cosa y a cualquier persona para conseguir su objetivo, de la misma manera que destruiría cualquier cosa y a cualquier persona que se interpusiera en su camino.

Si Neferet creía ser su consorte, estaba de lo más equivocada. El toro blanco de la Oscuridad no tenía consortes, solo conquistas.

La presencia se desvaneció y Kalona respiró aliviado. Entonces se irguió y se quedó pensando: ¿Neferet? ¿Había percibido también su presencia?

En ese momento, bajó la mirada y se quedó mirando el iPhone. ¿Cuánto tiempo habían estado observándolo? ¿Qué habían oído? ¿Qué sabían exactamente?

¿Estaba en peligro Rephaim?

Kalona se puso en pie y echó a volar. Sus poderosas alas agitaban la noche mientras viajaba rápida y silenciosamente a través de las corrientes de aire en dirección este, adentrándose en la penumbra previa al amanecer.

Llegó a la estación poco antes del alba y aterrizó en el suelo cubierto de piedras, cerca de las vías del tren, lejos de la enorme fachada de la entrada que, según le había explicado Shaunee, nadie utilizaba. Kalona caminaba lentamente, mirando una vieja rejilla de metal y maldiciendo para sus adentros por haberse dejado el maldito teléfono sobre la roca, cuando alguien apartó a un lado la rejilla oxidada y su hijo salió a toda prisa del edificio.

Kalona empezó a moverse hacia él, sintiendo un alivio imposible de expresar con palabras al ver que su hijo se encontraba bien, cuando su boca se abrió de par en par y dejó escapar un chillido espeluznante. A continuación el cuerpo de Rephaim empezó a temblar, a retorcerse y a transformarse y, de repente, inexplicablemente, un cuervo

surgió bajo la piel del chico.

Dejándose llevar por el instinto, Kalona echó a volar siguiendo al cuervo. El inmortal se mantuvo a una distancia considerable, alejado de los curiosos ojos de la ciudad, aunque en realidad el cuervo pasó muy poco tiempo en la metrópoli. En vez de eso voló hacia el oeste y luego un poco hacia el sur y, sorprendentemente, realizó el mismo trayecto que había recorrido Kalona. No pasó mucho tiempo antes de que el cuervo se posara en un viejo roble que se alzaba en la cima de la montaña, cuyas ramas se extendían como un gigante protector alrededor de las chozas de los cazadores. Entonces Rephaim el cuervo se quedó allí, alejándose solo de vez en cuando para comer algo o para dar unas vueltas por el cielo, pero siempre, siempre, regresaba a la cima dibujando un círculo en el cielo.

Cuando se aproximaba la puesta de sol, el cuervo emprendió el vuelo. Esta vez no dibujó un círculo sino que se dirigió hacia el este, hacia Tulsa. Kalona lo siguió y, mientras el sol desaparecía por el horizonte, el cuervo se posó junto a la entrada del sótano de la estación. El pájaro emitió un chillido que se transformó en un grito de agonía, y de pronto reapareció Rephaim, desnudo, de rodillas y respirando con dificultad.

Kalona se ocultó entre las sombras y observó a su hijo mientras se vestía y luego ambos dirigieron la mirada hacia la rejilla metálica al escuchar que alguien la desplazaba.

—¡Has vuelto! ¡Sí!

La Roja se arrojó en los brazos de su hijo y este la cogió y la apretó fuertemente contra su cuerpo, riendo y besándola. A continuación los dos, cogidos de la mano, desaparecieron en el interior del sótano del edificio.

Kalona, con las rodillas temblorosas y sintiéndose viejo de repente hasta un punto inimaginable, se sentó en las vías oxidadas y alzó la voz, dirigiendo sus palabras al firmamento y a la Diosa, a quien este personificaba.

—Lo perdonaste, y aun así sigues haciéndolo sufrir como una bestia. ¿Por qué? ¿Porque está pagando por mis pecados? ¡Maldita seas, Nyx! ¡Maldita seas!



## Zoey

Sí, estaba nerviosa por la primera hora y por lo que Tánatos iba a decir acerca de la pérdida de uno de los padres (para ser más concretos de mi madre), pero el día no podía haber empezado mejor. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Stark se había despertado antes que yo, así que me había despertado con un montón de besos escuchando cómo me llamaba «Bella durmiente». Después se había zampado el cuenco de cereales Cap'n Crunch más grande que había visto en toda mi vida, y en el aparcamiento de delante de la estación había estado haciendo tiempo con Darius, fingiendo un combate de boxeo, mientras los chicos y chicas subían al autobús.

Yo estaba ya en el autobús, observándolo por la ventana con una sonrisa, seguramente de lo más bobalicona, cuando Aphrodite surgió de los túneles. Me sorprendió verla porque estaba convencida de que, entre el cansancio y la resaca, lo último que se le ocurriría sería ir a clase. En ese momento guiñó los ojos y se puso las gafas de sol, a pesar de que eran las siete y media de la tarde y el sol se había puesto hacía un rato.

—No tiene buen aspecto —dijo Kramisha desde el asiento situado detrás de mí.

—¿Cómo puedes notar eso desde tan lejos?

—Lleva zapatos planos y el pelo recogido en una cola de caballo. Esa chica no lleva nunca zapatos planos, y su pelo parece el de la Barbie —explicó Kramisha—. Y me refiero a la Barbie tradicional, no a esas muñecas extrañas como la «Barbie tenista» o «Barbie va al gimnasio».

—Todo el mundo sabe que Barbie no necesita matarse a hacer deporte para mantener ese cuerpo espectacular —comentó Shaunee.

—Tienes toda la razón —dijo Stevie Rae.

—¿Cómo? —pregunté completamente aturdida.

—Confía en nosotras. Aphrodite no tiene buen aspecto —repitió Kramisha.

—Ni siquiera se ha puesto brillo de labios. Mala señal —dijo Erin.

—Si tampoco se ha pintando los ojos, significa que, oficialmente, el infierno se ha congelado —dijo Shaunee, lo que resultó muy interesante, porque era lo más cercano a un típico comentario de las gemelas que había dicho en los últimos días.

Yo miré a Shaunee, que estaba sentada en la primera fila, lo más lejos posible del sitio de Erin, que se encontraba al fondo del autobús. Estaba rebuscando en su bolso como si hubiera perdido una barra de labios de MAC de temporada de las que te compras y, una vez te has enamorado locamente de ella, dejan de fabricarla porque nos odian a muerte y quieren que nos volvamos locas.

En cualquier caso, estaba segura de que Shaunee tenía las mejillas sonrosadas. ¿Estaría avergonzada por el comentario que acababa de hacer junto a su gemela o le alegraba? No tuve mucho tiempo para evaluar cual de las dos opciones era la correcta porque Aphrodite subió al autobús y se dejó caer en el primer asiento, justo detrás del sitio del conductor, que estaba delante del mío.

—Café —dijo con voz ronca—. Le he dicho a Darius que se pase por el Starbucks de Utica de camino al colegio. Si no me tomo cuanto antes un expreso doble con caramelo con tres kilos de azúcar y una porción gigante de pastel de café y aráندانos creo que me moriré.

—Eso son un montón de calorías —le advirtió Kramisha.

—Si intentas impedírmelo, te juro que te mataré —la amenazó Aphrodite.

—Te queda bien el pelo así —dijo Shaunee.

—¡No me jodas! ¡Lo que me faltaba! No necesito la compasión de una comparte-cerebro ¡Tampoco estoy tan mal!

Shaunee le lanzó una mirada asesina.

—¡No soy ninguna comparte-cerebro y no siento ninguna compasión por ti! ¡Simplemente he comentado que te queda bien el pelo así porque normalmente no te peinas de ese modo, pero si eres demasiado cabrona para aceptar un cumplido, que te jodan!

De pronto todo el autobús contuvo la respiración. Se hizo un silencio absoluto y sepulcral. Estaba intentando decidir si debía invocar a los elementos o salir corriendo cuando Aphrodite se bajó las gafas de sol y se quedó mirando a Shaunee por encima de los cristales. Tenía los ojos morados e inyectados de sangre, lo que le daba un aspecto espantoso, pero brillaban como si estuviera a punto de echarse a reír.

—Creo que me gusta que empieces a usar tu propio cerebro.

—¿Ah sí? Pues yo no he decidido todavía si me gustas tú, pero sigo pensando que te queda bien el pelo así.

—Pues vale —dijo Aphrodite.

—Pues vale —respondió Shaunee.

En ese momento todos respiramos aliviados.

El resto del viaje transcurrió más o menos con tranquilidad. Stark había vuelto a ser el chico sexi, encantador y totalmente irresistible de antes y, cuando le pregunté qué demonios le pasaba, contestó:

—Pues que dormido a pierna suelta y hoy me siento como si fuera Superman.

Sí, como si fuera Superman. Y por lo visto lo decía en serio, porque no dejaba de pulular por todas partes, riendo y comportándose como el típico chico.

Era la cosa más mona que había visto desde aquel video de youtube del gato Trololo.

Así que, antes de llegar al colegio todo fue genial. Incluso el viaje en autobús fue bastante bien. Bueno, Aphrodite estaba de lo más gruñona, pero eso era bastante normal. Además, estaban charlando con Shaunee, lo que era muy amable por su parte

porque era evidente que la pobre no estaba segura de quién era una vez que había dejado de formar parte del equipo de las gemelas. Y, tal y como había dispuesto Aphrodite, hicimos escala en el Starbucks. Sé muy bien que los iniciados no deberían sentir los efectos de la cafeína, pero cuando llegamos a la Casa de la Noche parecía como si nos hubiera puesto a todos como motos.

Por supuesto, una vez llegamos al colegio, todo estaba, como diría Stevie Rae, tan bajo control como un grupo de gatos en celo.

Los problemas empezaron ya durante la primera hora. De acuerdo, no es que me hubiera olvidado completamente de que Tánatos iba a utilizarme como ejemplo para hablar de su especie de proyecto de clase titulado «cómo asimilar la pérdida de uno de los progenitores», sino que había desplazado el recuerdo, probablemente porque Stark estaba siendo adorable y yo me sentía feliz al ver que había vuelto a ser el mismo de siempre.

En cualquier caso, el episodio de amnesia selectiva se me pasó por completo apenas puse el pie en clase y me dirigí a la primera fila con Stevie Rae y Rephaim. Aurox estaba allí, en el mismo sitio en el que se había sentado el día anterior. Apenas me vio me miró fijamente a los ojos, pero apartó la mirada rápidamente. Fue entonces cuando caí en la cuenta de lo que estaba a punto de suceder. En esta ocasión la clase no iba a consistir en pasar una hora sentada, atendiendo a la lección o soñando despierta. La clase iba a tratar sobre mí. Aquello hizo que se formara un nudo en el estómago, y de pronto empecé a ponerme nerviosa y deseé que me hubieran dado permiso para ir al baño, o a la enfermería, o a cualquier otro lugar que no fuera aquella aula.

Hasta pasado un buen rato, no me di cuenta de que mi piedra vidente, por primera vez, no se había calentado al verlo porque, como era de esperar, Tánatos empezó a hablar, lo que me distrajo, poniendo la guinda en el helado de mi ansiedad.

—Leyendo vuestras preguntas descubrí que muchas de ellas trataban sobre una misma cuestión —dijo—. Un grupo numeroso de vosotros expresó su deseo de hablar sobre cómo hacer frente a la pérdida de un progenitor. La verdad es que si completáis el cambio y os convertís en vampiros inevitablemente no solo perderéis a vuestros padres, sino también a todos los mortales con los que hayáis compartido una parte de vuestras vidas porque, como ya sabéis, aunque los vampiros no somos inmortales, vivimos mucho más tiempo que los humanos. Es por eso que, para profundizar en este tema, he pedido ayuda a uno de vuestros compañeros, que no solo ha perdido a uno de sus padres, sino también a una pareja: Zoey Redbird.

Quería morirme.

Todo el mundo se mantuvo en silencio, escuchando atentamente, incluidos los capullos de los iniciados rojos que estaban en la última fila, rodeando a Dallas.

—Pero antes me gustaría empezar con unas palabras de ánimo —dijo Tánatos—. Como bien sabéis, mi afinidad es con la muerte. Con frecuencia ayudo a los espíritus a pasar de este mundo al otro, de manera que puedo deciros con total seguridad que el

Otro Mundo existe, y que está esperándonos a todos nosotros. Yo nunca lo he visitado, pero Zoey sí. —En ese momento me miró con una sonrisa de aliento—. Tengo entendido que has visto cómo Nyx acogía con los brazos abiertos tanto a tu pareja como a tu madre.

—Sí. —Me di cuenta de que apenas se me habían oído, así que me aclaré la garganta y lo intenté de nuevo, esta vez alzando la voz—. Sí, vi cómo Nyx recibía a mi madre y, en lo que se refiere a Heath, incluso pude pasar un poco de tiempo con él.

—¿Y es un lugar hermoso?

En ese momento sentí que el nudo de mi estómago empezaba a deshacerse al recordar la parte más agradable.

—Sí, es fantástico. A pesar de que mi alma estaba hecha pedazos y de que estaba metida en un gran lío, pude sentir la paz y la felicidad de la arboleda de Nyx. —*Solo que no pude acceder a ninguna de ellas*, añadí para mis adentros.

Stevie Rae levantó la mano.

—¿Sí, Stevie Rae? —dijo Tánatos.

—¿Podemos hacer preguntas?

—¿Zoey? —La juiciosa mirada de Tánatos se giró hacia mí.

—Sí, supongo que sí.

—En ese caso adelante, alta sacerdotisa roja. Puedes plantear tu pregunta. —A continuación, dirigiéndose al resto de la clase, añadió—: Pero antes, permitidme que os recuerde que en mi clase siempre están vigentes las reglas de cortesía.

Seguidamente se hizo una pausa y Stevie Rae me preguntó:

—Entonces, ¿el Otro Mundo es una gran arboleda?

Tanto su pregunta como su evidente curiosidad me pillaron por sorpresa, y entonces caí en la cuenta de que hasta aquel momento no me había preguntado prácticamente nada sobre el Otro Mundo. A decir verdad, a excepción de con Sgiach, y de la mención al Más Allá que hice cuando llevé a cabo el ritual para Jack, apenas había hablado del tema.

—Bueno, sí, pero sé de buena tinta que el Otro Mundo está dividido en partes, y que son un buen puñado. Por ejemplo, la primera vez que vi a Heath, estaba pescando en el muelle de un lago precioso. —Aunque su ausencia me ponía triste, aquel recuerdo me hizo sonreír—. Heath adoraba pescar. Le volvía literalmente loco. Así que fue allí donde lo encontré por primera vez, aunque cuando llegó el momento de ponernos a salvo, nos dirigimos a la arboleda de la Diosa, que se encontraba en otra parte del Otro Mundo.

Damien levantó la mano y Tánatos de dio la palabra.

—Ya sé que no viste a Jack cuando estuviste allí, pero ¿estás sugiriendo que en el Otro Mundo cada uno de nosotros dispone de un lugar específico?

Yo reflexioné durante unos instantes y luego asentí con la cabeza.

—Sí, creo que esa es una forma adecuada de describirlo. Probablemente Jack se

encuentra en la sección de arte y manualidades.

Damien sonrió, aunque tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Quería ser diseñador de moda. Lo más seguro es que esté en la sección de *Project Runaway*.

—¡Oooh! ¡Qué sección más guay! —oí decir a alguien sentando en algún lugar detrás de mí, y unos cuantos chicos se rieron por lo bajo.

Como si no estuviera seguro de lo que estaba haciendo, Aurox alzó la mano. Una vez Tánatos dijo su nombre, se giró para poder mirarme a los ojos.

—Dices que el Otro Mundo está dividido en partes. ¿Crees que entre ellas existe también un lugar de castigo?

Sus ojos, de ese extraño color plateado similar al de las piedras de luna, estaban llenos de una angustia indescriptible, y supe que su pregunta no se debía a una mera curiosidad y que mi respuesta le aportaría mucho más que una simple información escolar. *Por favor, Nyx, haz que mi respuesta sea la adecuada.*

En ese momento inspiré profundamente y encontré en mi interior la fuerza necesaria. Me aferré al elemento más próximo a mi corazón confiando en que la Diosa guiara mis palabras. Cuando empecé a hablar me di cuenta de que el silencio se había apoderado de la sala y prácticamente podía oír a los chicos de la última fila conteniendo la respiración.

—Vi algunas cosas en el Otro Mundo que no resultaban muy agradables y que daban bastante miedo, pero se trataba de fuerzas externas que no provenían de la Diosa. ¿Que si vi un lugar de castigo? No, pero lo que sí vi es a Heath dirigiéndose hacia una esfera diferente dentro del Otro Mundo. Él creía que allí iba a renacer. Mientras se marchaba me dijo que, aunque iba a cambiar, nuestro amor seguiría con él. —En ese momento me vi obligada a hacer una pausa, a parpadear con fuerza y a enjugarme la lágrima que, inexplicablemente, había conseguido escarpar de mí—. Mi instinto me dice que Nyx no es una diosa castigadora, pero no me sorprendería que la gente que ha hecho cosas realmente odiosas volviera a nacer de un modo que sirva para reparar las malas acciones de sus vidas anteriores o que les enseñe algo que no habían aprendido antes.

—¿Te refieres, por ejemplo, a que un marido maltratador se reencarnara en un mujer? —preguntó Shaunee.

—¿Y por qué no en una mujer con burka en Afganistán? —añadió Aphrodite levantando la ceja con expresión sarcástica.

—Sí, eso es más o menos lo que quiero decir —expliqué—, pero pienso que la que decide qué somos, quiénes somos y dónde lo somos es la Diosa.

—¿Crees que en cierta medida podría depender también de la persona? —me preguntó Aurox.

—Eso espero —respondí de todo corazón, pensando en Heath y en mamá.

—En cualquier caso, lo que está fuera de toda duda es que existe el Otro Mundo y el hecho de que nuestros seres queridos pueden encontrar la manera de llegar hasta



allí, incluso aunque no sean vampiros o iniciados, nos sirve de cierto consuelo cuando llega el momento de afrontar la pérdida de los mortales con los que tenemos algún lazo afectivo. Pero eso no significa que resulte fácil afrontar la muerte de uno de nuestros padres. Sé que es muy doloroso, Zoey, pero ¿podrías compartir con nosotros qué ha sido lo más duro de afrontar desde que murió tu madre?

Yo asentí con la cabeza y abrí la boca para decir algo sobre el hecho de que ya no podría reparar el haberse desentendido de su papel de madre durante los últimos tres años, pero no encontré las palabras.

—Tómate tu tiempo —dijo Tánatos.

Stevie Rae alargó el brazo, me cogió la mano y, apretándola con fuerza, me susurró:

—No pasa nada. Imagina que estamos tú y yo solas. Cuéntamelo con toda libertad.

Yo miré a mi mejor amiga y solté de golpe:

—Me rompe el corazón no saber exactamente lo que le sucedió.

—¿Y por qué crees que es eso lo que más te entristece?

Tánatos me hizo la pregunta desde la tarima del profesor, pero yo seguí mirando a Stevie Rae. Ella sonrió y dijo:

—¿Por qué piensas que sería mejor saber lo que le pasó a tu madre?

—Porque alguien tiene que pagar por lo que le hicieron —le expliqué a mi mejor amiga.

—¿Es una cuestión de venganza?

En ese momento sí que la miré.

—No. De justicia —repliqué con decisión.

—Tu deseo de justicia no solo es admirable, sino también comprensible. Espero que esto sirva de lección para todos vosotros: hay una gran diferencia entre querer vengarse y desear que la verdad salga a la luz para que la justicia nos ilumine a todos. —Tánatos me miró a los ojos—. Creo que puedo ayudarte a desvelar la verdad para que puedas conseguir justicia para tu madre y liberarte de ese peso.

—¿A qué te refieres?

—Hablé con tu abuela. Hoy se cumple la quinta noche desde la muerte de tu madre. Le expliqué que el número cinco tiene una importancia especial en nuestro sistema de creencias porque representa a los elementos y nuestra cercanía a ellos. Ha accedido a hacer una pausa en su ritual de limpieza precisamente hoy. No se puede afirmar con toda seguridad, pero con el poder de los elementos representado por tu círculo y con tu conexión con la persona cuya muerte intentamos desvelar, creo que puedo arrojar algo de luz sobre la muerte de tu madre, siempre que tú estés dispuesta a invocar el círculo y a presenciar lo que este nos revele.

—Lo estoy. —Tenía ganas de vomitar, pero tenía que seguir con aquello hasta el final.

—Hay una cosa más —dijo Tánatos, mirando primero a mí y luego a Stevie Rae

—. Zoey invocará el círculo y yo estaré allí para invocar la presencia de la muerte, pero el conjuro dependerá de ti.

—¿De mí? —preguntó Stevie Rae soltando un gallo.

—El crimen se llevó a cabo en tu elemento, dejando en él sus huellas, y es a través de él como será revelada la verdad. —Tánatos buscó con la mirada a todos y cada uno de los miembros de mi círculo mientras continuaba explicando—: El hechizo no será agradable. La madre de Zoey fue asesinada. Si tenemos éxito, presenciaremos un acto horrible. Todos y cada uno de vosotros tenéis que tener claro que queréis participar y ser conscientes de a lo que estáis accediendo.

—Yo estoy dispuesta —dijo Stevie Rae de inmediato.

—Yo también.

—Y yo.

—Y yo —dijeron por turno Shaunee, Damien y Erin.

—Entonces, está decidido. Nos marcharemos apenas acabe la primera hora. A continuación daré los nombres de los participantes; deberéis reunirnos en el aparcamiento y prepararos para el ritual y el hechizo. Aquellos a los que no nombre, les ruego que se dirijan a la segunda clase. Para mañana quiero que me escribáis un ensayo sobre la pérdida, que será obligatorio tanto para los que participan en el ritual como para los que no. Los estudiantes que tendrán que venir conmigo son: Zoey, Stevie Rae, Damien, Shaunee, Erin y Aphrodite. El resto podéis empezar a trabajar en vuestras redacciones. Que tengáis un buen día y que seáis benditos.

Seguidamente Tánatos inclinó la cabeza formalmente y se sentó a su mesa.

Yo me quedé con la boca abierta. Como habría dicho la abuela, todo aquello me tenía totalmente desconcertada.

Aphrodite, que estaba sentada detrás de mí, se apoyó sobre su mesa y me susurró:

—Habla con Tánatos. Asegúrate de que Dragon no viene con nosotros. —Luego hizo una pausa, ladeó la cabeza indicando a Stevie Rae y a Rephaim, que estaban cogidos de las manos y hablaban atropelladamente—. A no ser que me equivoque, y normalmente nunca lo hago, esta insistirá en que el chico pájaro nos acompañe, algo bastante comprensible, porque te prometo que Darius no me dejará ir si no viene conmigo. Pero si Rephaim nos acompaña, Dragon no puede venir, de lo contrario, según mi visión, acabará cortado en dos.

—¡Maldita sea! —dije.

—¿Otra vez maldiciendo? —preguntó Aphrodite.

—No, no estaba maldiciendo, es solo una frase hecha —me justifiqué.

—Crece de una vez —dijo ella.

—Que te den —respondí yo de manera sucinta.

Aphrodite se echó a reír, lo que anuló completamente la puya que me acababa de soltar en plan «mujer adulta» a propósito de mi comentario ligeramente inapropiado. Yo solté un suspiro y, aprovechando que justo en ese momento sonaba la campana, me levanté de mi pupitre y me acerqué a Tánatos despacio, pero con paso firme.

Esta, que seguía sentada a su mesa, levantó la cabeza, pero no me miró, sino que dirigió la mirada hacia algún lugar por detrás de mí.

—Aurox, ven un momento, por favor.

Él, que estaba ya saliendo de la clase, se detuvo y se dio media vuelta.

—¿Desea algo, sacerdotisa?

—Me gustaría responder a tu pregunta.

—Esto... Esperaré fuera. Así podréis...

—No es necesario —me interrumpió Tánatos—. Mi respuesta es la misma para todo el que se haga la misma pregunta.

—No la entiendo —dijo Aurox.

En realidad, yo tampoco. Aurox le había preguntado «¿qué soy?». ¿Cómo era posible que hubiera una sola respuesta a aquella pregunta?

—Estoy segura de que lo entenderás apenas oigas lo que tengo que decir. La pregunta de qué somos es algo que solo podemos responder por nosotros mismos. Todos y cada uno de nosotros decidimos quienes somos a través de las elecciones que hacemos a lo largo de nuestra vida. Cómo nos hicieron, quiénes son nuestros padres, de dónde venimos, el color de nuestra piel, a quién decidimos amar, todas esas cosas no nos definen. Lo único que nos define son nuestros actos, y seguirán haciéndolo hasta después de nuestra muerte.

La expresión de Aurox me sorprendió.

—¿El pasado no importa?

—Por supuesto que importa, y mucho, especialmente si no aprendemos nada de él. Pero el futuro no tiene que ser dictado por el pasado.

—¿Soy yo el que decide qué soy? —preguntó arrastrando las palabras, como si intentara resolver un acertijo.

—Así es.

—Gracias, sacerdotisa.

—De nada. Y ahora, ya puedes marcharte.

Él se llevó el puño al pecho y realizó una reverencia antes de abandonar el aula.

Yo me quedé mirándolo, pensando en la expresión de sorpresa de su rostro, cuando Tánatos se dirigió a mí.

—Zoey, sé que el ritual y el hechizo no te resultarán fáciles, pero creo que te ayudarán a cerrar esta página.

—Sí, yo también lo creo. —Seguidamente, sintiéndome como una niña a la que habían pillado con las manos en la caja de las galletas, hablé rápidamente, con los ojos puestos en Tánatos—. En realidad, no me apetece nada. No quiero saber lo que le sucedió a mamá, pero aún así no dejo de revivirlo una y otra vez en mi cabeza. Al menos la verdad hará que deje de inventarme cosas.

—Lo hará —dijo ella.

—Entonces, en el ritual, ¿estaremos todos?

—Sí. Es decir, los que acabo de nombrar. E imagino que también vendrá tu

guardián, y Darius, el compañero de Aphrodite. Yo también estaré. Sigue tu instinto, Zoey. ¿Hay alguien más que quieras que esté presente?

Era como si la presencia de Aurox todavía flotara en el aire, y yo negué con la cabeza.

—No, nadie más. Las únicas personas que necesito son mis amigos y nuestros guerreros, pero hay alguien que no quiero que esté. —Ella alzó las cejas sorprendida, y yo continué—. Dragon Lankford. Odia a Rephaim, y este hace las veces de guerrero de Stevie Rae, así que debería estar a su lado. —Luego, tomando una rápida decisión, me dije a mí misma que Tánatos debería saberlo—. Además, ayer Aphrodite tuvo una visión que mostraba a Dragon implicado en una escena violenta en la que le clavaban una espada a Rephaim. Preferiría que no sucediera durante el ritual que revelará la causa de la muerte de mi madre.

—La función de Dragon Lankford es la de proteger esta escuela y a sus estudiantes. Si consintiera o tomara parte en una agresión a Rephaim, supondría una gran injusticia, y conllevaría una reprimenda y...

—Espera. Para —la interrumpí—. No quiero que este ritual acabe convirtiéndose en una especie de trampa para que Dragon se meta en líos. No quiero que esa truculenta historia acabe afectando a lo que sucedió a mi madre. Su muerte ya fue lo bastante truculenta. Solo quiero que te encargues de que Dragon no esté presente. El resto ya lo resolveremos más adelante.

Tánatos asintió levemente con la cabeza.

—Entiendo perfectamente tus argumentos, y has hecho bien en recordármelo. La muerte de tu madre no es el lugar más adecuado para poner a prueba a Dragon ni para sacar a la luz sus defectos. Me ocuparé personalmente de que no nos acompañe.

—Gracias —respondí.

—Ya me lo agradecerás cuando hayamos terminado el ritual y el hechizo. Con frecuencia he descubierto que los muertos revelan cosas que deberían haber permanecido ocultas a los vivos.

Y con esa siniestra puntualización, concluyó mi lección sobre la muerte y sus entresijos y me dirigí hacia el aparcamiento y hacia un futuro que ninguno de nosotros habría sido capaz de predecir.

## Neferet

Cuando sonó la campana que indicaba el final de la primera hora de clase, Neferet se encaminó con aire despreocupado hacia la puerta del aula. Con el pretexto de despedirse de los pocos alumnos que le habían quedado después de que Tánatos hubiera diezmado considerablemente el número de sus estudiantes en beneficio de su clase «especial», Neferet se situó en un lugar desde donde podía observar a los alumnos de la sacerdotisa del Alto Consejo mientras se marchaban.

*Dallas, ahora sería un momento estupendo para orquestar otro altercado.*

Apenas la idea tomó forma en su mente, el vampiro rojo apareció en su campo de visión. Su actitud era de todo menos provocadora y Neferet frunció el ceño. Tanto él como sus desgreñados compañeros salían a hurtadillas de la clase de Tánatos como una manada de perros con el rabo entre las piernas.

A continuación, el grupo de Zoey, en el que solo faltaba ella, abandonó la clase a toda prisa caminando en la misma dirección. ¿En la misma dirección? La mayoría de ellos tenían clases diferentes a segunda hora. Independientemente de lo borregos que fueran, no tenía ningún sentido que se alejaran del lugar todos juntos.

En ese momento apareció Aurox, y Neferet sonrió.

Como si fuera capaz de percibir su presencia, el recipiente miró hacia donde se encontraba.

—Ven conmigo —dijo, moviendo la boca para que le leyera en los labios, pero sin emitir ningún sonido mientras indicaba su despacho con un gesto de la cabeza.

Neferet no esperó a ver si el recipiente cumplía sus órdenes. Sabía que haría lo que se le pedía.

—¿Sí, sacerdotisa? —dijo, situándose delante de su mesa—. ¿Me has llamado?

—¿Ha sucedido algo fuera de lo común durante la primera hora?

—¿Fuera de lo común, sacerdotisa?

Neferet tuvo que esforzarse por contener su enfado. ¿Por qué tiene que ser tan estúpido?

—¡Sí! ¡Fuera de lo común! He notado que Dallas y su grupo se muestran excepcionalmente reservados y muchos de los otros estudiantes, los más cercanos a Zoey Redbird, se han marchado juntos como si tuvieran que ir a algún otro sitio en lugar de a la segunda clase.

—Tu observación es correcta. Tánatos tiene intención de supervisar a Zoey y a su círculo mientras llevan a cabo un ritual que les permitirá realizar un hechizo para invocar la muerte. Debería servir para que Zoey averigüe la verdad sobre la muerte de su madre y pueda cerrar esta página de su vida.

—¿Cómo? —Neferet sintió como si la cabeza le fuera a estallar.

—Sí, sacerdotisa. Tánatos está utilizando a Zoey como ejemplo para enseñarnos cómo los vampiros y los iniciados pueden superar la pérdida de un progenitor.

Neferet levantó la mano, con la palma extendida, y los zarcillos de la Oscuridad se arremolinaron a su alrededor. Aurox dio un paso atrás; era evidente que la violencia de sus emociones le resultaba incómoda. Ella se esforzó por controlarse y los pegajosos zarcillos se tranquilizaron.

—¿Dónde se llevará a cabo el hechizo?

—En el lugar donde asesinaron a la madre de Zoey.

A pesar de que tenía los dientes apretados, Neferet se las arregló para decir:

—¿Cuándo? ¿Cuándo piensan realizarlo?

—En este momento se están reuniendo para marcharse hacia allí, sacerdotisa.

—¿Y estás completamente seguro de que Tánatos los acompañará?

—Sí, sacerdotisa.

—¡Malditos sean todos los inmortales! —exclamó Neferet, prácticamente escupiendo las palabras—. Un ritual revelatorio. Estos deben ser acompañados por un conjuro muy específico... —A continuación se puso a tamborilear con las puntas de los dedos sobre la mesa, pensativa—. Debería apoyarse en la tierra, pues es en ella donde habrá quedado impresa la muerte. Por lo tanto, a la que habrá que obstaculizar es a Stevie Rae. —Entonces se dirigió de nuevo a Aurox—. Estas son mis órdenes: deberás frustrar el ritual y la realización del hechizo para invocar a la muerte. Haz lo que sea para detenerlos, incluso matar, aunque no quiero que muera ninguna sacerdotisa. —En ese momento hizo una mueca de enfado—. Desgraciadamente, el precio a pagar por la muerte de una de ellas es demasiado alto, sobre todo teniendo en cuenta que no puedo ofrecer un sacrificio equivalente —farfulló, casi como si hablara solo consigo misma. Acto seguido miró a los ojos de color de piedra de luna del recipiente—. No mates a ninguna sacerdotisa. Preferiría que nadie se diera cuenta de tu presencia, pero si no puedes detener el hechizo sin delatarte, entonces tendrás que hacer lo que sea. Debes asegurarte de que el ritual y el hechizo fracasen para que Tánatos no averigüe la forma en que murió la madre de Zoey, ¿entendido?

—Sí, sacerdotisa.

—Entonces vete de aquí y haz lo que se te ordena. Y si te descubren, no esperes que vaya a rescatarte. Olvidaré que hemos tenido esta conversación.

Al ver que no se movía y que se quedaba allí mirándola, le reprochó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué no estás obedeciendo mis órdenes?

—No sé a dónde ir, sacerdotisa. ¿Cómo hago para llegar hasta el lugar del ritual?

Neferet reprimió las ganas de golpearlo con la Oscuridad hasta dejarlo de rodillas. En vez de eso garabateó una dirección en un bloc de notas, arrancó la hoja y se la entregó.

—Usa el GPS tal y como te enseñé. Esta es la dirección. Es incluso más fácil que si te enviara allí con un conjuro.

Él hizo una reverencia apretando el papel entre sus manos.

—A tus órdenes, sacerdotisa —dijo mientras abandonaba la habitación.

—¡Y asegúrate de que no te vean llegar!

—Sí, sacerdotisa —dijo antes de cerrar la puerta tras él.

Neferet se quedó mirándolo mientras se marchaba.

—¡Ojalá fuera más inteligente! —susurró dirigiéndose a los zarcillos de la Oscuridad que se deslizaban por sus brazos, acariciando sus muñecas—. ¡Ah! Pero vosotros lo sois ¿verdad? Id con él. Fortalecedlo. Observadlo. Aseguraos de que no vacila en el cumplimiento de mis órdenes. Y luego volved y contádmelo todo.

Los zarcillos titubearon. Neferet suspiró y, con un rápido movimiento del dedo índice, se hizo un corte en el bíceps y apretó los dientes mientras se alimentaban de ella. Instantes después los ahuyentó con un gesto de la mano y se lamió la herida para

que se cerrara.

—Y ahora, marchaos. Ya os habéis cobrado vuestro pago. Haced lo que os pido.

Los zarcillos se alejaron de ella con movimientos sinuosos y Neferet, satisfecha, llamó a su ayudante para que le llevara una copa de vino con un chorrito de sangre.

—Y esta vez, que sea de una virgen —le espetó cuando la joven vampira respondió a su llamada—. La otra es demasiado común, y tengo el presentimiento de que muy pronto tendrá lugar una celebración.

—Sí, sacerdotisa. Tus deseos son órdenes —respondió la ayudante con una reverencia antes de marcharse a toda prisa.

—Así me gusta —dijo Neferet hablando en voz alta, a sabiendas de que las sombras escuchaban sus palabras—. Todos mis deseos son órdenes. Y algún día, en un futuro muy próximo, ya no me llamarán sacerdotisa, sino Diosa. Muy, muy próximo...

Neferet soltó una carcajada.



## Dragon

Un maestro de esgrima se da cuenta de todo. Esta habilidad forma parte del secreto de su éxito, de lo que lo mantiene con vida. A pesar de ello, Dragon Lankford no necesitó hacer uso de sus habilidades preternaturales de observación para darse cuenta de que algo estaba pasando en el círculo interno de Zoey. Solo tuvo que seguir su instinto y hacer una simple pregunta.

Poco después del inicio de la segunda hora, Dragon ordenó a sus alumnos que empezaran con los ejercicios de precalentamiento y les comunicó que volvería enseguida. Su instinto llevaba un buen rato reconcomiéndolo, empujándolo a actuar, preocupándolo. Darius y Stark eran dos guerreros dotados de un gran talento, más que capaces en sus respectivas especialidades en el manejo de las armas. Podía decir, sin miedo a equivocarse, que Darius era el mejor lanzador de cuchillos que había visto jamás, mientras que la infalibilidad de Stark con el arco y las flechas era realmente espectacular.

Pero el hecho de que poseyeran esas habilidades no significaba necesariamente que pudieran ocuparse de adiestrar a un montón de inexpertos e impresionables iniciados. La capacidad de enseñar era un don en sí misma, y Dragon tenía serias dudas de que dos vampiros tan jóvenes tuvieran la experiencia y el buen hacer necesarios para convertirse en profesores de verdad.

*Cuando ella se convirtió en profesora era todavía joven. Muy joven. Fue así como conoció a su compañera, su gran amor, su vida. Sabía lo que habría dicho Anastasia si hubiera estado allí. Le habría sonreído con dulzura y le habría recordado que no debía juzgar a los demás tan duramente solo por su juventud, y que en el pasado él mismo lo había sufrido en sus propias carnes. Le habría recordado que su privilegiada posición le permitía convertirse en el mentor de esos jóvenes, y asegurarse de que se convertían en guerreros encomiables y en excelentes profesores.*

Pero Anastasia estaba muerta y aquel hecho había cambiado su vida por completo. Dragon no tenía ganas de supervisar a ningún joven profesor y mucho menos convertirse en su mentor, sobre todo teniendo en cuenta que habían empezado aquella clase extra para que él no tuviera que sufrir la presencia del cuervo del escarnio convertido en chico. Pero a Dragon aquel encargo estaba resultándole de lo más extraño. Aunque se había desviado del camino que había recorrido junto a su compañera y a su Diosa, sentía como si no se hubiera liberado del todo de los lazos que lo unían al honor y a la responsabilidad.

Esa fue la razón por la que, muy a su pesar, se dejó llevar por el instinto que le



decía que controlara a los jóvenes guerreros y recorrió el pequeño trecho que separaba la casa de campo del ruedo de las caballerizas de Lenobia donde Stark y Darius llevaban a cabo los entrenamientos.

Apenas puso un pie en el ruedo de serrín, Dragon supo que, efectivamente, había motivos para preocuparse. El entrenamiento no lo estaban dirigiendo los dos vampiros, sino el humano que trabajaba en las caballerizas. No había ni rastro de Lenobia, y los jóvenes guerreros se alejaban de los establos siguiendo a Aphrodite. Dragon sacudió la cabeza, asqueado.

—¡Darius! —gritó.

El vampiro se detuvo, les hizo un gesto a Aphrodite y a Stark para que siguieran sin él y se acercó a Dragon a toda prisa.

—¿Qué hace un humano dirigiendo vuestra clase?

—No hemos tenido más remedio —explicó Darius—. Stark y yo tenemos que escoltar a Aphrodite y a Zoey.

—¿Escoltarlas? ¿A dónde?

Dragon se dio cuenta de que Darius no se sentía cómodo discutiendo aquel asunto con él, pero no tenía elección. Independientemente de sus opiniones opuestas en cuestiones como las de Rephaim, Neferet y algunos iniciados rojos, Dragon seguía siendo su superior en cuestión de rango, y por lo tanto el guerrero estaba obligado a responder al maestro de esgrima.

—Tánatos va a guiar a Zoey y a su círculo en la ejecución de un ritual en la granja de su abuela. Se supone que el hechizo que este conlleva desvelará cómo murió su madre.

Dragon lo miró estupefacto. Se trataba de un hechizo muy serio que conllevaba tomar ciertas medidas para protegerse del peligro, aunque los riesgos eran más emocionales que físicos. *Deberían haberme informado. Tendrían que haberme involucrado.*

Dragon se guardó sus pensamientos para sí y se limitó a preguntar:

—¿Por qué tiene que realizarse precisamente ahora? ¿Durante el horario escolar?

—Hoy se cumple la quinta noche desde su muerte.

Dragon asintió con la cabeza. Aquello tenía sentido.

—Una noche por cada uno de los elementos. Con cuatro estaría incompleto y seis sería demasiado tarde. Tiene que ser esta noche.

—Sí, es lo mismo que explicó Tánatos —añadió Darius. Era evidente que la situación le resultaba violenta—. ¿Puedo marcharme ya, señor? Mi profetisa me está esperando.

—Sí. Puedes irte.

Darius se despidió con una inclinación de cabeza y Dragon se quedó mirándolo mientras se alejaba. Entonces, con una expresión sombría en su atractivo rostro, Dragon Lankford cambió de dirección y se encaminó a paso ligero hacia el aula en la que Tánatos impartía clase desde su llegada.

Una vez llegó a su destino, comprobó aliviado que la alta sacerdotisa seguía allí, revolviendo en uno de los armarios situados en el fondo de la habitación, reuniendo velas y hierbas que colocaba cuidadosamente en una gran cesta para hechizos que le resultaba tremendamente familiar. Había sido la favorita de Anastasia.

Al verla, se sintió desprotegido e indefenso. Aun así se aclaró la garganta y dijo:

—Sacerdotisa, ¿puedo hablar un momento con usted?

Al oír su voz, Tánatos se dio media vuelta.

—Por supuesto, maestro de esgrima.

—Darius me ha dicho que tiene intención de dirigir al círculo de Zoey en la realización de un ritual de revelación y otros hechizos de gran calado en la granja de su abuela.

Aunque su frase no estaba planteada como una pregunta, Tánatos asintió con la cabeza.

—Así es.

—Sacerdotisa, creía que estaba enterada de que soy el líder de los Hijos de Érebo en esta Casa de la Noche.

—Efectivamente, estoy enterada de cuál es su posición aquí, maestro de esgrima —respondió Tánatos.

—En ese caso, y sin pretender en ningún caso reprenderla o faltarle al respeto, debo preguntarle por qué no me ha informado o incluido en una empresa no solo de gran importancia, sino también arriesgada.

Tánatos vaciló unos instantes y después asintió con la cabeza, como si estuviera de acuerdo con él.

—Tiene toda la razón. Teniendo en cuenta su posición en esta escuela, debería haberle puesto al corriente de mis planes. Si no lo hice, fue por una razón muy sencilla: pensé que su presencia en el ritual supondría una distracción. Es por eso que no lo informé ni incluí. Si le ha dado la sensación de que no he respetado su posición, lo siento. No era mi intención.

—¿Una distracción? ¿Por qué iba a ser yo una distracción?

—Como consorte y protector de Stevie Rae, Rephaim asistirá al ritual.

Terriblemente molesto, Dragon respondió:

—¿Qué tiene que ver Rephaim con el hecho de que yo sea una distracción?

—Si le hace algún daño al consorte de la sacerdotisa que encarna a la tierra, el elemento implicado, esto la distraerá de llevar a cabo su función central en el ritual de revelación e impedirá la realización del hechizo que sigue a este.

—Yo estaría allí para proteger a mis alumnos, no para hacerles daño —dijo Dragon apretando los dientes con fuerza.

—Aun así, Aphrodite ha tenido una visión en la que, aparentemente, hiere a Rephaim.

—¡Yo no haría algo así a menos que pusiera en peligro a algún otro estudiante!

—En cualquier caso, su presencia supondría una distracción. Dragon, contaremos

con la presencia de otros dos guerreros, y el poder del círculo de Zoey será fuerte. Los estudiantes estarán a salvo. Además, déjeme decirle, maestro de esgrima, que he notado un preocupante cambio en usted desde la muerte de su compañera.

—Su pérdida me ha sumido en una gran tristeza.

—Maestro de esgrima, creo que lo que de verdad sucede es que está perdido. Y aunque Rephaim no asistiera al ritual, no me gustaría que estuviera presente.

—Entonces será mejor que me marche. No quiero distraerla. —Dragon se giró en redondo pero, antes de que abandonara el aula, las palabras de Tánatos le tendieron una trampa.

—Por favor, déjeme explicarme. No me gustaría que estuviera presente en un ritual en el que se realizará un hechizo para revelar la verdad sobre una muerte y cuya finalidad es que se haga justicia y que se pueda cerrar una página. No es mi intención ofenderle, pero tengo la sensación de que se encuentra inmerso en un conflicto personal y que su presencia iría en contra de la esencia misma del hechizo.

Como si sus palabras hubieran erigido un muro delante de él, Dragon se detuvo. Aun así, no se giró para mirar a la alta sacerdotisa, sino que se limitó a responder con una voz que apenas reconoció como suya.

—¿Mi presencia iría en contra de la esencia misma del hechizo? ¿Es eso lo que acaba de decir?

—Simplemente le he expuesto la verdad de los hechos.

—¿No tiene nada más que decirme, sacerdotisa? —dijo sin dejar de darle la espalda.

—No, excepto que me gustaría darle mi bendición, maestro de esgrima.

Dragon no la saludó con una reverencia. Ni tampoco se llevó la mano al pecho en señal de respeto. No podía. Necesitaba pensar y estaba convencido de que si no salía corriendo de allí inmediatamente, explotaría. Una vez en el pasillo, empezó a caminar a ciegas, tambaleándose. Ajeno a las miradas de curiosidad de los alumnos, se abrió paso a través del edificio principal de la Casa de la Noche y salió al exterior.

Los recuerdos empezaron a bombardearlo. Las palabras giraban una y otra vez en su cabeza como un remolino. Había estado presente el día que a un guerrero se le había prohibido asistir a otra sacerdotisa, hacía muchos, muchísimos años, pero todavía podía oír las palabras de Anastasia como si las estuviese pronunciando en ese mismo instante.

*No es mi intención ofenderle, pero no puedo realizar un hechizo de paz mientras estoy siendo protegida por un guerrero. Simplemente iría en contra de la esencia misma del hechizo...*

La alta sacerdotisa de la Casa de la Noche de Tower Grove estuvo de acuerdo con la joven profesora de hechizos y rituales y ordenó que fuera Dragon el que escoltara a Anastasia en lugar de un guerrero vampiro. Le habían asignado la tarea de protegerla aquella noche, de velar por ella mientras llevaba a cabo un hechizo de paz en el corazón de San Luis.

Y él le había fallado.

Por suerte, había sobrevivido. No la habían asesinado aquella noche, pero Dragon había permitido que la maldad escapara a su espada. Y aquella misma maldad, ciento setenta y siete años después, había asesinado a su compañera, su amor, su vida.

Dragon respiraba con dificultad. Estaba apoyado sobre algo fresco y suave que contrastaba con el calor que manaba de su interior. Entonces parpadeó, alzó la vista y se dio cuenta de a dónde lo habían llevado sus pasos. Dragon estaba apoyado sobre la estatua de Nyx que se alzaba delante del templo. Cuando miró el rostro marmóreo, la suave brisa apartó las nubes que tapaban la luna y una luz plateada bañó a Nyx, iluminando sus ojos.

Por un breve instante, Dragon tuvo la sensación de que estaba viva y de que lo miraba con un terrible sentimiento de tristeza que hizo que su corazón, que se había roto en tantos pedazos que pensaba que no volvería a sentir nada nunca más, sintiera un profundo dolor.

Fue entonces cuando Dragon entendió lo que debía hacer.

—Voy a asistir al ritual. Me quedaré observando, sin interferir, a menos que la maldad intente golpear de nuevo. Si es así, te doy mi palabra de que la cortaré por lo sano.

## Zoey

—¿Estás segura de que no deberíamos pedirle a Shaylin que nos acompañara? —preguntó Stevie Rae. Estaba sentada en el autobús con Rephaim, en su sitio de siempre, mientras esperábamos a que Tánatos se reuniera con nosotros.

—No creo que sea lo más adecuado —dije—. Hace solo unos días que la han marcado. Ni siquiera ha tenido tiempo de asimilar el hecho de ser una iniciada, por no hablar de lo de la visión verdadera.

—Además, no queremos publicitar el hecho de que puede ver la verdad de las personas —añadió Aphrodite—. Cuanta menos gente se entere de nuestras cosas, mejor.

—Pero formaba parte del poema de Kramisha —sugirió Stevie Rae.

—Eso no es del todo seguro. El poema decía... —En ese momento parpadeé como si aquel gesto me ayudara a recordar, y después recité con la mayor precisión de que fui capaz—: «Vista con la visión verdadera / la Oscuridad no siempre es lo mismo que el mal / y la Luz no siempre trae el bien». ¿Y si la parte en que habla de la visión verdadera tuviera, como sucede en la mayoría de los poemas de Kramisha, un sentido figurado, y no literal?

—¡Oh, Diosa! ¡Odio la poesía! —protestó Aphrodite.

—¿Kramisha tampoco viene? —preguntó Stevie Rae con voz extrañamente quejicosa—. Quizás deberíamos ir a buscarla.

—No, Stevie Rae. Tenemos que ceñirnos exclusivamente a nuestro círculo, al núcleo de nuestro grupo —sentenció.

—A la panda de los pringados, más los chicos y *moi* —puntualizó Aphrodite—. ¿Qué narices te pasa, pueblerina? No es la primera vez que tenemos que enfrentarnos al mundo y siempre hemos salido más o menos bien parados.

—Pareces asustada —dijo Damien.

Stevie Rae dirigió la mirada hacia los asientos situados detrás de mí, donde estaban Damien y Erin.

—Estoy asustada —reconoció con voz queda.

—No debes tener miedo —dijo Rephaim rodeándola con uno de sus brazos—. La visión de Aphrodite ha servido para que estemos prevenidos. No me ocurrirá nada.

—No estoy del todo segura que estar asustado sea algo malo —dije tomando la palabra, dejándome llevar por mi instinto en vez de por la razón—. Voy a contemplar cómo mataron a mi madre y eso me asusta, así que sé que tendré que estar preparada para algo terrible que será superdifícil de presenciar. Aphrodite tuvo una visión en la que mataban a Rephaim, probablemente durante el ritual que estamos a punto de llevar a cabo. Creo que es bueno que Stevie Rae tenga miedo. Tú también deberías tenerlo, Rephaim. Al menos lo suficiente como para estar preparados para algo malo, en caso de que suceda.

—Yo estoy muerto de miedo —admitió Damien—. La muerte de Jack todavía está muy reciente y la idea de presenciar otro asesinato me aterroriza.

—Estaremos todos contigo —le dije—. Estamos juntos en esto.

—Yo también estoy asustada. Es la primera vez que realizo un círculo sin tener una gemela —soltó Shaunee.

En ese momento se produjo un incómodo silencio y entonces, desde la parte central del autobús, Erin dijo:

—Yo sigo aquí. Sigo teniendo la capacidad de aportar agua a tu fuego. No estarás sola.

—Todos necesitamos un poco de miedo para protegernos, pero hay que evitar que este nos bloquee —dije, sintiéndome increíblemente aliviada al ver que las gemelas volvían a hablarse.

—El miedo puede ser muy beneficioso, siempre que vaya acompañado por el valor y el sentido común.

La repentina aparición de Tánatos, casi mágica, en la parte delantera del autobús, provocó que todos diéramos un respingo. Sujetaba una gigantesca cesta de hechizos y llevaba puesta una larga capa con capucha de un precioso color azul zafiro. Tenía un aspecto imponente, antiguo y atemorizador. Entonces sonrió y su porte temible se desvaneció, consiguiendo que, en cierto modo, nos sintiéramos incluidos y que nos relajáramos un poquito.

—Estamos todos —dije una vez me hube desecho del nudo que se me había formado en la garganta—. Listos para marcharnos.

—Casi listos. Antes de dejar el campus, debo encargar algo a los cinco miembros del círculo. Dado que se trata de un ritual de revelación y que el hechizo que realizaré permitirá a los presentes ver algo que ha permanecido oculto hasta ahora, deberéis traer al altar algo que revele una verdad sobre vosotros mismos y que normalmente permanezca oculta.

—¡Oh, no! —exclamé con un suspiro.

—Tomaros un momento para reflexionar sobre qué es lo que necesitáis revelar sobre vosotros mismos y luego id a recoger algún objeto que lo represente de manera simbólica. Rápidamente. Tenemos que completar el ritual y realizar el hechizo antes de que llegue la media noche y empiece un nuevo día.

Shaunee fue la primera en reaccionar. Parecía muy decidida mientras salía del autobús. A continuación se marchó Damien, luego Stevie Rae y finalmente Erin. Fue entonces cuando se me ocurrió una idea y empecé a revolver en el interior de mi bolso. Lo encontré en el fondo, junto a los clínex usados, una barra de cacao para los labios sin tapa y la típica porquería que hay siempre en el fondo de los bolsos. Satisfecha, levanté la vista y descubrí a Stark, Darius, Rephaim y Aphrodite mirándome con cara de tontos.

—¿Necesitas ayuda para encontrar algo? —preguntó Aphrodite en un tono solo medio sarcástico.

—Zoey ya lleva consigo lo que necesita —dijo Tánatos.

—Sí, tiene razón. Ya lo tengo —respondí, sintiendo un irrefrenable deseo infantil de sacarle la lengua a Aphrodite aunque, por supuesto, no lo hice. En vez de eso me crucé de brazos y la miré con expresión engreída.

No tuvimos que esperar mucho para que el resto de mi círculo regresara. La primera en llegar fue Stevie Rae. Tenía el ceño fruncido, algo poco habitual en ella. No llevaba nada a la vista, pero cuando se sentó me di cuenta de que colocaba la mano sobre uno de los bolsillos delanteros de sus vaqueros como si protegiera algo que estaba dentro.

Damien, por su parte, se había marchado con su bolso de caballero y volvió con él. Una vez en el autobús, miró a Tánatos con una sonrisa de lo más animada y dijo:

—Misión cumplida.

La siguiente en llegar fue Shaunee que, sin abrir la boca, se dirigió a su asiento y volvió a quedarse mirando por la ventana.

Finalmente regresó Erin. Llevaba una pequeña bolsa térmica de las que te suelen dar en las tiendas de comestibles más pijas (como Petty's, situada en la plaza de Utica) para llevarte el helado a casa o cualquier otro producto congelado.

—¿Qué? —preguntó con gesto desafiante—. Ya estoy aquí. Cuando queráis, nos vamos.

Tánatos sofocó el estallido de Erin con una mirada severa que hizo que la mitad de las antiguas gemelas se escondiera en el fondo del autobús. Entonces le dijo a Darius:

—Llévanos a la granja de lavanda de Sylvia Redbird.

El guerrero arrancó y sacó el minibús del campus de la Casa de la Noche. Imaginé que Tánatos se sentaría (como habría hecho cualquier profesor normal) y que pasaría el trayecto dando botes en el asiento como el resto de nosotros. En vez de eso se agarró con una mano a la barra para minusválidos mientras metía la otra en la cesta de hechizos, que estaba a rebosar, y sacó un enorme manajo de algo que parecía un puñado de hierbajos con pequeños ramilletes de flores blancas como las que había visto millones de veces a los lados de la carretera y en los campos y acequias de Oklahoma.

—Como todos sabéis, vamos a llevar a cabo un ritual de revelación, y voy a realizar un hechizo invocando a la muerte que, con un poco de suerte, sacaré a la luz algunas imágenes del pasado, en concreto las del asesinato de la madre de Zoey. Se trata de un ritual intrincado y de un hechizo complejo. —Hasta entonces Tánatos se había dirigido a todos nosotros, pero en aquel momento se concentró en Stevie Rae —. Como ya he mencionado antes, la tierra es la llave que nos permitirá liberar el hechizo. El éxito de la visión reside en la fuerza de tu conexión con este elemento y en el compromiso y el empeño del círculo en devolver a la vida las imágenes de los acontecimientos del pasado.

—Mi conexión con la tierra es profunda. Lo prometo —dijo Stevie Rae.

Las comisuras de los labios de Tánatos se curvaron con una sonrisa.

—Es un excelente comienzo.

—Y en mi opinión, mi círculo está realmente comprometido con el ritual.

Los amigos que me rodeaban confirmaron mis palabras con «síes» y «ajás».

—¿Para qué son los hierbajos? —preguntó Aphrodite.

Tánatos separó una de las plantas del resto y la levantó para que todos pudiéramos verla. Como había pensado en un principio, era una simple hierba silvestre seca con unas flores blancas, bastante normales pero muy bonitas, en la parte superior, similar al velo de novia.

—Esto no es un hierbajo. Es una maravillosa flor silvestre llamada angélica. Posee unas propiedades inusualmente fuertes y puras. Se trata de una flor de comunicación. Cuando se utiliza en un hechizo tiene la capacidad de revelar las cosas ocultas a la visión consciente. Durante el ritual de hoy, tú, mi joven alta sacerdotisa roja, llevarás una corona de esta flor mágica tejida por tus amigos.

—¡Qué guay! ¡Me encanta!

Tánatos entregó el manajo de flores silvestres a Stevie Rae.

—Repártelas. Los demás deberéis trenzar las plantas que se os entreguen en forma de círculo. Stevie Rae se los colocará en la cabeza justo antes de comenzar el ritual.

—¿Trenzar? —me preguntó Stark por lo bajo.

Stevie Rae dejó caer un puñado de flores en nuestros regazos y yo miré a Stark con las cejas levantadas.

—Ajá. Trenzar —dije—. Son órdenes de la muerte.

—Bueno. En ese caso... —respondió él con un suspiro mientras empezaba a entrelazar torpemente los largos tallos.

Mientras todos estábamos concentrados en trenzar las flores (incluso Rephaim, que aparentemente poseía una rara habilidad para el macramé y que acabó realizando una intrincada trenza y ayudando a Stark con la maraña que había organizado), Tánatos recorría el pasillo de arriba abajo sin dejar de hablar. Aquello parecía una extraña especie de aula móvil.

—Desde el mismo momento en que nuestros pies entren en contacto con la tierra del lugar en el que se realizará el ritual, tenemos que concentrarnos en el propósito de nuestro hechizo. Deberéis liberar vuestra mente de cualquier otro pensamiento y centraros solo en una sola cosa, el hecho de que se nos permitirá visualizar la muerte de Linda Heffer.

—El asesinato —dije casi sin pensar—. No solo murió. La asesinaron.

Tánatos se giró, me miró a los ojos y asintió con la cabeza.

—Tienes razón. Reconozco mi error. Cuando se busca la verdad, hay decir la verdad. Tu madre no murió por una enfermedad o porque su edad fuera avanzada. La mataron, y lo que estamos pidiendo es que se nos permita ser testigos de lo que sucedió.

—Gracias —dije volviendo a mi corona de flores.

—Aunque se trata de algo fortuito, el crimen se cometió en una granja de lavanda. La lavanda es una hierba mágica con un poder extraordinario. Tiene propiedades depurativas, pero en su estado más puro, es la encarnación de la tranquilidad. Calma el dolor y evoca la paz y la serenidad.

—¿Y de qué nos sirve? A la madre de Z la mataron en medio de un gigantesco montón de lavanda. Por lo visto, las propiedades calmantes no funcionaron demasiado bien —intervino Aphrodite.

—Una hierba por sí sola no puede influir en los actos de alguien que ha optado por seguir el camino de la destrucción. La lavanda no podría haber salvado a la madre de Zoey. Sin embargo, el hecho de que la mataran en un terreno cuyos nutrientes alimentan a la lavanda, implica que la tierra misma no pueda descansar por culpa de los actos violentos cometidos en un lugar cuya finalidad es albergar la paz.

—Y eso es bueno para nosotros porque... —pregunté sintiéndome algo más que empanada.

—Porque la tierra querrá librarse de la violencia infligida sobre ella. Debería estar impaciente por transmitirnos las imágenes, aunque eso no quiere decir que nos vaya a resultar fácil.

—¿Por qué no? —inquirió Damien.

—Los rituales y hechizos relacionados con las emociones intensas nunca resultan fáciles —explicó Tánatos—. Los rituales de muerte son particularmente complicados. La muerte raras veces coopera, incluso aunque solo queramos echarle un rápido



vistazo y no abarcarla por completo.

—De manera que, cuando mi madre decía «cuanto mayor sea el esfuerzo, mayor es la gloria», tenía toda la razón —dijo Stevie Rae.

—Así es —convino Tánatos—. Así que prosigamos con los preparativos. El hechizo constará de tres partes. La primera se desarrollara desde este preciso instante hasta que lleguemos al lugar del ritual. Se conoce como «liberación». Si queremos tener éxito esta noche, debemos tener muy presente nuestro propósito y hacerlo de manera unánime. Ha llegado el momento de liberar vuestras mentes y concentraros.

—¿En qué? ¿En la muerte? —quiso saber Stevie Rae.

—No. En la verdad. Debemos unificar nuestro deseo común para que esta noche podamos buscar y encontrar la verdad.

—La visión verdadera.

No me di cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que Tánatos asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, exactamente. Es una manera excelente de expresarlo. Esta noche deberemos mirar con la visión verdadera.

Tánatos se dirigió hacia la parte posterior del autobús para echarle un vistazo a la corona de Erin y yo sentí que alguien tenía puestos los ojos en mí. Entonces alcé la vista y descubrí a Stevie Rae y a Aphrodite mirándome fijamente.

—Esta noche, «vista con la visión verdadera» —citó Aphrodite en voz baja—. «La Oscuridad no siempre es lo mismo que el mal. La Luz no siempre trae el bien».

—Os dije que deberíamos haber traído a Kramisha —susurró Stevie Rae.

—Yo creo que deberíamos haber traído un maldito carro de combate —dijo Stark.

—¡Liberad vuestras mentes! —les ordené entre dientes, mirándolos con cara de asesina antes de retomar mi labor de trenzado.

Entonces intenté liberar mi mente.

Intenté pensar en la verdad.

Pero era demasiado joven, y estaba demasiado asustada y preocupada. Así que me descubrí a mí misma concentrándome en una verdad muy simple, y que no tenía nada que ver con lo que Tánatos esperaba de nosotros:

*La verdad es que echo mucho de menos a mi madre y que daría cualquier cosa por que estuviera viva y tenerla de nuevo aquí, a mi lado.*



## Aurox

Aurox abandonó rápidamente el campus de la Casa de la Noche, seguro de que había salido mucho antes que el autobús escolar. Según los criterios humanos, era bastante tarde, y la carretera estaba prácticamente vacía. Se alegraba de poder contar con las indicaciones de voz de su vehículo y de disponer de tiempo suficiente para conducir y pensar sin tener que preocuparse de que lo descubrieran siguiendo a Darius, que solía ser muy diligente en sus funciones.

Neferet le había ordenado que abortara el ritual que iba a llevarse a cabo y el hechizo que tenía previsto realizar Tánatos, aunque le había dejado bien claro que no debía matar a ninguna sacerdotisa en el cumplimiento de su cometido. A Aurox no lo pilló por sorpresa el alivio que le produjo aquella pequeña salvedad. Por un instante, mientras Neferet le dictaba órdenes, había creído que iba a encargarle que matara a Zoey. La idea había hecho que sintiera ganas de vomitar aunque, según la sacerdotisa, no poseía la habilidad de sentir. Era un recipiente. Las emociones de los demás servían para cargarlo de energía pero se suponía que, una vez utilizadas, debían disiparse.

Entonces, ¿por qué, desde aquel momento en el que se había encontrado a solas con Zoey la noche que lloraba por la muerte de su madre, sentía tristeza, una profunda e insistente desesperación, culpabilidad y, recientemente, algo más, algo nuevo? Aurox se sentía solo.

Casi le pareció escuchar la risa burlona de su sacerdotisa.

—¡Sí! ¡Siento! —gritó. Su voz retumbó en el interior del vehículo, como si estuviera solo en una cueva. Siempre solo—. ¡Siento! ¡Aunque la sacerdotisa diga lo contrario! —Entonces golpeó con el puño el salpicadero, sin importarle que los nudillos se le fisuraran y que la cubierta de cuero se abollara por la fuerza del impacto—. ¡Siento su tristeza! ¡Siento su miedo! ¡Siento su soledad! ¿Por qué? ¿Por qué Zoey Redbird hace que sienta?

*Todos y cada uno de nosotros decidimos quienes somos a través de las elecciones que hacemos a lo largo de nuestra vida. La voz de Tánatos parecía oírse allí mismo, en el interior del coche. Nuestros actos nos definen, y seguirán haciéndolo hasta después de nuestra muerte.*

—Fui creado para servir a Neferet.

¿Era posible que Tánatos tuviera razón? ¿Incluso con una criatura como él?

Como si su intención fuera responder a su pregunta, recordó otra frase de Tánatos.

*... el futuro no tiene que ser dictado por el pasado.*

En ese momento se escuchó la voz del coche, disipando las sabias palabras de Tánatos y diciéndole que debía torcer a la derecha y que le faltaban ochocientos metros para llegar a su destino. Aurox completó el giro, pero luego metió el coche en la cuneta y continuó avanzando hasta estar seguro de que había aparcado lo bastante lejos de los faros y ojos de posibles curiosos. Entonces bajó del coche y, avanzando rápidamente pero con sigilo, caminó en paralelo al pintoresco camino de gravilla que conducía hasta una modesta casa.

Aurox se detuvo antes de llegar a la vivienda, y no solo porque necesitaba utilizar el pequeño huerto adyacente y el amplio campo de lavanda que lo enmarcaba para esconderse. Lo que lo hizo detenerse fue la visión del círculo calcinado en mitad de las hierbas dormidas por el frío del invierno. El causante de que la tierra estuviera carbonizada y las plantas de lavanda destruidas no había sido el fuego. Lo había provocado un frío abrasador, una destrucción glacial.

*La Oscuridad ha estado aquí, se dijo a sí mismo Aurox. Este suceso lo llevaron a cabo Neferet y el toro blanco. Fueron ellos los que mataron a la madre de Zoey Redbird.*

De pronto algo se deslizó en su interior, como si una rueda que había estado atascada, luchando contra el fango y la tierra, finalmente se hubiera liberado. Aurox sintió que le fallaban las piernas y se dejó caer sobre el suelo con la espalda apoyada en la áspera corteza de uno de los árboles, esperando... observando... pero sin hacer nada.

## Dragon

Encontrar la dirección del domicilio de Zoey había sido pan comido. La granja de su abuela estaba relativamente cerca, más o menos a una hora de viaje. Esperó a que el autobús escolar abandonara el campus y después lo siguió lentamente, asegurándose de que Darius, que siempre estaba alerta, no lo viera por el espejo retrovisor. Dragon no necesitaba mantenerse cerca del vehículo. Sabía adónde iba, y sabía lo que tenía que hacer.

La obligación lo era todo para él.

Su deber era defender la escuela y mantener a salvo a los estudiantes.

Los dragones protegían a los suyos.

Aquello era lo único que quedaba de él: el dragón.

*Tu muerte me ha roto el corazón.*

*Ya no soy nada excepto un dragón.*

Incluso sus propias palabras se burlaban de él.

—¡Es la pura verdad! —le gritó a la nada—. ¡Te has marchado, Anastasia! ¡Ya no queda nada de mí, excepto el dragón y mis obligaciones!

*Si ya no eres mi sincero y amable compañero.*

*¿Cómo haré yo para encontrar a la persona que quiero?*

La respuesta de Anastasia pareció quedarse flotando a su alrededor, trayendo consigo el fecundo olor de la tierra que bordeaba el poderoso río Misisipi y una cálida y húmeda brisa veraniega proveniente del lugar donde los girasoles agachaban sus pesadas cabezas como si mostraran su conformidad.

—¡No! —gritó, deshaciéndose del recuerdo—. ¡Aquello terminó! Te fuiste. Ya no me queda nada. Yo no lo elegí. Fue tu Diosa la que dejó que te separaran de mí porque muchos años antes me mostré benévolo. No volveré a cometer el mismo error.

Y entonces, ignorando el vacío que habitaba en su interior, Dragon Lankford siguió conduciendo.

## Zoey

Conforme nos aproximábamos a la casa de la abuela, me iba poniendo cada vez más nerviosa. El estómago me estaba matando, me dolía la cabeza, y mi corona de angélica era una verdadera mierda. ¡Con deciros que Stark tuvo que ayudarme a acabarla! En serio. Stark. Y os aseguro que no se le puede considerar precisamente un virtuoso del trenzado.

*Mi madre es la verdad. Es lo único que sé.*

—Recordad —dijo Tánatos mientras nos adentrábamos en el camino que conducía a casa de la abuela y que tan familiar me resultaba—. Lo importante es el propósito. Estamos aquí para descubrir la verdad, para que se haga justicia con la persona a la que se le arrebató la vida. Nada más y nada menos. —Entonces me miró—. Puedes hacerlo. No te falta valor.

—¿Estás segura?

En su rostro se leyó un amago de sonrisa.

—Tu alma se rompió en pedazos. Por lo general eso supone una sentencia de muerte, y sin embargo no solo sobreviviste, sino que volviste a ser tú misma trayendo contigo a tu guerrero. Hasta ahora nadie había hecho nada igual. Te lo aseguro, no te falta valor —repitió.

Stark me apretó la mano con fuerza y yo asentí con la cabeza como si estuviera de acuerdo con ella, pero en mi interior gritaba a pleno pulmón otra verdad muy diferente: *Si realmente hubiera tenido valor, habría sido capaz de salvar a Heath, evitando que mi alma se rompiera en mil pedazos y que Stark tuviera que rescatarme.*

Afortunadamente, antes de que mi boca dejara escapar lo que de verdad pensaba y fastidiara todo lo que Tánatos intentaba que hiciéramos, Darius detuvo el autobús y abrió las puertas.

Todos permanecemos sentados en nuestros sitios hasta que Tánatos dijo:

—Zoey, deberías ser la primera en tocar la tierra. La persona que fue asesinada

aquí era tu madre.

Yo me levanté y, sin soltar la mano de Stark, bajé las escaleras del autobús.

Habíamos aparcado delante de la casa de la abuela y el autobús parecía completamente fuera de lugar en el pequeño aparcamiento de gravilla junto al jeep de la abuela.

Probablemente se debió al hecho de saber que la abuela no estaría en casa durante los siete días que duraba el ritual de purificación, pero me esperaba encontrarme un lugar oscuro y sombrío, con un aspecto extraño, y resultó ser exactamente lo contrario. Las luces de todas las habitaciones estaban encendidas, y el lugar estaba tan iluminado que tuve que guiñar los ojos para mirarlo directamente. Las ventanas relucían como si acabaran de sacarles brillo a los cristales y la luz del porche delantero también estaba encendida, mostrando las cómodas mecedoras y unas mesitas con unas jarras de limonada.

Y después estaba la abuela, que apenas me vio me rodeó con sus brazos inundando todo lo que estaba a mi alrededor con los aromas de mi niñez.

—¡Oh, *u-we-tsi-a-ge-ya!* ¡No sabes la alegría que me da verte! —dijo después de que por fin consiguiéramos separarnos la una de la otra.

Llevaba puesto su vestido favorito de ante. Yo sabía que era muy antiguo, porque su madre y ella habían elaborado juntas el adorno realizado con cuentas violetas y verdes que decoraba la parte frontal. Me había contado muchas veces la historia de cómo, cuando todavía era una niña, le había entregado un cinturón a una de las mujeres sabias de su tribu en el que había estado trabajando todo un invierno a cambio de las conchas y cuentas de cristal que había cosido en los puños y en el borde inferior. Todavía recordaba cuando el vestido era de un blanco tan puro que me hacía pensar en el color de las nubes, pero con el tiempo había amarilleado. Aquello debería haberle dado un aspecto viejo y ajado, pero no era así. Para mí lo hacía mucho más bonito y valioso que cualquier prenda de las que se encontraban en algunas tiendas o en las subastas de ebay a un precio absolutamente desorbitado.

Tampoco pude evitar darme cuenta de que la abuela había perdido peso y de que bajo sus expresivos ojos había unas profundas ojeras.

—¿Cómo te encuentras, abuela?

—Mejor, querida. Y estoy convencida de que, después del ritual de esta noche, me sentiré aún mejor. —A continuación la abuela se llevó la mano al corazón y saludó respetuosamente a Tánatos, inclinando la cabeza—. Bendita sea, alta sacerdotisa.

—Bendita sea, Sylvia Redbird. Es un placer conocerla en persona, aunque hubiera preferido hacerlo en otras circunstancias.

—Lo mismo digo. Me habría encantado sentarme a charlar tranquilamente con la Muerte —dijo la abuela con un atisbo de la vieja llama en sus ojos.

—Sus palabras me honran —dijo Tánatos—, pero no pretendo, ni mucho menos, que se me considere la encarnación de la Muerte. Tan solo tengo una afinidad con la

madre.

—¿La madre? —preguntó la abuela.

—Sí. Es una madre la que nos trae a cada uno de nosotros a este mundo. ¿No le parece lógico que sea también una madre la que nos llama para abandonarlo?

—¡Vaya! Nunca había pensado en la muerte de ese modo —dijo Shaunee.

—En cierto modo, hace que resulte incluso agradable —opinó Stevie Rae.

—Eso depende de cómo sea tu madre —intervino Aphrodite.

—No, profetisa. Depende de la Madre —la corrigió Tánatos, enfatizando sus dos últimas palabras.

—Admito que la conversación está siendo muy interesante, pero tal vez deberíamos centrarnos en el hechizo —dijo Stark—. Bastantes problemas tenemos ya.

—Tienes toda la razón, joven guerrero —dijo Tánatos—. Será mejor que empecemos. Si es tan amable, Sylvia, ¿podría indicarnos el lugar exacto en el que descubrió el cadáver de su hija?

—Por supuesto.

La abuela solo tuvo que recorrer unos cuantos metros desde donde nos encontrábamos. El lugar en el que se había producido el crimen era superevidente. Allí, en el borde del campo de lavanda que flanqueaba la cara norte de la casa, justo detrás del prado delantero, había un círculo de plantas quemadas con los bordes perfectamente delimitados. La tierra de su interior estaba muerta, y presentaba un espantoso color negro. Incluso las plantas que rodeaban el círculo presentaban un aspecto mortecino, como si hubieran sido víctimas de una plaga.

—No hay restos de sangre —dijo Tánatos levantando la mano para que ninguno de nosotros entrara en el círculo de destrucción.

—Esa es una de las rarezas a las que el sheriff y sus hombres no lograron encontrarle explicación —dijo la abuela.

Tánatos cambió de posición, colocándose justo delante de la abuela. Entonces le apoyó una mano en el hombro y la escuché inspirar profundamente, con un sonido ahogado, como si la alta sacerdotisa le hubiera infundido energía con solo tocarla.

—Entiendo que no debe ser fácil para usted, pero tengo que preguntárselo. ¿Cómo murió exactamente su hija?

La abuela inspiró de nuevo y respondió con voz fuerte y clara:

—A mi hija la degollaron.

—¿Y aun así no encontraron restos de sangre alrededor de su cuerpo?

—No. Ni aquí, ni en el porche, ni en la casa.

—¿Y qué me dice del cadáver? ¿Encontraron restos de sangre en el interior del cuerpo?

—En el informe del forense se decía que no. Y también decía que era imposible. Que Linda había sido víctima de algo más que un corte en el cuello, pero que no tenía respuestas, solo preguntas. Como todos los demás.

—Sylvia, estamos aquí para encontrar las respuestas, siempre que sea usted lo suficientemente fuerte como para presenciarlas.

La abuela levantó la barbilla.

—Lo soy.

—Entonces, que así sea. Todos los rituales vampíricos comienzan con un altar en el centro dedicado a nuestra diosa —nos explicó Tánatos. Estaba pensando que aquello era algo que todos sabíamos, cuando las palabras que siguieron me sacaron de toda duda—. Sylvia, me gustaría pedirle que sea usted la que forme el altar en el corazón de este ritual. ¿Está dispuesta?

—Sí, lo estoy.

—Pues vamos allá. Deberá entrar en la tierra mancillada junto a mí y mostrarme el lugar exacto en el que encontró a su hija. Ese será el lugar de nuestro altar y el centro, el corazón y el espíritu de nuestro círculo. —A continuación nos miró a los demás—. Nadie más podrá entrar. El círculo de Nyx todavía no está formado, pero este es el lugar exacto en el que debemos centrar nuestro propósito. Solo cruzaréis sus límites cuando invoquemos cada uno de los elementos. —Seguidamente dirigió la mirada hacia Darius, Stark y Rephaim—. Guerreros, componed un triángulo en el exterior del círculo. —Tánatos señaló con el dedo el espacio que se extendía justo delante de ella—. Rephaim, el Norte se encuentra en esa dirección. Es ahí donde deberás situarte tú. Stark, colócate en el Este. Darius, tu lugar será el Oeste.

—¿Dónde quieres que me ponga yo? —preguntó Aphrodite.

—Fuera del círculo, protegiendo la única posición que queda descubierta: la del sur.

—Pero ella no es un guerrero —argumentó Darius.

—No, es algo mucho más poderoso, una profetisa de nuestra Diosa. ¿Acaso dudas de su fuerza?

Aphrodite se llevó las manos a las caderas con los puños cerrados y le levantó una de sus rubias cejas.

—No, jamás pondría en duda su fuerza —contestó Darius y, mostrando su respeto a Tánatos con una reverencia, él, Aphrodite y los otros dos guerreros se situaron en sus respectivos puestos fuera del círculo.

Entonces Tánatos agarró la mano de la abuela y, con la cesta de hechizos en la otra mano, preguntó:

—¿Estás preparada, Sylvia?

La abuela asintió con la cabeza y respondió afirmativamente en cheroqui.

—Uh.

Juntas se adentraron en el círculo de destrucción. La abuela guio a Tánatos hasta un punto ligeramente hacia el sur respecto al centro y le indicó con el dedo índice:

—Mi hija estaba aquí.

—Siéntate en el lugar en el que yacía tu niña, mirando hacia el norte, la dirección del elemento de la tierra, y representa así el espíritu de Nyx, en este círculo que

reclamaremos como nuestro y que liberaremos de la destrucción a través de la verdad revelada.

La abuela asintió con solemnidad y tomó asiento con tanta elegancia que su vestido de ante ondeó con delicadeza. Estaba girada hacia el norte, de espaldas a nosotros, pero podía ver que tenía la barbilla levantada y los hombros erguidos con actitud resuelta.

En aquel momento me sentí tan orgullosa de ella que pensé que me iba a estallar el corazón.

Tánatos colocó la cesta junto a la abuela, la abrió y sacó un precioso trozo de terciopelo hecho del mismo material que su capa. Tenía forma cuadrada y, tras sacudirlo un poco, lo extendió en el suelo delante de la abuela. Acto seguido sacó las coronas de angélica que habíamos trenzado. Me sorprendió lo bonitas que quedaron una vez unidas, con las flores blancas que casi parecían brillar en contraste con el color azul zafiro del terciopelo. Después, sacó una bolsita de terciopelo negro que estaba convencida de haber visto usar a Anastasia alguna que otra vez durante sus clases. Si no me equivocaba, debía de estar llena de sal. Entonces la colocó sobre el trozo de tela junto con las cinco velas que representaban cada uno de los elementos, todo ello al alcance de la abuela.

Tánatos se giró hacia nosotros y su voz se difundió fácilmente por el oscuro lugar como si los insectos y los pájaros que nos rodeaban hubieran hecho una pausa para escucharla.

—La invocación de este círculo será algo diferente de lo habitual, puesto que nuestro ritual será, en realidad, un hechizo dentro de un ritual que a su vez se hará dentro de un círculo. Aun así, empezaremos con el aire y terminaremos con el espíritu. Conforme os vaya llamando, os aproximareis al altar y entregaréis a Sylvia el objeto que simboliza la verdad sobre vosotros mismos que queréis dar a conocer. Expresádsela en voz alta y regresad a vuestro lugar en el círculo.

—Entonces, ¿serás tú la que irá llamando a los elementos? —le pregunté, pues todavía no estaba segura de si sería yo la que dirigiera la invocación del círculo o no.

—La invocación de círculo será una cosa de las dos, joven sacerdotisa —dijo—. Yo conjuraré el hechizo y lo sellaré con sal. Tú encenderás las velas. Mi intención es que, cuando hayamos invocado al espíritu y el círculo esté formado, las siguientes palabras que pronuncie, con ayuda de todos los elementos y en especial de la tierra, sirvan para realizar el hechizo e invocar a la muerte.

—De acuerdo —dije. Luego miré a mis amigos y todos ellos asintieron con la cabeza—. Estamos listos.

—Damien, acércate al altar y representa a tu elemento, el aire.

Escuché que Damien inspiraba profundamente antes de entrar en el círculo de lavanda chamuscada y de aproximarse a la abuela.

—¿Qué es lo que deseas revelar al espíritu? —preguntó Tánatos.

Damien metió la mano en el bolso de caballero que llevaba siempre colgado y



sacó una cajita de polvos compactos de MAC. Seguidamente la abrió y cuando la luz de la luna la alcanzó mostró una superficie fragmentada y un reflejo hecho pedazos. Luego se la entregó a la abuela y dijo:

—He traído un espejo roto porque, aunque pueda parecer que me comporto como si estuviera bien, dentro de mí me pregunto si la muerte de Jack ha roto algo en mi interior que nunca conseguiré reparar.

La abuela colocó la cajita en el trozo de tela que hacía las veces de altar y le confió la vela amarilla que representaba el aire. Luego le tocó la mano y dijo:

—Yo te escucho, hijo mío.

Damien se dirigió a la derecha de la abuela y se posicionó en el borde del círculo situado al este.

—Es mi turno —dijo Shaunee quedamente justo antes de acercarse a la abuela. Una vez estuvo delante de ella, le entregó una larga pluma blanca que llevaba oculta entre las dos manos—. Esta pluma simboliza que, aunque durante mucho tiempo me asustaba estar sola, ahora quiero liberarme de ese miedo.

La abuela colocó la pluma junto al espejo roto de Damien y otorgó a Shaunee su vela roja.

—Yo te escucho, hija mía —dijo tocando la mano de Shaunee con extremo cuidado y delicadeza, tal y como había hecho con Damien.

Erin no dijo nada y se limitó a aproximarse rápidamente a la abuela y entregarle la pequeña bolsa térmica que había subido al autobús. La abuela la abrió, metió la mano y sacó un cubito de hielo.

—Esto es como soy yo por dentro. Estoy hecha de hielo, como si no tuviera sentimientos.

La abuela cogió el cubito y lo juntó con los otros objetos que descansaban sobre el trozo de hielo. Luego confió la vela azul a Erin tocándola suavemente y diciendo:

—Yo te escucho, hija mía.

Erin se situó en el lado occidental del círculo con el rostro completamente inexpresivo.

—Deséame suerte —me susurró Stevie Rae.

—Suerte —le dije en voz baja.

Entonces se dirigió hasta donde estaba la abuela y con una sonrisa dijo:

—Hola, abuelita.

—Hola, hija de la tierra —respondió la abuela devolviéndole la sonrisa—. ¿Qué es lo que deseas revelarme?

Stevie Rae sacó un trozo de papel del bolsillo de sus vaqueros. Era grueso y de color negro, similar a las cartulinas que nos daban en primaria para hacer manualidades.

—Este papel es como mi miedo a perder a Rephaim por culpa de algo oscuro y pavoroso que no consigo entender.

La abuela desdobló el trozo de papel y lo extendió sobre la tela del altar. Luego le

entregó la vela verde y la tocó con sumo cariño diciendo:

—Yo te escucho, hija mía.

Antes de que Stevie Rae se colocara en su lugar en el norte, Tánatos cogió las coronas de angélicas y se las puso sobre la cabeza.

—La verdad se revela desde la tierra a través de vosotros. Ha llegado el momento de preguntar, de manera que así sea.

—Gracias. Haré lo que buenamente pueda —dijo Stevie Rae con solemnidad, antes de proceder a posicionarse en su lugar.

Había llegado mi turno. *Nyx, ayúdame a ser lo suficientemente fuerte para hacer frente a lo que voy presenciar esta noche.* Entonces me dirigí a la abuela. Ella me sonrió y dijo:

—¿Qué es lo que deseas revelarme, *u-we-tsi-a-ge-ya*?

Había dejado mi bolso en el autobús, pero antes había sacado mi objeto simbólico. En ese momento extraje del bolsillo de mis vaqueros una cinta para el pelo. Era una de esas cintas elásticas que se suponía que debían servir para sujetarte la melena hacia atrás, pero que nunca funcionaban. A continuación se lo entregué a la abuela.

—Últimamente me siento como si la gente, un buen puñado de gente, tirara de mí en distintas direcciones, y en ocasiones creo que voy a quebrarme de golpe, como una cinta elástica, y a hacerme de nuevo añicos, pero esta vez para siempre.

La abuela colocó cuidadosamente la cinta para el pelo sobre la tela y me entregó la vela de color violeta, cogiendo mis manos entre las suyas. La voz le tembló ligeramente cuando dijo:

—Yo te escucho, hija mía.

Seguidamente me situé detrás de ella, en el centro del círculo, y miré a Tánatos para que me indicara que pasos debía seguir.

La alta sacerdotisa sacó una larga caja de cerillas de madera de la cesta de hechizos, alzó la bolsita de sal y me dijo:

—Puedes dejar tu vela sobre el altar. Tu abuela hará las veces de guardián del espíritu hasta que invoques a tu elemento.

Yo puse la vela en medio del pequeño círculo que había hecho la abuela con las cosas que cada uno de nosotros le había entregado, me incliné y le di un beso en su suave mejilla.

—Independientemente de lo que veamos esta noche, recuerda que te quiero y que siempre nos tendremos la una a la otra —dije.

La abuela me abrazó y me pareció que iba a devolverme el beso. En vez de eso me susurró:

—Ten mucho cuidado, *u-we-tsi-a-ge-ya*. Percibo ojos observándote desde las sombras.

Antes de que tuviera tiempo a decir nada, Tánatos me entregó las cerillas y me transmitió las últimas indicaciones.

—Permaneceré a tu izquierda para que dirijas la invocación física del círculo pero, conforme nos acerquemos a cada elemento, seré yo quien los llame. El hechizo de revelación está íntimamente ligado con la llamada de los elementos. A medida que nos vayamos moviendo alrededor del círculo, sellaré el hechizo con sal e invocaré a la muerte. Espero que se muestre dispuesta a escucharme.

Tánatos levantó la voz y se dirigió a mis amigos, que esperaban instrucciones.

—Con un círculo tan fuerte como este, lo normal sería esperar una respuesta a mi invocación bastante tangible. Preparaos y recordad, este ritual no es algo que se haga para vosotros, sino más bien con vosotros. —Acto seguido elevó las manos al cielo y entonó:

—¡Comencemos lo que pretendemos acabar! ¡Buscamos la verdad para que la tierra este crimen pueda reparar!

Juntas, Tánatos y yo caminamos hasta donde se encontraba Damien, que sujetaba fuertemente su vela con ambas manos y que parecía muy nervioso, casi tanto como me sentía yo.

*De acuerdo, allá vamos, me dije a mí misma. Te lo suplico Nyx, ayúdame. No puedo hacer esto sin ti.*



## Neferet

Las sombras se mostraban inquietas. Algo estaba saliendo mal. Muy mal.

—Leed el siguiente capítulo de vuestro libro de sociología. Tengo asuntos importantes que atender.

Lo soltó así, de repente, dejando desconcertados a sus alumnos de la quinta hora mientras abandonaba la clase precipitadamente. Luego se envolvió de bruma y oscuridad para evitar que algún que otro fisgón y ciertos profesores excesivamente cotillas pudieran ver cómo se dirigía a sus habitaciones privadas. Una vez allí, se clavó la uña del dedo índice en la mano y, con la palma llena de sangre, la levantó a modo de ofrenda:

—¡Mi sangre podéis beber! ¡Y ahora decidme, ¿qué es lo que he de temer?!

Los zarcillos de la oscuridad empezaron a arremolinarse alrededor de su sangre, arrastrándose por su piel como gusanos. Mientras tanto, a medida que se alimentaban, la mente empezó a llenársele de voces diferentes.

*El recipiente no hace nada para impedir que la tierra, mano a mano con el espíritu, haga renacer las visiones de muerte.*

—¡¿Cómo?! —La rabia se apoderó de Neferet—. ¿Aurox no está allí? ¿Acaso su estupidez no le ha permitido encontrar la granja?

*El recipiente está allí. Observa sin importarle.*

—¡Obligadle a actuar! ¡Haced que interrumpa ese maldito ritual!

Las voces de los zarcillos empezaron a parlotear al mismo tiempo, provocando un batiburrillo confuso en su mente.

Entonces cerró la palma de golpe y los ahuyentó con una sacudida de la mano.

—¡Haced lo que os ordeno! ¡Ya habéis tenido vuestra ración de sangre!

El sinnúmero de voces susurrantes se detuvo de golpe en el mismo momento en que el espectro del toro blanco se materializó en medio de la habitación. Era una imagen transparente, con los bordes difusos, pero su poderosa voz retumbó en su mente, claramente irritada. *Te dicho infinidad de veces que tu sacrificio debe estar a la par con la orden.*

Con un gran esfuerzo, Neferet reprimió su propia rabia y, en un tono calmado y apaciguador, se dirigió a la fantasmagórica aparición:

—Pero el recipiente fue un regalo tuyo. ¿Por qué se necesita un gran sacrificio para controlar a una criatura creada por la Oscuridad? Ni siquiera consigo entender por qué desobedece mis órdenes.

*Ya te advertí cuando lo engendré que el sacrificio que realizaste para crearlo no*

*era perfecto y que, por lo tanto, el recipiente podría resultar defectuoso.*

—Bueno, últimamente he empezado a dudar de su inteligencia.

*Tal vez no se deba a su incapacidad para pensar, sino a que está pensando por sí mismo.*

—¿Estás sugiriendo que es un vago? ¡Le he encargado una tarea y no la está cumpliendo! —Neferet hizo una pausa, controló su mal genio, y luego suspiró teatralmente—. No es que me preocupe por mí misma, pero me parece una falta de respeto hacia ti.

*¡Oh, desalmada mía! Me conmueve que te preocupes por mí. Tal vez el recipiente necesite un estímulo.*

—Si decides empujarlo a actuar, te estaré muy agradecida —dijo Neferet mostrándole su sometimiento con una profunda reverencia.

*Por ti, mis hilos incitarán sus acciones. No obstante, estos requieren un sacrificio apropiado.*

Esforzándose por que no se notara lo enfadada que estaba, Neferet dijo:

—De acuerdo. ¿Qué es lo que esperas de mí?

*El recipiente es una bestia; es por eso que, para controlarlo, deberás sacrificar a uno de sus semejantes.*

—¿Una bestia? ¿Un cuervo del escarnio?

*No. Deberás sacrificar a una criatura afín a ti.*

Neferet sintió ganas de vomitar.

—¿Estás hablando de Skylar? ¿Tengo que sacrificar a mi gato?

*Si tanto te perturba la idea, elige otro. Hay muchos felinos por estos parajes, ¿no?*

Con estas palabras el espectro del toro blanco empezó a vacilar y a continuación se desvaneció. Entonces, con una fría mirada de determinación, Neferet sacó de su tocador el afilado athame, abrió la puerta de su habitación, y empezó a llamar a la criatura perfecta para el sacrificio. No sería Skylar, no era el gato de un guerrero. Su muerte no estaría imbuida de la violencia necesaria. No, había un solo felino cuya muerte se adecuaría a aquella circunstancia. Y entonces, envuelta en brumas y sombras, Neferet se adentró en la noche...

## Zoey

—Ven a nosotros, aire. Dulce roce del aliento divino de Nyx.

Desde la primera frase del hechizo de Tánatos, supe que aquel no se iba a parecer a ningún otro círculo en el que hubiera participado con anterioridad. Para empezar, la voz de la alta sacerdotisa había cambiado. No es que estuviera gritando ni nada parecido, pero había algo en la cadencia cantarina del conjuro que imprimía fuerza a su voz hasta el punto de que sus palabras parecieron cobrar vida mientras flotaban a

nuestro alrededor. A medida que siguió hablando, esa fuerza se diluyó en el espacio que nos rodeaba chisporroteando sobre mi piel y por todo mi cuerpo. Mirando los brazos de Damien, me di cuenta de que se le había puesto la carne de gallina y supe que los demás también estaban sufriendo sus efectos.

—Aparta de este lugar las sombras que ocultan la verdad. La única sombra que deseamos ver es la de la muerte, revelada a través del círculo que estamos invocando.

Con un ademán ostentoso, Tánatos indicó a Damien que levantara su vela. Luego me hizo un gesto de asentimiento y yo encendí la cerilla y dije:

—Aire, te ruego que te unas a nuestro círculo.

A continuación se escuchó un silbido y un potente viento empezó a soplar con fuerza a nuestro alrededor, agitando mi melena y haciendo que el vestido de Tánatos empezara a ondear.

—Es el turno del fuego —me dijo, y yo me dirigí sumisa a Shaunee, siguiendo el sentido de las agujas del reloj. Estaba mirando fijamente a algún lugar detrás de nosotras, con sus grandes ojos marrones muy abiertos. Recordando la advertencia de la abuela, miré y emití un grito ahogado. Una brillante línea de color escarlata similar a una serpiente brotaba de Damien, dibujando el contorno del círculo y trazando el camino desde él hasta Shaunee.

Estaba acostumbrada al hilo plateado que solía aparecer cuando invocaba un círculo, pero aquello era diferente. Sí, sin duda era muy poderoso, pero también siniestro, como si no augurara nada bueno. No estaba segura de si Tánatos también lo veía, ni si su aparición era una buena o una mala señal, pero no quería interrumpir el hechizo de la alta sacerdotisa, que estaba empezando a invocar al fuego.

—Ven a nosotros, fuego. Tu resplandor ha de ser fuerte, firme y verdadero. Quema, abrasa, destruye todo lo que obstaculice nuestra visión. Obliga a la violenta muerte a revelarse y haz que tu esclarecedora llama la esponga a la luz verdadera.

A continuación, hizo un gesto a Shaunee, que levantó la vela roja y la encendió diciendo:

—Fuego, te ruego que te unas a nuestro círculo.

De repente pareció como si hubiéramos estado en pie en mitad de una descomunal hoguera. El cuerpo de Shaunee empezó a arrojar llamas, llenando el círculo ya chamuscado pero, a diferencia del otro, este fuego no contribuyó a aumentar la destrucción. En vez de eso se escuchó un potente silbido y de las zonas muertas y marchitas se levantó una especie de bruma, como si el fuego, en lugar de mezclarse con la tierra, hubiera entrado en contacto con el hielo.

Entonces el aire se unió al fuego y las llamas y la bruma se elevaron hacia el firmamento, que empezó a emitir destellos.

—Relámpagos —dijo Shaunee en voz baja, como si estuviera asustada—. El aire mezclado con el fuego está provocando relámpagos.

—Es el turno del agua —dijo Tánatos.

El espeso cordón brillante de color escarlata nos siguió.

Cuando nos detuvimos delante de Erin, me dio la sensación de que parecía atemorizada, pero se limitó a asentir con la cabeza y a decir:

—Adelante. Estoy lista.

Entonces Tánatos dijo:

—Ven a nosotros, agua, fluye a través de este círculo y con una oleada de verdad arrastra todo aquello que hasta ahora nos ha impedido ver y permítenos contemplar el rostro surcado de lágrimas de la muerte barriendo la violencia de este lugar de violencia y librándonos de la suciedad del mal.

Erin levantó su vela y, poniéndola en contacto con mi cerilla, dijo:

—Agua, te ruego que te unas a nuestro círculo.

En ese momento se escuchó un terrible estruendo, como si de pronto nos hubieran transportado al centro mismo de una catarata. El cielo nocturno empezó cubrirse de sombras añil, turquesa y zafiro: todos los colores del agua. El elemento penetró a raudales en el círculo oscurecido y empezó a dar vueltas sobre sí mismo como un enojado torbellino, hasta que, tal y como había sucedido con el aire y el fuego, se elevó hacia el centelleante firmamento. Las nubes comenzaron a hincharse y a enturbiarse y el cielo tronó, rugiendo con tal intensidad que sentí un escalofrío.

—El enfado del agua no tiene nada que ver con nosotros —explicó rápidamente Erin.

—Ni el del fuego —dijo Shaunee.

—Ni tampoco el del aire —añadió Damien.

—Los elementos se sienten ultrajados por el crimen que se cometió en este lugar —dijo Tánatos—. Preparaos, círculo. Ha llegado el momento de la tierra.

Mientras los nubarrones se multiplicaban sobre nuestras cabezas y los rayos iluminaban la creciente tormenta, me desplacé para situarme frente a Stevie Rae.

—Ha llegado el momento de atarse los machos —dijo ella.

Tánatos asintió con la cabeza y recitó la invocación:

—Ven a nosotros, tierra, verde, fértil y bendecida por la diosa. Tu seno nutre y mantiene la llave de este hechizo. Ábrelo y haz que la negra muerte salga a la luz, permitiendo que se haga justicia y que la herida de tu corazón cicatrice.

Stevie Rae levantó su vela verde y la aproximó a mi llama.

—Tierra, te ruego que te unas a nuestro círculo.

La tierra que se extendía bajo nuestros pies empezó a temblar como si se estuviera produciendo un terremoto y no pude evitar que se me escapara un chillido.

—¡Zoey! —gritó Stark. Cuando miré hacia él, vi que estaba tambaleándose, intentando acceder al círculo, que en aquel momento estaba completamente circundado por una especie de soga de intenso color rojo.

—¡Espera! ¡No pasa nada! —gritó Stevie Rae, elevando la voz por encima del ruido ensordecedor que emitían los enfurecidos elementos—. Al igual que los otros elementos, la tierra no está enfadada con nosotros. No pretende hacernos daño. ¡Mira! ¡Está renovando el terreno!

Al oír sus palabras miré hacia el suelo y vi que tenía razón. La tierra, tras haber sido barrida por el agua, se había transformado, rodando sobre sí misma hasta que las cenizas y los restos de plantas marchitas dieron paso a una rica capa de la característica tierra rojiza de Oklahoma.

—¿Lo ves? Se ha regenerado —dijo Stevie Rae, y, mientras hablaba, los temblores disminuyeron hasta desaparecer por completo.

—Hemos de concluir el círculo y el hechizo —dijo Tánatos—. Invoca al espíritu, Zoey. Ahora.

## Aurox

Desde su escondrijo en el huerto, Aurox observó la formación del reluciente círculo de color escarlata. Tenía una fuerza abrumadora. Era fascinante contemplar el poder de los elementos. Podía sentir las emociones que el aire, el fuego, el agua y la tierra suscitaban en los iniciados y vampiros que los encarnaban. La alegría, el valor y una cólera completamente justificada llenaban el círculo y se desbordaban penetrando en su interior.

Aurox podría usar la energía para cambiar, para transformarse en la criatura que surgiría de su interior, atacar a Rephaim tal y como le había ordenado Neferet y de ese modo, interrumpir el hechizo que su alta sacerdotisa estaba a punto de consumir.

Entonces se quedó mirando a Zoey que, radiante, se giraba hacia la anciana que estaba sentada en el centro del círculo. Aurox sabía que una vez Tánatos hubiera invocado el último elemento, el espíritu, y Zoey encendiera la vela de color púrpura, el círculo estaría completo, poniendo en marcha el hechizo revelador.

Si había que detenerlo, había llegado el momento de actuar.

Entonces se puso en pie, luchando contra sí mismo.

*Fui creado para servir a Neferet. Y ella sirve a la Oscuridad.*

Delante de él, la Luz de los elementos de la Diosa relucía y se expandía, tan limpia y brillante, sobre todo si se la comparaba con todo aquello que había sido mancillado por la Oscuridad y la destrucción.

¡No debería detener esto! En lo más profundo de su ser, su espíritu le gritaba que no lo hiciera. Le sugería que esperara, que fuera testigo de lo que estaba sucediendo, que...

El dolor estalló en su interior cuando los pegajosos zarcillos de la Oscuridad lo azotaron inesperadamente, rodeando y oprimiendo su cuerpo como una red. Aurox emitió un grito ahogado mientras su piel empezaba a absorber cosas que empezaron a fundirse con la criatura que dormitaba en su interior, despertándola. Incapaz de contenerse, Aurox sintió cómo surgía el toro y se apoderaba de su voluntad. *Lo único que sé es lo último que me ordenó Neferet: que atacara a Rephaim.*

Seguidamente, agachó la cabeza y, con los relucientes cuernos que acababan de



brotarle, Aurox arremetió contra Rephaim.

## Zoey

Tánatos y yo nos desplazamos lentamente para situarnos delante de la abuela, que seguía sentada, ilesa, en medio del tumulto formado por los elementos. Estaba extremadamente pálida, pero las manos no le temblaban lo más mínimo mientras sujetaba la vela de color púrpura.

Tánatos empezó a enunciar la invocación del espíritu:

—Ven a nosotros, espíritu, fiel, eterno y juicioso. Sella con sal la verdad que solicitamos que nos sea revelada, los años perdidos, las lágrimas malgastadas que oíste derramar a Linda. ¡Márchate, Oscuridad! Queremos sentir la fuerza del espíritu.

Estaba encendiendo la cerilla para prender la vela de color púrpura, cuando el grito de Stevie Rae lo trastocó todo.

—¡Rephaim! ¡Cuidado!

Levanté la vista justo a tiempo para ver a Dragon Lankford emergiendo repentinamente de las sombras. Corría a toda velocidad, espada en ristre, hacia el lugar donde se encontraba Rephaim.

—¡Confiad en mí! —gritó Dragon—. ¡Agachaos!

—¡No! —chilló Stevie Rae.

Sin dudarle ni siquiera un instante, Rephaim se puso de rodillas, como si se sacrificara a sí mismo entregándose a la espada del maestro de esgrima. Al ver todo aquello me entraron ganas de vomitar. Oí a Aphrodite vociferando «¡Os lo dije!», pero no podía mirarla. Estaba completamente segura de que Dragon iba a cortar en dos al pobre Rephaim y no podía apartar la vista del terrible choque de trenes que se le venía encima.

Inesperadamente, Dragon saltó por encima de él y, con un terrible chirrido su espada, colisionó con la afilada cornamenta de la terrible criatura cuyas formas recordaban a las de un toro. En el último momento, se las arregló para desviar la mortal embestida, pero el ímpetu de la bestia era demasiado fuerte y su cuerpo demasiado vigoroso. Ni siquiera Dragon pudo detener el impacto. A pesar de que los cuernos no habían lacerado su cuerpo, Rephaim salió disparado por los aires con tal fuerza que tardó una eternidad en caer desplomado, inerte, a una distancia considerable del círculo.

—¡Oh, Diosa! ¡No! —sollozó Stevie Rae—. ¡Rephaim!

¡No rompas el círculo! ¡Eso es lo que quiere la oscuridad! ¡Si lo haces, todos nuestros sacrificios habrán sido en vano!

No podía ver a Aphrodite, pero sus palabras resonaron con tal majestuosidad que Stevie Rae no pudo obviarlas y, en lugar de romper el círculo, cayó de rodillas del mismo modo que lo había hecho Rephaim instantes antes. Luego inclinó la cabeza y,

con la voz rota, dijo:

—Nyx, confío en tu misericordia. Te lo suplico, protege a Rephaim.

La bestia con aspecto de toro se giró y, desgarrando la tierra con sus pezuñas, embistió de nuevo contra él.

Dragon Lankford se movió a una velocidad casi tan preternatural como la criatura y consiguió llegar a tiempo para interponerse entre la muerte y Rephaim.

—¡Tienes ante ti a un maestro guerrero de Nyx! ¡Yo protegeré a Rephaim!

El profesor de esgrima atacó de nuevo a la bestia y esta arremetió contra él sin darse cuenta de que, de ese modo, Dragon lo alejaba del cuerpo inconsciente de Rephaim. Entonces, con un gruñido terrorífico, la criatura giró la cabeza, permitiéndome ver su atroz rostro. Fue como si me hubieran propinado una patada en la garganta. Los ojos de la bestia brillaban como si fueran piedras de luna. De pronto supe que aquella cosa era Aurox, completamente cambiado y sin rastro alguno de humanidad en él.

—¡Guerreros! ¡Venid a mí! ¡Rápido! —gritó Dragon, posicionándose para hacer frente a la siguiente arremetida de Aurox.

—¡Zoey! ¡Debes invocar al espíritu y encender la vela! —Tánatos me tenía agarrada por los hombros y, tras girarme para que la mirara a la cara, empezó a sacudirme. Con fuerza—. Dragon peleará contra la bestia. Nosotros tenemos que aferrarnos al círculo y completar el hechizo, de lo contrario, ninguno de ellos se salvará.

¿Ninguno de ellos? ¿Dónde está Stark? ¿Dónde está Darius?, me pregunté buscando desesperada a mi alrededor.

Mis ojos pasaron por encima y a través de ellos antes de que me diera verdadera cuenta de lo estaba viendo. Seguían allí, los dos, en pie en el punto exacto en el que se habían situado cuando habíamos empezado a invocar el círculo, pero no podían ayudar a Dragon. Ni siquiera podían ayudarse a sí mismos. Darius y Stark, mi guerrero, mi guardián, estaban completamente paralizados, como dos zombies. Ambos tenían la boca abierta como si estuvieran sufriendo un dolor insoportable, y sus ojos sin vida miraban al vacío.

—Los hilos de la oscuridad los han atrapado —dijo Tánatos sin soltarme los hombros—. Tienes que abrir el círculo para que pueda completar el hechizo. Necesitamos el poder de la muerte y de los cinco elementos para combatir toda esta maldad.

—Zoey Redbird, haz lo que te pide —dijo la abuela levantando la vela de color púrpura.

Con las manos temblorosas, encendí la mecha y grité:

—¡Espíritu, únete a nuestro círculo!

Tánatos levantó los brazos esparciendo sal alrededor nuestro mientras pronunciaba las últimas palabras del encantamiento:

—¡Oscura puerta de la muerte, te ordeno que te abras a mí! ¡Permítenos ver la

tétrica verdad que ha permanecido oculta!

El cordón escarlata se expandió y, con un rugido ensordecedor, se elevó en forma de embudo, creando una vorágine brillante de color rojo que iluminó las abullonadas nubes moradas que se extendían sobre nuestras cabezas.

—¡No dejéis escapar vuestros elementos! ¡Recordad nuestro propósito! —vociferó Tánatos—. ¡Empezad con el aire!

Damien elevó los brazos al cielo y con voz firme y segura, dijo:

—¡Aire, aparta de este lugar las sombras que ocultan la verdad!

Un vendaval brotó de su interior, capturando el caótico resplandor rojo y transformándolo en un cono de energía concentrada.

—¡Fuego! —ordenó Tánatos.

—Shaunee levantó las manos, gritando:

—¡Fuego, quema, abrasa, destruye todo lo que obstaculice nuestra visión!

Un potente rayo proveniente del cuerpo de mi amiga se reunió con el resto de los elementos atraído como un imán hacia el centro del brillante cono.

—¡Agua!

Erin no tenía los brazos en alto. En vez de eso indicaba con el dedo índice el lugar donde la abuela había encontrado el cuerpo de mamá.

—¡Agua, con una oleada de verdad arrastra todo aquello que hasta ahora nos ha impedido ver!

¡Crac!

Apenas terminó de pronunciar la invocación, un relámpago descendió del firmamento descargando sobre la tierra y provocando una grieta de la que brotó una gran cantidad de agua que cubrió la tierra rojiza formando lo que parecía un charco de sangre.

—¡Tierra!

Stevie Rae, que seguía de rodillas, tenía la vista puesta en la batalla que Dragon libraba contra Aurox, observando cómo giraban, acercándose cada vez más al cuerpo de Rephaim. Estaba llorando y le temblaba la voz, pero sus palabras retumbaron en el interior del círculo, empujadas por el dolor de su corazón.

—¡Tierra, verde, fértil y bendecida por la diosa! ¡Tu seno nutre y mantiene la llave de este hechizo!

El agua empezó a ondear y una serie de imágenes se elevaron desde las profundidades del enorme charco como si la tierra estuviera vomitándolas. Aun así, se trataba de una visión vacilante e imprecisa, fugaces atisbos de rostros irreconocibles y formas vagamente humanas.

—¡Espíritu! —gritó Tánatos.

La boca se me abrió y, a través de mí, el espíritu recitó las palabras exactas para realizar el hechizo revelador.

—Los años perdidos, las lágrimas malgastadas que entre gritos oíste verter a mi madre. ¡Espíritu, revela la verdad ante nuestros ojos!

De inmediato, todo lo que estaba fuera del círculo, Aurox, Dragon, Stark, Darius y Aphrodite, dejó de existir para mí. La única cosa real era lo que se estaba revelando en el interior del charco. El agua se esclareció y, como si estuviera sucediendo delante de mis ojos, vi a mi madre en el porche delantero de la casa de la abuela. Acababa de abrir la puerta y, aunque sonreía a la persona que había llamado, la expresión de su rostro denotaba cierto desconcierto. Entonces la escena se amplió y el punto de vista cambió, dejando al descubierto a Neferet, que estaba desnuda al otro lado de la puerta preguntando si Sylvia Redbird estaba en casa. Justo en ese mismo instante oí sollozar a la abuela y quise correr en dirección al charco, interponerme entre él y la abuela, intentar protegerla de la espantosa e insoportable visión que estaba a punto de presenciar.

Pero no podía moverme.

—¡No! ¡Espera! —Presa del pánico, bajé la mirada. El resplandor de color rojo que delimitaba el contorno de nuestro círculo se expandió, cubriéndolo todo como si fuera una moqueta e incluyéndonos a todos nosotros.

—¡Esto es demasiado! ¡No quiero que la abuela...!

—No puedes detenerlo —dijo Tánatos—. Ha sido la muerte la que ha puesto este hechizo en marcha y solo ella puede liberarnos.

La abuela se las arregló para levantar el brazo y entrelazó su mano con la mía. Atrapadas por el poder de la muerte que habían desatado los elementos, lo vimos todo. Neferet amarró a mi madre con unos hilos negros y pegajosos que parecían látigos y, tras rebanarle el cuello, dejó que arrastraran su cuerpo fuera del porche. Luego, en mitad de un círculo de plantas marchitas, el toro blanco de la Oscuridad bebió de ella y los hilos que lo rodeaban se hincharon hasta el hartazgo. Una vez agotada toda la sangre de mi madre, Neferet, riéndose, se subió a la grupa de la bestia y juntos desaparecieron.

—¡Es cierto! —exclamó Tánatos—. ¡El consorte de Neferet es la Oscuridad!

En ese momento Stevie Rae gritó:

—¡Ayuda a Rephaim! ¡El toro va a matarlo!

Yo desvié la mirada de la visión que empezaba a desvanecerse y me concentré en mi amiga. Apenas tuve tiempo para preguntarme qué demonios hacía pegada al móvil, cuando el mundo que me rodeaba explotó en una mezcla de ruido y sangre.



## Kalona

Rephaim no se lo había dicho. Le había hecho creer que la Diosa lo había perdonado y que, al hacerlo, lo había obsequiado con la forma de un joven humano.

Pero su hijo no había mencionado que también lo había condenado a ser un pájaro, una bestia que lo único que podía hacer era anhelar algo que, para la mente de una criatura, siempre había sido inalcanzable.

—Y al menos durante las horas en que brilla el sol, lo sigue siendo —dijo Kalona mientras caminaba de un lado a otro por la cima de la montaña.

—¿Podemos ayudar tú?

Al escuchar la voz sibilante y semihumana de su «otro» hijo, la rabia que había estado acumulando estalló haciendo que se girara hacia Nisroc con la mano en alto dispuesto a propinarle una bofetada para que cerrara el pico. El resto de cuervos del escarnio que se apiñaban a su alrededor retrocedió para que no pudiera alcanzarlos. Nisroc, por su parte se agachó, pero se quedó donde estaba, sin intentar escapar de la furia de su padre.

Justo cuando estaba a punto de golpearlo, Kalona vaciló y acabó bajando la mano. Luego, sin decir nada, se quedó mirando a su hijo, que estaba encogido esperando el golpe.

—¿Por qué? —preguntó Kalona, permitiendo que su voz transmitiera la desesperación que lo invadía—. ¿Por qué queréis ayudarme?

Nisroc levantó la cabeza y lo miró con expresión confundida.

—Tú eres padre.

—Pero no he sido un buen padre —se oyó decir a sí mismo Kalona.

Nisroc no apartó la vista, sino que siguió mirándolo con sus ojos rojos.

—Essso no importar. Siguesss ssiendo padre.

Completamente derrotado, Kalona solo tuvo fuerzas para sacudir la cabeza y decir con una voz dulcificada por unas emociones que apenas podía comprender:

—No podéis ayudarme en esto. —Seguidamente señaló hacia el cielo y añadió—: Marchaos. Ya ha oscurecido por completo. Podéis estirar las alas y surcar el cielo sin ser vistos. Basta con que volváis antes de que amanezca.

Sus hijos no lo dudaron ni un instante. Se lanzaron desde la cumbre y, graznando como los cuervos que eran, alzaron el vuelo.

Hasta que no lo oyó hablar, Kalona no se dio cuenta de que Nisroc no se había marchado con sus hermanos.

—Yo quiero ayudar tú.

Kalona se quedó mirando a su hijo y respondió:

—Gracias.

Nisroc agachó la cabeza como si las palabras de su padre fueran tan palpables como el golpe que había estado a punto de recibir. Entonces el inmortal se aclaró la garganta y, apartando la vista de la criatura que había creado a través de la rabia y la lujuria, dijo:

—Quiero que te marches. Obedéceme y vete con tus hermanos.

—Sssí, padre.

El inmortal escuchó el batir de las alas de su hijo chocando contra el viento y levantó la cabeza para ver cómo desaparecía en la lejanía.

Fue entonces cuando el teléfono empezó a sonar. Sintiéndose como un completo estúpido, Kalona agarró aquella cosa de la roca sobre la que la había dejado la noche anterior. En la pantalla se podía leer el nombre de Stevie Rae y, sin dudarlo, Kalona apretó el botón de aceptar y se acercó el móvil a la oreja.

—¡Ayuda a Rephaim! ¡El toro va a matarlo! —gritó la voz de la Roja entre medias de un montón de ruidos de fondo.

Luego se escuchó una especie de chirrido, como si se estuviera produciendo una interferencia, y se cortó la línea.

El cuerpo de Kalona se puso en marcha incluso antes de que su mente tuviera tiempo de procesar la decisión, impulsándolo a emprender el vuelo y a reunir consigo las etéreas volutas que iban y venían desde el Otro Mundo formando corrientes invisibles en el cielo de los mortales.

—Espíritu de los antiguos inmortales, tú que me perteneces por derecho y me debes obediencia, ven a mí. Llévame hasta la sangre de mi sangre, al hijo de mi espíritu. ¡Condúceme hasta Rephaim!

## Zoey

—¡Ayuda a Rephaim! ¡El toro va a matarlo!

Stevie Rae pegó un grito y dejó caer el teléfono, que fue absorbido inmediatamente por la brillante luz escarlata. A continuación, intentó ponerse en pie para acercarse hasta donde yacía Rephaim, pero su cuerpo estaba atrapado por la fuerza del círculo.

—¡Cierra el círculo! ¡Deja que lo ayude!

No lo dudé ni un instante. Habíamos visto la verdad de lo que le había sucedido a mi madre, de manera que podía clausurar el círculo.

—¡Espíritu, tierra, agua, fuego, aire! ¡Yo os libero!

Sin embargo, mis palabras no cambiaron nada. El manto brillante seguía sin liberarnos.

—¿Qué está pasando?

Stevie Rae no dejaba de sollozar mientras intentaba, sin éxito, ponerse en pie.

—Ha sido la muerte la que ha puesto este hechizo en marcha —repitió Tánatos. Su voz sonaba triste y resignada—. Solo ella puede liberarnos.

—Tú representas a la muerte. ¡Libéranos tú! —le grité.

—¡No puedo! —Parecía derrotada y envejecida—. ¡Perdonadme!

—¡No! ¡Eso no es suficiente! ¡Tienes que...!

Antes de que pudiera terminar la frase, Aurox agachó su horrible cabeza dispuesto a embestir de nuevo contra Rephaim. Sangrando y derrotado, Dragon Lankford se situó, tambaleándose, entre el chico y la criatura, recibiendo el golpe que estaba destinado a Rephaim. La cornamenta de Aurox penetró justo en mitad de su pecho, levantándolo del suelo mientras el toro empitonaba por completo al maestro de esgrima. Aurox dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza hasta que el cuerpo de Dragon se desprendió y cayó al suelo. Lankford empezó a toser y a temblar y, justo antes de expirar su último aliento, miró hacia el círculo y dijo:

—Si lo único que puede liberaros es la muerte, que sea la mía...

Aurox rugió victorioso y rodeó a Dragon para retomar su ataque contra Rephaim.

No obstante, la muerte de Dragon lo cambió todo. El manto rojo se elevó del círculo, alcanzando tal altura que incluso pareció que tocaba la luna. Una vez en el cielo, explotó, provocando una neblina plateada que regresó a la tierra bañándolo todo con una suave y cálida lluvia que olía a primavera.

Apenas se liberó, Stevie Rae echó a correr, gritando:

—¡Tierra, ven a mí! ¡Protege a Rephaim!

Sin embargo, el resplandor verde que apareció inmediatamente alrededor de Rephaim no fue necesario. Apenas la lluvia plateada entró en contacto con el toro, la criatura comenzó a retorcerse y a dar sacudidas hasta caer desplomada. Yo parpadeé y me pasé la mano por la cara intentando aclararme la vista, pero me di cuenta de que no me pasaba nada en los ojos. Aquella cosa con forma de toro se estaba deshaciendo, cambiando, transformándose, y en cuestión de segundos Aurox, el chico que me había salvado de morir aplastada por una rama, apareció ante nosotros.

El joven parpadeó varias veces y miró a su alrededor como si estuviera confundido, como si no supiera quién era.

—¡No te acerques a él! —le espetó Stevie Rae colocándose entre Aurox y Rephaim. Sus manos despedían un destello verde.

Aurox, aturdido, dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza, y miró de nuevo a su alrededor con evidente desconcierto hasta encontrar el cuerpo desgarrado de Dragon.

—¡No! —gritó—. ¡No! —A continuación apartó la vista de la figura inerte y me buscó con la mirada—. ¡Zoey! ¡Elegí un futuro diferente! ¡Lo hice!

Justo en ese momento, Darius y Stark se abalanzaron sobre él con las espadas en ristre. Aurox siguió sacudiendo la cabeza y repitiendo una y otra vez:

—¡Elegí un futuro diferente! ¡Elegí un futuro diferente! —No obstante, a pesar de lo que decían sus palabras, su cuerpo empezó a vibrar de nuevo. Estaba volviendo a

transformarse en el toro. Y Stark y Darius iban a matarlo.

*La Oscuridad no siempre es lo mismo que el mal; la Luz no siempre trae el bien. Mira con la visión verdadera, hija... Mira con la visión verdadera.*

La voz de Nyx inundó mi mente y de repente supe lo que tenía que hacer. Levanté la piedra vidente que colgaba entre mis pechos, inspiré profundamente y miré a Aurox a través de ella.

Visto a través de la piedra, el cuerpo del chico irradiaba un fulgor del color de las piedras de luna que emanaba desde el centro de su pecho, cerca de su corazón. El resplandor se expandió hasta rodear por completo a Aurox y entonces me di cuenta de lo que era realmente: era la imagen de otro cuerpo, de un cuerpo etéreo, fantasmagórico, tan deslumbrante que en realidad no estaba resguardando a Aurox, sino más bien eclipsándolo.

Y sobre todo, me resultaba tremendamente familiar.

—¡Heath! —grité de pronto. Aurox, que ya se había transformado parcialmente en la criatura, giró la cabeza para mirarme. La resplandeciente visión de Heath se movió con él y, por un breve instante, nuestras miradas se cruzaron y vi a Heath mirándome sorprendido, con los ojos muy abiertos—. ¡Tierra! —grité tomando prestada la energía del elemento que Stevie Rae ya había invocado—. ¡No dejes que Darius y Stark le hagan daño a Aurox!

En ese momento, una parte del resplandor que flotaba sobre Rephaim se desplazó, arrastrándose por el suelo para levantarse delante de Aurox, formando una pared entre él y los dos guerreros.

—¡Zoey! ¿Qué demonios estás haciendo? —gritó Stark, intentando rodear el muro protector.

—Sé muy bien lo que estoy haciendo —respondí sin apartar la vista de Aurox. Sin embargo, este había dejado de ser humano. La criatura había tomado forma por completo y la imagen de Heath había desaparecido. La bestia soltó un rugido de rabia, dolor y exasperación, agachó la cabeza y embistió directamente contra mí.

Sé de sobra que me comporté como una estúpida, pero no me moví. En vez de eso seguí mirándolo a los ojos y en un tono calmado y seguro, que no se correspondía en absoluto con cómo me sentía, dije:

—No vas a hacerme daño. Sé que no lo harás.

En el último instante, Aurox viró hacia un lado, pasando a pocos centímetros de mi cuerpo, hasta el punto que pude advertir el olor a sangre y muerte que lo recubría y el roce de su piel de toro. Y entonces desapareció en la oscuridad.

No sé si fue la adrenalina o la estupidez lo que hizo que permaneciera inmóvil hasta aquel momento, pero el caso es que, de pronto, tanto una como la otra me abandonaron y me caí de culo. En ese mismo momento el muro verde también se desvaneció y Stark corrió hacia mí.

—¿Estás herida? ¿Te encuentras bien? ¿Se puede saber qué te pasa? —Stark estaba agachado junto a mí, acribillándome a preguntas mientras me recorría el



cuerpo con las manos—. ¿Estás sangrando?

Yo le agarré las manos y se las apreté con fuerza, con la esperanza de que no se diera cuenta de que las mías estaban temblando.

—Estoy bien. Te lo aseguro.

—Eres tonta de remate. De verdad —dijo Aphrodite mirándome por encima del hombro—. En serio, Z. O eso, o estás delirando. El chico toro no es Heath.

—¡Por todos los demonios! ¡Por supuesto que no es Heath! —dijo Stark observando a Aphrodite como si hubiera perdido el juicio.

*Así que no me ha oído. ¡Dios! Tal vez nadie más me ha oído. Lo de Aphrodite puedo controlarlo. Después.*

En ese momento decidí ignorarla, lo que me resultó bastante fácil porque la abuela se acercaba hasta mí corriendo con una expresión tan preocupada como la de Stark.

—¿Estás herida?

Yo tiré de las manos de mi guardián y él me ayudó a levantarme. Entonces abracé a la abuela.

—No. Estoy bien.

Ella me dio un achuchón tranquilizador y por suerte, no me llamó estúpida. En vez de eso, dijo:

—En cambio Rephaim no.

—Oh, oh.

Damien, Erin y Shaunee se habían reunido con Stevie Rae, que estaba de rodillas junto a su chico, y los demás hicimos lo mismo.

—Esto va a acabar mal. Muy mal —dijo Aphrodite por lo bajo.

Intenté por todos los medios no mirar el cuerpo de Dragon, pero mis ojos no me obedecieron. Yacía no muy lejos de Rephaim. Mirándole solo a la cara, se podría haber pensado que estaba durmiendo. De hecho, de no ser por el hilo de sangre que le chorreaba de la comisura de los labios, parecía mucho más en paz consigo mismo de lo que había estado desde la muerte de Anastasia. Era su cuerpo lo que estaba hecho un completo desastre. Tenía heridas en ambos brazos y la cornamenta de Aurox le había rasgado la tela de los pantalones, dejando a la vista uno de sus muslos, que estaba tan destrozado que parecía hecho de carne de hamburguesa. Su pecho era algo difícil de olvidar. Los fragmentos de costillas astilladas asomaban por el agujero y desde el torso para abajo estaba completamente cubierto de sangre.

Estaba allí en pie, mirando, cuando la capa de terciopelo de Tánatos apareció ondeando ante mis ojos. Se había soltado el broche que la mantenía sobre sus hombros y, con un movimiento amplio, la alta sacerdotisa cubrió el cuerpo de Dragon. Su rostro mostraba una expresión extraña, y mientras intentaba averiguar lo que estaba pasando, tomó la palabra.

—Ya puedes marcharte. En tu destino estaba escrito que, o bien morías esta noche cumpliendo tu juramento y siguiendo tu verdadero camino, o salías con vida pero con

tu espíritu muerto, cubierto de infamia y de deshonra. —Tánatos sonrió, y entonces me di cuenta de que la extraña expresión de su rostro se debía a que estaba hablando con el aire que flotaba sobre el cuerpo de Dragon—. Al sacrificarte por Rephaim te has reencontrado con la misericordia y, de ese modo, también con nuestra Diosa. —Acto seguido, Tánatos levantó el brazo y realizó un gesto con la mano increíblemente elegante que la hizo parecer todavía más hermosa—. Ahí tienes tu camino. Tómallo y márchate al Otro Mundo y a tu nuevo futuro.

Yo emití un grito ahogado al ver que el cielo que se extendía sobre la cabeza de Tánatos empezaba a temblar y se abría de par en par dejando a la vista un árbol que me resultó muy familiar. Era verde y frondoso, un serbal y un espino enroscados sobre sí mismos. Los trozos de tela que estaban atados a la enorme sombrilla de ramas cambiaban continuamente de color y de longitud mientras ondeaban suavemente, agitados por una suave brisa que olía a tierra, a musgo y a primavera.

—El árbol votivo de la Diosa —susurró Stark.

—¿Tú también lo ves? —le pregunté en voz baja.

—Sí —respondió él.

—Y yo también —intervino Aphrodite.

—Y yo —dijo Darius mientras el resto de mis amigos asentían con la cabeza y respondían en susurros mientras contemplaban maravillados cómo una chica salía desde detrás del árbol. Era rubia, estaba sonriendo, y tenía un aspecto absolutamente fabuloso con aquella falda larga color topacio con un ribete de cuentas de cristal, conchas y flecos de cuero blanco en la parte inferior y en el escote de su blusa sin mangas. Además, llevaba en las manos un girasol.

—¡Es Anastasia! —exclamó Damien.

—¡Qué joven está! —dije yo. Acto seguido, cerré la boca, preocupada por haber dicho algo que pudiera provocar que la visión se desvaneciera.

Pero Anastasia no parecía vernos. Estaba mirando completamente embelesada al joven caballero que acababa de aparecer en escena. Tenía una espesa melena recogida en una coleta y los ojos brillantes, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Es Dragon —dijo Shaunee.

—No —la corrigió Tánatos—. Es Bryan. Su Bryan.

El joven Bryan Lankford tocó el rostro de Anastasia con veneración.

—Mi alma —dijo él.

—Vida mía —dijo ella—. Sabía que volverías a encontrarte a ti mismo.

—Y al hacerlo, te encontré a ti.

Sonriendo, la rodeó con sus brazos y, en el mismo momento en que sus labios se juntaron, el cielo empezó a temblar de nuevo y la puerta de acceso al Otro Mundo se cerró.

Stark me pasó un clínex hecho una bola que se había sacado del bolsillo de sus vaqueros y me soné la nariz.

—¿Y ahora morirá también Rephaim?

La pregunta de Stevie Rae hizo que volviéramos a poner los pies sobre la tierra y, cuando me giré, vi que seguía arrodillada junto a su amado. En aquel momento me encontraba lo suficientemente cerca para ver que tenía una profunda brecha en la cabeza que no paraba de sangrar. Y estaba pálido. Muy pálido.

—Tu afinidad es con la muerte —continuó Stevie Rae enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano y mirando fijamente a Tánatos—. Así que dime la verdad. ¿Rephaim va a morir?

En ese momento se escuchó un potente silbido, como el de una fuerte ráfaga de viento, y Kalona descendió de los cielos. De inmediato, Stark y Darius levantaron sus armas y se colocaron entre Aphrodite, yo y el inmortal. Pero Kalona ni siquiera nos miró, sino que se dirigió a toda prisa hacia Rephaim.

—¡Es demasiado tarde! —le gritó Stevie Rae—. ¡Te he llamado, pero has tardado demasiado!

Kalona apartó la vista de su hijo y miró a Stevie Rae.

—No he dudado ni un instante. He venido apenas he recibido tu llamada. —En ese momento me quedé absolutamente anonadada cuando vi que se arrodillaba junto a Stevie Rae y, lentamente, estiraba el brazo y tocaba el rostro de su hijo.

—Está vivo.

—No por mucho tiempo —dijo Tánatos con dulzura—. Aprovecha el poco tiempo que le queda para despedirte de él. La muerte ha marcado a Rephaim y lo quiere para sí.

Kalona miró a Tánatos con sus penetrantes ojos de color ámbar, como si quisiera atravesarla, y la potencia de su voz fue tan terrible como su dolor.

—¡La muerte no puede llevárselo! ¡Es mi hijo y yo soy un inmortal! ¡No puede morir!

El dolor que dejó entrever el rostro de Kalona era sobrecogedor. Me di cuenta de que trataba de hablar, pero las palabras no le salían.

Entonces Stevie Rae tocó el brazo del inmortal y él la miró.

—Todos hemos dicho alguna vez cosas que en realidad no sentimos, en especial cuando estamos furiosos. Si no lo pensabas de verdad, ¿por qué no intentas decirle que lo sientes? —En ese momento dejó de mirar al inmortal y dirigió la vista hacia su hijo—. Díselo. Tal vez pueda oírte. —A continuación se apartó, dejando solo a Kalona, arrodillado junto a Rephaim.

El inmortal se inclinó hacia delante, tiró de su hijo hacia él y lo colocó sobre su regazo. Luego lo miró durante largo rato y finalmente, con la voz entrecortada por la emoción, dijo:

—Lo siento, Rephaim. Eres mi hijo y siempre lo serás. —Seguidamente el guerrero caído de Nyx cerró los ojos, inclinó la cabeza y añadió—: Te lo ruego, Diosa. No permitas sea él quien pague por mis errores.

Una única lágrima surcó el rostro de Kalona y aterrizó en la herida sangrante de la frente de Rephaim, provocando un destello tan brillante y puro que me cegó por un

instante. Cuando, parpadeando, conseguí librarme de los puntitos brillantes que obstaculizaban mi visión, vi que Rephaim inspiraba profundamente y abría los ojos. Parecía algo desconcertado. Kalona se movió torpemente para ayudarlo a sentarse por sí mismo, algo que hizo con suma facilidad. El joven sonrió tímidamente, pero su voz sonó perfectamente normal cuando dijo:

—Hola, padre. ¿Cuándo has llegado?

Stevie Rae lo rodeó con sus brazos y lo estrechó con fuerza, pero el hecho de que tuviera la cabeza levantada puso de manifiesto que estaba hablando con Kalona cuando dijo:

—Justo a tiempo. Tu padre ha llegado justo a tiempo.

Kalona se puso en pie. En aquel momento no era un seductor, poderoso y aterrador inmortal, sino un simple padre que no sabía qué decirle a su hijo.

—La Roja... —Kalona hizo una pausa y empezó de nuevo—. Stevie Rae me llamó, y yo vine.

Al principio, Rephaim sonrió, pero luego su felicidad se quebró cuando resultó evidente que empezaba a recordar lo sucedido.

—Dragon. ¿Dónde está? No intentaba hacerme daño. Ahora lo sé.

Stevie Rae se mordió el labio y los ojos se le llenaron de lágrimas mientras decía:

—Tienes razón. Dragon te salvó de Aurox.

—¿Aurox? ¿La criatura de Neferet ha estado aquí? —preguntó Kalona.

—Así es. Intentó matar a tu hijo e interrumpir el ritual de revelación. Dragon Lankford entregó su vida para salvarlo —explicó Tánatos.

Los ojos de todos nosotros se dirigieron al cadáver amortajado de Dragon.

No sabía qué decir. ¿Cómo demonios iba a explicarles que había visto el alma de Heath en el interior de Aurox? ¿Y qué demonios iba a hacer al respecto?

—Has de saber que Neferet se ha aliado con la Oscuridad —dijo Kalona.

—Lo sé —respondió Tánatos—. Y muy pronto el Alto Consejo vampírico también lo sabrá.

—¿Qué va a pasar ahora? —le pregunté a Tánatos.

—A Neferet se le despojará de su título de alta sacerdotisa y deberá sufrir el rechazo de todos los vampiros —me aclaró ella.

—Se opondrá con todas sus fuerzas —dijo Kalona con gesto circunspecto—. Y tiene poderosos aliados en la oscuridad.

—Entonces nos defenderemos —replicó Tánatos.

—¿Significa eso que te quedarás en Tulsa o que vas a volver a tu isla italiana y dejar que estos chicos se enfrenten solos a la Oscuridad? —preguntó Kalona.

Tánatos lo miró con los ojos entrecerrados.

—La Casa de la Noche de Tulsa tiene una nueva alta sacerdotisa, y esta es la Muerte.

Kalona se quedó mirando a Tánatos y luego desvió la mirada hacia su hijo. Me di cuenta de que su rostro denotaba indecisión y me imaginé que estaba preparándose

para emprender el vuelo. De hecho se me pasó por la cabeza que, a pesar de que le había pedido perdón a su hijo y parecía que existía una tregua entre nosotros, no podíamos estar completamente seguros de que no siguiera teniendo algo que ver con Neferet. Al fin y al cabo, había confiado en él anteriormente, antes de que Heath muriese por culpa de mi ingenuidad.

Sin embargo, cuando el inmortal finalmente se movió, no fue para emprender el vuelo, sino para caminar con paso firme hasta donde se encontraba Tánatos y, apoyando una rodilla en el suelo, decir:

—Al parecer vuestra Casa de la Noche va a necesitar también un nuevo maestro de esgrima. Si aceptas mi palabra, juro entregarme en cuerpo y alma a protegeros, alta sacerdotisa. De hecho, creo que hace un momento me he convertido ya en un guerrero al servicio de la muerte.

—¡Me cago en todo! —escuché murmurar a Aphrodite.

A mi lado Stark se removió inquieto, y vi que intercambiaba una mirada con Darius.

—Acepto tu juramento, Kalona, y a partir de ahora lo considero vinculante.

Kalona inclinó la cabeza y se llevó la mano al pecho diciendo:

—Gracias, alta sacerdotisa.

Cuando se levantó, lo primero que hizo fue mirar directamente a su hijo.

Rephaim lo observaba todo con una sonrisa resplandeciente, a pesar de que tenía las mejillas cubiertas de lágrimas.

—Has hecho lo correcto —le dijo a su padre.

Kalona hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, por fin.

—Bueno, y ahora, ¿qué os parece si volvemos a la Casa de la Noche y vemos lo que nos espera allí? —preguntó Tánatos.

Todos mostramos nuestra conformidad, aunque estaba segura de que no era la única a la que le dolía el estómago y que lo que más deseaba era salir huyendo y gritando como una loca de lo que quiera que fuéramos a encontrarnos al volver a Tulsa.

No obstante, ninguno de nosotros salió huyendo, y tampoco dijo gran cosa mientras seguíamos a la Muerte y a su alado inmortal hasta el autobús. Darius y Stark llevaban el cuerpo de Dragon envuelto en la capa y yo, tras darle un beso de despedida a la abuela, me quedé mirando por la ventana mientras pasábamos por delante del círculo que la Oscuridad había dejado sin vida y que en aquel momento rebosaba de plantas de lavanda que florecían profusamente.

—¡Espera! —le dije a Darius—. ¡Para el autobús!

Seguidamente abrí mi ventana y escuché cómo mis amigos hacían lo mismo. Entonces, todos a la vez inspiramos profundamente, inhalando el mágico perfume de la lavanda nuevamente bendecida.

—¡Mirad! —exclamó Stevie Rae señalando el espacio que se extendía por encima

del círculo.

Yo levanté la vista y descubrí que allí, flotando en el aire, estaba nuestra Diosa. Iba vestida con una túnica del color de la noche y llevaba un tocado decorado con estrellas. Estaba sonriéndonos y, junto a la fragancia de las flores, sus palabras penetraron en el autobús:

*Aferraos al recuerdo de la curación que ha tenido lugar esta noche. Necesitaréis su fuerza y su paz para la batalla que está por venir.*

Yo cerré los ojos, bajé la cabeza y pensé:

*¡Maldita sea...!*

# Notas

[1] N. de la t.: Ceremonia o reunión social de los indios de América del Norte en la que a menudo está presente más de una tribu, con percusiones, cantos y bailes tradicionales. <<